



EL ANGEL
PULOIS

EL DETECTIVE
Y EL MONSTRUO

ELMER RUDDENSKJRIK

Elangel Pulois

Elmer Ruddenskjik

ELANGEL PULOIS

Copyright 2010 Elmer Ruddenskjrik

Bueno, la dedicatoria en este libro ya fue alterada en varias ocasiones, e incluso obviada para mayor sencillez de manejo en sus distintos formatos como libro electrónico. Pero para esta ocasión la reescribo, y me limitaré a los agradecimientos que dieron forma a la propia obra.

A mi hermana Laura, que dibujó la portada con su título y todo, y que diseña las ilustraciones de la mayoría de mis obras de cierta envergadura.

A mi hermana Patricia y mi primo Néstor, que hicieron labores de primeros lectores y correctores involuntarios.

Y finalmente, dedicado a Jesús Carrillo León, el primer lector que mostró interés en tener entre sus manos una copia impresa de esto.

A todos los demás, incluido quien ahora lee esto: buena suerte, gracias por leer, y permítame decirle que me gusta el tacto de sus deditos.

Y ahora... que comience la función.

EL COMIENZO

Mi nombre es Elangel Pulois, y estoy a punto de morir.

— ¡Toma esto!

Pero no sin antes recibir una tremenda paliza. El puño de este cretino se estampa contra mi demasiado larga nariz, la pliega sobre sí misma y la hace estrujarse contra el resto de mi cara. Noto la carne de mi rostro vibrar, formándose pliegues en mis mejillas y barbilla que chocan entre ellos debido al impacto. Siento respirar líquido y lo escupo por la boca: sangre. Cae a borbotones de mi nariz retorcida formando burbujas con el aire espirado.

—Trabajando para el amo, ¿verdad? Esto le servirá de lección a todo el que contrate en el futuro.

Y el cretino le hace una seña a uno de sus compinches más cercanos, el de la sonrisa más sádica, y ese tipo entra en una habitación y vuelve de ella empujando una pequeña mesa de ruedas tapada con una sábana blanca. Ya me imagino qué hay en ella. Le acerca la mesa al cretino, que es quien lleva la voz cantante, y éste se vuelve a dirigir a mí.

—Antes de matarte haré que te hagas una idea muy exacta de cómo debe ser el infierno —aquí me agarra de los pelos. No tengo el cabello muy largo, pero lo suficiente para que el muy cabrón tire de él obligándome a mirarle—. Odio a los polis y a todo lo que se le parezca, como los detectives privados.

Arquea las cejas como señalándome con ellas y me escupe en un ojo. Me pega un puñetazo en el estómago y me retuerzo en la silla. No soy un tipo duro y mis manos quieren volar hacia mi tripa en un reflejo para aliviarme, pero, claro, las tengo atadas a la espalda. Respiro un poco de sangre sin querer y me entran ganas de vomitar, pero me aguanto. El cretino destapa la mesa. Los instrumentos quirúrgicos reflejan con su metal la poca luz del local. Va empezar mi fiesta de despedida. Y entonces ocurre el milagro.

La puerta principal de lo que debía haber sido en otro tiempo un bar de mala muerte se abre de golpe. Un fuerte viento, la lluvia y un relámpago adornan su entrada. Todos los indeseables, unos doce, se vuelven hacia él murmurando y maldiciendo la interrupción. Permanece bajo el marco, su cara oculta por el enorme sombrero de ala ancha y torcida y por las grandes solapas de su gabardina del mismo color gris. Sus botas están sucias del barro de la calle sin asfaltar y pequeños torrentes de agua que se escurren desde el sombrero y de los pliegues del impermeable encharcan el suelo. Todos quedan petrificados ante la enorme forma.

— ¡Jones! —llamo ahogadamente, un poco suplicante, con el abdomen entumecido.

—Nasser —me responde. Como siempre ocurre cuando habla, todo el vidrio de la habitación parece vibrar al son de sus graves tonos.

— ¡¿Qué cojones pasa aquí?! ¡Os dije que vigilarais la puta puerta! —el cretino escupe al decir esto y parte de la saliva se le queda en la barba.

—Os presento a mi compañero Jones —digo jovialmente, sonriendo.

Otro puñetazo acaba con mi sonrisa, partiéndome un diente y saltándome otros dos, ¡joder, qué dolor!

— ¿Tu compañero? ¿Os dais por culo o qué? —me replica masajeándose los nudillos—. Matad a ese cabrón.

Y empieza la carnicería, aunque al menos no es la mía. Jones se abalanza sobre los tipejos que tiene más cerca como si la orden de atacar fuera para él, sin darles tiempo a reaccionar. Los coge y lanza por los aires como muñecos, nunca deja de asombrarme su fuerza, pero tampoco deja de repugnarme cuando empieza a desmembrarlos con sus enormes garras; y cuando digo “garras”, no es una forma de hablar. Dos de los “malos” aterrizan enteros cerca de mí, pero el tercero es

decapitado de un manotazo, y el cuarto me cae encima, derribándome con la silla a la que estoy atado, e inundándome de la sangre que borbota como una fuente de su pulmón abierto en canal.

Todo el mundo empieza a reaccionar y disparan sobre Jones con sus armas automáticas. Mientras, el cretino de la voz cantante salta por encima de mí y le veo entrar en la habitación del fondo, donde debe mantener a la chica, el meollo de la cuestión.

— ¡Joder, Jones, deprisa! —grito, pues me temo lo peor.

Jones está ocupado. Se cubre de los disparos con una mesa, devolviendo el fuego con su revólver de cinco tiros que yo hice fabricar a su medida. ¡Menuda pasta me costó, por cierto!

— ¡Siempre me llevo la peor parte!

Oigo su gruñido de queja, profundo y fuerte, con bastante claridad a pesar de los disparos, como si lo tuviera al lado mío, en el suelo. Lanza la mesa contra uno de los tiradores y avanza veloz entre los demás esquivando algunos disparos y recibiendo la mayoría para que no me alcancen a mí cuando se acerca a liberarme. Me pone en pie cogiéndome por los sobacos. Detrás de su gran corpulencia un infierno de fuego automático está destrozando su gabardina mientras me dice: “Es hora de que vayas haciendo algo, ¿no?”. Entre la oscuridad que cubre su cara destellan un momento sus ojos con la luz de una puerta abierta a mis espaldas, y me estremezco, no lo puedo evitar, con los globos carmesí que parecen a punto de estallar de ira.

— ¡Vamos, Nasser, muévete! —ruge, empujándome con toda la delicadeza que la situación le permite.

Soportar disparos le pone de mal humor, y a juzgar por la que le cae encima, hasta el diablo debe estar buscando dónde esconderse de él. Yo me doy media vuelta hacia la puerta abierta, aliviado de pensar que no tendré que ver lo que les va a hacer a los pobres desgraciados, y apremiado por la suerte de la chica.

— ¡Te tengo dicho —grito, con la sangre de mi nariz en los labios— que no me llames así!

Con cuatro zancadas alcanzo la habitación de atrás, mientras maldigo este jodido día. Me apoyo contra la pared, a un lado de la puerta, y echo un vistazo. Es una habitación vacía, sin ventanas ni luces, pero con los destellos de los disparos veo una única silla, unas cuerdas tiradas sobre ella. ¡Se ha llevado a la chica! Más allá hay una puerta entreabierta, la luz se filtra hacia mí desde ella. Aquel cretino me quitó el arma. Miro a Jones y pienso en pedirle que me pase una, pero está demasiado ocupado pintando de rojo el local. Oigo golpes y ruido de cristales rotos en aquella habitación. ¡El hijoputa se larga! Salgo corriendo contra la puerta entreabierta, cogiendo de paso la silla de madera por el respaldo. Mi hombro izquierdo golpea la hoja, clavando el pomo en el yeso de la pared. ¡Qué pedazo de entrada de héroe! Pero me detengo en seco, con la silla en alto, lista para golpear.

Junto a una ventana rota, el cabrón rodea a la chica por el cuello con un brazo mientras con el otro sostiene mi querido calibre 45 contra su sien.

La chica todavía lleva el uniforme con faldita de la escuela, pero tiene la boca amoratada y una ceja abierta, con un gran pegote de sangre seca alrededor. Su pelo de color ¿morado? yace suelto sobre sus hombros y rostro, los ojos oscuros brillan pero no lloran, mirándome con resignación. A pesar de todo no parece asustada.

El cretino me sonrío. Me mira divertido mientras cierra todavía más su presa sobre la chica. Ella alza la barbilla intentando aliviar la presión.

—Mira que eres gilipollas —suelta una sonora carcajada. Los gritos y disparos más atrás cesan de repente mientras lo hace—. ¿Me vas a matar con tu silla? Jodido cabrón, no debiste venir, porque ésta —le da una sacudida a la joven— lo va a pagar. El amo sólo tenía que ser razonable y todos contentos, pero su hija lo va a pagar ahora.

Me apunta con mi arma y dispara. Intento cubrirme con la silla, aunque no es protección a esta

distancia. Le oigo aullar de dolor. Abro los ojos y veo que su mano es un muñón de carne y venas retorcidas. Él no ha disparado. Miro detrás de mí y ahí está Jones con su arma humeante en alto. Comprendo que le ha disparado al arma. ¡Joder, la ha destrozado en su mano! Con lo que me gustaba esa pistola...

El tipo suelta a la chica e intenta detener la sangre que sale en torrente de su brazo. Ella cae de rodillas primero y después de costado, me pregunto qué le pasa mientras me acerco al cretino, decidido a hacerle pagar lo que le haya hecho y lo que le fuera a hacer, y también lo mío, claro está.

—Jones, sácala de aquí.

Jones obedece sin decir nada, se le acerca y la coge en brazos; ahora se muestra algo asustada, cuando es alzada por la inquietante figura gris. Parece una muñeca comparada con Jones.

—Está herida, Nass —la joven se estremece al oír su voz ronroneante, como siempre suena cuando quiere hablar en voz baja, sin darse cuenta que todavía resulta más extraña y siniestra a los demás.

—Ya lo sé —respondo sin dejar de mirar al cabrón encogido en un rincón, que no para de suplicar, sangrando como un cerdo.

—En el muslo, Nass. Un trozo de tu arma. Sangra mucho.

— ¡Mierda, Jones, sólo a ti se te ocurre disparar al arma, al lado de un rehén! ¡Sácala de aquí, joder!

Por fin se la lleva. Me acerco más al cerdo gimiente. Balbucea perdones y súplicas. Sujeto con firmeza el respaldo de la silla. Golpeo. Golpeo más. La silla es de las buenas. Golpeo un poco más mientras pienso en que se lo ha ganado, no hay duda, nunca nadie me había cabreado tanto. Termino de golpear. No iba a parar hasta romper la silla, pero la muy puta aguanta más que yo. La tiro a un lado jadeante, con los pulmones abrasados.

—Nass, a veces te metes conmigo, pero yo no veo la diferencia entre tú y yo. —Jones me ha estado observando desde la puerta. La chica no está con él.

— ¿Dónde está?

—Aquí, no te preocupes.

Paso a la habitación anterior. La chica me mira desde el suelo, sentada con la espalda contra la pared. La falda está manchada de sangre y un charco se va formando bajo sus muslos. Tiene cara de sueño y la piel muy pálida.

—Pero bueno, ¿no la has curado?

— ¿Te parece que soy médico? —Jones me ruge muy molesto. Me acojona, pues no espero esta reacción—. Ya te he dicho que sangraba, pero tú tenías que destrozarse a ese tipo.

—Vale, vale —no me disculpo porque me jode reconocer que he sido como él por unos momentos—. Cógela otra vez. Nos vamos, yo te cubriré.

—No —responde resentido—. Tú la llevas —me obliga a cogerla. Por lo menos es ligera—. El único que puede cubrir a alguien aquí soy yo.

Jones desenfunda de nuevo su revólver, le cambia la munición, y por fin nos largamos de este infierno.

Llegamos a mi coche sin problemas. Meto a la chica en el asiento trasero y me pongo al volante. Jones, acurrucado como puede en el asiento de al lado, guarda silencio en una postura abatida; ¿qué demonios le pasa? Conduzco todo lo rápido que puedo hasta casa de un médico amigo mío. Miro hacia atrás por el espejo retrovisor: la chica sigue sentada, pero con los ojos cerrados, supongo que debido a la pérdida de sangre. Miro a Jones, que sigue quieto sin hacer nada. Me

entra un escalofrío. Es una sombra inquietante dentro de su gabardina destrozada; tiene las manos, o lo que sean, sobre sus rodillas, que tiene apretujadas entre el salpicadero y él mismo; los hombros están encogidos, para no molestarme a mí al conducir, y los codos apoyados contra el estómago por el mismo motivo. Los relámpagos me permiten, por un momento, ver el brillo de los largos dientes asomando bajo el ala del sombrero, que curiosamente sigue intacto a pesar del tiroteo. Tiemblo y clavo de nuevo la vista en la carretera. Es mi amigo, pero no puedo dejar de sentir un miedo instintivo, primario, cuando lo tengo tan cerca de mí.

—Nass —ruge con un gruñido de baja frecuencia—. Siento lo de antes. No tengo derecho a hablarte así.

Su disculpa me coge desprevenido, y me parece sinceramente fuera de lugar.

—No tienes por qué disculparte —digo un silencio después—. Tenías toda la razón. No debí perder el tiempo con ese gilipollas. Es que no estoy acostumbrado a llevar golpes y me puso hasta los huevos.

—Ya lo sé, Nass —su voz destila algo de culpabilidad.

—Y no me importa que destroces a la gente si se lo merece, aunque lo encuentre desagradable y de mal gusto para el negocio —continúo, intentando mostrar buen humor, a pesar de mi nariz rota—. Eres la mejor persona que conozco, Jones, tenga yo algo que ver en ello o no.

Sigo mirando la carretera, intentando ver algo entre la furiosa lluvia, pero noto que Jones me mira, abrumado seguramente por la solemnidad de mis últimas palabras. El pobre se merecía oírlo.

—Siento lo de tu 45 también —termina de decir, más animado.

Llegamos a casa del médico. Es una clínica privada, montada en el primer piso de un viejo edificio rodeado de solares vacíos de otra cosa que no sean escombros. Sin que yo le diga nada, es Jones quien recoge a la chica del asiento trasero.

—Está inconsciente —me comenta, aunque ya lo sabía.

—Pero aún respira, ¿no?

—Sin duda, pero el pulso es débil. Alarmante, diría.

Mientras hablamos no dejamos de movernos, y poco después ya estamos en la consulta.

— ¿¡Pero qué me traéis aquí!?

Thomas Hardman mira con espanto a la chica en brazos de Jones. Hardy, como yo lo llamo, es la única otra persona a la que considero digna de mi trato en este mundo. Es un hombre de 56 años un poco obeso, de rostro muy, muy redondo rematado por unos escasos pelos canos que de alguna forma consigue llevar siempre de punta. Su cara de horror y sorpresa me haría gracia si no fuera por la urgencia de la situación.

Jones sigue sin detenerse ni a saludar hasta la camilla de la consulta.

—Ha perdido mucha sangre, abuelo —es todo lo que dice antes de dejar con gran delicadeza a la chica.

—Está herida en el muslo —añado—. Más vale que la salves, me va mucha pasta y quizá la vida en ello.

—Esperad en el vestíbulo —consigue decir Hardy en su apuro, sin escucharme lo más mínimo—. Vamos, vamos.

Sin más, nos echa a la pequeñísima sala de espera. Jones se sienta en una de las seis pequeñas butacas de plástico, no sin problemas. Está nervioso, preocupado sin duda por el estado de la chica, de no ser así nunca se sentaría en esas sillas, ridículamente pequeñas para él. No se quita el sombrero, ni la gabardina, aunque esta última ya no parece tal, sino que ha quedado como un par de alas de murciélago raídas bajo sus brazos. Sus largos y huesudos dedos se entrecruzan bajo su

barbilla picuda.

Yo no aguanto los nervios y entro al despacho de Hardy, enfrente de la consulta donde está con la chica. Rebusco entre los cajones de su escritorio. Sé que lo guarda en uno de estos, pero no sé en cuál exactamente... ¡Ah, lo encontré! Bourbon, en una pequeña petaca marrón. Si me ve me mata. Le doy tres tragos cortos y la guardo en su sitio. Salgo y me siento frente a Jones. ¿Qué coño le pasa? Tampoco es para tanto...

—La chica se va a poner bien —le digo intentando que se relaje.

—Dime, Nass —empieza, alzando del suelo la mirada—, el día que nos conocimos, ¿no viste nada raro?

¿A qué viene esto? Ya le había hablado de todo eso hacía tiempo...

—¿Raro? ¿Cómo qué? Nada, salvo que llovía tanto o más que hoy. —Jones suspira sonoramente. Nunca para de hacer ruidos inquietantes.

—Y el abuelo, ¿no encontró nada especial, especial de verdad, cuando me examinó?

Especial de verdad. No sé qué quiere que le diga. Bastante especial es ya toda su constitución: pulmones, corazón, sistema digestivo, todo normal salvo por el mayor tamaño de todos los órganos, y curiosidades tales como el corazón en el centro justo del pecho, esternón y costillas más largos, y así todo. Eso por dentro. Por fuera estaba claro que era diferente, diferente a cualquier cosa viva que yo haya visto nunca.

—Nada que nos indique de dónde vienes —de eso se trata, otra vez pasamos por esto—. Te encontré llorando en el suelo, en un charco, en aquel callejón.

—Hace quince años —apunta.

—Sí, hace mucho ya, no sé qué edad tendrías entonces, pero no eras más que un bebé.

—No un bebé normal, desde luego.

Jones abate su postura de tal modo que casi creo que quiere tocar el suelo con la cabeza.

—Jones, déjalo ya, no eres un monstruo, no quiero seguir toda la vida recordándotelo.

Vuelve a erguirse, del todo esta vez, de modo que le veo toda la cara. Sus ojos, dos enormes bolas rojas en cuyo centro palpitan pupilas negras, elípticas, como lagos estancados alrededor de los que fluyen ríos oscuros que son las venas, me miran directamente. Me cuesta aguantar esa mirada sobrenatural, pero es mejor que mirarle a la nariz, que no consiste más que en el tabique nasal de su cráneo, cubierto de piel, sin apéndice alguno; o a la boca, aterradora cavidad repleta de larguísimos dientes que, al carecer de labios, presenta eternamente en sonrisa inerte. Me habla, con su siempre perfecta, y en teoría imposible, vocalización.

—No soy un monstruo. Pero no hay ser vivo en la tierra capaz de hacer lo que yo hago con la gente.

Las comisuras de su boca parecen estirarse hacia sus orejas puntiagudas, carentes de lóbulo, al decir esto. Pero vuelven a la normalidad inmediatamente. Pienso que debió ser impresión mía.

—No soy un monstruo, pero debo ocultar mis formas y rostro para no aterrorizar a la humanidad. Pero siento tus escalofríos cuando me tienes cerca, algo que tú no puedes controlar, y sé que muchas noches no duermes sabiendo que estoy en la habitación de al lado, sentado en la oscuridad. Sé que nunca te has sentido seguro en todo el tiempo que nos conocemos.

Tiene razón en todo. Yo creía que nunca lo había notado, pero probablemente siempre supo que yo no podía, ni puedo ahora, dejar de sentir un terror muerto en la mayoría de la gente, un miedo primario, instintivo, una continua alerta animal contra él.

—Y lo siento enormemente —su voz suena más grave que nunca, casi no entiendo las palabras, parecen venir de debajo del agua—, porque siempre te he considerado como un padre.

Intento que no se note mi conmoción al oír esto. Cierto es que yo le he criado, le he alimentado

y dado cobijo todos estos años, pero nunca había pensado en él como un hijo. Me doy cuenta, por primera vez, del dolor real que le tiene que hacer sentir su diferencia, no respecto al resto del mundo, sino respecto a mí.

—Vamos hombre, ¿insinúas que yo te tengo miedo? —mis propias palabras me suenan falsas. No sé bien cómo reaccionar a la aflicción de Jones, intento contrarrestarla con indiferencia—. Como tú dices llevamos toda tu vida juntos, sé que eres bueno. Lo eres, Jones. La única persona en quien confío en este puto mundo.

Jones vuelve a bajar la cabeza. Si tuviera párpados, cerraría los ojos, y si tuviera lacrimales, sin duda lloraría en silencio. No creo que quisiera escuchar lo que he dicho, pero no tengo nada mejor.

—Noto algo, Nass —me sobresalto, pues no esperaba que dijera nada más. Ha recuperado su voz ronca pero clara—. Algo ocurrirá. Siento en mis tripas como algo llamar. No creo que sea malo, no lo siento como algo malo, pero algo va a pasar.

— ¿Qué es? ¿Un mal presentimiento sobre el caso?

Hardy entra de pronto, mejor dicho, sale de la sala de consulta. Jones no me contesta, y le da tiempo de sobra mientras Hardy entra en su despacho, oigo que abre un cajón, lo cierra y vuelve con nosotros con la petaca de bourbon en la mano. Me la ofrece cerrada. Declino la invitación con un gesto de la mano.

—La chica se pondrá bien. Con dormir se recuperará ella sola —permanece de pie, abre la petaca y la termina de vaciar de un solo trago largo—. Creí que había más aquí dentro. Por cierto, esto es tuyo, ¿no?

Hardy me entrega un pedazo del cañón de mi 45 negro que saca de un bolsillo de su bata blanca. Un trozo de la pieza corredera.

—Me encantaba esta pistola —digo con afectada melancolía.

—Sobresalía por detrás del muslo. Solo cogió carne, ha tenido suerte. ¿Quién es?

—La hija del amo. —Hardy me mira con la boca abierta—. Uno de sus secuaces se cabreó con él y quiso zanjar la discusión con un rapto.

—No sabía que el amo tuviera una hija. Entonces, la ceja que le he tenido que coser...

—Se han ensañado con ella, sí. Pero no parece que se hayan atrevido a más. Al fin y al cabo, supongo que el tipo esperaba conseguir lo que quería, devolviéndola a su padre más o menos intacta.

—Puede que mañana esté bien, pero no es seguro. ¿Os quedaréis a dormir aquí?

—Yo me quedaré —interrumpe Jones, sin levantar la cabeza. Su sombrero nos tapa todo su ser—. De todas formas no duermo, así que prefiero vigilar —me mira y casi parece ordenarme—. Tú vete a casa a dormir, buena falta te hace.

Pensaba quedarme yo también, pero Jones se basta y se sobra para cuidar de la chica si es necesario. Además, parece que quiere estar solo, y entiendo por qué. Hardy se ocupa de mi nariz y mis otras magulladuras, y finalmente me despido de ambos hasta el día siguiente.

Llego a mi pequeño apartamento—oficina en veinte minutos, tras conducir bajo la lluvia con poca precaución, pues los limpias de mi coche no van muy finos. Aparco en el sitio de siempre, junto a la acera, debajo del ruinoso cartel que me anuncia como detective privado. Los vecinos no pusieron pegas a que se instalara sobre la entrada al edificio, aunque mi oficina se encuentre en el tercer piso.

Me bajo del coche y la lluvia fresca, por llamarla de alguna manera, me azota de inmediato sobre la calva coronilla. Mis cabellos, escasos y lacios, cuidadosamente echados hacia atrás poco

antes mientras conducía, se esparcen sobre mi frente y orejas. Debería usar un sombrero como el de Jones, uno bien grande, pienso en ocasiones como esta.

Resignado, seco de torso gracias a mi gabardina, calado hasta los callos gracias a mis escuálidos zapatos de cuero barato, me arrastro más que camino sin prisa ninguna, pero no porque me guste la lluvia, sino porque estoy hecho una mierda, hasta la entrada. No necesito usar llave, la puerta lleva años con la cerradura rota, entro sin más empujando la hoja con el hombro derecho, el que no me duele.

“Dios, ahora seis tramos de escaleras”, me digo para animarme, yo soy así. Un rastro de agua helada se desprende de mi abrigo chorreante y de mi calzado, que es como un par de esponjas estrujadas a cada paso. La madera agrietada de los escalones parece quejarse cada vez que piso, absorbe diligentemente no poca parte del agua que voy soltando y deja el resto para más tarde, supongo. Me apoyo lo menos posible en el pasamanos de cobre, no me vaya a clavar una viruta de esas, no sería la primera vez.

Por fin llego ante mi puerta, casi puedo saborear ya mi ansiada y acostumbrada copa de antes de dormir. Ahora sí que me veo obligado a usar llave, la vieja cerradura de tres vueltas nunca me ha fallado en todos los años que llevo aquí. Sólo necesito girarla una vez para entrar, nunca he visto necesidad de echar el cerrojo completo. Empujo la puerta con cansado desdén.

El corazón se me encoge de terror. La puerta se abre hasta atrás mientras un largo relampagueo dibuja desde las ventanas del fondo el sillón de Jones. Está ahí, y aunque es mi amigo, qué coño, es como un hermano para mí, la sorpresa y el miedo instintivo a su antinaturalidad me hacen retroceder dos cortos y torpes pasos, mientras me doy cuenta de lo que ocurre.

Jones no está ahí. Sólo uno de sus anchos sombreros, apoyado en lo alto del respaldo. Sintiéndome ridículo, entro por fin cerrando la puerta de un taconazo a mis espaldas. Me quito la eficiente gabardina mientras un escalofrío me recorre toda la columna, no tanto por el frío del agua como por el recuerdo fresco y agrio del espejismo.

Tan real como casi media hora antes, cuando estaba con él, creí verle hundido en su asiento a medida, sus altas rodillas cubiertas por las huesudas garras, el brillo imposible de su larga sonrisa inerte. Él tiene razón: algunas noches me cuesta conciliar el sueño, mi mente se pone a recorrer distintas líneas de pensamiento rodeando esa idea fija, intento distraerme a mí mismo del núcleo animal de mi cerebro que me grita “¡corre!” sin cesar, dando vueltas en mi precario lecho, viendo continuamente en mi imaginación al horrible ser que es mi amigo allí sentado, en la oscuridad, sin dormir, con su gran gabardina y sombrero como si fuera un infernal espantapájaros.

En una ocasión, hace algunos años, se me ocurrió salir de mi cuarto para beber algo, de madrugada. En mi trayecto, se me ocurrió mirar en dirección al sillón de Jones, donde él pasa las noches en vela. En la penumbra, el brillo rojo oscuro de sus ojos me paralizó. Sus negras pupilas, elípticas, enormes, me hipnotizaron como los ojos de una serpiente.

—Vuelve a la cama, ¿quieres?

Fue cuanto dijo Jones. Ahora que lo miro en retrospectiva, creo que estaba molesto por el hecho de quedarme mirándole aterrado. No he vuelto a salir de mi cuarto en mitad de la noche desde entonces.

Me dirijo a la pequeña y estrechísima cocina, abro el armario bajo el fregadero, donde el whisky embotellado me ofrece el vaso vuelto que tiene por tapón. Me sirvo un largo trago y me lo estampo entre pecho y espalda sin ceremonias, cerrando los ojos mientras enciende mi esófago en voluptuosos ardores. Qué bueno. Lo dejo todo donde lo encontré y me salgo.

No ceno, primero porque no tengo el estómago para ello, quizá por los nervios; segundo porque no está Jones, que es quien sabe cocinar y que me obliga a seguir una dieta sana y sabrosa. Irónico, cuando se piensa que él no necesita comer como el resto de nosotros, a veces se pasa hasta cuatro días sin comer y luego, cuando le da, no come más que yo; pero siempre le interesó la

cocina, se pasa horas enteras contemplando en el televisor programas sobre el tema, poniéndolos a grabar cuando no estamos en casa, y es la única afición de que hace gala mi extraño compañero. Toda una suerte, si no, ya me veía sustentado de alcohol y hamburguesas solamente.

Por fin en mi camastro, estrecho y chirriante, puedo abandonarme, como pocas veces lo he hecho, a un sueño cansado e inmediato, que se me antoja va a ser gratamente reparador, sí señor.

No sé en qué momento de la noche, empiezo a revivir en sueños mi primer encuentro con Jones. Paradójicamente, el recuerdo me resulta mucho más vívido que el hecho en sí, pues me encontraba bajo los efluvios de mis consumiciones habituales aquella noche. No sé si será el violento repiquetear de la lluvia contra las ventanas o la reciente conversación con Jones lo que activa de esta manera mi subconsciente, pero en mi sueño REM, como lo llaman los científicos de los documentales, me veo a mí mismo, como si un actor parecido a mí lo representara, desviando mis vacilantes pasos de borracho hacia los histéricos gritos del bebé. Aunque lo veo todo como desde fuera, siento la vibración de mis pulmones según mi personaje se acerca a la desesperada voz.

El callejón cruza de lado a lado la manzana, dando a él solamente algunas ventanas de los edificios. Mi personaje mira dubitativo, con verdadera cara de estúpido, a lo alto, buscando una luz encendida en algún sitio, parpadeando a causa de la lluvia que le azota el rostro. La voz, poderosa, aguda como ella sola pero al tiempo reverberante como el sonido de un trueno, procede de pocos pasos delante, tras unos contenedores de basura sorprendentemente pulcros y vacíos. Mi alter ego se tambalea sorprendido, ve con horror la escuálida criatura, la escucha llorar a grito pelado, pero parece que se ríe: la enorme boca dentada, abierta a todo cuanto da; el movimiento compulsivo, frenético y amenazador de sus pupilas de gato flotando en aquellos hemisferios rojizos.

Minutos enteros estuve en su momento, con la borrosa ponzoña del alcohol omnipresente, pensando qué hacer. Creo que de todo se me pasó por la cabeza, desde rematar a la agonizante criatura hasta llamar a servicios sociales. Eso en el sueño queda resumido y me veo recoger al bebé entre mi corta chaqueta, dejando que la lluvia haga transparente mi camisa barata. No me arrepiento de la decisión, pero en el sueño me oigo gritarme “¡No lo hagas!” una y otra vez, de manera desesperada, sin motivo ninguno, pero mi personaje no me oye.

Se va con el ser, lo cuidará y lo educará en secreto junto a Hardy, y yo lo veo alejarse en el sueño y siento el horror de la condena segura, como ver un tsunami sobre uno, presto a engullirle.

Me despierto bastante sereno para lo que suele ser normal en mí, pero muy dolorido, una mezcla de contusiones y agujetas que me hacen pensarme dos veces el levantarme de la cama. Pero me levanto. Al poner los pies descalzos en el suelo siento como si la gravedad se invirtiera y sostuviera el peso del mundo con las piernas. Me encuentro bastante animado pese al dolor, me parece haber dormido de un tirón y no recuerdo siquiera haber soñado nada. Me dirijo a la ducha con toda la presteza que me permite mi maltrecho cuerpo, antes de que cambie de idea. Me voy desvistiendo de camino, pues anoche sólo me deshice de zapatos y calcetines. Ya en el baño, contemplo turbado las manchas de sangre propia en la pechera de mi camisa antes de arrojarla al cesto de la ropa sucia, que está a rebosar. Jones se encarga de la comida, yo de la ropa y la limpieza, y así nos va. Tras la ducha limpio la condensación del espejo con la palma de la mano, y allí encuentro a Thomas Nasser, que me mira como pidiendo compasión, cansado y triste por nada en concreto. El hombre que, de joven, había causado tantas desgracias durante la guerra con su lanzagranadas portátil, y que, al volver a la civilización, había decidido convertirse en detective privado.

Probablemente, la decisión había sido fruto de una mórbida afición por las historias del clásico cine negro, mezclada con las ganas de morir cuanto antes de aquel que sabe que nunca volverá a

adaptarse a la vida normal. Es evidente que duré mucho más de lo que imaginaba, mis casos siempre han sido de poca monta pero bastante peligrosos, en una ciudad donde parece que todo el mundo ha perdido el norte, tanto o más que yo; el criadero perfecto para la corrupción y podredumbre entre la que nos arrastramos ahora todos.

Sólo he empezado a ganar renombre, y pasta de verdad, desde que, con sólo cinco años desde que lo recogiera, Jones entrara en el negocio tras mucho insistirme. Ya por entonces era mucho más grande que yo, y bastante más maduro, para qué negarlo. Su poder, invulnerabilidad, y sobre todo su imponente imagen, que no tardó en convertirse en una especie de leyenda urbana, susurrada apenas entre los indeseables como si temieran invocarle, fue lo que de verdad me hizo “triunfar” en el mundillo. Me cambié el nombre por Elangel Pulois, que me pareció que sonaba europeo y misterioso, y lo demás es historia.

Tras vestirme con otros pantalones y otra de mis camisas baratas me dirijo a la cocina. Echo de menos encontrarme a Jones, ridículamente incrustado en la pequeña cocina, encorvado sobre los diminutos fogones, preparando uno de sus variados y copiosos desayunos. Dudo un momento si prepararme algo yo mismo. Finalmente me inclino ante el fregadero y me sirvo un generoso vaso de whisky. “Sólo para espabilar, no soy un alcohólico”, me digo. Me enfundo mi fiel gabardina y me voy.

LA CHICA

Al picar en la consulta de Hardy, es Jones quien me abre. Pone uno de sus largos y flacos dedos sobre su brillante dentadura afilada, indicándome silencio, mientras me deja pasar.

—El abuelo está en su despacho, durmiendo —me dice en una sorda vibración que siento más que oigo—. No quiso irse a su casa, por si la chica necesitaba algo, pero ella no se ha despertado en toda la noche.

Doy unos pocos pasos de puntillas hasta la consulta y pongo la oreja contra la puerta. Nada. Abro silenciosamente, veo a la chica tumbada en la camilla, abrigada con un grueso cobertor hasta los hombros. Respira de forma lenta y regular; su rostro, bello a pesar de las heridas, está vuelto hacia mí. Parece disfrutar de un sueño tranquilo. Vuelvo a cerrar.

—He hecho café, si quieres. ¿Has desayunado algo?

Jones debe haber tirado a la basura su gabardina, que estaba destrozada, y a mí se me ha olvidado traerle otra. Su chaleco y camisa, negro uno, y a rayas granate y blancas la otra, están agujereados y rasgados. Su piel, algo más pálida que la mía, está todavía algo enrojecida allí donde han impactado las balas del día anterior. Echo un vistazo metiendo los dedos entre los agujeros de la ropa.

—Sí, unos huevos revueltos, como tú me enseñaste a hacerlos.

—Mentira —suelta un gorjeo grave de diversión porque sabe que tiene razón.

—¿Qué tal? ¿Te sacó las balas Hardy?

—No, me las quité yo mismo, una a una, incluso las de la espalda.

Se da la vuelta y se levanta la ropa para que lo vea. La cantidad de marquitas rojas es bastante considerable, algunas abultan un poco sobre el resto de la piel, como con una cicatrización más tardía.

—Nunca te había visto recibir tantos disparos, ¿estás bien?

—Sí, como si nada —se baja la camisa y me vuelve a encarar—, pero no veas qué tedio extraer cada una.

—Eres la hostia —le digo dándole una palmada en el hombro, que está a la altura de mi cabeza.

Me dejo caer pesadamente sobre una de las butacas del recibidor—sala de espera. La silla suelta un fuerte crujido. Jones se vuelve hacia mí bruscamente y me repite el gesto de silencio con un siseo contrariado. Se sienta de esa forma tan ridícula en otra silla enfrente de mí.

—Bueno. ¿Ahora qué? —me pregunta hablando con la más suave vibración de que es capaz. Aunque uno podría jurar que no habla, se siente en la membrana de los tímpanos lo que dice con toda claridad. Detesto esa sensación. Parece como si el sonido viniera de dentro de la cabeza cuando intenta hablarme en susurros.

—Nada, llevaremos a la chica con su padre; me dijo que nos esperaría todo el tiempo en su local, que lo mantendría cerrado hasta que llegásemos nosotros.

—¿Quieres que la coja y nos vayamos?

—No, déjala descansar, que buena falta le hace. Y mejor esperar a ver qué dice Hardy, que igual no es bueno que se mueva todavía.

—Ya.

Jones baja la cabeza y se queda mirando al suelo, aburrido. Es comprensible. Él, que no duerme, se ha pasado toda la noche sin hacer nada, esperando y esperando a que llegue el día de una vez. Ya me ha dado otras veces por pensar en cómo sería eso: no poder ni necesitar dormir, siendo consciente del paso de cada minuto mientras el resto del mundo se apaga; quedar como

suspendido en el limbo de la existencia, escuchando el silencio, viendo la oscuridad, todo el tiempo pensando, dando y dando vueltas en su mente a vaya uno a saber qué clase de ideas, como le pasa a todo el mundo sin duda, pero estando él privado, de manera no sé si decir natural o antinatural, del retiro tan necesario de la propia consciencia que resulta el sueño.

Tan pensativo le veo que no puedo menos que preocuparme. Lleva un par de días muy raro.

— ¿Qué pasa Jones? —inquiero con mi tono más implorante.

—Nada —se yergue mientras suspira largamente, sin mirarme—. Sigo con una sensación extraña.

—Creo que sé a qué te refieres. Desde hace un tiempo, no sabría decir cuánto, me siento como si todo lo que nos pasa estuviera escrito y alguien lo estuviera leyendo —Jones me mira y sus pupilas de gato se dilatan un poco, algo que en su cara inexpresiva denota una diversión incrédula —, como en esa película de un niño leyendo un cuento, ¿te refieres a algo así?

—No, para nada. ¡Qué tontería!

—Entonces, ¿qué?

Jones se vuelve a encoger mirando al suelo, soltando otro suspiro, no tan largo esta vez.

—Ya te lo dije ayer. Algo parecido a un cambio, no sé, algo que va a pasar o que ya está pasando, no sé.

Se pasa las manos un par de veces por la calva cabeza, y las detiene para apoyar la frente en ellas. Él, que siempre me ha parecido tan seguro y centrado, salvo cuando le atacan sus dudas existenciales, me deja algo turbado con sus nuevas inquietudes, no sé cómo tomármelo.

—Bueno —comienzo—, después de este encarguito del amo, sí que van a cambiar las cosas. Al aceptarlo he conseguido que nos ganemos el odio de todos sus contrincantes por el dominio de esta mierda de ciudad. Cuando se corra la voz, nos vamos a cagar. Quizá es sólo tu sentido común lo que te hace debatirte de esa manera.

—Si, claro, será eso —me espeta en un rugido gutural, desdeñando mi explicación.

Visto su humor, opto por no decir nada más. Le imito y me pongo a mirar al suelo, en silencio como él. Desde la calle nos llega de repente el apagado estruendo de otro chaparrón. Menudo tiempo que tenemos últimamente, me digo, de lluvias tan bruscas como intensas. Parece como si la ciudad intentara lavarse toda la mugre de que se ha ido llenando a lo largo de los años, como si quisiera que el lodo viviente entre el que nadamos Jones y yo, y en el que comenzamos a diluirnos hasta empezar a formar parte, se resbalase hacia las bocas de sus desbordadas alcantarillas.

El ligero chirrido de bisagras nos coge desprevenidos a los dos, pero Jones reacciona a la velocidad del rayo, levantándose de su silla y dándole la espalda a la joven, que nos mira desde la puerta entreabierta de la consulta.

Sigue vestida de colegial, su ropa debe ser de un colegio privado; la falda a cuadros oscuros y la blanca camisa, ambos sucios de sangre, le seguirían dando un aspecto adorable, de no tener la ceja derecha llena de puntos y la boca hinchada y amoratada en su lado izquierdo. Incluso con eso podría resultar angelical, si no fuera su expresión el fiel reflejo de una hastiada repugnancia, el gesto cansado y derrotado de las viejas prostitutas que a veces me asaltan en los oscuros callejones.

Su mirada pasa de mí a Jones, que permanece inmóvil con toda su larga estatura atenuada por su postura algo encorvada. Vuelve a mirarme a mí, y sale al fin.

— ¿El baño? —pregunta con voz ahogada.

—Esa puerta —digo señalando con el dedo.

Se dirige hacia el cuarto junto a la ventana del fondo, arrastrando los pies enfundados en sus calcetines escolares, con los brazos lánguidamente muertos a los lados. Empuja la puerta

entreabierta con un hombro y desaparece de mi vista sin molestarse en entornarla siquiera.

— ¿Crees que me ha visto la cara? —pregunta Jones en susurros vibratorios.

—Creo que ya sabe cómo eres, por la cara que puso cuando la agarraste en el viejo bar, ayer.

Y lo creo de verdad. El lugar estaba mal iluminado y todo eso, pero yo pude ver su cara pasar de una resignada indiferencia a un sobresaltado terror en ese momento.

—Una de dos, o no le importa o no se acuerda de ti, que no sería de extrañar con todo lo que ha pasado —concluyo.

—Aún así...

Y Jones se escabulle con su sobrenatural sigilo dentro del despacho de Hardy. A través de la rendija que deja al entrar veo a Hardy vegetando en su silla, los pies sobre la mesa, su cabeza torcida hacia atrás con los extraños pelos tiesos como púas de acero, y la boca abierta a todo lo que da, emitiendo un suave y constante zumbido ronco. Jones sale casi de inmediato, con la bufanda de Hardy enrollada alrededor de su cara. Los globos rojos son lo único que deja a la vista, y casi es tan horrendo así, por todo lo que deja a la imaginación, como sin taparse en absoluto. Pero le da un cierto toque cómico. Me quedo mirándole mientras cierra la puerta a sus espaldas. Me ve y hace un gesto con los brazos: “¿qué?”

—Estás ridículo —contesto a su muda pregunta.

La chica sale del servicio. Todavía suena la cisterna cuando se planta ante nosotros, apoyándose en la pared, cruzando las piernas. La puerta del servicio continúa totalmente abierta. Espero por nuestro bien que sólo hiciera aguas menores.

— ¿Quién cojones sois vosotros?

Su manera de preguntarlo, su lenguaje, su postura, todo ello me deja algo turbado, pero no me muestro impresionado ni por un segundo, y recostándome como puedo en la incómoda butaca para demostrárselo, le respondo tras coger aire sonoramente.

—Somos los tipos que tu padre ha contratado para salvarte la vida. ¿Crees que deberías permanecer de pie con esa herida en el muslo? —señalo con la mirada el vendaje que apenas se ve asomando bajo la falda.

— ¿Mi padre? —suelta una risa exagerada, echando la cabeza hacia atrás y todo, mostrándome todas sus encías—. Eso os ha dicho, ¿eh?

Se mueve el pelo para cubrirse un poco mejor la cicatriz de la ceja. Su mirada y su media sonrisa parecen estar llamándome estúpido. Un cierto calor de vergüenza acude a mi cara sin motivo, pues no creo que yo tenga que saber si lo que se me cuenta es o no verdad; pero quizá sea por la manera de hablarme que tiene esta cría, sin respeto ninguno hacia quien es mucho mayor y le ha salvado la vida, por lo que me entra un enfurecido acaloramiento. Su sonrisa burlona se alarga cuando ve mi rostro enrojecer.

— ¿Tenéis un cigarrillo? —pregunta de repente borrando toda expresión de su rostro.

—Aquí ninguno fumamos —suelto sonriendo yo ahora, de manera forzada—. ¿No eres muy joven para fumar?

—Diecinueve años, ya para veinte. ¿No crearás por esta ridícula ropa que tengo catorce años? —se tira ligeramente de la camisa al decir esto, pero parece comprender algo mientras lo hace, pone en blanco los ojos durante un segundo, y sigue hablando con tono algo paternalista y condescendiente—. No soy su hija, no soy hija de nadie que yo sepa. Soy la que hace, más bien, de su mujer, ya me entiendes, ¿eh? —termina, enarcando las cejas hacia mí.

Un ligero removimiento de náusea me recorre el poco espíritu impresionable que me queda, pero no porque ella sea muy joven y el amo un sesentón, sino porque él es un jodido gordo reventón de mierda que se pasa cada minuto de su existencia sudando como un cerdo y convirtiendo todo el aire que le rodea en irrespirable con sus continuos efluvios. Imposible me

resulta de imaginar siquiera a tan diferentes criaturas compartiendo lecho, por así decirlo.

—Esta ropa es para uno de sus amigos mafiosos, al que quería, digamos, agasajar con un segmento de mi tiempo —sus palabras las acompaña de gestos de una de sus pequeñas manos, y su voz se ha teñido de un histriónico tono, riéndose de mi evidente turbación, como tomándome por un mojigato—. Así que, en cierto modo, ninguna de mis heridas es tan mala como el resto de la vida de que hago gala normalmente, no te preocupes por ellas; fumo lo que me da la gana porque me suelo meter cosas peores en la boca, y no necesitas tratarme como una cría porque ya tengo edad e historial suficiente para que se me considere una mujer, digo yo, ¿no?

Por un momento me quedo de verdad sin saber qué decir. Miro a Jones, me devuelve la mirada. Casi me entran ganas de reír, al ver sus enloquecedores ojos. Parece una marioneta de la tele. Vuelve a hacerme el gesto de “¿qué?”.

— ¿Qué le pasa a ese? ¿Es un retrasado o algo así?

Me pongo en pie de un salto. Jones me pone su enorme mano, sin clavarme las uñas, en el pecho.

—Oye te estás pasando. No serás una cría pero buena falta hace que te crucen la cara.

—Nasser. —Jones me interrumpe con un gruñido grave que ahoga mi voz—. Da igual, déjalo.

— ¡Oh! —exclama ella afectando sorprenderse—. Ya me parecía que no lo había soñado: la cosa habla —suelto algunos improperios descalificativos sujetado por Jones mientras ella sigue hablando—. No es necesario que se tape, ya he visto su cara y no creo que pueda olvidarla nunca. Así que dejadme ver, “porfi”.

Junta las manos como implorando, la muy perra, con su tonillo burlón de niña buena. Todo por tomarla por una cría, pero, ¿yo qué sabía? ¡Dios, como me gustaría darle una hostia!

—De eso nada —le espeto.

—No, da igual —dice Jones, y se quita la bufanda.

No es lo mismo ver ese rostro de pesadilla en la penumbra que a plena luz del día, aunque sea luz de un día lluvioso como este. Pero la chica soporta bien la impresión, no sé si porque ya lo había visto o porque tiene coraje. Se espanta un momento, llevándose las manos al pecho y abriendo mucho los ojos, pero mantiene la calma mucho mejor de lo que yo lo hice cuando me enfrenté hace años, ya sereno, a la cara del pequeño ser que había recogido en la calle la noche anterior. ¡Joder, qué espanto! El caso es que se sobrepone de manera ejemplar, disimulando bastante bien su horror.

—P—pero —empieza a decir, tartamudeando de miedo sin querer—, ¿qué es, una enfermedad?

—Oye —suelto rabioso—, o lo dejas o te salto los dientes.

—No, Nass, déjala en paz de una vez, que lo asimile. —Jones clava su mirada en mis ojos—. Para ti tampoco fue fácil, ¿recuerdas? Ni siquiera ahora lo es...

Me siento en la butaca de nuevo, rendido. Si él quiere que se le rían en la cara es asunto suyo. Jones se acerca a ella, que pierde un poco el control y se apretuja contra la pared inconscientemente.

—Tienes miedo, pero he visto a hombres casi tan grandes como yo correr espantados ante mi simple visión. —Jones estira uno de sus largos dedos huesudos, señalándola, con su afilada pezuña a escasamente un centímetro de su nariz—. Tú eres distinta.

—He visto cosas muy jodidas —responde con voz segura, algo desafiante, pero temblando al tenerle tan cerca—. ¡Joder, eres real! ¡Había oído historias de un detective acompañado de un monstruo, joder, cuentos como de cómic, hostia!

Jones se aparta y se apoya en la pared a su lado con toda naturalidad, sobre uno de sus codos, con su enorme puño sobre la sien, y me mira. Su brazo libre hace hacia mí un gesto como

diciendo “¿lo ves?, soy un monstruo”.

—Bueno, ya veo que te encuentras muy bien —continúo—, así que vamos a devolvarte cuanto antes a tu “papá”.

—Espera, Nass, está muerta de hambre —dice Jones.

—No, estoy bien —dice ella, haciéndose la dura.

—No, no lo estás. Estás muy débil, digas lo que digas. —Jones le habla en un tono francamente paternalista que nunca le había oído utilizar antes, ni siquiera conmigo cuando me regaña; por un momento se me pasa por la mente que le está tomando el pelo, pero lo más seguro es que lo haga sin querer—. A mí no se me puede mentir. Y, por suerte para ti, soy un mago en la cocina.

Jones empieza a hacer un sonido siseante acompañado de un gorgoteo renqueante. La joven se encoge de nuevo al oírlo, pero se relaja poco a poco al comprender que se está riendo. A mí me sorprende verle de repente de tan buen humor, y no quiero aguarle la fiesta, pero tengo que hacerlo. Cuanto antes se la devolvamos a su dueño, tanto mejor. Y además, me cae mal.

—Oye, Jones, ahora no. Ya le compraremos un bocadillo o algo, de camino.

—Nasser, a ti también te va ir de maravilla, que pareces un muerto viviente. ¡No admito discusión ninguna!

Esto último lo dice alzando su voz de una manera que no sé si es alegre o enfurecida, pero la chica y yo nos espantamos un poco. A mí no me quedan ganas de decir más.

Jones se ha pasado. Ha querido impresionar a nuestra “invitada” con un elaborado banquete mañanero, y no es de extrañar que ella no lleve aún ni la mitad comido, ya que para colmo no paran los dos de hablar. Jones hoy no come, se limita a contestar las ávidas preguntas que le hace, y él averigua a su vez cómo ha llegado ella a su situación. Me conozco bien la historia de Jones y la de ella me importa una mierda, así que, sin escuchar ni a uno ni a otro, jugueteo con lo que tengo en el plato, incapaz de ingerir nada, pensando en nada.

Esta cocina es más pequeña que la nuestra, más estrecha. Yo estoy sentado a la diminuta mesa con la chica a mi derecha, y Jones enfrente de mí, de espaldas a la puerta. La chica deja de parlotear y yo alzo la vista de mi plato porque me sorprende oírle callar, aunque lo agradezco. Jones se ha puesto de pie, tapando con toda su persona la angosta entrada.

—Cuidado.

Es cuanto le oigo decir, como si fuera una explicación, e inmediatamente, casi al mismo tiempo, una seca detonación por poco nos revienta los oídos a la chica y a mí. Todo el aire del estrecho piso es sacudido violentamente por la explosión, y, absurdamente, me imagino las moléculas de humedad suspendidas en él chocando y reventando unas contra otras. La chica se cae hacia atrás con silla y todo del susto, y yo hundo el rostro involuntariamente en la sabrosa comida que Jones me ha hecho. Me pitan los oídos, pero cuando Jones me habla le entiendo porque noto la vibración de sus palabras dentro de la cabeza.

—Pasa al despacho de Hardy, yo me encargo.

Con un ojo lleno del desayuno, veo por el otro cómo Jones casi desaparece de lo rápido que se mueve, quedando el polvo que se había esparcido sobre él abandonado a su propio peso, haciéndole un heroico efecto de estela al caer suavemente. Mientras veo esto, no dejo de coger sin cuidado ninguno a la chica por los hombros, tirar de ella hasta ponerla en pie y empujarla delante de mí. Justo al salir de la cocina me doy cuenta de lo que hago, que parece que la estoy usando de escudo humano, seré gilipueñas, así que la estrello violentamente contra la pared a mi derecha; miro a mi izquierda, donde está la entrada, veo la puerta reventada, un largo rastro de sangre que salpica horizontalmente la pared, destellos de disparos fuera; mi ojo derecho no deja de parpadear convulsivamente para sacudirse el alimento pegado. Alarmado, me vuelvo a mi derecha al notar

que tiran de la chica. Es mi tocayo, Hardy, quien me la arrebató, la mete en su despacho de un recio empujón y cierra tirando de tal manera del pomo que casi se queda con él en la mano. Me limpio la cara con la manga de la camisa. Hardy tiene el rostro más enrojecido que de costumbre y distorsionado por una mueca de miedo y diversión mezclados; sus cuatro pelos están de punta como de costumbre, pero dirigidos cada uno en distintas direcciones, parecen la corona del rey de un delirante imperio en decadencia. Acierto a entender vagamente lo que me dice.

— ¡Vaya un barrio para tener una consulta!

Y me enseña una escopeta recortada de dos cañones que empuña, que no sé dónde tendría escondida. Me pasa el enorme revólver a medida de Jones, que no puedo casi ni empuñar con ambas manos, pero que agarro con desesperación. Me lanzo hacia la entrada. Apoyado contra la pared, atisbo la escalera. Hardy se apostó al otro lado y me mira, esperando mi orden como si fuera un comando entrenado. Ya no hay destellos o sonido de disparos. Sólo algunas manchas de sangre en el suelo y un arma abandonada quedan como testimonio de la lucha de Jones. Me pregunto dónde están los cadáveres. Indico a Hardy que espere, y, con no poco miedo de recibir un tiro, me asomo cobardemente al hueco de la escalera.

En el suelo del vestíbulo hay dos malos, despatarrados uno sobre otro, totalmente sanguinolentos. A uno le falta la pierna derecha y no la veo desde aquí. Miro atrás y veo a Hardy hacer un innecesario giro alrededor de su eje vertical para pasar de su cobertura al lugar en que yo estaba. Su gastada bata blanca revolotea pesada alrededor de su también pesada figura. Se asoma a mirarme su rostro encendido y bonachón. Me entra la risa de pensar en que alguien tenga que verse disparado por él, un enorme querubín con escopeta. Le hago gesto de que se acerque tranquilo.

— ¿Y Jones? —viene protegiéndose la nariz del polvo con un extremo de su bata—. ¿A dónde ha ido?

—A saber —contesto encogiéndome de hombros—. Estará persiguiéndolos por la calles, como si estuviéramos en Halloween.

Hardy se ríe. Mira a su puerta reventada.

— ¿Y quién me paga esto? Joder...

— ¡Ahí va! ¡La chica! —exclamo recordando todo el zarandeo—. Como le haya pasado algo...

Oigo a Hardy murmurar algo que no entiendo mientras corro hacia el despacho. La puerta sigue cerrada. La abro de un patadón, dejando el cierre totalmente inútil, sin saber muy bien por qué.

— ¡¿Pero qué haces, imbécil?! —me grita Hardy, viéndome desde la entrada—. Este tío es tonto del culo...

Al entrar tan de sopetón, un puño pequeño pero firme me golpea en la castigada nariz. El dolor me para en seco. Caigo de rodillas, mis manos sueltan la pistola, cuyo cañón deforma el suelo de madera al caer, y me las llevo a la nariz, pero no llego a tocarla, sólo la envuelvo entre las palmas, y gimo. Gimo a pleno pulmón, pero el aire me pasa sin querer por la nariz y el dolor es mayor.

— ¡Perdón, perdón, perdón, pensé que eras uno de los otros, joder, perdona...!

La puta de ella suelta todo esto mientras se arrodilla conmigo, presta a aliviarme, queriendo ver los daños, pero riéndose. No tengo fuerzas para decirle ni hacerle nada. Hardy se acerca a nosotros y me palmea en el hombro.

—Te está bien, por gilipuertas.

Mi dolor se ha disipado lo suficiente para poder sentarme en la silla del despacho, que la chica me ha alcanzado. Parece sentirlo de verdad, pero su sonrisa no desaparece. Mi cabeza palpita de dolor al ritmo de mi pulso. Miro a la chica, que me sonrío y me intenta explicar lo del puñetazo,

mientras Hardy se pasea tras ella quejándose de las dos puertas rotas y el suelo agujereado. No escucho a ninguno, sólo pienso en los que entraron de esta manera en la consulta de Hardy, en qué pretendían y quienes podrían ser, mientras me froto la nariz con hielo envuelto en un trapo.

— ¡Vale ya, callaos los dos!

Hardy se calla, pero la chica deja de disculparse para reírse otra vez de mí. “Si no pertenecieras al amo ya te habría cruzado la cara siete veces”, le digo mentalmente.

—Te he juzgado mal, tío —dice con un júbilo fuera de lugar—. Eres muy gracioso.

Me pongo en pie de un salto. Ella retrocede al mismo tiempo, fingiendo estar asustada.

—Oye, esos tipos venían por ti, ¿te enteras? ¡Estamos así por tu culpa! ¡Tendríamos que dejar que se te llevaran y asunto arreglado! —le grito mientras avanzo hacia ella, pretendiendo asustarla de verdad, pero me responde haciendo ridículas poses de kung-fu, burlándose de mi furia. Me deja tan alucinado que me quedo quieto—. ¿Qué haces?

—Ella no es la causa, Nasser.

Jones ha vuelto. Nos mira desde el umbral del despacho. Está totalmente empapado en sangre, su chaleco y camisa son prácticamente del mismo color.

— ¿Qué dices? —digo aturdido.

— ¿Estás bien, Jones? —pregunta Hardy.

—Algunos han escapado, Nasser, pero cogí a uno, y aunque no quería hablar, le di motivos para hacerlo. Vinieron a matarnos. No sabían nada de la chica.

—A matarnos... —la incredulidad me deja en blanco—. ¿Quién les envió?

—Dijo que les envió el amo. Y luego se le cayó la cabeza porque le apreté demasiado el cuello, sin querer. —Jones se encoge de hombros—. Así que no me pudo dar más explicaciones.

—Eso no tiene sentido —suelta Hardy, que no deja de pasearse a un lado y a otro del no muy espacioso despacho—. Pero, ¿no es ésta su hija? ¿No dices que os mandó él ir a buscarla?

—Oye, calla un poco —le interrumpo, y me vuelvo hacia ella—. Tú, ¿le has hecho algo, para que quiera verte muerta?

Se pone repentinamente seria, un gesto de confusión y enojo. Se ofende. Abre la boca para contestar.

—Nasser —ruge Jones, haciéndonos dejar a todos nuestra verborrea—, no me escuchas. No sabían que ella estaba aquí, no sabían ni que existía. Venían a matarnos a ti y a mí. “El detective y su monstruo”, ha dicho.

— ¿Decía la verdad? —pregunto.

—El creía que la decía, al menos —me contesta.

Me quedo un momento pensando, mientras me pongo otra vez el hielo sobre la nariz con mucho cuidado. Le doy vueltas a lo ocurrido hasta ahora: el amo nos hace llamar a Jones y a mí, con un trabajito más de cazarrecompensas que de investigación; nos dice que un ex—sicario suyo se ha enfrentado a él, secuestrado a su hija y amenazado con matarla, y punto. No más explicaciones. La recuperamos (aunque no es su hija) y manda gente a matarnos sin darnos tiempo a devolvérsela. Sólo se me ocurre que quiere ahorrarse nuestra paga, pero el dinero no es problema para él, y además se arriesgaba a que sus mercenarios la mataran también a ella en su brutal asalto, después de tantas molestias. No, no tiene sentido.

— ¿Tú estás bien, Jones? —insiste Hardy, dejando de pasear y mirando a Jones con los brazos en jarras.

—Sí, abuelo, estoy de maravilla. —Jones tiene su mirada sin párpados fija en mí. Está esperando a ver qué es lo que hago ahora.

—Bueno, pues eso es lo importante. —Hardy se vuelve a la chica, que parece al fin consciente de lo insólito y peligroso de la situación—. ¿Y tú, hija, estás bien?

Ella asiente en silencio un momento. Luego se toca los puntos en la ceja y suelta un humilde y tímido “gracias”, al darse cuenta de que le habla el médico que la ha remendado durante su inconsciencia.

—Bueno, todos bien. Y tú tienes lo que te mereces —y me señala con un dedo acusador.

—Te pagaremos los daños, abuelo —ronronea Jones, posando sus pupilas elípticas sobre él un momento, para volver a clavarlas en mí—. ¿Qué hacemos, Nass?

—Joder, yo no creo que el amo nos quiera muertos —digo, pero miro interrogante a la chica, que es quien mejor le conoce de los presentes. Ella niega con la cabeza, sabedora de que busco su opinión—. Aquí pasa algo, pero no creo que se trate de traición. La llevaremos a su local. Seremos precavidos y veremos qué pasa.

—¿Qué? ¿Vais a entrar en el “Patente de Corso” con esta chica apaleada? ¿Queréis que os maten? —dice Hardy, preocupado.

—No —contesta Jones—, está cerrado al público. El amo dijo que no abriría hasta que llegáramos. Nos espera.

—Además, se ven por allí más chicas apaleadas de lo que crees —añado.

—¿Y yo qué hago? —pregunta, desamparado.

—Puedes ir limpiando esto, y, cuando la dejemos, volvemos y te ayudamos —le doy dos palmadas en un hombro, y me dirijo a las escaleras—. No creo que vuelvan después de cómo los ha espantado Jones, así que no tengas miedo.

Espero fuera, mirando desde la barandilla a los cadáveres del vestíbulo, que yacen en posturas imposibles, como si fueran de trapo. Jones se está lavando y cambiando de ropa, poniéndose algo de lo que tenía Hardy de su talla, para ocasiones en que Jones tuviera que pasar por aquí y lo necesitara.

A mí no me trata así, aunque tampoco quiero. Para Hardy, Jones sí que es como un hijo, aunque pase la mayor parte del tiempo conmigo, o quizá gracias a eso. Porque me pregunto si el insensato terror que a veces me ataca lo sentiría él también de tener que pasar tanto tiempo con Jones como yo, de ser testigo de sus masacres, de notar cómo ronda despierto en la oscuridad mientras uno intenta dormir. Es curioso que nunca haya hablado con Hardy sobre ese sentimiento. Al principio, claro, tuvimos toda clase de conversaciones sobre lo horrible del ser que acabábamos de apadrinar. Cosas como “joder, qué feo es”, “esa boca puede comerse un gato entero”, “la madre que lo parió, de dónde cojones ha salido este demonio”, estaban continuamente en nuestras bocas.

Con el tiempo, nos acostumbramos a él, y al ir creciendo, para no herir sus sentimientos, siempre hemos pasado por alto sus “peculiaridades”, lo cual no era difícil, pues su inteligencia y rápida madurez hacían muy fácil tratarle como a un igual. Receptivo y juicioso, era un ser humano precoz encerrado en un cuerpo de monstruo. Hardy y yo siempre hemos sido de la opinión de que se trataba de un hombre deforme, sin duda abandonado por sus progenitores. Pero también nos dimos cuenta de que sus rasgos físicos no parecían cosa del azar. Horribles, sí, y exagerados demencialmente, como sus sentidos, pero todos ellos enfocados hacia un objetivo que se adivinaba fácilmente: matar. “Como si fuera de una especie diferente de homínido”, había dicho Hardy en una ocasión, “un ser humano con otro tipo de evolución”.

Ahora, con los cadáveres pareciendo levitar hacia mí de tanto mirarlos, recuerdo de pronto esas viejas palabras, y me parece que dejo de respirar, que aguanto sin querer el aliento, imaginando a toda una familia de seres como Jones, vestidos padre y madre para ir a trabajar, y los niños para ir al colegio, sentados todos a la mesa de su cocina por la mañana, devorando vivos a los gatos de sus platos, arrancándoles las patas y colas sin más ayuda que la de sus afilados dientes.

Una presencia junto a mí, algo que me roza el codo, me hace pegar un salto. Suelto una especie de “¡uoh!” espantado, del susto. Es la chica.

—Joder, qué delicado lo tienes, hijo.

Su tono suena a disculpa, a pesar de su manera de expresarse, pero no impide que me cabree su presencia. No digo nada, sólo la miro airado mientras me aliso los lacios cabellos que rodean mi coronilla alopécica, un gesto que sin duda me hace parecer afeminado y cobarde, pero que no puedo evitar hacer cuando me pongo nervioso. Mierda.

Ella se apoya, como yo lo estaba hace un momento, sobre la barandilla.

—Oye, que no quería asustarte —me suelta como un reproche, mirándome de arriba a abajo—, fue sin querer.

—Ya, como lo de la nariz, ¿no? —le espeto, rígido de mala leche.

Ella sonrío ligeramente, y vuelve su mirada hacia los muertos del vestíbulo. Se gira y sus ojos recorren la sangre esparcida por paredes y suelo.

—Tu amigo es una máquina de matar.

Qué casualidad, como si me leyera la mente.

—Me cae bien, pero no tiene nada de normal.

Me quedo mirándola con los brazos en jarras, desafiándola a soltar más “perlas” sobre Jones.

—Pero, aunque él da miedo, lo que de verdad asusta es que tú seas su amigo, que trabajes con él.

Esa salida no me la esperaba, tengo que reconocerlo.

—Por lo que él me ha contado, tú y ese viejo habéis estado cuidándole y ocultándole del resto del mundo todos estos años. ¿Con qué propósito, si puede saberse? Criáis a esa trituradora viviente, le educáis, le enseñáis a comportarse como una persona, le enseñáis a usar armas de fuego, vais dejando que aprenda y empiece a apreciar el acto de matar gente... No esperarás que me crea que lo haces por su bien, ¿no?

—Oye, si insinúas que le utilizo para mi beneficio, te equivocas. Él se empeñó en...

—Sí, sí, ya lo sé —me ataja levantando una mano—. Ya me contó lo que le costó convencerte de que le dejaras trabajar contigo.

Se queda callada un momento, y yo también. Me mira, como estudiándome, y pone cara de saber algo que nadie más sabe.

—Dime —comienza—, si no come, ¿de qué se alimenta? Porque para él no hizo desayuno...

—Sí come —la interrumpo, enfurecido—, pero no como nosotros. Se alimenta muy de vez en cuando, y de comida normal, como tú y yo. Ni Hardy ni yo nos explicamos su metabolismo, pero así es.

La chica parece dar la conversación por terminada, satisfecha su mórbida curiosidad, supongo. Pero, mirando al suelo, empieza a decir más.

—Sabes, puede que os haya engañado, o que hasta se haya engañado a sí mismo, pero esto no va así. ¿No has notado cómo nos mira a todos? Parece que esté calculando el peso en carne de cada uno. Semejante bicho no subsiste comiendo tortitas de vez en cuando, al menos no por mucho tiempo. Dime, ¿cuándo comió por última vez?

Doy por supuesto que semejante impresión tiene que ser común en cualquiera que acabe de conocer a Jones, pero sus palabras despiertan mi imaginación. Veo una familia de seres como Jones, todos sentados a la mesa, desayunando. Mastican gatos vivos. Jones hace de padre. Me mira, y me dice en un gorjeo divertido: “Vuelve a la cama, ¿quieres?”

Dejamos solo a Hardy, que tiene mucho que limpiar, y, a bordo de mi viejo coche, viajamos, ni muy rápido ni muy despacio, a través de las húmedas venas del coloso en descomposición que es nuestra ciudad.

Sigue lloviendo lo bastante fuerte como para que las calles debieran estar desiertas; pero claro, hay que tener en cuenta la saturada población de personas sin techo, a los proxenetas que se pasean en coche mientras “sus chicas” permanecen faenando, y a toda clase de hijos de puta que no dejarían de joder la marrana ni durante un huracán.

Mientras conduzco, con Jones a mi lado y la chica tumbada detrás (“ponte cómoda, no te cortes”, me digo), un barroco escaparate de toda clase de situaciones se nos presenta en un “travelling” constante y uniforme, tanto en colores como en temática. Las peregrinaciones sin destino de los vagabundos, los altercados entre indeseables, las ventas de carne y sustancias de toda clase; una gran variedad de escenas entre las que parece, tristemente, no haber una profunda digresión. “La ciudad es un hervidero de mierda caliente”, podría bien ser el título común a toda la obra que se nos representa. Es un asco, sí, pero es mucho más asqueroso que gente como yo no pueda ganarse la vida en ningún otro lugar, porque un tipo como yo sólo es capaz de destacar entre la inmundicia; y en cualquier otro lugar, yo sería la inmundicia.

Jones se ha vuelto a tapar la cara con la bufanda de Hardy, pues el viejo abrigo marrón que cogió en la consulta no tiene el enorme cuello alto de su gabardina habitual, la que se le destrozó con los disparos. Mantener su rostro entre las sombras suele ser la artimaña que usamos para no espantar al personal; pero, de esta manera, aunque sus ojos son lo único que queda a la vista y le dan un ligero aspecto de caricatura, resulta este camuflaje mucho más turbador por lo que deja a la imaginación de quien lo mira. Su mirada eterna, sin párpados, elíptica y frenética, con ese brillo de cristal iridiscente, se me antoja, al verle observando con ellos el oscuro paisaje a nuestro alrededor, el de una criatura totalmente desconocida para mí, como si la cara bajo la bufanda pudiera ser totalmente distinta, aunque sé muy bien cómo es. Es absurdo, pero, al no ver el resto de los repulsivos rasgos de Jones, casi no le reconozco en aquellos ojos sin expresión. Mi mirada pasa de la carretera ante mí a su persona, y viceversa, durante varios minutos, hasta que parece darse cuenta de que le observo. Me mira, nuestras miradas se cruzan. No se la sostengo ni un segundo, pero él se me queda mirando un rato, sin decir nada. Noto como si las dos bolas rojas, cristalinas, estuvieran creciendo y creciendo, empiezo a notar el frío de su vidrio, como si me fueran a aplastar contra mi lado de la ventanilla. Por fin lo deja, y sigue mirando a la carretera, como yo. Ya no vuelvo a mirarle hasta que llegamos al “Patente de Corso”, el suntuoso local del amo.

No sé qué me pasa, parece como si la conversación mantenida con esa estúpida cría hubiera hecho que vea a Jones con otros ojos, y él se da cuenta, además. ¡Maldita sea, yo le conozco mejor que nadie, no tengo por qué sentirme así con él! ¿Que qué quiero decir con “así”? Ni yo mismo puedo responderme. Pero es la primera vez que me da su opinión alguien ajeno a mi estrecho círculo social, y la chica, con su análisis despreocupado y superficial de Jones y nuestra relación con él, parece haber hecho que dude de Jones y de mí mismo.

Por mucho que intente engañarme, Jones no es humano, aunque finja muy bien serlo, y hasta él mismo ha intentado convencerme de ello en innumerables ocasiones. En estas conversaciones, más habituales de lo que yo deseara, él siempre aludía a su extraño y poderoso físico; a sus rasgos dantescos; a sus mucho más sensibles y casi sobrenaturales sentidos; y sobre todo al total misterio, por mucho que hemos investigado y buscado durante años, sobre su origen. Aunque aceptara el hecho de que no es humano, se ha convertido irremediabilmente en mi amigo y protegido a lo largo de todo este tiempo, y eso nada va a cambiarlo.

Pero, ¿de verdad le he hecho tanto bien como él cree? Porque vivir una vida de incógnito es algo que destrozaría a cualquier ser humano, y yo pretendo que se comporte como un ser humano sin haber podido llevar una vida de humano normal. Como ella ha dicho, bien parece que lo haya criado y guardado para mí, como si hubiera estado diseñando un arma perfecta para mi propio y

laxo beneficio actual, como si quisiera ser el único mentor de una poderosa bestia amaestrada para actuar en un retorcido circo de pesadilla, esperando que el cruel espectáculo de masacres que ofrezco haga a mi público lanzarme unas cuantas monedas.

Abro la puerta del coche para descender, y el rugido de la lluvia en el exterior se me parece el aplauso de la morbosa audiencia afincada bajo una carpa.

—Vamos, baja —le ordeno a la chica antes de salir.

Ella se despereza, o finge hacerlo, se cubre los puntos de la ceja con el flequillo de su pelo morado mirándose en el retrovisor interior. Se toca la hinchazón de la boca con los dedos corazón e índice.

— ¿Y qué hago yo ahora con estos morros? —pregunta al aire, y sale.

Voy a salir, la puerta sigue abierta, pero me detengo. Vuelvo la cabeza. Los ojos de Jones, hinchados hasta el punto de parecer casi a punto de reventar, o me lo parece a mí por cómo sobresalen sobre la bufanda, están clavados en los míos. Sus pupilas elípticas están hartamente contraídas, casi son dos líneas verticales, sin curvatura ninguna. Jones suele dejar a sus ojos estudiar todo el rostro en su conjunto de aquél a quien se dirige al hablar, pero ahora sólo me mira a los ojos, como si intentara atravesarlos y llegar al cerebro.

— ¿Intentas leerme la mente? —pregunto, medio en broma, medio no sabiendo qué pasa.

—Si.

Es toda su respuesta. Casi parece que no ha dicho nada, de lo somera y leve que ha sido su pronunciación. Estoy a punto de ordenarle a gritos bajar del coche, cabreado no sé por qué. Me lo callo, pero no reprimo un

—No tiene ni puta gracia, Jones.

mientras bajo dando un portazo. Tengo que controlarme. Aquí algo pasa. A él últimamente le ocurre algo, y a mí, para ayudarlo, me da por pensar cosas raras. Y la tomo con él porque se da cuenta de que pienso cosas raras; aunque no lee el pensamiento, que yo sepa.

Jones sale parsimoniosamente del coche, surge desde el lado derecho como una enorme araña lo hace de su estrechísimo cubil. Inmediatamente, una cortina de agua empieza a resbalar por el borde del ala de su ancho sombrero. La lluvia gélida me castiga la calva. La chica, cruzada de brazos, los hombros encogidos, totalmente empapada, tiritando de frío, tiene que alzar la voz para hacerse oír.

— ¡Eh, que yo no llevo una gabardina, como VOSOTROS! ¿Vamos o qué?

La seguimos hasta la entrada principal. Intento abrir. Cerrada.

—Dijo el amo que estaría esperándonos —ruge Jones, impaciente.

—Eso si no ha cambiado de idea, visto lo visto —comento.

Las puertas, grandes como las de una iglesia, no tienen ventanas o cristales a través de los que podamos escudriñar. Jones me informa, sin embargo, usando sus avezados sentidos.

—Dentro hay gente, Nass.

— ¿Muchos?

—No, la verdad. No parece una emboscada, si es lo que te preocupa.

Mientras la chica me pregunta por qué Jones me llama Nass, si se supone que soy Elangel Pulois, yo me planteo si picar o no a la puerta, poniendo sobre aviso a quien esté dentro. El amo nos dijo que estaría cerrado al público, pero abiertas las puertas para cuando volviéramos. Ahora no sé qué pensar, después del brutal ataque de aquellos tipos... Jones está respondiendo a la chica por mí, al ver que yo no le hago caso.

—...y lo de Elangel Pulois es como un nombre artístico —le oigo concluir.

—Eso no es asunto suyo, Jones.

—Oye, no la tomes con él —me interrumpe ella—, que era por hablar de algo. Me llamo Violet, por cierto.

Me ofrece su pequeña y pálida mano. La miro, luego le miro al pelo morado.

—Te pega, desde luego —y no respondo a su gesto.

Sonríe; disfruta con mi rencor algo infantil, que me hace quedar como un idiota ante ella y Jones. Soy el niño caprichoso con el que han de cargar.

—Jones, como ya sabes —él sí le da su mano, ese huesudo manojito de largos dedos y afiladas uñas. Ella no se arredra lo más mínimo. Coge un dedo de Jones entre los suyos, tiernos y pequeños.

—Sí, como ya sé —vuelve a mirarme—. También sé de una entrada; no la del servicio, que pueden tenerla vigilada, sino de otra, totalmente secreta, excepto para el amo. Me quiere tanto que me confió su existencia y todo, por si algún día lo necesitaba.

—Adelante —digo fingiendo una sonrisa complaciente, y dándole pie a que nos guíe.

Sin decir más ni uno ni otro, nos lleva un par de manzanas más lejos. La lluvia nos castiga sin cesar un ápice durante todo el camino. Jones le ha dado su impermeable marrón a la chica, que lo lleva arrastrando como un cola de novia, de grande que le queda. Nos paramos junto a una tapa de alcantarilla, en la acera.

—¿Aquí? —pregunto como insultado, aunque no era esa mi intención, sino que he exclamado de sincero asombro.

—Tranquilo, señor marqués —me dice Violet, alzando la mirada hacia mí, pues se ha agachado junto a la tapa. La feroz lluvia ha hecho que se le abran un poco los puntos, y un hilo de sangre le rodea el ojo derecho—, que no es una alcantarilla de verdad.

—No lo digo por eso —voy a explicarle mi reacción, pero me detengo al ver que mete los dedos en los agujeros de la tapa e intenta tirar de ella—. ¿Qué haces? Necesitas una barra o algo para abrir eso.

—O alguien como yo.

Jones se arrodilla al lado de Violet, mete las largas y fuertes uñas del índice y el pulgar de su mano, y levanta la tapa sin esfuerzo.

—Ponga un Jones en su vida —bromea, riéndose con sus inquietantes gorgoteos.

Violet le mira por un momento con renovado espanto. “Eso es algo a lo que le costará acostumbrarse”, pienso, complacido de su debilidad.

—Eso que haces al reír es algo a lo que me costará acostumbrarme —le dice a Jones, de repente.

Me saca de quicio que tenga la madurez de confesarlo, y ni el agua helada que remoja mi coronilla pelada puede apagar el fuego de mi ira pueril, mientras espero a que ellos dos desciendan primero.

Coloco la tapa en la entrada, sobre mi cabeza. Tengo que usar las dos manos, así que pongo los dos pies en la escalinata y apoyo la espalda en la pared. La tapa es redonda, y aunque es casi imposible, me pillo un dedo no sé cómo.

—¡Joder! —exclamo en un susurro, conteniéndome.

—Nass, te he oído —me llega la voz de Jones desde unos metros más abajo, en la oscuridad del fondo—. ¿Qué pasa?

—Nada, que soy tonto.

Oigo vagamente la voz de Violet que dice algo mientras desciendo por la escalerilla metálica, algo resbaladiza. Cuando llego abajo, sin ver nada, palpando la fría pared del estrecho túnel, pregunto:

— ¿Qué decías, Violet?

—Nada, que eso ya lo sabíamos. Lo de que eres tonto.

—Oye —la ignoro, por ahora, un poco preocupado—, ¿no hay luz aquí abajo?

— ¿Te da miedo la oscuridad? —pregunta ella, divertida.

—Sí que hay —me contesta Jones, que es a quien yo preguntaba—. Hay unos fluorescentes en el techo, pero no hay ningún interruptor.

—Estará al final del túnel —dice Violet—. Es que esto es una salida secreta, no una entrada, en realidad.

—Da igual. Violet, dame la mano, y tú a ella Nass. Yo os guiaré. Esto no tiene bifurcaciones, por lo que veo.

Yo no hago caso, no sé ni a qué distancia está ella de mí. Noto que algo me toca el brazo derecho, lo recorre hasta el final, y allí una mano pequeña, fría y húmeda, agarra la mía. Tira de mí.

— ¿Es que tú ves en la oscuridad? —oigo que pregunta Violet.

—Para mí no hay oscuridad —contesta Jones con tono misterioso, haciéndose el interesante.

El sonido reverberante de su voz en el túnel me pone los pelos de punta. Involuntariamente, en un espasmo, mi mano aprisiona la de la chica. Me responde con tres cortos apretones, como intentando tranquilizarme. Soy el niño asustadizo con el que han de cargar.

— ¿Hay algo, Violet, que debemos saber? ¿Trampas, o algo por el estilo? —pregunta Jones.

—No, que yo sepa. Según me dijo él, no es más que un túnel para salir corriendo. Viene de su picadero particular. Tenéis que verlo. Le das a un botón y la cama se parte por la mitad y se recoge contra la pared a uno y otro lado, parece un transformer —ni Jones ni yo decimos nada—. ¿Sabéis lo que son los transformer, no?

—Los robots esos de juguete —tercia Jones—. Se convierten en cosas.

—Sí, esos, los de los dibujos animados...

Esto último lo ha dicho algo avergonzada, creo, y su voz ha hecho una rápida caída de volumen hasta el silencio.

Avanzamos callados. Un par de veces piso el abrigo que ella lleva arrastrando. Me suelta la mano un momento, oigo que recoge lo que le sobra, y me vuelve a dar la mano envuelta en el abrigo mojado.

Seguimos avanzando en la total oscuridad. Despacio. Jones tiene presente que no vemos nada y no quiere que tropecemos. Algunos minutos más tarde, que se me han hecho ridículamente largos, me sobresalta la voz de Jones, y vuelvo a apretujar sin querer la mano de Violet, además de darme todo el cuerpo una violenta sacudida de escalofrío, que ella ha tenido que notar.

—Ya veo la salida. Y la luz.

Los fluorescentes dan dos fogonazos, se quedan brillando brevemente en sus extremos con un color naranja oxidado, y finalmente nos inundan con todo su inesperado fulgor. Tengo los ojos entrecerrados, al igual que Violet, que mira al techo parpadeando. Jones está junto a un interruptor, encorvado exageradamente. El techo es demasiado bajo para él. Los tres seguimos cogidos de la mano como estúpidos. Soy el primero en soltarme. Al hacerlo, el tramo de abrigo que Violet tenía enrollado en el antebrazo cae ruidoso contra el suelo, con el peso de la lluvia absorbida. Algo de ese agua se escurre por el suelo.

—Parece mentira, ¿eh? Por dentro está seco —comenta ella.

Detrás de Jones hay otra escalera metálica. La entrada. Jones no espera, decide por su cuenta ser el primero en salir, para recibir él lo que esté esperando arriba. Se mete como puede en el estrecho túnel ascendente y le veo desaparecer. Violet se pone en mi línea de visión.

—Lo has pasado mal, ¿a que sí? —dice, sonriendo con afectada malicia pícara.

Sólo está actuando para molestarme, no parece tener algo contra mí, realmente; pero precisamente el hecho de que nada le haga inmutarse, de que todo le resbale y le haga gracia, es lo que más me jode.

En el fondo, si tuviera tiempo para pensarlo, me daría cuenta de que no somos tan distintos. Ella también ha tenido que hacerse a vivir entre indeseables, pero en vez de tomar la determinación de relacionarse lo menos posible con nadie, como yo he hecho, ella parece mostrarse abierta a todo el mundo con la actitud despreocupada de quien no espera nada de nadie y que tampoco da entender que se pueda esperar nada de ella. Sabiendo ambos que la gente es capaz de cualquier cosa, yo me he vuelto receloso e introspectivo, y ella indolente y socarrona.

Ante su nueva burla, yo empiezo a hacer mi ridículo gesto de alisarme inútilmente los pelos. Otra vez. Su sonrisa se ensancha al verme hacerlo.

— ¿Sabes que no pareces hecho para el trabajo que haces? —dice poniendo cara de compadecerse—. No parece que seas capaz de hacer daño ni a una mosca, tío. ¿Cómo te has arreglado durante tanto tiempo haciendo de detective?

Intento hacer ver que sus burlas no me afectan, controlando con gran esfuerzo la voz y mi postura. La miro a los ojos para contestarle.

—Oye, fuiste tú la que se molestó primero porque te juzgué por tu aspecto —desde lo alto del túnel vertical por el que subió Jones se oye un profundo sonido hidráulico. Está abriendo la escotilla de la cama-transformer—. Créeme, ojalá tuvieras razón y no pudiera hacer lo que hago. Pero, de hecho, batirme con mierda humana es lo único que sé hacer, lo único que he aprendido en toda mi vida.

Avanzo, pasando a su lado, hacia el túnel vertical. Me detengo, quedando hombro con hombro, de lo más chulo.

—Soy un auténtico psicópata, y no me gusta saberlo, ni mucho menos reconocerlo. No vuelvas a sacar el tema, anda.

Esperaba que se amedrentara un poco al oír mis palabras, pero lo único que hace es poner los ojos en blanco un momento, como diciendo: “sí, hombre, sí, lo que tú digas”. Pero al menos se calla. Me sigue subiendo por la escalerilla, sin molestarse en apagar las luces.

Una vez arriba, me encuentro en un dormitorio, como Violet había comentado. Un lugar decorado de manera excesivamente suntuosa y excesivamente coloreada en rojo, excesivamente... hortera. Parece la habitación de un prostíbulo, lo que me permite hacerme una idea de lo que es pasar un rato íntimo con una mujer para el amo. Estamos a oscuras, salvo por algo de luz que llega desde el otro lado de un largo ventanal que hay enfrente de la cama. Jones está de pie, quieto, mirando a través de ello al exterior, que es el interior de la enorme discoteca. Las luces del piso de arriba, donde estamos nosotros, están también apagadas; la luz viene de la planta baja, de la pista de baile.

—Esta cosa hace tanto ruido al abrirse que no sé cómo no nos han oído —digo, acercándome al ventanal, poniéndome al lado de Jones—. ¿Qué miras?

Ya lo veo. Los focos que rodean el extenso patio inferior iluminan un sofá rojo, en el que está sentada una mujer vestida por entero en látex de una sola pieza, del mismo color. Lo siguiente en lo que me fijo es que tiene un cuerpo a sus pies; un cuerpo enorme, sobrealimentado, de extremidades desproporcionadamente cortas para semejante masa; un cuerpo que ha empaldecido

desde la última vez que yo lo viera, y que ha perdido toda su dignidad, pues yace totalmente desnudo. Su cara está contra el suelo, pero el rastro de sangre seca que parece haberse derramado de su garganta no deja dudas de que está muerto. Es lo que queda del amo, el dueño de todo esto y de la chica a la que he estado aguantando.

Vuelvo a mirar a la mujer, sentada con la piernas cruzadas, mientras me pregunto, absurdamente, qué le pasa a todo el mundo con el color rojo en este sitio. Me fijo en que lo que yo creí que era un bastón, en el que la mujer apoya su mano derecha como sobre un cetro de monarca, es en realidad una espada en su funda. Una espada japonesa.

— ¿Alguna ex-novia despechada? —pregunta Jones, clavándome su mirada enloquecida.

Jones no ha tratado demasiado con la gente a lo largo de su vida, pero sí que ha visto mucha tele y toda clase de pasiones humanas durante nuestros casos, y no le resulta difícil juzgar a personas o situaciones usando la lógica. Pero su explicación me parece tan fácil que me cuesta creerlo. Y se lo digo.

—Me cuesta creerlo, pero, si te soy sincero, no se me ocurre otra cosa.

— ¿Qué pasa? —pregunta la chica, uniéndose a nosotros mientras se quita el abrigo marrón y se lo devuelve a Jones.

No le impido mirar, quiero que vea al muerto y que sienta derrumbarse su precario y grimoso estilo de vida, que se esfume toda sensación de estabilidad y seguridad, para ver aparecer a la niña temerosa que en realidad es.

Pero me llevo una gran decepción.

— ¡Eh, ese es él! —dice como si nada, pero sigue—. Reconocería ese enorme culo peludo a kilómetros. Algo me dice que estaba escrito que iba a morir así. Pobre imbécil.

Y ya está. Un leve tono de compasión por lo impúdico de la situación del muerto. Ni siquiera parece triste, no está fingiendo que no le importa. ¡Es que no le importa! Sin pararse ni a pensarlo, Violet se vuelve hacia mí, me pone una mano en el hombro y me suelta:

—Lo siento, ahora no creo que os pague nadie. Tanto trabajo para nada.

Y me dedica una ligera sonrisa y un encogimiento de hombros. “La vida es así”, parece decir.

—Ven —la cojo de la muñeca y tiro sin cuidado de ella—, vamos a averiguar qué ha pasado aquí, que me da a mí que esto es culpa tuya.

— ¿Mía? ¡Pero si no conozco de nada a esa tía! ¡Oye, oye, con cuidado, señor “psicópata”!

Pero deja que la lleve sin resistirse. Camina detrás de mí a la velocidad que yo la llevo, no hace ademán de soltarse, y no pierde su sonrisa, aunque yo la miro acusador mientras salimos del cuarto, recorremos un largo trecho entre las mesas del primer piso, y bajamos raudos las escaleras de caracol. En los dos últimos escalones doy un traspie, y estoy a punto de dar con los dientes en el suelo. Violet me agarra firmemente, me clava los pequeños dedos y algunas uñas a lo largo de mi brazo derecho, y me salva del ridículo golpe, quedando yo con una rodilla hincada en el suelo. Violet, arrastrada por mi peso, ha tenido que saltar para no caer a su vez, con lo cual acaba ante mi postrada persona.

—Es un poco pronto para pedirme en matrimonio, hombre —la miro. Sus dientes blancos se me presentan como en un anuncio de dentífrico—. ¿Te parece este el mejor momento, además?

Y me ayuda a incorporarme. Mientras lo hace, le doy un par de palmadas en el antebrazo como agradecimiento, de una manera cordial y sincera, pues sentí que la hostia iba a ser buena.

—Muy graciosa.

Es cuanto le digo, pero es evidente el alivio y reconocimiento en mi voz, y su eterna sonrisa se amplía todavía más. Al verla feliz y orgullosa de su providencial acto de auxilio, me entra un estúpido sentimiento de camaradería hacia ella, como el que siento por Hardy y por Jones, mis

únicos amigos. Me percato de que seguramente estoy malinterpretando sus bromas y constante ligereza; me doy cuenta de que, si puedo fiarme de sus gestos, que parecen naturales, y su inalterable serenidad durante nuestro corto periodo como compañeros en este extraño viaje, puedo hacer el balance de que es una persona noble y equilibrada. Lo cual, viviendo en el mundo en que vive, es algo tan extraño de encontrar que da casi tanto miedo como las peculiaridades de Jones.

— ¿Quién cojones sois vosotros? —nos volvemos hacia la mujer, que, sin moverse del enorme sofá, se nos dirige con un tono acerado—. ¡Ah, ya sé! Sois el detective y la zorrilla del gordo. ¿Y dónde está ese monstruo del que todos hablan?

Miro hacia arriba, hacia donde está la habitación de la que salimos. Desde fuera, la gran ventana es un espejo. Miro detrás de mí. Jones no ha salido tras nosotros. Me pregunto si nos observa desde allí arriba.

—Nos conoces. ¿Tú quién eres? ¿Por qué lo has matado? —y señalo el feo cuerpo, desparramada toda su inerte humanidad sobre el suelo.

—Él ya no es el amo. Llevaba tiempo sin serlo, aunque se resistía a reconocerlo —nos explica, hablando lentamente, como saboreando las palabras. Parece creer que alguno de nosotros lo echamos en falta. No es así—. Hasta algunos de sus hombres de confianza, como el que te raptó a ti el otro día —señala a Violet con una leve inclinación de cabeza—, intentaron hacerle entrar en razón por la fuerza. Pero fue inútil. Contrató al detective y su monstruo, y los mataron a todos; y mi jefe, el verdadero amo, perdió a sus nuevos aliados. Vuestro añorado y gordo amigo me dijo dónde podríamos encontraros, y mi jefe envió a los hombres que os atacaron.

— ¿Tu jefe? ¿Quién es? ¿Por qué quiere matarnos? —pregunto tranquilamente, como si no me preocupara lo más mínimo. Mentira, me preocupa. Y mucho.

—Toyosu Mitsune, él es el nuevo amo. El líder de la mafia japonesa, que llevaba tiempo rivalizando con el gordo. Pero se terminó.

La mujer se pone en pie. Unos cuantos hombres trajeados, que habían estado aguardando en las sombras, más allá de la pista de baile iluminada, empiezan a acercárenos. Nos rodean a la mujer de la espada, al cadáver del amo, a la chica y a mí, pero sólo harán daño a dos de todos nosotros, de eso no hay duda. Me pregunto a qué estará esperando Jones. Los hombres no empuñan ninguna clase de arma, pero, advirtiendo que la mayoría de ellos son japoneses, llego a la conclusión de que no las deben necesitar. Seguro que llevan cuchillos cortos, de esos con los que se cortan los dedos cuando alguno la caga. Me acojono, y no poco.

—Oye, nosotros no te hemos hecho nada. Ni a ti, ni al Toyota ese —digo balbuceando, extendiendo un brazo instintivamente para proteger a Violet.

— ¡Silencio!

La mujer vestida de látex rojo, que, curiosamente, no tiene nada de japonesa, me golpea en la nariz con la funda de su katana. Inmediatamente, mientras caigo arrodillado por el dolor (otra vez), noto fluir de ella la sangre caliente. El modo en que aúllo, como un perro hambriento y apaleado, mientras me tapo la nariz con miedo de tocarla (otra vez), parece hacer a Violet compadecerse de mí, que sabe de primera mano lo que ha estado padeciendo mi maltrecho apéndice nasal, y me coge de los hombros como para consolarme. Oigo las risas de algunos de los esbirros, se ríen de mi dolor. Me miro las manos, impregnadas de sangre, y un estupor frío me inunda.

— ¡Eh, déjalo en paz!

Violet me suelta y se acerca a la mujer, dispuesta a darle un puñetazo. Su puño no llega a su destino, la zorra de la katana le propina una fuerte patada en el pecho. Violet cae al suelo, junto a mí. Se frota el seno izquierdo, pero no se queja, sólo aprieta los dientes, y me dirige una mirada en silencio. “Lo intenté”, parece que dice.

—Vais a sufrir —dice la zorra en látex—. Por meteros donde no os llaman. Por resistiros a

morir. Porque no sois nadie.

Dicho esto último, desenvaina la espada, tira la funda lejos con un teatrero ademán, clava su mirada en mí, sentenciosa. Ejecuta un mandoble vertical.

Estoy saboreando la sangre cálida que pasa entre mis dientes, se mezcla con mi ya de por sí sucia saliva. La ira que el renovado dolor ha encendido en mí me hace reaccionar a la velocidad del rayo, no me da tiempo ni a pensar lo que hago. No sé cómo, esquivo la hoja de la katana, me pongo al lado de su dueña, hago estamparse mi codo derecho contra sus morros pintados de voluptuoso rojo, que sueltan una exclamación de dolor y sorpresa; cae contra el sofá, hundiéndose en él con la fuerza de la caída, pero no espero a que reaccione, mi furia es ciega y sólo puedo observar impotente mientras mi cuerpo empieza a darle puñetazos en la cara sin ton ni son, su cabeza rebotando en el acolchado del sillón, sus cabellos negros agitándose indecisos a uno y otro lado.

Menos mal que alguien, uno de sus compañeros, se arroja contra mí y caemos los dos al suelo, salvándola de quedar tonta con los golpes. El tipo, encima de mí, me asfixia con una mano y me sacude en el estómago con la otra. Pero no siento los golpes, sólo noto el zumbido del constante e intenso dolor del centro de mi cara, que parece una bombilla de alarma encendida que nadie es capaz de desconectar. El tipo es uno de los japoneses, y tiene los ojos pequeños, pero eso no impide que yo hunda mi pulgar en uno de ellos, destrozándoselo, arrasándoselo, empujando la gelatina hacia el interior de su calavera. El tipo chilla; chilla como una niña, un gritito agudo y lastimero, patético, y yo pienso: “¿no os hacía gracia cómo gritaba por mi nariz? Reíd ahora, reíd hijoputas”. El tipo, como es lógico, afloja la tenaza de mi cuello, y puedo quitármelo de encima sin esfuerzo, dejándole retorcerse en el suelo.

Me levanto, y compruebo que Violet me ha sustituido en el trabajo de apalear a la zorra en el sillón; le está dando puñetazos con su mano derecha, mientras que su víctima no acierta más que a agarrar y tirar de su teñido cabello, sin mucho efecto. Más allá de ellas, veo que uno de los tipos está sacando una pistola de la pechera de su traje, pero su cabeza revienta antes de terminar de hacerlo, y cae al suelo con la culata del arma asomando, al igual que su cerebro. Ha sido Jones.

Otro sí llega a disparar; su objetivo es Violet, en un intento de rescatar a su “jefa”, pero el disparo yerra y acaba en uno de los brazos del enorme sillón. Mientras da unos pasos hacia las chicas, esperando afinar su puntería, yo recojo del suelo la katana y le amputo el brazo con que sostiene el arma a la altura del codo. Oigo más disparos a mi espalda, mientras tanto; Jones me cubre desde el piso de arriba, entre las sombras, y algunos matones disparan a ciegas contra la oscuridad. Yo remato de varios golpes de espada al hombre sin brazo, mientras la zorra en látex consigue al fin zafarse de Violet, ponerse en pie sin que ésta deje de golpearla, y finalmente derrotarla de una patada giratoria en el estómago. Violet se encoge de rodillas en el suelo, abrazándose las tripas, sin aliento. La zorra en látex alza la mirada hacia la oscuridad.

— ¡Que alguien encienda las luces de allí arriba! —grita con voz quebrada—. ¡Subid ahí y matad a ese cerdo!

Yo, que ya he terminado con el mío, miro a la mujer. Su pintalabios rojo se confunde con toda la sangre que le mancha los dientes y las mejillas, y también tiene un ojo enrojecido, pero no sé si se lo puso así Violet o fui yo mismo.

Se fija en mí, en la katana que no suelto. Me ofrece una sonrisa sádica, y se me parece una vampiresa hambrienta que nunca se sacia por mucha sangre que beba. Yo, por mi parte, me imagino que, pálido como soy y con mi nariz convertida en un hinchado bulto morado y supurante, le debo parecer una especie de triste e infernal payaso dibujado por un niño que tiene muchas pesadillas. La muy perra se inclina amenazante y sus manos me hacen gesto de que me acerque.

— ¡Vamos! —susurra y ruge al mismo tiempo, casi parece el bufido de una leona, pero lo oigo bien a pesar del jaleo en el piso de arriba, donde Jones masacra a sus compañeros, subordinados o

lo que sean—. Veamos si tienes huevos para usar eso, detective. ¡Vamos, ven!

Escupo un salivazo de la sangre con sabor a mucosidad que he estado sorbiendo involuntariamente en mi agitada respiración. Ella hace lo mismo con la sangre que sale de sus encías machacadas.

Parece que la muy perra se cree muy dura por poder con una chica a la que le saca una cabeza. Y no puedo olvidar lo de la nariz, más que nada porque me palpita como un segundo corazón y las sacudidas me atraviesan el cerebro como agujas de hacer calceta. Así que me lanzo contra ella blandiendo la espada, sin pensar ni un momento en lo injusto del enfrentamiento.

Pero me evita, mi ataque corta el aire, me bloquea las manos con una llave; me da un cabezazo de lo más certero, no lo dudo, porque me impacta de pleno en la nariz y, sin dar tiempo a que la espada, escurrida de entre mis manos, toque el suelo, sorprende aún más mis sentidos con un potente rodillazo en los genitales.

Todo esto es demasiado para mí, caigo de costado, abrumado, paralizado por el dolor, pero no me da cuartel, y despliega sobre mí toda una serie de pisotones y patadas, la mayoría dirigidas a la cabeza con la aviesa intención, digo yo, de acabar de destrozarme la nariz. Grita y ríe, desatada y victoriosa, yo me cubro como puedo, una mano en la cara, la otra entre las piernas.

De repente paran las patadas, y las risas de la zorra en látex se transmutan en un aullido rabioso. Mis ojos, vidriosos por las lágrimas de dolor, ven que Violet ha cogido la katana y ha atravesado a la zorra por la espalda; la hoja asoma por su vientre prácticamente limpia gracias al látex que recubre su cuerpo, pero no permanece mucho ahí. Violet tira de la espada violentamente y, en un movimiento algo torpe pero fluido, la hace girar alrededor de su cabeza y la hunde en el cuello de la mujer, quedando su estridente grito cortado en seco. No la decapita, la espada se queda a medio camino; Violet suelta la espada al notar que la mujer da dos pasos a un lado, como siguiendo la inercia del golpe recibido, y por fin cae de costado, emitiendo un ruido ronco y húmedo, haciendo su garganta gárgaras con la sangre.

Me incorporo sin dejar de mirarla, un poco temeroso de que se levante, con espada en el cuello y todo. He de reconocer que sí que era dura, sí.

Violet parece un poco estupefacta, no sé si asustada por lo que acaba de hacer o simplemente exhausta por el loco combate. Yo la miro, mientras me limpio la sangre que me brota de la nariz con la manga de mi gabardina. Como es impermeable, la líquida emanación se escurre por el tejido y cae al suelo haciendo un ruidito como de tamborileo en el sobresuelo de plástico blanco.

—¿Estás bien? —le pregunto con ahogada voz.

—¿Que si estoy yo bien? —me mira como si estuviera loco, medio riéndose, como siempre—. ¿Pero tú te has visto?

—La has matado —digo cabeceando hacia la zorra muerta—. Creí que te había dado un patatús de la impresión.

—Pues no, no —parece confundida, como si ni siquiera se le hubiera ocurrido—. Nunca había matado a nadie, pero no ha sido para tanto como se dice por ahí. Esa puta lo tenía bien ganado. ¿Puedes explicarme a qué venía tanta mala leche? ¿Qué les hiciste?

—Joder, nada. Supongo que querían resolver los cabos sueltos que dejó él —contesto, dejándome caer otra vez hasta quedar sentado en el suelo, y señalando al cuerpo sin vida del amo—. Se enterarían de que nos había contratado para rescatarte y nos querrían muertos por si tomábamos represalias, ¡o yo qué sé! Lo que pasa es que a mí me importa una mierda que esté muerto, ¡lo único que quiero es que dejéis todos de TOCAR MI PUTA NARIZ!

Y para decir esto último levanto exageradamente la voz, un aullido desesperado mezclado con un resignado sollozo, escupiendo sangre y saliva que soy incapaz de tragar.

Jones, que parece haber terminado con lo suyo en el piso de arriba, está bajando como puede la

estrechísima escalera de caracol que nosotros mismos hemos usado poco antes, y hace su espeluznante siseo y gorgoteo espasmódico, riéndose de mí, mientras se nos acerca.

— ¿Y tú qué? —le pregunto mezquinamente acusador—. ¿No decías que no era una emboscada, que había poca gente? ¡Mira cómo estamos, que casi nos matan!

— ¡Y yo qué sabía! —Jones se encoge de hombros y me enseña las palmas ensangrentadas de sus manos, disculpándose—. Sólo noté el movimiento de cuatro o cinco personas, como mucho, y supuse que serían el amo y sus guardaespaldas. ¿Qué culpa tengo si se estaban muy quietecitos? Además, de cinco a ocho, que son los que había, no hay tanta diferencia. Vosotros os encargasteis de tres, el resto vinieron a por mí, ¿qué más quieres?

Me quedo mirándole paralizado un momento, sin saber qué decir del cabreo que tengo. Finalmente me echo las manos a la cara, tumbándome, mientras grito de nuevo

— ¡LO ÚNICO QUE QUIERO ES QUE DEJEN DE TOCARME LA PUTA NARIZ!

con Violet coreándome las tres últimas palabras. Qué gracia le hace todo.

Tan pronto como el dolor me lo ha permitido, desde el Patente de Corso he llamado a Hardy para que vaya hasta mi casa-despacho y me espere allí para arreglar lo poco que me queda de cara, me he hecho con la pistola del tipo al que le corté el brazo, he engullido sin interrupción ninguna tres tragos largos del mejor whisky que encontré tras una de las barras, y hemos salido de allí por la puerta principal, cerca de donde habíamos aparcado.

La sangre empieza a secarse, ya no necesito usar los trozos de papel higiénico que Violet me trajo de los servicios, pero el dolor es de tal magnitud que no puedo ni llegar al coche sin ayuda de Jones. Los ojos no me dejan de llorar por una continua sensación de picor o escozor que me sube desde el tabique nasal. Le digo a Jones que se detenga, pues me intenta hacer entrar en el asiento del conductor.

—No, no —balbuceo con una voz irreconocible para mí—, no puedo. Échame atrás, me duele demasiado para conducir.

—Yo no puedo, Nass, ni aunque eche del todo hacia atrás el asiento. Casi no entro ni de pasajero. Además, hace mucho tiempo que no conduzco, desde que me hice demasiado grande, ¿cuando cumplí los siete años o así, sería?

—Violet —llamo, y mi voz parece una súplica mientras Jones me deja tumbado suavemente en el asiento trasero.

Ella aparece desde un lado detrás de él, y se acerca a mí, apoyándose con las manos sobre el asiento, cuando él se retira.

—Toma, llévalo tú.

Del bolsillo de mis pantalones saco las llaves y se las alcanzo a tientas. Su pequeña mano choca con la mía y me las arrebató.

—Bueno, vale, pero no sé adonde vamos, ¿eh?

—Yo te iré indicando —oigo gruñir a Jones, fuera del coche—. Pero no me hagáis conducir porque no lo soporto.

Tengo los ojos cerrados, tumbado, con las piernas flexionadas. Oigo entrar a uno y a otro en el coche. Violet arranca, siento el coche dar marcha atrás un momento, luego hacia adelante, y nos incorporamos a la circulación, creo.

Intento hacer que el dolor desaparezca, concentrándome en plan meditación, pero no me sale. Consigo el efecto contrario y todo parece desaparecer, menos el dolor, que se intensifica. Noto como si tuviera una bola de plomo que se bambolea ligeramente delante de la cara, unida a mí por una fina tira de piel que siento estirada y sobrecargada. Abro un momento los ojos, intentando

distraerme del dolor, tras comprobar que mi imaginación lo torna peor.

Veo el cogote coronado por la gruesa ala del sombrero de Jones, en la base de la cual se esconden las afiladas puntas de sus orejas. Del otro asiento veo una parte de la espalda de Violet y de sus cabellos morados.

Mi mente me la juega, vulnerada por el dolor quizá. Pienso en Jones, el monstruo que lleva toda la vida luchando contra su naturaleza, pero que ha tenido que aprender a soportar la naturaleza igualmente monstruosa de todos los demás sin dejar a la suya imponerse arbitrariamente, como debería ser. Pienso en Violet, la chica de tan sólo diecinueve años que, desde vaya uno a saber cuándo, ha visto postrada sin remedio su naturaleza tierna y hermosa ante los mismos monstruos que Jones no puede masacrar.

Pienso en por qué no se lo permito. Por qué no dejo que Jones mate a todos. Por qué no los mato yo a todos, y luego me mato a mí.

Pienso en la guerra de hace tantos años; me veo repartiendo sufrimiento y miedo, pero no tengo mi cara, ni tampoco mis compañeros la suya. Todos tenemos el rostro de Jones, y en los brillantes cristales rojos de nuestros ojos se refleja el fuego y la carne mezclados, indivisibles, de nuestras víctimas.

Este mundo es el infierno, y la gente como yo los operarios de las máquinas de tortura.

Me revuelvo en el asiento. La nariz me palpita y me pesa, y los ojos me lloran, pero ya no es por el dolor.

—Thomas, despierta.

Abro los ojos. El rostro de Violet, irremediamente dulce a pesar de su expresión de cierta alarma y preocupación, me contempla desde arriba. Ha abierto la puerta de atrás, su mano está apoyada en mi hombro y me zarandea un poco. Detrás de ella veo a Hardy y a Jones ante el portal de nuestra casa. Ha dejado de llover, pero el cielo sigue igual de oscuro.

—Venga, hombre, levanta —me dice con toda la suavidad con que se trata a un paciente postrado y terminal—. Vamos, que te ayudo.

Me pasa las manos por debajo de mis brazos lánguidos. Mi sueño no ha podido ser muy largo, de unos cuantos minutos como mucho, pero me despierto confuso y aturdido como si lo hiciera en otra época, varios siglos después.

—¿Qué pasa? —pregunto murmurando, sin referirme a nada en concreto.

—Vuestra casa. La han reventado los que nos atacaron donde el médico. Se lo han dicho a él vuestros vecinos.

Consigo salir y ponerme en pie. Violet ha metido su cabeza por debajo de mi brazo izquierdo para llevarme hasta el portal, ya que parece que no mantengo bien el equilibrio.

—¿Qué pasa? —vuelvo a preguntar, con la mente y la vista obnubiladas, ya lo bastante cerca de mis amigos, creo, como para que me escuchen.

—Aquellos cabrones estuvieron aquí antes que en mi consulta —contesta Hardy—. Tienes la puerta reventada con un explosivo, como la mía. Tus vecinos no han llamado a la policía por miedo. Tampoco iba a servir de mucho...

—No sé si es seguro que nos quedemos —oigo que dice Jones, aunque ya no le veo porque he cerrado los ojos. Me quedo de pie sujeto por Violet, francamente abandonado a su cuidado—. Podrían volver a buscarnos, sobre todo después de lo que pasó en el local del amo...

—Sí, ¿y qué hacemos con él? —Violet se refiere a mí, supongo. Me entenece la preocupación de su voz—. Mirad como está. Parece que esté muriéndose de pie.

Creo que sonrío al oír esto, pero no estoy seguro de si controlo todavía los músculos de la cara.

—Más bien parece que ya esté muerto —dice Hardy, también preocupado—. No, tengo que intentar arreglar eso cuanto antes. Subamos.

Noto los largos y huesudos dedos de Jones envolverme. Su incómodo abrazo me alza. A ciegas, un leve sentimiento de vértigo me envuelve. Creo que me está subiendo hasta nuestro piso. Oigo los pasos pesados y algo irregulares de Hardy, y el característico sonido de los mocasines negros que lleva Violet, ambos castigando los sufridos escalones de vieja madera. Jones, pese a sus enormes botas, apenas parece pisar el suelo, ni aun llevándome en brazos.

Mi cabeza reposa en su huesudo hombro. Su corazón no está cerca, pues lo tiene justo en el centro de su pecho, pero noto los latidos, potentes y demasiado pausados, transmitidos a través de sus huesos contra mi cráneo. Las sacudidas resultan tranquilizadoras, agradables. Quizá me siento tan seguro que me abandono por eso otra vez al mismo sueño inconsciente de hace unos minutos.

¿DÓNDE ESTÁ JONES?

Me despierto en mi cama. Me han quitado la camisa, me han dejado sólo con los pantalones y descalzo. Me duele mucho la cabeza. Mi mano derecha se me dirige a la cara. Tengo la nariz como enyesada o algo así, qué sabré yo de estas cosas. La puerta de mi cuarto está cerrada. No oigo nada. Parece que no hubiera nadie en casa.

Me levanto; la cabeza me da vueltas pero no me detengo hasta llegar al baño. Abro el grifo y bebo agua recogiendo con la palma de la mano, muy despacio. Tiene un sabor metálico y desagradable, pero debe ser cosa mía, el agua estaba bien la última vez que la probé.

Alzo la mirada. Veo una caricatura de Thomas Nasser, un hombrecillo más pálido de lo normal, los escasos cabellos enredados unos con otros y pegados alrededor de la cabeza. La cara parece hundirse en el centro, donde debería estar la nariz, pero debe ser un efecto óptico por todo lo negro que rodea la escayola blanca, que guarda lo que bien sea que quede de mi nariz. Lo negro se extiende hasta debajo de los ojos, y estos tienen sus venillas hinchadas, lo blanco enrojecido, el iris, normalmente marrón, demasiado oscurecido. Los ojos de otra persona. No me reconozco, ni en el espejo, por lo deteriorado, ni en mi alma, que no siente nada, no tengo ni preocupación ni voluntad.

El agua insípida sólo me ha empeorado el mal sabor de boca que tengo, así que decido salir hasta la cocina a por mi querido whisky, con el que espero recuperar el tren de la vida, volver a hacer entrar en mi cuerpo mi espíritu, que no sé dónde estará ahora mismo.

Al abrir la puerta de mi cuarto, miro hacia la derecha, hacia el sillón de Jones. Él no está; en su lugar está Violet, que me mira tan fijamente como lo haría el propio Jones. Ya no lleva el ridículo y sucio trajecillo de colegiala. Su ropa es nueva: una camiseta negra con un dibujo de una telaraña en el hombro izquierdo, una minifalda vaquera bajo la que viste un calentador o legging corto también negro, zapatillas de deporte blancas, y un par de mitones negros. Lo curioso de la ropa, su pelo morado desvaído y lo desproporcionado del sillón, que está adaptado al tamaño de Jones, hacen que parezca una hermosa muñeca de coleccionista.

— ¡Violet! —me oigo decir con ridícula voz nasal, con algo así como sorpresa y admiración—, ¿qué haces ahí?

—Nada, esperando a que despiertes —se levanta de un salto y se acerca mí, sonriendo. La hinchazón de su boca prácticamente ha desaparecido; los puntos de la ceja están algo desprendidos, pero lejos de curar del todo—. Pareces un zombi, con esa cara y ese cuerpo flacucho, tío. ¿Qué tal estás?

Por un momento me entra algo de vergüenza, pero no por el hecho de mostrarme semidesnudo ante ella, sino por mi escuálido físico. Casi parece que tengamos ella y yo la misma fuerza. Pero se me pasa enseguida, y dándole la espalda sigo camino de la cocina, a por mi bebida.

— ¿Que cómo estoy? —digo mientras mis pies se arrastran por el frío suelo—. Bueno, pues jodido, como no recuerdo nunca haber llegado a estar.

Me hago con la botella y el vaso y me siento a la pequeña mesa. Sirvo un buen trago y lo aparto un poco de mí, invitándola a acompañarme. Me mira con fingida y cómica desaprobación desde la puerta, pero se acerca, se sienta y abraza el vaso con sus pequeños dedos. Yo empiezo a beber a morro de la botella, un trago corto para empezar. Tuerzo mi gesto al sentir descender el torrente llameante. Mi mirada pasa de su vaso a sus ojos.

— ¿Qué? ¿No lo quieres? —pregunto con tono neutro.

—Oye, ¿sabes qué hora es? —se inclina hacia mí y me susurra como contándome un secreto—. Tu amigo el monstruo me ha ordenado que no te dejara beber si te despertabas.

— ¿Y dónde está él, si puede saberse? —y bebo un poco más.

—Pues no lo sé. Ayer pidió que nos quedáramos el médico y yo contigo y se fue. Eso a las siete de la tarde o así. Después de cenar, el médico también se fue; me dijo que estaba como en mi casa, aunque creo que no le correspondía a él decirlo. Y se fue a la suya, o eso me dijo.

— ¿Me estás diciendo que te han dejado aquí sola conmigo? —pregunto decepcionado—. Pero, ¡si no tenemos puerta! ¿Y si hubieran venido a por nosotros otra vez?

—Tranqui, tranqui —me corta soltando el vaso y agarrándome de la muñeca—, que me dieron la pistola que tú cogiste ayer —y me enseña la nueve milímetros, que se saca de la espalda, de la cintura de su falda, puedo adivinar—. Y Jones dijo que no vendría nadie, que iba a solucionar esto por sí mismo. No nos dijo a dónde iba, pero dijo que iba a detener esto antes de que pasara a mayores.

Yo sé a dónde ha ido. Bueno, me lo imagino. Seguro que ha ido a buscar al japonés ese que quiere ser el nuevo amo. Seguro que se ha pasado la noche haciendo papilla a un montón de gente. ¡Será estúpido! Su ira descontrolada puede acabar destruyéndole. Me imagino que lleguemos a una situación parecida a la de la película de Frankenstein, y que una muchedumbre indignada y asustada le acabe persiguiendo por toda la ciudad. No tengo miedo de que le hagan daño, aunque también me preocupa un poco; lo que temo realmente es que se vea obligado a matar a personas que, en su ignorancia, crean estar combatiendo a un monstruo, porque puede que entonces sí que se convierta en uno y no tenga marcha atrás.

Apremiado por lo que me acaba de decir, me pongo en pie de golpe tirando la silla que ocupo. Me quedo parado, con la cabeza dolorida, la mente en blanco, sin saber qué hacer, ni dónde ir.

— ¿Qué haces? —pregunta Violet sobresaltada, los ojos como platos.

— ¿Por qué no lo has dicho antes? ¿Cómo le ha dejado Hardy hacer eso, irse solo?

— ¿Crees que alguien podía impedirselo?

—Joder, podríais haberme despertado —cojo la pistola que ella ha dejado sobre la mesa, junto al vaso, mientras salgo raudo de la cocina, presto a vestirme y salir en su busca.

— ¿Pero dónde vas a ir? Si no sabes dónde está —oigo que protesta a mis espaldas, todavía sentada.

Entro en mi cuarto y cierro tras de mí dando un portazo. Me visto con la última camisa limpia que me queda en el armario, una que tiene un olor rancio mezcla de humedad y naftalina. Me pongo los viejos zapatos de cuero barato, sin calcetines ni nada con las prisas. Me guardo la pistola dentro del pantalón, el frío cañón refrescando mi pelvis. Salgo del cuarto. Violet está de pie ante la puerta, el vaso de whisky todavía lleno en su mano.

— ¿Adónde vas? —insiste con tono cansado—. Estás hecho mierda, no sabes a dónde ir.

—Voy a averiguar cómo encontrar al japonés de los huevos. Jones estará allí. ¿Vienes o te quedas? —pregunto, sabiendo de antemano la respuesta.

Violet se bebe de un trago el vaso colmado de whisky. Si no estuviera tan preocupado me impresionaría. Asiente secamente con la cabeza y nos vamos, pasando entre los restos partidos y de afiladas astillas que son cuanto ha quedado de la vieja puerta.

Estoy conduciendo quizá demasiado rápido, pero no pienso en el riesgo. No son ni las siete de la mañana, apenas hay tráfico, y la policía no patrulla esta zona de la ciudad: un aislado oasis de corrupción que no está salpicado por la más mínima pizca del dudoso y precario orden que reina en el resto de la ciudad; el pequeño, por el espacio que ocupa, pero inconmensurable, por cuanto contiene y en él acontece, mundo que recorreremos ahora a toda velocidad.

Violet me mira de cuando en cuando, algo inquieta.

— ¿Puede saberse por qué te preocupa tanto? ¿No es tu amigo el monstruo un ser inmortal?

—No, no es inmortal. Pero no se trata de eso. Él quiere protegernos, y seguro, te lo digo yo, que ha ido a por el japonés ese, y no creo que para hablar civilizadamente.

—¿Y tú qué sabes? A mí me ha parecido muy educado. A lo mejor le explica...

—Pero, ¿qué dices? Con el aspecto que tiene, la gente dispara primero y sangra después. Tú te llevas bien con él, tú no lo entiendes, pero la mayoría de las personas sólo pueden reaccionar con un espanto paralizado o con un pánico violento a su presencia. Lo he visto cientos de veces.

—A ti todavía te ocurre, ¿no? Y eso que llevas años con él. Se comporta como una persona, y es fácil tratar con él, pero da un miedo que te cagas. No sé como lo has podido ir soportando tanto tiempo. Cualquiera otro, al encontrar esa cosa en aquel callejón, la habría matado o habría salido corriendo.

La miro de repente, sorprendido de que sepa tanto, pero recuerdo que Jones se lo contó todo ayer, en la cocina de Hardy. Tiene la mirada perdida en el paisaje de calles húmedas y oscuras que pasa raudo ante sus ojos. Empiezan a caer algunas pequeñas gotas de lluvia contra el parabrisas. Violet suspira y sigue hablando.

—Lo que hiciste por él no tiene nombre, y de eso él también se da cuenta. Yo, en su lugar, si alguien hubiera hecho algo así por mí, es decir, recogerme y cuidar de mí sin conocerme de nada, sin tener ningún indicio de qué soy capaz de hacer de bueno o de malo, también haría cualquier cosa por protegerle. Cualquiera medianamente decente lo haría.

—Vaya, eres una caja de sorpresas que no tiene fondo —le digo, algo más tranquilo, reconociendo que tiene razón—. Eso debe ser lo que piensa él, si no, no estaría haciendo el tonto por ahí, solo. Pero si empezamos a seguir este camino, a liquidar a mafiosos a lo loco, nos vamos a ver obligados a matar uno detrás de otro, porque siempre tendrán amigos que querrán vengarse, o gente que los sustituirá y que querrá marcar su territorio. Y Jones y yo ya nos hemos hecho bastante famosos entre los indeseables como para que nos quieran fuera de circulación. Siempre he intentado no destacar precisamente por eso, pero con Jones y las historias fantásticas y aterradoras que inspira entre aquellos que le han visto alguna vez, eso se nos ha ido haciendo imposible.

—Es que tarde o temprano tenía que pasar. Ya te dije que hasta yo había oído hablar de vosotros, como un mito o leyenda, como si fuerais tan increíbles como el “pies grandes” o los extraterrestres. Comprendo que queráis mantenerlo en secreto, que quizá lo hacéis por su bien, pero es imposible, como tú acabas de decir.

Nos quedamos unos minutos sin decir nada más; ella contemplando las calles iluminadas apenas por la penumbra del amanecer y las sucias farolas, yo mirando a la carretera pero sin verla, conduciendo en una especie de estado de piloto automático.

La lluvia, que ya es tan intensa como lo ha venido siendo durante los días anteriores, me produce una leve sensación de repetición, parece que estoy siempre conduciendo el mismo día y a la misma hora, siempre entre agua y oscuridad que el sol no puede disipar.

—Oye —oigo que empieza Violet. La miro un momento, sigue contemplando el vacío—, tengo que agradeceros todo lo que habéis hecho por mí...

—De nada, mujer —contesto sin dejarla continuar, como si no tuviera la menor importancia. Y de verdad que no la tiene para mí—. Sólo hemos hecho nuestro trabajo. Todo ha salido mal, pero... Bueno, tú me salvaste la vida ayer, me conformo con eso, como recompensa.

—Ya, sí —continúa, y esta vez me mira—, pero ahora que no tengo a dónde ir, ninguno de vosotros me ha “invitado” a largarme, y Jones me ha dejado ducharme en vuestra casa, y le dio dinero a tu amigo el médico para que me comprara esta ropa, y me dieron de comer...

—¿Que Jones le dio dinero?

—Sí, de tu cartera. Así que gracias, de verdad. Pero no hace falta que sigáis cargando conmigo.

Te ayudaré a buscar a tu amigo Jones y luego me iré.

—Es decir, que lo que llevas puesto lo he pagado yo, ¿no? —digo meneando la cabeza, incrédulo—. Esa ropa moderna, juvenil, de aspecto sofisticado y nada barato, ¿no?

Ella recupera su amplia e irónica sonrisa, frunciendo el ceño con cierta extrañeza.

—No te preocupes hombre, que te la devolveré antes de desaparecer.

—No, no, quédatela, que la culpa no es tuya. Sólo digo que Hardy podría haber buscado algo más sencillo, que fuera más barato. Y Jones podría haber gastado su dinero, el muy cabrón. ¡Joder, vaya semana de mierda! ¡Pero, ¿qué les pasa a estos dos últimamente?! —suelto de repente en un arranque de desesperación—. A ti no te conozco de nada, pero éstos parecen haberse vuelto gilipollas en cuestión de dos días.

Suelta una leve carcajada por mi comentario.

—No te rías —digo secamente, pero riéndome también contagiado por ella, y continúo hablando a toda velocidad, casi sin saber qué digo—. Jones se vuelve loco contándome cosas raras que sólo nota él y luego se va por ahí, a hacer de justiciero nocturno; y Hardy se saca de la nada una escopeta y pretende ponerse a pegar tiros por ahí, me quita los dineros y se los gasta a su gusto en ropa de moda; y lo más cojonudo, cogen los dos y te dejan sola conmigo, sin puerta ni nada, ¿para qué preocuparse?

—Venga, hombre —replica sonriendo—, que yo soy una guardaespaldas espectacular; tú lo has dicho antes, te salvé la vida.

—Sí, y yo también te doy las gracias, estamos en paz, en serio. No te preocupes ni por la ropa ni por nada, te lo has ganado de sobra —me callo un par de segundos, y estando un poco avergonzado, le pregunto—. ¿De verdad no tienes a dónde ir? ¿Familiares o amigos a los que acudir?

—Bueno —parece dudar un poco, como rebuscando en su memoria—, conozco algunos antiguos clientes que estarán encantados de volver a verme, ya que tuvieron que olvidarse de mí cuando el amo me quiso para él y sus amigos, y...

—No, no, espera —interrumpo—, que no me refiero a eso. ¿No tienes amigos normales, amigos de verdad?

—Los únicos que me han tratado como “amigos normales” sois vosotros tres: Jones, tu amigo el médico y tú —lo dice sin intención de dar lástima, sólo expone los hechos, incluso con cierta suficiencia, creo—. ¿Qué quieres? He vivido siempre en este mundo, es lo único que sé hacer. ¿Pretendes que me vuelva secretaria de una oficina, de repente? ¿Que tome esto como una oportunidad de llevar una vida “normal”? Es como lo que tú dijiste ayer: “lo que llevo haciendo toda mi vida”. Yo tampoco tengo nada más.

Mis palabras no fueron exactamente esas, pero no la corrijo porque no tiene importancia. Lo importante es que, como yo, sea por la razón que sea, se ha visto obligada a emplear talentos de los que uno no debería estar orgulloso; pero, cuando la vida no te ha dado más opciones, cuando has tenido que tomar el mal camino, sea por necesidad, por obligación o porque te guste, en fin, una vez llegado el momento de no ver el punto de retorno en el horizonte que se deja atrás, ¿qué razón hay para martirizarse con ello o dejar que otros lo hagan por ti? Allá cada uno con su conciencia.

Yo sí sufro a veces por cosas que he hecho o que hago. Pero no tengo por qué ofenderme por lo que haga ella si no me concierne, ni intentar hacer que sienta repugnancia de sí misma. Porque lo único realmente perteneciente al ser humano es su propio ser, y no creo lícito decirle lo bueno o malo que es a alguien que no sabe cuánto de bueno o malo tiene el que le recrimina, que bien puede ser peor.

Pero lo que ha dicho me ha dado una idea. Es verdad que al principio me caía mal, que es

descarada, ofensiva, burlona, pero es más una pose que un reflejo fiel de su ser, y de manera disimulada ha ido ganándose mi simpatía. Por eso, y demostrado su temple y control de sí misma al conocer a Jones, y su valor y arrojo al enfrentarse conmigo a la zorra del látex rojo, digo lo siguiente casi sin pensarlo en cuanto ella ha terminado de hablar, más para mí mismo que para ella:

—Pues eso que has dicho puede hacerse.

—¿El qué? —me mira sin dejar de sonreír, porque le hago gracia, supongo.

—Ser secretaria. Puedes serlo. ¡Nuestra secretaria! —lo digo con ridículo entusiasmo, la voz nasal y aguda, como si estuviera salvando al mundo con mis ideas—. Trabajar con Jones y conmigo.

—¿Pero qué dices?

—A él le caes muy bien, te lo aseguro, mucho mejor que a mí.

—Supongo que eso no es difícil.

—Es un trabajo fácil. Imagínate, que no hemos tenido ninguna hasta ahora... —y continúo, conduciendo a toda prisa, bastante más animado a pesar de mis otras preocupaciones—. Es lo que nos faltaba para tener una oficina de detectives como las de las pelis: una joven y guapa secretaria.

—Tío, creo que estás mal de la cabeza.

—¡Calla, calla! —digo apresurado, casi sin vocalizar. Un entusiasmo infantil me recorre, pensando en la imagen: Jones y yo, cada uno en su despacho, y Violet con el suyo aparte en el que recibe las llamadas y a los clientes, vestida con un ajustado vestido elegante de oficinista, con unas gafas de pasta fina que le darían el toque misterioso y peligroso que quiero para mi negocio, el sabor de los clásicos del cine negro—. Tú déjame a mí. Encontremos a Jones lo primero, y todo irá de puta madre, ya verás.

Llegamos al local de un antiguo cliente, tan desagradable para mí como los antiguos “amigos” de Violet. El tipo hizo que mataran a su madre y a su único hermano para quedarse el negocio, que ahora deja en manos de otros mientras él bebe y luce palmito, como si fuera uno de los grandes hijoputas que de verdad dirigen este submundo nuestro.

El trabajo que hice para él, paradójicamente, era averiguar si, como él sospechaba, uno de sus empleados pensaba traicionarle. Así era. Descubrí que estaba reuniendo dinero, haciendo tratos con sus compañeros y gente de otros negocios, reclutando aliados que le respaldaran una vez muerto el primer cabrón. Jones y yo le paramos los pies para siempre, pues eso formaba parte del encargo. Porque somos detectives, sí, pero, lejos de la glamurosa imagen de las películas que me gusta evocar, aquí es una profesión más parecida a la de asesino a sueldo.

Apago el motor del coche. El ruido de tractor que hace da paso al fuerte tamborileo de la lluvia. Me toco la cintura; la pistola sigue ahí, claro, a dónde va a ir. Las farolas de la calle se han apagado hace poco, se supone que ya ha amanecido, pero dentro del coche estamos casi a oscuras. Las luces de neón, parpadeantes y horteras, de la entrada del local me permiten ver el rostro de Violet en breves y leves fogonazos. Me mira expectante, como preguntándose qué tiene que hacer.

—¿Qué hago? ¿Voy contigo?

—No hace falta, sólo voy a hablar con un amigo. Puede ser peligroso.

—¿Sólo vas a hablar? ¿Y puede ser peligroso? ¿En qué quedamos?

—Joder, no sé, si quieres ven. Allá tú.

—Vale, pues voy.

Y se baja del coche. Me quedo un momento a solas, como un tonto. Como por lo que me suelen tomar. Quizá sí que lo sea, después de todo. Salgo del coche. Violet me mira, ya empapada, desde

el otro lado.

— ¿Por qué nunca deja de llover?

Me acerco a ella mientras pienso: “¿y por qué no te quedaste en el coche?”, pero me quito y le paso por encima de los hombros mi gabardina gris, sin decir nada. Debajo llevo una vieja chaqueta de traje de fieltro verde, así que no quedo muy desamparado. La lluvia se está colando dentro del enyesado de mi nariz, irritándome la piel agrietada y dolorida. “¿Por qué nunca deja de llover?”

—Gracias —me dice con cierta solemnidad, un poco comediente, mirándome a los ojos—, eres todo un caballero.

Me agarra de las solapas de la chaqueta de fieltro con delicadeza, pero con la firmeza suficiente para que no me escape. Soy algo más alto que ella, así que tiene que alzar su rostro. Sus bellos ojos marrones parpadean confusos por el azote de las gotas, éstas resbalan por su frente y mejillas, se precipitan desde su nariz respingona; acaban muchas reuniéndose en su boca entreabierta, hacen brillar en limpios destellos sus pequeños dientes, y buena parte continúa su camino sobre sus labios finos y tiernos para terminar formando una diminuta catarata desde su delicadamente tallada barbilla.

Yo, que no había pensado ni por un segundo en ella como mujer, en el sentido de resultar atraído por ella, me veo inexorablemente atrapado por su belleza hipnotizante. Cierro los ojos, dejo que ella me guíe. Me dejo arrastrar lentamente hacia delante, mis labios a punto de beber de los suyos, de sorber el agua que los riega.

De pronto, algo choca contra mis labios; algo suave, cálido y húmedo, pero no su boca.

—No tan rápido, Nass —dice con repentina familiaridad. Abro los ojos. Presiona un poco más mis labios con su dedo índice—. ¡Y yo pensando que te caía mal...!

Me sonrío, una sonrisa de triunfo cordial, como de dos amigos jugando a las cartas. Me deja ahí, paralizado por su hechizo, seducido sin preludeo ninguno y sin aparente forma de resistencia, algo que nunca había creído posible, que sólo podía ocurrir en la ficción de las historias inventadas. Miro cómo se aleja hacia la entrada de exagerada iluminación del local, incapaz de decir o hacer nada. Sin detenerse, se vuelve hacia mí; la gabardina revolotea a su alrededor a modo de capa.

—Vamos, tontito —grita a causa de la lluvia—. ¿Quieres que sea vuestra secretaria? Enseñame el negocio.

Reacciono y la sigo al decirme esto, como si fuera un robot que necesitara ser activado. Sí que soy tonto, sí. Ya no hay dudas.

El sitio, que tiene un nombre impronunciable para mí, es uno de esos lugares en que la gente supuestamente guapa y con clase va a beber, colocarse y bailar, desde el principio de la noche hasta bien entrado el día siguiente. Por eso no es extraño que, a estas horas, todavía se oiga desde fuera la música a todo volumen y el murmullo constante y disonante de voces hablando a grito pelado. A estas alturas ya no hay cola para entrar, extraño es que no la empiece a haber para salir. Un tipo calvo y grande está en la puerta, el clásico organizador de filas.

No dice nada al ver a Violet acercarse, la deja seguir hasta que toca la barandilla de la que hay que tirar para abrir la puerta. Pero al verme a mí tan dispuesto a seguirla, me pone su gran mano en el pecho, los pequeños ojos mirándome de arriba a abajo, el ceño fruncido sobre su única y larga ceja. Me deja justo fuera del pequeño toldo bajo el que se refugia del inclemente tiempo, su traje negro y corbata roja, impecables ambos.

— ¿A dónde vas, pequeñín?

Con la temporada que llevo, estoy francamente tentado de sacar el arma y vaciar sobre él el

cargador entero, sin mediar palabra.

—Tengo que ver a Rick. Él me conoce. Es urgente.

—No, no, pequeñín, no puedo dejarte pasar —me replica condescendentemente, con suavidad—. Tienes muy mal aspecto, deberías irte a descansar.

—Oye, que viene conmigo —dice Violet volviendo sobre sus pasos, poniendo su mano en el brazo del tipo, que la mira a los ojos, sostiene su mirada un momento, y termina suspirando.

—Vale, puedes pasar —dice mirándome, y suelta otro suspiro.

Violet me coge de la mano y tira de mí, como en el túnel de oscuridad de ayer. De hecho parece casi el mismo momento, pues tras pasar por la puerta atravesamos un pequeño tramo en penumbra, sólo iluminado por algo de luz desde la ventanilla donde se paga entrada.

—¿Qué pasa, es que tienes poderes o algo así? —pregunto pensando en lo que acaba de ocurrir con el grandullón.

—No, lo que pasa es que hay más caballeros de los que te crees —llegamos a la puerta del otro extremo, tras la que se filtra un brutal murmullo, sin que nadie nos pida pagar desde la estrecha ventanilla. Violet me mira, sonriente—. Y, bueno, ya has visto que algo de magia sí que hay.

Y me guiña el ojo derecho, el de la cicatriz encima, refiriéndose a mi humillación de hace dos minutos. Abre la puerta de un empujón. El estruendo de la música de baile nos envuelve y tira de nosotros como la resaca de una marea, haciéndonos sumergir en el mar de gente. Al principio me dejo llevar de la mano por Violet, mirando hacia las terrazas del piso de arriba, donde debería estar el dueño. Violet se vuelve hacia mí y veo que dice algo, pero no la oigo. Meneo la cabeza para indicárselo. Se acerca a mí y me sopla a la oreja, gritando.

—¿DÓNDE ESTÁ TU AMIGO?

—Tiene que estar en el piso de arriba —contesto yo a la suya, pero no tan alto, que casi me deja sordo—. Subamos.

Le señalo las escaleras, que casi no se ven de tanta gente que hay. El lugar es bastante más pequeño que el local del amo, pero es que está a rebosar. Intento llevar a Violet hasta allí, pero es ella quien empieza a tirar de mí otra vez, apartando con poca delicadeza a los apretados y sudorosos bailarines, por llamarlos de alguna manera.

—¡Qué calor hace aquí! —comento, aunque Violet no me oye, sigue rauda en su carrera hacia el piso superior.

Llegamos a un tramo de escalera largo pero poco empinado, subimos rápido esquivando a algunas personas que se han acomodado en los escalones, y Violet se detiene, esperando que dirija yo la búsqueda ahora. Intento soltarme de su mano, pues la palma me empieza a sudar y no quiero que lo note, pero no me deja. Decido dejar la mano muerta dentro de la suya. Busco el rostro de Rick entre las mesas mejor posicionadas, las más “sociales”. Ya le he visto. Cómo no, una mesa rodeada de muchas otras y desde la que puede otear el piso de abajo, no sé cómo no le he visto antes. Está en compañía de otro tipo y de unas cuantas chicas. Me dirijo hacia allí.

—¿Es ese? ¿El de la mesa de las garrillas? —me grita Violet al oído, modulando adecuadamente su voz.

Asiento con la cabeza sin volverme hacia ella. Nos acercamos lentamente, chocando con la gente que va y viene, que se menea siguiendo la música, o que lo intenta. Rick tiene tiempo de verme venir. Deja de reír y parlotear con sus invitados y en cuanto estoy lo bastante cerca, se pone en pie y se acerca a nosotros, como si no quisiera que me llegaran a ver bien. Me coge del brazo y me arrastra a un lado.

—Elangel, gilipollas, ¿qué cojones te crees que haces? —me grita zarandeándome.

Vamos a ver. Yo no tengo nada contra nadie. Vivo en una mierda de ciudad con una mierda de gente, pero no ando por ahí dejándome llevar por un continuo estado de ira contra todos sólo por

sentir desprecio hacia ellos, porque, en realidad, yo no soy mejor. El que yo reaccione como lo hago se debe en buena parte a que el tipo que me habla escupiéndome en el cuello es un verdadero cabrón, vale, lo reconozco; pero también a que mantienen mi ánimo crispado, por mucho que intente olvidarlas, las continuas bromas de Violet, las desgraciadas situaciones, una detrás de otra, y, sobre todo, mi constante dolor de nariz. Todo ello se apilona en mi cerebro como una pequeña forma con una masa demasiado grande para tan poco volumen, lista para explotar a la mínima y esparcir todo ese peso comprimido por el universo, al estilo de las supernovas.

Así, ocurre lo siguiente: mi mano derecha vuela hasta debajo del faldón suelto de mi camisa para coger la pistola; la izquierda, la que era posesión de Violet hasta ahora, se suelta con furia y se hace con la coleta grasienta de Rick; empuja su cabeza hacia abajo mientras la derecha le acerca el arma al rostro, de manera que se encuentran una con el otro a mitad del recorrido, a la altura de mi pecho. El brazo derecho de Rick, con el que tiraba de mí, queda por encima de mi hombro, inmovilizado, aunque el cañón de la pistola apretado contra su nariz le quita ganas de resistirse. De esta guisa le llevo hasta los servicios de caballeros de este piso, sin que ni los numerosos clientes ni sus amigos de la mesa hagan siquiera amago de asustarse ni sorprenderse.

No me preocupo de si Violet me sigue o no, simplemente empujo a Rick, lo uso de ariete sin contemplaciones para con él o la clientela. También le utilizo para abrir de un golpe la puerta del servicio con su frente.

— ¡Joder, suéltame ya, hijoputa!

Y le hago caso, ahora que ya estamos en el baño. No puedo decir que a solas, pues alguien, quizá acompañado, parece estar sorbiendo por la nariz profusamente dentro del habitáculo del retrete. Él, visiblemente asustado, clava su mirada en el arma, aunque no le apunto con ella. Se apretuja contra la pared, entre un par de orinales.

— ¡Tío, estás hecho mierda! —dice como alucinado, quizá por la cara que tengo—. ¡No te puedes quedar aquí! ¡Me matarán por haberte dejado entrar siquiera!

— ¿De qué coño hablas, Rick?

— ¿Que de qué...? ¿Cómo puedes preguntármelo, con la cara que traes? ¿No has deducido ya, detective de los huevos, que te quieren matar? ¿Las balas que te rozan la puta cabeza no son pista suficiente para tus dotes de investigación?

—Hablas de los japoneses.

— ¡Mierda, claro que hablo de los japoneses! ¿Te haces el gilipollas conmigo? ¡Y me van a matar si saben que has venido a verme, tío! ¡Se van a creer que soy tu colega o una mierda así, y me van a joder! ¡Son rencorosos de cojones!

— ¡Cállate! He venido a preguntarte dónde está el líder.

— ¿El líder? ¿Toyosu Mitsune?

—Ese mismo.

—No te lo voy a decir para que luego vengan a matarme, tío.

Me acerco a Rick de un paso y le cruzo la cara con el cañón del arma. Le rompo la nariz, la cual, a su vez, rompe a sangrar. Me mira estupefacto, sin quejarse lo más mínimo, pero a punto de llorar. Se oyen risas dentro del cuartucho cerrado del retrete, no sé si por lo que están oyendo o por otra cosa. Da igual.

—Me lo dices o no tendremos que esperar a los japoneses para verte muerto —y le aprieto la boca del cañón contra la frente.

—Vale, vale, tío —gimotea intentando detener la hemorragia nasal con las manos, lo que es inútil, si lo sabré yo—. Hasta te dibujaré un puto mapa, si lo necesitas. Pero déjalo ya, ¿eh? Tan sólo acompáñame a mi despacho, allí tengo su dirección.

—Dímela ahora.

— ¿Qué? No la sé de memoria. ¿Te crees que soy un puto ordenador?

Le cojo de la ridícula y sucia coleta y le lanzo contra la puerta del servicio, indicándole que me lleve hasta su despacho. Rick, que se lo esperaba, amortigua el choque con las manos y abre la puerta, para lanzarse en rápida huida. Inmediatamente corro tras él, pero me calmo al ver que Violet, que nos esperaba junto a la puerta, le zancadillea y le hace caer contra un grupo de personas, tirando sus bebidas y provocando insultos y empujones de represalia; rebota hacia mí y le recibo clavándole mis dedos en el cuello y golpeando sus riñones con el arma un par de veces.

— ¿Hacia dónde? —pregunto a su oído, entre dientes.

Sin decir nada, gruñendo de dolor, me imagino aunque no pueda oírlo, camina de forma envarada haciendo mi mano sobre su cuello de brida, la pistola contra la nuca de fusta; no quiero que se vuelva a desbocar este jamelgo.

Llegamos a una especie de oficinas tras cruzar una puerta disimulada en la pared. Hay tres departamentos o despachos pequeños, y gente haciendo cosas, aunque no me paro a mirar, no me interesa lo más mínimo. Yo no soy policía, ¿qué me importa que estén contando dinero, embolsando droga, o lo que sea? Lo único que quiero es encontrar a Jones antes de que todo se desmadre.

Rick nos hace entrar en el último departamento, que tiene un gran ventanal que parece abierto para vigilar los demás, menuda sorpresa. Tiene que usar una llave que lleva encima. Una vez dentro le empujo contra la mesa del fondo. Violet, que nos ha seguido, cierra la puerta a sus espaldas. Miro los tres despachos de fuera. Los que allí están nos miran con curiosidad, pero nadie deja lo que está haciendo para venir a ayudar a su jefe o ir a buscar ayuda. Es lo que tiene ser una rata como Rick; no tiene reparos en hacer lo que sea para conseguir lo que quiere, pero eso hace que nadie se preocupe de lo que le pueda pasar.

— ¿Quién es esa? ¿Tu nueva ayudante? ¿Te has desecho del grandullón misterioso, eh? — pregunta buscando entre los cajones de la mesa, sacando y barajando montoncillos de papeles. La sangre que le cae de la nariz ensucia algunos entre sus manos—. Pues es demasiado tarde, Elangel. Toyosu Mitsune os quiere muertos. Para él sois como mercenarios que trabajan para el mejor postor...

—Date prisa, Rick —increpo.

—...pero él no lo permite. Quiere hacer suya la ley del hampa, acabar con la arbitrariedad, con el caos que viene reinando entre todos los mafiosos...

—A mí eso me parece bien —comenta Violet. La miro un momento, confuso.

—...y está decidido a mataros a ti y a tu monstruo, donde quiera que lo dejaras, porque os considera en buena parte responsables del partido de todos contra todos que se juega en esta ciudad.

—Y una mierda —contesto—. Nos quiere muertos porque tiene miedo de las historias que circulan sobre nosotros, como todo el mundo, con la diferencia de que tiene los cojones de hacer algo, no como el resto de vosotros, hijoputas. Y si existe caos es porque dirigen el cotarro cabrones sin escrúpulos ni pelotas como tú, Rick. Y ahora cállate y encuentra la puta dirección o te vuelo los sesos.

Levanto el arma, aunque no pienso en disparar. Sin embargo, ha sido como pulsar un interruptor, porque Rick alza las manos meneando un papelito amarillo mientras chilla

— ¡Estáquíestáquíestáquí...!

tan rápido y seguido que parece un humorista haciendo su número. Violet se le acerca para estupefacción suya, no sé debida a qué, si a su belleza o a su total parsimonia, y le arrebató el papel de entre sus dedos ensangrentados. Se me acerca mientras lo examina, desconcertada.

— ¿Tú entiendes esta letra? —me pregunta mostrándomelo.

—Sí, calle Roscoe, edificio Salsbury. ¿Es eso? ¿Sin número ni nada? —inquiere mirando a Rick.

— ¿Qué número quieres? Todo el puto edificio es suyo.

— ¿Y para esto tanto rollo? —exclama Violet, indignada, mirando a Rick con incredulidad, parece—. ¿No se lo podías haber dicho desde el principio, y ahorrarte las hostias y la palabrería intimidatoria?

—No me lo sabía de memoria —balbucea confuso Rick, con el tono de un niño acusado injustamente.

—Esta gente no sabe hacer las cosas de la manera fácil y limpia, Violet. Apúntatelo como una de sus directrices de conducta.

— ¡Ah! —suelta Violet para indicarme que se da por enterada, siguiéndome el juego de “aprender el negocio”.

—Nos vamos. Buena suerte, Rick —le deseo, mirando a sus empleados a través del cristal, que nos observan impasibles. Nadie ha movido un dedo por él.

— ¡Sí, eso, vete! ¡Vete a casa del japonés, así le ahorrarás la molestia de ir a buscarte para matarte, Elangel! ¡Que te den por el culo!

Nos dirigimos hacia la zona donde la gente baila y bebe ajena a todo, mientras Violet comenta

—Menudos amigos que tienes.

con un fingido tono de desaprobación.

—Te queda bien mi gabardina, aunque un poco grande —le digo a Violet mientras conduzco hacia el Salsbury—, hasta el capullo de Rick se ha creído que de verdad eras mi ayudante, ¿has visto la cara que puso cuando te le acercaste? Estaba alucinando, el pobre imbécil.

—Oye, déjalo ya. Te parecerá divertido, pero yo no puedo dedicarme a esto —dice repentinamente seria—. Te agradezco que de verdad te lo plantees, pero no puede ser.

Me deja de piedra. La miro, miro a la carretera; la miro, a la carretera otra vez.

—Pero, ¿por qué no? ¿De verdad prefieres seguir con lo que estabas haciendo antes?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué?

— ¿Qué pinto yo en el negocio de detectives privados? Si no tengo ni idea de lo que hay que hacer...

—Pues lo que hemos estado haciendo hasta ahora.

— ¿Qué? ¿Insultar, amenazar, golpear?

—Pues..., sí. En otros lugares no sé a qué se dedicaran, pero Jones y yo tenemos casi siempre que recurrir a estos... métodos. Pero tú no tienes por qué hacerlo. Tú serías nuestra secretaria, en serio.

— ¿Sí? ¿Y qué haría, exactamente?

—Contestar al teléfono, recibir clientes, llevar un registro de los casos... —Violet me mira de una manera descreída—. Escucha, tú eres lo que nos falta para tener una oficina de detectives de verdad, para hacer de esto un negocio serio y respetable. Hasta podríamos trasladarnos a un lugar donde consiguiéramos casos más... civilizados.

—Lo dices totalmente en serio —señala con la misma mirada, pero con algo de rendición en su voz—. De verdad quieres que me una a vosotros, sin tener ni idea. Y no es por compasión, ni porque te atraiga sexualmente...

—No, no, no —me apresuro a decir—. Sabes que si por mí fuera te dejaba tirada aquí mismo.

—Sí, ya —replica con altivez.

—Y lo de antes, tú me la jugaste y no sé qué me pasó —es cuanto se me ocurre para defenderme—. De verdad, es perfecto. Yo quiero convertir esto en algo serio; tú no tienes qué hacer y no te asusta Jones...

—Bueno, algo sí que me asusta, sí...

—Quédate con nosotros. Si te aburre o no lo ves claro no te reprocharé el que te largues, pero al menos pruébalo.

—No, si aburrido no es, no...

Llegamos al fin al edificio de Toyosu Mitsune. Parece un lugar que hubiera sido hasta hace no mucho un hotel, pero no sabría decirlo, no vengo mucho por esta zona. Seguro que vive en el ático, donde estarían antaño las mejores y más amplias habitaciones.

Aparco junto a la acera. Le digo a Violet que no hace falta que venga conmigo, que sólo voy a ver si está Jones. Me responde que sí que se viene, que no dejará a sus compañeros en la estacada, que siempre acabo necesiéndola cuando me acompaña. No discuto, bajamos del coche a la vez. Sigue lloviendo como si el cielo fuera de hielo y se estuviera fundiendo de golpe.

Violet camina delante de mí hacia la entrada de doble puerta del edificio. Mi gabardina le va algo grande, las manos quedan ocultas por las largas mangas, y no se le ven los pies, casi parece estar flotando.

Es todo lo contrario de Jones: pequeña, hermosa, de aspecto inofensivo, pero igual de impresionante que él. Sonríe pensando en cómo la miró Rick, no se podía creer lo que veía, igual que si hubiera sido Jones; le resultó inquietante el hecho de que una chica así se dedique a esto. Y eso que Rick no sabía lo peligrosa que es en realidad, capaz de cortarte la cabeza sin pestañear...

Violet llega a las puertas y se dispone a abrirme para dejarme pasar primero.

— ¿De qué te ríes? —pregunta al mirarme a la cara.

—No, de nada —contesto mientras acabo de subir los cuatro escalones hasta la entrada.

Me abre la puerta. Extraño me resulta que no haya matones fuera, vigilando, pero más me lo parece que no haya un alma en el vestíbulo.

— ¿Un nuevo y despiadado capo de la mafia no debería estar rodeado de matones?

La voz de Violet reverbera casi imperceptiblemente en la enorme sala, que parece haber sido vaciada de las mesas, sillas y bancos que sin duda habría antaño desperdigados ante el mostrador de recepción. Sólo quedan la gran alfombra roja de dorados ribetes y las polvorientas lámparas de cristales brillantes como testigo de la ostentosa y superflua figura de decoración que este marco vacío debía contener.

— ¿Puede ser cosa de Jones? —pregunta mirándome directamente.

—No sé. ¿Tú ves sangre? Porque no me lo imagino recogiendo los cadáveres y limpiando.

—Entonces, ¿no ha estado aquí?

—Es pronto para decirlo. Me temo que tenemos que seguir.

A ambos lados del mostrador de recepción, sobre el cual se halla la única lámpara apagada del vestíbulo, hay un ascensor y una puerta de escaleras. Me acerco al mostrador inconscientemente, sin saber muy bien por qué, quizá atraído por la oscuridad que contrasta misteriosamente con el brillo festivo del resto. Me apoyo sobre el mostrador y, poniéndome de puntillas, me asomo al otro lado, sin buscar nada en concreto. Casi espero, como si fuera lo más coherente del mundo, que al hacerlo una mano aparezca de la nada y tire de mí hacia la terrible penumbra aislada. Por eso me sobresalto cuando Violet me agarra del hombro y tira de mí hacia ella misma.

— ¿Qué te pasa, hombre? —pregunta, consciente de mi exaltado terror. No contesto nada, me escudriña la mirada y sigue—. ¿Qué buscas ahí, el registro de habitaciones? Si el tal Mitsune está aquí, digo yo que se alojará en la suite del ático, ¿no?

—Sí, sí —respondo tartamudeando—, eso pensaba yo también.

—Bueno. —Violet me mira bastante preocupada, o eso me parece, no entiendo por qué—. Pues vamos a ver si los ascensores aún funcionan, ¿te parece?

—Me parece.

— ¿Derecha o izquierda?

—Derecha mismo, da igual.

Nos acercamos hasta la puerta del ascensor. Descubrimos que tiene colgado de la barandilla de la puerta un pequeño cartel de “averiado”. Damos la vuelta a probar con el otro. No hay cartelito. Entramos. Pisamos una mullida moqueta de terciopelo rojo.

— ¿Te has fijado cuánto le gusta el rojo a todo el mundo en esta ciudad? Para decorar, para vestir, para iluminar... A mí no me gusta el rojo, ¿vale?

—Vale —respondo.

Agarrotado como un poste de madera, consigo tocar con un dedo tembloroso el botón del ático. El ascensor empieza un ascenso perezoso.

—A mí el color que sí que me gusta es el morado, o incluso el violeta, que además es como yo me llamo, pero para vestirme me gusta más el negro, también como maquillaje, aunque no me gusta maquillarme, porque...

Violet sigue con esta verborrea incongruente, que no lo es mucho más que la que yo mismo uso para representarme mis propios pensamientos, durante buena parte del trayecto. Yo no la escucho; es más, aunque no pienso en nada en concreto, porque creo que soy incapaz ahora mismo, mi mente está llena de una actividad febril que no puedo describir y que me impide percibir cualquier estímulo externo. Sólo después de vaya uno a saber cuánto tiempo, mientras el ascensor continúa su lento viaje, consigo a duras penas volver a ser dueño de mí mismo, concentrándome en la conversación caótica y sin inflexiones de Violet.

—... y yo no sé escribir a máquina, joder, casi no sé escribir a mano, tengo una letra que da miedo, aunque no tanto como la de tu amigo el de la discoteca, al que le rompiste la nariz, parecía que querías vengarte del destino, o algo así, ¿no?, porque si no, no comprendo tanta violencia por un trozo de papel, joder, que sólo era una dirección, podía habértela dado de primeras, pero no, tenía...

—Violet —interrumpo tartamudeando, alisándome los cabellos de mi ridícula forma—. ¡Violet, escúchame!

He alzado la voz exageradamente, un tono asustado y desesperado, que me ha puesto a mí mismo los pelos de punta. Violet se calla, asustada, los ojos muy abiertos, fijos en mí. El ascensor está llegando a los últimos pisos, se zarandea levemente, a tirones. Sólo se oye el sonido de los cables en tensión que se sacuden tirando de la caja en que subimos.

—Violet —continúo, susurrando entre dientes, insoportablemente tenso—, algo nos está pasando.

Los ojos de Violet brillan húmedos. Leo en ellos que lo ha comprendido, como yo. Su mano me agarra súbitamente el brazo, me sobresalta la tirantez de sus dedos, son como garras. Miro hacia la lucecita que indica el número de piso, que cambia de posición pausadamente. Quedan tres pisos.

Mi mano derecha se lanza contra el botón que debería parar el ascensor, pero no funciona.

Dos pisos.

Con vida propia, mis dedos presionan cualquier otro botón, todos los botones, intentando hacer al ascensor cambiar de opinión.

Un piso.

—Sí que hay algo, Nass —dice Violet en un grito reprimido, murmurado—. No sé qué pasa, quiero bajar, Nass, deténlo, quierobajarquierobajarquieroirmepáralo...

Ahí está. La confusión paralizante de mi mente. El monólogo apresurado y sin sentido de Violet. Son síntomas de un malestar que, al reconocer, percibimos con furiosa lucidez su origen.

Pulsando al azar los botones la miro implorante, como pidiendo disculpas, porque el ascensor no se detiene. Su cara refleja un miedo frenético, contenido pero intenso, como el de la bajada de una montaña rusa. El ascensor llega a su destino. Se detiene en leve sacudida, los cables sobre nosotros vibran haciendo suaves sonidos de latiguo.

No quiero que la puerta se abra. Quiero volver abajo. Quiero coger el arma, pero no puedo moverme, estoy preso de un pánico que me deja suspendido físicamente aparte de la realidad, sólo puedo observar y sentir. Siento las dos pequeñas manos de Violet retorciéndome el antebrazo. Quiero decirle que coja ella la pistola. Mi garganta traga en seco, incapaz de hacer más. La puerta automática se abre con un traqueteo de rodamiento.

—Pero qué pasapor qué miedo no losé miedo de qué quiero salir...

El murmullo casi inaudible de Violet. Tiene su cara contra mi hombro, detrás de mí, mirando a la puerta abierta con un solo ojo. Me hace daño su torsión, me estruja el brazo como si fuera un paño húmedo, ni siquiera el grueso tejido de mi chaqueta puede protegerme de la presión. El dolor es intenso, me sorprende que tenga tanta fuerza, me estira la piel hasta el punto de que parece estar arrancándomela.

El dolor crece. Algo sustituye al pánico. Algo sustituye al deseo de huir. Algo reemplaza al estupor del temor desconocido. Es la ira. La ira que me produce el dolor empieza a dominarme. Violet me gusta, me cae bien quiero decir, pero deseo aplastarle la cabeza, quiero lanzar su rostro contra los jodidos botones del ascensor, a ver si así baja, que es lo que tanto ella quiere. Consigo reconducir la ira hacia lo que importa, consigo usarla en mi beneficio. Consigo reaccionar.

Empuño el arma que llevo en la cintura, bajo la camisa.

—Violet —le digo con voz temblorosa, conteniendo el deseo de cruzarle la cara—, suéltame.

Al moverme, al volverme hacia ella, parece reaccionar también, deja de parlotear. Me mira recuperando algo de raciocinio, pero con los ojos brillantes de lágrimas de terror que no terminan de brotar del todo.

— ¡No! ¿A dónde vas? —me susurra, como si no quisiera que alguien nos oyese—. ¡No me dejes aquí!

—Violet, baja al vestíbulo. Yo voy a ver.

— ¿Qué? —en su cara se dibujan fugazmente toda clase de expresiones, todas dominadas por el miedo: confusión, resignación, determinación. Casi creo que he conseguido que me haga caso. Parece más tranquila—. Voy contigo.

—No —contesto inmediatamente. Parece que siempre tiene que hacer lo contrario de lo que le pido.

—Sí —replica, con gesto desafiante, intrépido, que nunca le había visto hasta ahora—. No te dejaré solo aquí.

No puedo más que suspirar nerviosamente. Dejo que me siga retorciendo el brazo izquierdo, no creo que consiga que me suelte si no es matándola, y además, soy consciente de que el daño que me hace es lo que me permite reaccionar. Parece que esté pulsando un interruptor para, con la luz que sería la ira, disipar la oscuridad del terror que me inmovilizaba. Dudo que se haya dado cuenta, pero es posible que no pudiera continuar sin ella.

Unidos por su implacable llave salimos del ascensor, cuya puerta aparenta permanecer abierta hasta recibir llamada de otro piso.

Me muevo de manera muy envarada, algo ortopédica, mientras Violet me sigue arrastrando los pies, igual de tensa. Pisamos una alfombra roja de guarnición dorada, como la del vestíbulo. A la derecha no hay nada; el pasillo, de unos tres cuerpos como el mío de ancho, nos lleva hacia la izquierda, al centro del piso, donde estará la suite que buscamos. Las paredes están forradas de lo que parece más terciopelo rojo hasta la altura de un metro, quedando entonces desnudo el color crema de su pintura. Unas lámparas del mismo estilo que las de la entrada, pero en versión reducida, cuelgan del techo cada tres metros o así. Sólo está encendida una de cada tres, parece que quieren ahorrar en electricidad. Tampoco hay nada que ver, pero la iluminación resulta escasa y pernicioso para nuestras aterrorizadas almas.

— ¿Sabes qué creo? —dice Violet, susurrando otra vez, tirando de mí hacia atrás para que me detenga—. Creo que tenemos que irnos de aquí, sí, esocreo esocreosí...

—Violet, no empieces otra vez —tiro de mi brazo hacia mí, ella no hace ni ademán de soltarlo, parece soldada a él—. Lo estás haciendo muy bien. Si quieres da tú la vuelta, pero yo voy a ver qué pasa. No sé si puedes darte cuenta, pero este miedo es totalmente absurdo.

—Será absurdo, pero es real, joder, si continuamos no sé qué va a pasar...

—Tranquila...

Continuamos, mucho más lentamente de lo que es necesario. Me cuesta moverme, pues tengo que tirar cada dos pasos de Violet, que parece quedarse pegada al suelo. El pasillo se divide y continúa de frente, hacia el otro ascensor, y hacia la derecha, hacia la suite. Me dirijo hacia la derecha, mientras Violet tira de mí queriendo seguir hacia el ascensor, parece olvidar que no funcionaba. Se rinde casi inmediatamente y sigue tras de mí, siempre enganchada a mi brazo, que empieza a dormírseme.

La puerta, roja y de adornos dorados como es habitual, está cerrada, y no se oye absolutamente nada del otro lado. Aterrorizado incomprensiblemente, pego la oreja, a ver qué pasa allí dentro, en el centro de nuestro pánico incontrolable. Ni así oigo nada. Pongo mi mano derecha sobre la manilla. El metal de la pistola choca con el cromado en un tintineo prolongado.

— ¡No, no! —susurra Violet con gran alarma.

No le hago ningún caso, aunque yo tampoco quiero abrir esta puerta. Pero la abro. La empujo suavemente una vez liberada la cerradura. La puerta se abre lentamente con un chirrido crujiente, como de película de terror. Resulta muy apropiado, porque la puerta se retira como un telón lateral y nos va descubriendo, al son de la inquietante melodía que produce, un enloquecedor escenario.

La amplia y lujosa suite está decorada predominantemente en rojo y dorado, como el resto del antiguo hotel. Sin embargo, hay una mayor variedad de tonos en rojo que en el resto del edificio. Hay manchas, algunas más claras, la mayoría muy oscuras, del mismo color, esparcidas por suelo y paredes, así como lo que creo que son, y Violet parece que también, por la manera en que me retuerce el brazo, los trozos de carne y miembros de una o varias personas, difícil es decirlo por lo desperdigado de los restos.

Pero no acaba ahí. La puerta sigue abriéndose durante una eternidad, dando paso a ese otro mundo, un lugar en el que una terrible batalla tiene que haberse librado, un territorio sobre el que vemos esparcidos armas, más miembros y sangre, cuchillos, katanas, a alguien inclinado sobre un cuerpo, cadáveres más o menos enteros que alguien ha amontonado, y más manchas de sangre, y trozos de carne, y ropas.

— ¿Qué —tartamudea Violet sin alzar la voz, en un murmullo amortiguado por el fieltro de la manga de mi chaqueta, contra la que aprieta su cara—, qué es eso?

No contesto nada, no la miro, no espero que me indique a qué se refiere. Mi mirada, que se había ido desplazando hacia la izquierda según la puerta lo hacía, siguiendo el orden de

descubrimiento, retrocede hacia la derecha para redescubrir los objetos uno por uno, intentando asimilar lo que veo y asociarlo a una causa probable, aunque ya tenía una en mente desde hacía tiempo: Jones.

Sólo Jones puede hacer algo así con un grupo de gente, pero nunca había visto tanta dedicación, por decirlo así. Jones suele mutilar a sus enemigos, pero siempre es resultado de los golpes que da con sus afiladas y fuertes garras, algo fortuito, digamos. Pero esto, cuerpos reducidos a trozos irreconocibles, entrañas abiertas y desechadas, los cuerpos amontonados, todo parece tener algún propósito demencial, un orden, un sentido bestial. Mis ojos retroceden y retroceden, repasando sobre cada ínfimo detalle, hasta que se paran sobre lo que sin duda inquieta a Violet. Algo que ya vi en el primer vistazo y que pasé por alto, en mi aturdimiento.

Hay alguien inclinado sobre un cuerpo separado del montón. Ese alguien apenas se mueve, parece muy centrado, muy ocupado mejor dicho, en lo que sea que esté haciendo.

Sé qué está haciendo, pero me niego a creerlo. Sé quien es, pero no puedo soportarlo, no lo acepto. Mi furia, intensa por sí sola por el dolor de mi nariz y el que Violet me produce, está a punto de reventarme las sienes en un latido que retumba a lo largo y ancho de todo mi cráneo.

Lo reconozco, sí; reconozco los hombros huesudos, picudos; la columna abultada y de puntiagudas vértebras; reconozco la manera aparatosa de acuclillarse, las orejas afiladas, la cabeza calva. Y reconozco lo que está haciendo, no porque se lo haya visto hacer antes, sino porque siempre me lo he imaginado sin querer en la presente situación, siempre he sabido que estaba hecho para esto, que era cuestión de tiempo. Se está comiendo el cadáver.

—Jones —susurro para mí entre dientes, furioso, asustado, decepcionado, pero con cierta aceptación. Yo lo sabía, de algún modo sabía que iba a ocurrir, y lo he ido dejando correr.

—No, no es él —me responde Violet, tan asustada que no hace sino cabrearme más.

—Sí que es —replico, hablando conmigo mismo—, y voy a matarle...

— ¡Que no! —insiste Violet, zarandeándome lo poco que puede, lo poco que le permite mi cuerpo tenso—. ¡Joder, míralo! ¡Es otro, otro malo!

La observación, que expresa de un modo infantil, me fuerza a fijarme en el cuerpo de Jones. Tiene el torso desnudo, marcado de agujeros de bala y cortes de la lucha que acaba de librar. Ha de ser él, pero aprecio las diferencias que hacen dudar a Violet. No tiene la lastimera delgadez de Jones, su torso es lozano, musculoso. No veo la parte trasera de su caja torácica marcada contra la piel. Y hasta el tamaño, su estatura quiero decir, parece diferente. Aparenta ser más bajo, quizá por estar tan recogido sobre sí mismo. Pero lo más extraño es la poca ropa que lleva, una especie de pantalones brillantes, escamosos, de pálido color violeta, que hacen de la luz extraños reflejos iridiscentes.

— ¡No, no! —levanto la voz involuntariamente, incapaz de creerlo, desbordado por el miedo, la ira, la confusión—. ¡Es él! ¡Es él!

Para dejármelo claro, la criatura que tiene que ser Jones deja de sacudir la cabeza a tirones, deja de arrancar tiras de carne del cuerpo sobre el que está inclinada, meneando un momento la cabeza con cierta naturalidad humana, como si despertara de un trance, tornando en sí, y se vuelve hacia nosotros, lentamente, sin prisa, mientras puedo ver cómo los jirones de tejido y venas que le cuelgan entre los dientes son sorbidos cuando abre ligeramente las fauces. Sigue en cuclillas, se gira con cierto desdén, casi con curiosidad: “¿quién me interrumpe el almuerzo?”

Violet empieza a tirar de mí hacia atrás con fiereza, sin contemplaciones, pero me resisto con tenacidad, me revuelvo, consigo que me suelte el brazo, sus dedos se enganchan un momento en la manga vacía, y acaba cayendo de culo sobre el mullido suelo de alfombra roja. Esto lo veo por el rabillo del ojo, ya que no puedo desviar la vista del ser. Tiene los rasgos de Jones. Tiene sus mismos ojos rojos, abultados, sin párpado, de diabólica mirada felina; la misma ausencia de nariz, sólo el tabique nasal bajo la piel tirante; la misma boca sin labios, de afilados, largos y brillantes

dientes, que desprenden destellos carmesí, mientras la sangre espesa resbala hasta la barbilla picuda, donde cuelga en finos y densos hilos. Todo igual, pero diferente.

No es Jones, Violet se dio cuenta enseguida. ¿Por qué? Yo debí darme cuenta antes, yo, que le conozco mejor que nadie, al ver el menor tamaño y mejor forma física de este. No me lo creo hasta ver su rostro, cuyas facciones son totalmente irreconocibles, tanto como de una persona a otra entre los humanos. Y sé por qué no lo veía. Porque no quería creer que hubiera más; tras tantos años a su lado, tenía la esperanza de que fuera único, de que todo el horror y poder de tal ser estuvieran bajo mi control y vigilancia. Pero no puedo negármelo más.

Porque ahí está. ¿Un hermano? ¿Un primo? Es más bajito, pero evidentemente mejor alimentado. Se pone en pie con tranquilidad, dejando que le admiremos. Tengo que echar a correr, y Violet seguramente también siente esta necesidad, pero yo me quedo inmóvil de pie, y ella no se levanta del suelo. Estamos petrificados.

El ser, ya erguido, no es más alto que yo. Su cuerpo es todo un manojito de músculos totalmente tensos, de un poder inimaginable. Pienso en la fuerza de Jones, que con su cuerpo esquelético puede alzar sin gran esfuerzo un coche, y mi mente se pone a calcular, a extrapolar esa fuerza usando la variable que es toda esa masa muscular añadida. El ser me mira a los ojos, y con ese rostro inexpresivo, carente casi de músculos como el de Jones, puedo estar seguro de que sonrío complacido, satisfecho. Está encantado de matar, piensa que cuantos más mejor, puedo verlo, puedo sentirlo.

El ser produce una serie de sonidos tremendamente graves, todos mis órganos parecen vibrar al son de esa especie de palabras que está soltando, algo que suena a un idioma específico pero desconocido por completo para mí. Parecen haber saltos en la frase, seguramente en frecuencias que no puedo oír. Todo lo que dice lo hace sin mover la boca, como Jones. No sé si habla con nosotros o para sí mismo, pero en cuanto termina su monólogo, abre la boca con toda la parsimonia de que es capaz, como en un largo bostezo, todo ello mientras nosotros no hacemos más que mirar aterrorizados, anulados por un miedo atroz, al que deberíamos ser capaces de sobreponernos, pero no lo hacemos. Su lengua se desliza sobre los dientes, arriba y abajo, limpiando y saboreando la sangre. De pronto alza sus garras, todos los músculos tensados, lanza un grito que no puedo oír, pero que hace temblar mis tímpanos, los jugos de mi estómago, la gelatina de mis ojos. Duele. Algunos cristales de la sala se rompen, espejos, alguna bombilla, quizá jarrones o vasos. El dolor me corrompe en mayor medida que el terror inexplicable, me domina por completo. Quiero arrancarle la cabeza al ser con mis propias manos. Estoy a punto de intentarlo, de lanzarme contra él guiado por una furia incontrolable, justo cuando él termina su alarido y embiste en rápida carrera hacia mí. Sus garras van delante, puedo imaginarme su intención: atravesarme el pecho con ellas y luego tirar hacia afuera con un movimiento que me abrirá como a un pez al que limpiar. Mi brazo, repentinamente pesado por toda la tensión que casi ha agotado mis fuerzas, consigue alzarse en un movimiento automático, fruto de la costumbre, un acto reflejo. Disparo contra el ser. A cámara lenta, de manera onírica, irreal, le veo caer hacia mí, impulsado por sus largas zancadas. Le he atravesado el ojo izquierdo, lo que lo ha matado al instante.

Durante años lo he estado planeando. ¿Qué hacer si Jones se volviera loco? Disparar a los ojos, el único punto vulnerable, un viaje directo al cerebro, algo que lo pararía en seco. Y ha funcionado. No sé como lo he hecho, pero lo he conseguido. Recupero el control de mí mismo, muy cansado, eso sí; algo somnoliento incluso. ¿Qué me ha estado pasando?

—Lo has matado —oigo a Violet decir a mis espaldas, desde el suelo.

—Si —contesto con la lengua seca como un trapo.

“Que no sea Jones”, me digo, casi a punto de llorar.

— ¿Qué haces?

—Lo siento mucho, pero, después de esto, necesito un cigarrillo.

Violet está rebuscando entre jirones de la ropa de los muertos. Menudo estómago que tiene. A ambos se nos ha pasado esa fase de pánico paralizante. Ella vuelve a ser la zorra indolente de siempre y yo el hijoputa insoportable de costumbre. Menuda parejita. Si no fuera por las extrañas circunstancias en que nos encontramos, seríamos clavados a los personajes de novela negra que tanto me gustan.

Yo no me separo del cadáver del “segundo Jones”. Ya me he asegurado, ahora que soy dueño de mí mismo, de que no se trataba de él. Joder, ¿de dónde ha salido? Llevo toda la puta vida buscando a la supuesta familia de Jones, gente que suponía normal, que lo habría abandonado a él por deforme, y de pronto me encuentro esto. ¿Qué posibilidades hay de que nazca otro ser con exactamente los mismos rasgos? Sus facciones son diferentes, pero no hay duda de que son de la misma especie. Un pequeño atisbo del reciente pánico me sobrecoge, me vuelve a la mente la imagen de la familia de seres tipo Jones.

— ¡Encontré!

El grito de júbilo de Violet casi me para el corazón, pero no le digo nada, que bastante mal lo pasamos ya. Veo cómo saca un cigarrillo de un paquete arrugado, lo enciende con un mechero que debió encontrar en el mismo lugar y aspira extasiada, cerrando los ojos. Se acerca a mí, exhalando toda la larga bocanada.

—Menos mal. Por poco reviento —dice, y continúa con fingido tono de reproche—. ¿Ves, cómo no era Jones?

Señala al ser muerto con el extremo ardiente de su cigarro. Lo vuelvo a mirar. Sí, vale, no es Jones, pero eso no deja de inquietarme de igual forma. Me fijo en su única prenda, los extraños pantalones violetas.

— ¿No son extraños estos leotardos que se gasta la criatura? —comenta Violet, agachándose junto al ser y pasando sus dedos desprotegidos por la superficie escamosa—. Mierda, parece una malla, como de una armadura. Y hace como cosquillas.

Veo que lleva la yema de los dedos hacia la palma de la otra mano, frotándolos con el cuero de sus mitones. Me arrodillo a su lado y deslizo la mano por entero sobre esas escamas. La sensación es extraña, una especie de estática repelente, que intenta que no toque la prenda. ¿Qué cojones es esto?

— ¿Alguna vez habías visto algo así? —pregunta Violet, mirándome fijamente, algo misteriosa.

—No. Te lo juro. Sé qué piensas. Pero te prometo que nunca había visto a ningún otro ser como Jones, ni remotamente parecido, y eso que he buscado a conciencia, joder. Y ni mucho menos algo como esta mierda que lleva puesta —y pateo ligeramente las piernas del ser, ya de pie.

— ¿No te ha parecido que hablaba? —susurra, sin apartarse de la cosa. Parece hipnotizada por todas las cuestiones que plantea su sola existencia.

—No sé qué hacía, sólo sé que estaba comiéndose a esos —señalo el montón de cadáveres—, y que nos iba a hacer lo mismo.

— ¿Y qué hay de lo que sentimos? Sabíamos que íbamos a encontrarnos algo, algo peligroso —le da otra larga calada al cigarrillo—. Nos portábamos raro, y se nos ha pasado en cuanto lo mataste.

—Sí, ya, oye, yo tampoco entiendo nada. Hemos venido buscando a Jones y aquí no está. Lo mejor es que nos vayamos. —Miro a nuestro alrededor. Aquí no hay nadie a quien preguntar, todos muertos. Agarro a Violet del brazo, obligándola a levantarse y seguirme—. Venga, vamos. Lo que nos faltaba era que alguien nos echara la culpa de esto.

—Eso es lo que va a pasar. Tu amigo el de la discoteca se encargará de ello. En cuanto alguien

le pregunte.

—Sobre todo después de cómo le traté...

—Sobre todo después de cómo le trataste...

Suelto a Violet, que ya me sigue sin dejar de fumar. Camino raudo hacia el ascensor en el que subimos. Llego hasta la puerta del ascensor, y mientras pulso varias veces el botón de llamada con impaciencia me fijo en que la puerta de acceso por escaleras está echada abajo por algo con una fuerza descomunal.

—Esto... creo que este es el ascensor que no funciona. Subimos por el otro.

Violet hace esta observación con su acostumbrado tono socarrón. Luego, según me doy la vuelta para ir hasta el ascensor correcto, veo que señala con un dedo la puerta destrozada, con la boca abierta.

—Sí, ya lo sé —replico sin detenerme—. Por ahí salió esa cosa, viniera de donde viniera.

Alcanzo el ascensor apresuradamente, que me recibe con la puerta todavía abierta. Entro y toco infinidad de veces el botón de la planta baja. Violet entra justo cuando la puerta empieza a cerrarse. ¿Por qué no espabila de una vez? Empieza el lento descenso, tras un breve traqueteo. Silencio entre nosotros durante poco más de un minuto.

— ¿Qué le vas a decir a Jones, si le encontramos? —dice Violet, y apura el cigarro.

—Se supone que en los ascensores no se fuma.

—Eres más simpático cuando estás asustado. ¿Tiene eso sentido?

—No sé qué le voy a decir. No sé si debería decirle nada.

— ¿Estás loco?

— ¿Lo estás tú? Te habrás dado cuenta de que no está demasiado a gusto con su extraña naturaleza.

—Ya, pero...

—Si le digo que he encontrado a otro ser como él, y que he tenido que matarlo, ¿cómo crees que le sentará?

—Si se lo explicas lo entenderá.

—Sí, es lo más probable, siendo como es. Pero, si te soy sincero, no sé si podré soportarlo. Decirle que toda pista sobre su origen ha muerto con su congénere, después de tantos años de búsqueda y dudas...

—Lo entenderá, créeme. No le conoceré de hace tanto como tú —tira el cigarro todavía encendido, consumido hasta el filtro, sobre el terciopelo rojo, y lo pisa—, pero he visto cómo es. Su aspecto no le hace justicia.

—Ya lo creo que no.

Silencio durante el resto del trayecto. Me devano los sesos intentando decidir qué hacer. ¿Dónde está Jones, si no ha llegado hasta aquí? ¿Qué le digo sobre esto? ¿De donde salió esa cosa, qué nos estaba haciendo? Casi nos anula por completo de una manera sobrenatural, imposible. Sé que ese ser nos producía todo ese terror incontrolable, y lo sé porque era más intenso según nos acercábamos a él. Lo sé porque era el mismo terror, la misma rancia e insoportable inquietud que Jones me produce a veces, solo que multiplicada por cien.

Sí que puedo deducir algo. Esa cosa iba vestida. Muy poco, es cierto, pero vestida al fin y al cabo, con un tipo de material que nunca había visto. Esa cosa hablaba. Un idioma ignoto, y con una complejidad de frecuencias que encajan con los cinco juegos de cuerdas vocales que Hardy se encontró examinando a Jones, pero sí que hablaba, hasta Violet se dio cuenta. Ese par de detalles, por sí solos, insinúan que ese ser venía de una comunidad; que de donde él salio, esté donde esté

ese lugar, tiene que haber como mínimo otro ser, el que le enseñó a hablar de esa forma, el que le dio esa prenda tipo malla.

Pero hay más. Creía que el aspecto tristemente flacucho de Jones se debía a su constitución natural. Este otro ser estaba realmente bien alimentado, es evidente, y toda su musculatura avasalladora no puede deberse más que a un constante ejercicio de todas sus facultades. Ese ser destrozó a todas esas personas como si nada, y luego se las estaba comiendo; no es difícil imaginar que ese era su estilo de vida hasta que yo lo maté.

En definitiva, ese ser había estado viviendo como Jones debería estar haciéndolo, y eso sí que encaja con todos los rasgos sobrenaturales de Jones. Como Violet había dicho. Una criatura dedicada a matar, totalmente carnívora. Su vida a mi lado no ha hecho más que atrofiarle, reducirle a mucho menos de lo que es. Y sé que lo que él es, es algo horrible, pero no dejo de lamentarlo, porque es mi amigo y yo soy el responsable.

— ¿Qué vamos a hacer? —pregunta Violet, llegando ya al vestíbulo, con tono cansado.

—Vamos a casa de Hardy. Seguirá allí a estas horas. Y luego, no sé.

Hardy vive en un edificio residencial bastante tranquilo para lo que es el resto de la ciudad, un lugar de gente normal que intenta vivir lo más decentemente que les permite el decadente ambiente de corrupción. Me siento aliviado e incómodo al mismo tiempo siempre que vengo por aquí, lo que no ocurre a menudo.

Casi creo que el mundo podría ser diferente, que podría ser un lugar agradable, pero no es más que una vaporosa ilusión. Para que fuera así, la gente tendría que tener en alguna consideración la vida de los demás, pero ésta hace ya tiempo que viene viendo devaluado su valor. Yo mismo me veo incapaz de cambiar, he ido perdiendo la fe en mí mismo, me he convencido hasta tal punto de la podredumbre de mi alma que no puedo ni pretender ser otra cosa. Puede que algo así les pase también a los demás, quién sabe.

El caso es que este es un lugar limpio, agradable, moderadamente bullicioso, que nada tiene que ver con el viejo edificio rodeado de páramo de escombros de la consulta de Hardy. La fachada es antigua, teñida de la mugre gris de contaminación que hay en todas partes, pero las ventanas tienen cada una sus hojas pintadas de diferente color; están adornadas con macetas de plantas, cortinas decorativas de diferentes estilos o incluso figuras tras cada cristal, y hasta la puerta de entrada al edificio resulta hospitalaria, un grueso marco de madera barnizada que sustenta un amplio cristal engalanado con filigranas de una fina línea negra.

Cuando Violet y yo llegamos, hace rato que ha dejado de llover y empieza a clarear. Las nubes no levantan del todo su asedio, pero se disipan lo suficiente para darme la impresión de que el clima es magnánimo con este lugar. Al ascender ambos las escaleras la luz entra bastante clara por los ventanucos, nos cruzamos con algún inquilino que sale, con una anciana que barre ante su puerta, y cada uno nos saluda de manera seca pero cándida. Este ambiente inofensivamente ajeno para mí nos acompaña hasta llegar al cuarto piso, donde vive Hardy. Llamo con un par de golpes a su puerta.

— ¿Por qué vivís todos en edificios sin ascensor? —comenta Violet, algo fatigada.

— ¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunta Hardy al abrir la puerta, con los ojos muy abiertos y sus cuatro pelos erizados. Se aparta para dejarnos entrar—. ¿No os ha llamado Jones?

— ¿Llamarnos? ¿A qué número? Llevamos toda la puta mañana buscándole —contesto secamente en un nuevo brote de ira.

—Me despertó el timbre del teléfono hace casi una hora. Era Jones, y me dijo que te había estado llamando a vuestra casa, pero que no contestabais.

Mientras Hardy me habla, veo a Violet entrar en la cocina y abrir el frigorífico, poniéndose a

curiosear.

— ¿Te ha llamado? ¿Y dónde está? —pregunto esperanzado, ansioso.

—Tranquilo —continúa, algo contagiado de mi propia inquietud—, está bien. Me dijo que está en casa de El Rostro De La Locura.

— ¿El Rostro De La Locura? —repito en un pasmo estúpido.

— ¿Qué es eso? —pregunta Violet con la boca llena de un trozo del sándwich de jamón que se ha hecho sin permiso.

Ambos me miran como esperando que sea yo el que hable, pero me quedo en silencio, mirando al suelo. Intento imaginarme por qué Jones ha ido a ver a tal personaje.

—El Rostro De La Locura es un psicópata que vive en las afueras de la ciudad, en una casita de campo apartada —le explica Hardy.

— ¿Un psicópata? —exclama Violet, y da otro mordisco a su sándwich.

—Sí, se dice que se pasó casi toda la vida en un hospital psiquiátrico, que allí hacían experimentos con él y otros pacientes, y que se escapó mucho más loco que cuando entró.

—Recuerdo el revuelo que se montó con eso de los experimentos en un hospital, hace un par de años, pero nunca había oído hablar del tipo este.

—No hace mucha vida social. No confía en nadie. Lo conocemos porque una vez se puso en contacto con Nasser y le invitó a él y a Jones a su casa. Yo no fui...

— ¿Y qué quería de él? —pregunta Violet como si yo no estuviera, ya que no les hago ningún caso. Pero les interrumpo inesperadamente.

—Vamos, Violet. Vamos a buscar a Jones. Hardy, será mejor que vengas, tenemos de qué hablar por el camino.

— ¿Ah, sí?

—Ni te lo imaginas —contesta Violet, y le ordena con repentina camaradería—. Vamos, ponte algo más formal, así me dará tiempo a acabar de comer.

Hardy la obedece de inmediato. Si hago yo eso, pedirle que haga algo, me fríe a preguntas u objeciones antes de ponerse a ello. Pero ahora se dirige diligentemente a su dormitorio, cierra la puerta y se oye que abre su guardarropa para cambiar su acostumbrada bata blanca por otra cosa. Violet va hacia la cocina de nuevo, vuelve a mirar en la nevera y regresa conmigo al recibidor, de donde yo no me muevo, esperando impaciente. Da los últimos bocados al bocadillo y un largo trago de la cerveza de lata que se acaba de agenciar.

— ¿Para qué te quería ver el psicópata del que habla el médico?

—A mí no. Se trataba de Jones. Quería conocerlo. Cuando se puso en contacto conmigo fue por el número del negocio de detective. Había estado siguiendo los rumores sobre nosotros, ya sabes, lo que tú ya tenías oído: un tipo seguido a todas partes por un monstruo. Verás, ese tipo a Hardy le da mucho miedo, bueno, y a cualquiera que haya oído lo que se cuenta de él. Pero Jones y yo nos encontramos con un tipo de miras muy abiertas, al que le fascinan los misterios increíbles de este mundo, como es el propio Jones. Por eso quería conocerle.

—Entonces, ¿no es ningún psicópata?

—Bueno, no sé qué decirte. Yo diría que es bastante sociópata, como mínimo. Vamos, un poco loco sí que está, ya verás por qué.

—Es que con ese apodo con el que os referís a él...

Hardy sale de pronto de su habitación. Viste unos pantalones vaqueros, en lugar de los de traje marrón de siempre, una camisa blanca de rayas verticales azules y una chaqueta de pana granate. Los zapatos sí que son los negros y gastados que suele llevar.

— ¡Vaya, muy guapo! —le dice Violet en agradable tono enaltecido.

— ¡Muchas gracias, hija! —y Hardy, dejándose asombrado, se pasa la mano sobre los escasos pelos erizados, en un vano intento de alisárselos, con coquetería infantil, como de niña presumida —. Vamos a ver a El Rostro De La Locura, ¿verdad?

—Sí —contestamos al unísono Violet y yo.

—Bueno, pues, si no os importa, me llevaré esto.

Hardy se aleja hacia el salón de su casa, oímos que abre un cajón, y vuelve con un pesado revólver de gran calibre, con un largo cañón, del 44 parece. Meneo la cabeza incrédulo, mientras Violet me sonrío. No tenía ni idea, después de tantos años de amigos, de que Hardy estuviera rodeado de armas por todas partes. Una faceta suya desconocida, pero que encuentro de lo más útil, últimamente.

EL ROSTRO DE LA LOCURA

— ¡Va en serio! —dice Hardy, medio preguntando, medio enunciando simplemente para sí mismo, tras contarle la historia del ser tipo Jones.

— ¿Crees que íbamos a inventarnos algo así? Hasta podemos ir más tarde a buscar el cadáver, para que tú mismo lo veas —defiende Violet.

—No, no podemos volver. Bastante mal nos quieren esos tipos como para que encima crean que tuvimos algo que ver.

—Piénsalo un momento —me interrumpe ella—. Quien vea a esa cosa allí creará que se trata de Jones, y que tú le has mandado allí. Y gracias a tu amiguito Rick, que cantará a la mínima para salvar el pellejo, se afirmarán en sus conclusiones. Es decir, que al final va a dar igual.

—Aun así. Regresar sobre nuestros pasos será ponernos en peligro innecesariamente. No podemos volver al viejo hotel, olvídale.

—No importa, os creo —nos corta Hardy—, es sólo que me cuesta asimilar que esté ocurriendo realmente.

Nos quedamos en silencio un rato. Las nubes se han dispersado lo suficiente para que el sol se cuele a través de amplios claros en el cielo. Quedan, como vestigio de las lluvias interminables de los días anteriores, unas extrañas nubes aisladas, de aspecto amenazadoramente plumizo. Casi parecen enormes rocas voladoras, de tan compactas e inmóviles que son, y la rapidez con que las dejamos atrás demuestra la poca altura a que están suspendidas.

Empezamos a abandonar las abigarradas construcciones de la ciudad, toda la apresurada y apretujada combinación de edificios, puentes de carreteras, raíles de metro a distintos niveles de altura, y nos sumergimos en la sosegada y al mismo tiempo alienante tierra desértica que rodea nuestro oasis de supuesta civilización.

La vida no es imposible fuera de nuestra ciudad, pero el paisaje desolado que se extiende durante horas de viaje en coche parece un revulsivo para toda idea de escapar de ella, generando en uno la sensación inconsciente de que no va a ninguna parte, de que no hay más que lo que se deja atrás. Pero claro que lo hay. Lo único que retiene a las personas es, en último término, el miedo al distinto estado de las cosas, el miedo al desconocido cambio de vida al que uno se enfrenta allá donde vaya. Por suerte, yo no he de enfrentarme ahora a estos miedos, aunque reflexione sobre ello, ya que sólo salgo de visita.

Recorriendo a toda velocidad la carretera polvorienta y solitaria vamos dejando atrás arbustos espinosos y retorcidos árboles que no se sabe si están vivos o muertos. Pasamos junto a casas aisladas que están construidas cerca de la carretera, cada una con un caminito de tierra con el que acceder a ellas con el coche.

— ¿El tipo ese vive en una como estas? —pregunta Violet, siguiendo sus ojos una de las casitas, que se pierde en la lejanía.

—Sí, en una parecida, pero la suya está muy lejos de la carretera que seguimos. Hay que seguir campo a través hacia la derecha al llegar a unas colinas que hay junto a una gasolinera.

—Pues sí que le gusta poco la gente —observa.

—Os digo yo que ese tipo no está bien.

—Hardy lo dice por lo que nos contó a Jones y a mí —digo, creyendo necesario explicarle—. Nos confesó que hay cierta verdad en cuanto se dice de él. Es peligroso y ha matado a mucha gente, pero él sostiene que es porque la gente se vuelve loca al verle la cara.

— ¡¿Que qué?! —exclama Violet.

—Dice que —continúo—, desde pequeño, todo el que le mira a la cara se vuelve loco y ataca a

los de su alrededor e incluso a sí mismo, llegando a veces a suicidarse. Dice también que, curiosamente, las personas que hace enloquecer nunca le atacan a él; se vuelven frenéticamente violentas, pero sin hacerle ningún daño, siempre como si él no existiera.

— ¿Pero qué me estás contando? ¿Tú no estuviste hablando con él en su casa?

—Sí, y durante todo el rato llevó una máscara que no deja ver nada, una especie de cristal que sólo es transparente desde dentro.

— ¡Madre mía, pero en dónde me estoy metiendo! Un detective con un monstruo, un tío que lleva siempre la cara tapada... —veo por el retrovisor que Violet, sentada en el centro del asiento trasero, menea la cabeza sonriendo—. Parece esto una feria de fenómenos; estoy por dejarme barba, para no desentonar.

—Muy graciosa —le digo.

—Os digo yo que ese tipo es un asesino peligroso, un maníaco, y no hay más explicación para lo que se dice de él. —Hardy habla con evidente nerviosismo. No le veía tan asustado desde que conoció a Jones de bebé—. Como intente algo raro...

Y alza el revolver, sacudiéndolo un poco.

Llegamos al lugar indicado, tras pasar la gasolinera, donde hemos de desviarnos. Las colinas peladas, rocosas, no tardan en rodearnos y cercar el camino que seguimos. Imposible resulta perderse, pese a lo inhóspito y salvaje del páramo; con ellas delimitando el camino, somos como el agua de un río que no puede más que fluir hacia delante, siguiendo el cauce.

La velocidad lenta a la que he de conducir, para no reventar el coche con el traqueteo del accidentado y empedrado suelo, y el silencio muerto que se ha apoderado de nosotros, cada uno inmerso en sus propias cavilaciones, empieza a darle al viaje un toque algo siniestro que no me gusta nada. Miro a Hardy, luego a Violet por el retrovisor. Están tan tranquilos, pensativos.

No dejo de mirar con discreción a uno y otro lado, escudriñando las bajas y algo amenazantes cimas de las colinas; irregulares, escabrosas, me da la impresión de que en cualquier momento van a surgir, tras cada roca y cada sombra, esos seres tremendamente voraces parecidos a Jones, y que se abalanzarán sobre mi coche para abrirlo con sus garras como una lata de anchoas, para poder hundir sus largas fauces en nuestras tripas. Un ligero temblor me recorre por entero, pensando en estas cosas raras, y noto que Hardy me mira frunciendo el ceño. Abre la boca para decir algo.

— ¡Allí está! —digo yo, sin dejarle hablar, señalando con un dedo la pequeña cabaña, rodeada por un perfecto anillo de colinas rocosas—. Ya hemos llegado.

Miro a Hardy, que se revuelve inquieto en su asiento, mirando la cabaña. Violet le pone una mano en el hombro.

—Tranquilo, hombre. No será para tanto. Tenías que haber estado cuando lo de la cosa del Salisbury. Ahí sí que casi me cago en las bragas.

Hardy abre mucho los ojos mirándola a ella y a la mano que apoya en su hombro. Vuelve a mirar adelante, removiéndose otra vez. Los ojos se le quedan así de abiertos hasta que detengo el coche junto a otro no tan antiguo pero mucho peor cuidado, delante de la casa.

—Muy nervioso te veo, Hardy. Espera en el coche, si quieres.

— ¿Aquí? ¿Solo?

Miro a Violet, que ya ha abierto la puerta para bajar.

— ¿Te quedas tú con él?

Violet detiene su mirada sobre mí, fastidiada. “¿Por qué me haces esto?” Luego mira a Hardy con lástima fingida.

— ¡Jo, yo quería ver al tío raro! Venga, ven con nosotros, te prometo que no pasará nada —y le pone ojitos de cordero degollado.

—Tiene razón, Hardy. No pasa nada.

— ¡Pero si yo no quiero quedarme aquí! ¡Vamos todos a buscar a Jones y a contarle lo de esa criatura que visteis!

Y sale del coche cerrando de un portazo.

— ¿Ves lo que has hecho? Le has ofendido —me recrimina Violet en broma, y sale también.

No me molesto en cerrar el coche con llave, como suelo hacer. Hardy se ha parado ante la puerta de la cabaña. Cuando Violet llega a su lado, la puerta se abre de pronto, sobresaltando a ambos la aparición repentina de la enorme forma en ropas grises de Jones.

—Os he oído llegar —gruñe. El vidrio de la pequeña ventana de la puerta tiembla junto a su cara—. Pasad, tenemos de qué hablar.

Al verle en la puerta apresuré mi paso, satisfecho de haberle encontrado, pero al oír el abatido y nada afable recibimiento que nos hace, me freno y entro tras Violet sin decir nada. ¿Qué habrá pasado ahora?

Al entrar, Hardy y Violet, sin motivo aparente, se apartan al lado derecho y se quedan ahí, en fila, junto a la pared. Cierro la puerta tras de mí y me quedo mirándoles. Parecen niños castigados, con las manos cruzadas ante sí y mirando al suelo. Violet me mira, me sonrío y me guiña un ojo. Está imitando a Hardy, tomándole el pelo como me suele hacer a mí, pero él no se da por aludido.

—Bienvenidos todos, especialmente tú, Elangel Pulois.

De pie, junto a Jones, se halla El Rostro De La Locura. El tipo viste unas botas tejanas negras rematadas con acero en las puntas, pantalones también negros, y un chaleco azul claro, cerrado, debajo del que lleva una camisa blanca. Su aspecto es bastante mejor que cuando le conocí hace casi un año; entonces llevaba puestas diferentes prendas de ropa sin ningún criterio, casi como al azar. Ahora parece haber desarrollado un gusto, una coherencia personal, en el vestir.

Un rápido vistazo a la decoración de la casa me muestra que no ha evolucionado de la misma forma en el concepto de lo que ha de ser un hogar. Bueno, tiene todo lo necesario, de eso no hay duda, pero lo extraño es todo lo que hay de más: distintas clases de lámparas de mesa, la mayoría sin enchufar; toda clase de estatuillas y otros adornos innumerables, para toda clase de gustos; varios teléfonos, de los cuales sólo uno es funcional; algunas sillas de madera amontonadas en un rincón, cada una distinta; distintas marcas de paquetes de tabaco por uno y otro lado; lo mismo con bebidas, alcohólicas y refrescantes; varios tipos de aparatos de televisión y radio que no utiliza, y otras muchas cosas, algunas que reconozco enseguida y otras que me lo ponen más difícil, todas repartidas por doquier, sobre estanterías, sobre la encimera de la pequeña cocina, sobre las numerosas e inútiles mesitas del mismo modo caótico repartidas, o incluso abandonadas en el suelo, contra algún rincón.

Pero, resumiendo, se ha ido haciendo una colección impulsiva y descontrolada de cosas que quizá él asocia con lo que debe ser un hogar, hasta el punto de que lo denso y arremolinado de todo el inventario asusta mucho más que el propio coleccionista. Lo cual es decir mucho, ya que no es muy agradable oír su voz, distorsionada con ese temblor metálico, algo líquido, y tener que mirar, para dirigirse a él, al oscuro y desconcertante brillo negro de la máscara de cristal que le cubre el rostro por entero. El cristal es de una oscuridad tal que parece absorber el brillo de lo que refleja, si es que esto tiene sentido.

—Por favor, sentaos.

Nos hace un reverencial gesto hacia el sofá de tres plazas que tiene detrás, el cual lleva forrado el respaldo con un horrible tapete rojo y verde. Violet es la primera en moverse, tirando de Hardy, al que ha cogido de la mano. Le empuja contra el sofá para hacerle sentar, sin ningún cuidado. Hardy suspira al caer y le dirige una mirada sobresaltada y furiosa a un tiempo. Voy tras ellos, pero al pasar junto a Jones le pregunto:

— ¿Qué ha pasado, Jones? ¿Qué hacemos aquí?

—Mejor será que le escuchéis —me responde abriendo su palma hacia nuestro anfitrión.

Me siento en el sofá, junto a Violet. Quedamos algo apretados, es incómodo.

—Bien, para los que no me conocen —empieza El Rostro De La Locura, extendiendo su mano hacia Hardy y Violet—, comentaré brevemente que no soy para nada el loco asesino que se cuenta por ahí. Yo nunca he hecho nada a nadie, nunca lo he necesitado, por otra parte. Quizá ya os haya contado vuestro amigo Elangel que me oculto el rostro porque es la razón de todo el mal que se me atribuye. Debido a la propiedad de enloquecer a todo ser vivo que lo contempla me mantuvieron encerrado en un hospital durante trece años, ¡desde que tenía cuatro hasta hace casi dos años, cuando escapé!

Sus últimas palabras están manchadas de un rencor histórico e indefinido, algo que nos inquieta un poco a todos, incluso a mí, que ya le conocía y había oído aquella historia con todos sus detalles. Me extraña verle tan ansioso, creía que a estas alturas habría superado el pasado.

Continúa tras una pausa, algo más tranquilo.

—Sé muy bien que es difícil de creer, pero no puedo mostraros lo real que es mi maldición por el peligro que entraña. Tan sólo creedme todos cuando os digo que es real, y escuchadme bien ahora.

>>Hace como cosa de seis meses, mientras estaba en la ciudad dejando que un grupo de indeseables, de criminales, contemplaran mi rostro y se mataran entre ellos, desvié la vista hacia un espejo de la sala en que me encontraba, atraído por un extraño movimiento que fluía del reflejo de mi rostro en el cristal. Al acercarme, mientras todos en aquel lugar se mataban a mi alrededor, la distorsión de mi imagen fue aumentando hasta ocupar toda la superficie del espejo. Os aseguro que el cristal se había vuelto una superficie opaca, totalmente negra, sin peso ni empuje, era como aire, como una densa niebla negra. Sin nada que me ate a este mundo, y arrastrado por la desesperada necesidad de encontrar respuestas, no pude evitar aventurarme más allá de esa barrera que la imagen de mi rostro maldito había creado. Dejé atrás la matanza que me había acostumbrado a contemplar a lo largo de toda mi vida, esperando, al atravesar la anomalía, encontrar mi propia destrucción, algo que se me antojaba muy probable y oportuno, definitivamente justo.

>>Pero nada más lejos. Me sumergí en la niebla negra para descubrir que su espesor no era mayor que el de una hoja de papel, o esa impresión fue la que me llevó. Al otro lado, podéis creerme o no, pero así es, encontré literalmente otro mundo. Esta nueva y extraña tierra no estaba edificada en absoluto, era un páramo desierto en todas direcciones; el sol de ese lugar era prácticamente el mismo que el nuestro; el aire parecía el mismo que nosotros inhalamos, aunque costaba un poco más respirar, como si el oxígeno tuviera menor concentración. Era algo así como otra versión del mismo lugar. Me aventuré incluso unas decenas de metros por el desierto dejando atrás la fina capa de niebla, que permanecía suspendida a ese lado de la realidad con la forma del espejo en que se había formado. Pero pronto se me quitaron las ganas de seguir, pues una enorme criatura surgió de una madriguera oculta bajo la arena. El ser, que parecía un tipo descomunal de crustáceo, clavó sus ojos inexpresivos en mí, y fue una suerte que no se me hubiera ocurrido ocultarme el rostro, ya que de inmediato, totalmente enloquecido, empezó a destrozarse el cráneo con las enormes y múltiples pinzas que tenía, con lo que salvé así la vida de casualidad. Lo monstruoso y gigantesco del ser fue lo que me convenció de que estaba en otro mundo u otro tiempo, en ese momento no estaba seguro, pero, aterrorizado por el propio ser y la brusca revelación, regresé como perseguido por el diablo a la puerta de vapor negro.

— ¡Un momento, un momento! —interrumpe Violet bruscamente, justo cuando más inmerso estaba yo en el relato—. Tío, ¿estás diciendo que puedes abrir puertas a otras dimensiones, o algo así?

— ¡Sí, eso es! ¡Exactamente! —responde el narrador con el entusiasmo del que se cree

comprendido.

— ¿Te importa si te abro uno de esos paquetes de tabaco que tienes por ahí?

—No, claro que no.

Él mismo le trae paquetes de distintas marcas, un mechero y un cenicero de los infinitos que tiene por ahí tirados. Violet estudia los paquetes de tabaco y coge el que debe ser su preferido. Lo abre y ofrece a todos, pero ninguno de nosotros fumamos.

—No, yo tampoco fumo —dice El Rostro De La Locura, dejando a Violet patidifusa—; bueno, continúo. Una vez que llegué a casa, ese mismo día, comprobé en el único espejo de que disponía, el del cuarto de baño, que mi rostro descubierto seguía produciendo esa distorsión en mi reflejo, algo que hasta entonces nunca me había pasado. Así que desde hace casi seis meses ni yo mismo puedo verme la cara debido a este fenómeno. Poco después me traje un espejo de cuerpo entero, ya que no podía pasar a través del diminuto espejo del baño, y desde entonces he visitado innumerables y muy distintas tierras, pero nunca me he separado demasiado de las puertas con las que llegaba allí. He visto decenas de distintos tipos de civilizaciones, de especies de seres parecidos a nosotros, otras de seres bien distintos, cientos de mundos habitados por todo tipo de extraños seres animales y vegetales, otros tantos totalmente inertes en apariencia... Alguna vez he vuelto a una misma dimensión, como tú las has llamado, de casualidad, pero no he encontrado patrón ninguno con el que predecir a dónde voy a ir a parar.

Todos los demás nos miramos entre nosotros con cierta complicidad: “este tío está chiflado”. Pero guardamos silencio y respeto, le dejamos continuar.

—Y he aquí la razón por la que ayer de noche me dirigía a vuestra oficina, hasta que encontré al inconfundible Jones vagando por las calles bajo la lluvia y le insté a que subiera a mi coche para ir los dos a verte. Sólo que, al revelar a Jones mi descubrimiento, me pidió que le trajera aquí, a mi casa.

— ¿Y eso por qué? —me levanto, molesto y confuso, y miro a Jones—. ¿Por qué no quisiste volver? ¿Por qué tardaste tanto en decirnos dónde estabas?

Jones baja la cabeza, mirando con sus globos diabólicos al suelo, un gesto que conozco bien. Está asustado y avergonzado, como si hubiera hecho algo realmente malo. Espero que no se haya puesto a comer carne humana...

—No seas duro con él —interviene El Rostro De La Locura, levantando y agitando las manos—. Escucha y comprenderás. Nosotros tres nos conocimos bastante antes de que yo descubriera las puertas a otros mundos. Jones, al igual que yo, se ha convertido en una especie de hombre del saco para la gente, un ser del que no se sabe si es o no cierto cuanto se dice de él, por eso quise conocerle en su momento. Porque teníamos en común un aura antinatural, y os agradezco de corazón que aceptarais venir entonces. Se puede decir que sois los únicos amigos que he tenido y tendré jamás. Y por eso he querido avisaros de esto. Si por mí fuera, dejaría que ocurriera sin más, no me interesa nada del mundo, nada hay para mí por lo que valga la pena luchar. Pero creo que te debo, Elangel Pulois, por respeto, por amistad, el advertirte sobre esto.

— ¿Advertirle sobre qué? —exclama Violet, impaciente. Hardy tose molesto por el humo de su cigarrillo.

—He descubierto la razón de que muchas de esas realidades estén desiertas. No es siempre fruto de la arbitraria naturaleza de cada mundo. He visto seres exactamente del mismo aspecto de Jones arrasando varios de estos mundos alternativos.

— ¡¿Qué?! —exclama ahora Hardy, sin duda relacionando lo que le he contado yo con lo que está oyendo ahora, como sin duda le pasa a Violet, como me pasa a mí.

—Sí. Por lo que he ido viendo, tienen la capacidad de viajar entre distintas realidades. Parece que devoran todo aquello que respire, sin excepción. Arrasan cuanto encuentran, con una violencia desmedida, invadiendo por entero cada nuevo mundo, extendiéndose como una

incurable enfermedad. Disculpa, Jones.

—No importa —contesta él, con un gruñido grave, casi ininteligible—. Estoy convencido de que es como dices.

—No sé qué clase de tecnología es la que les permite viajar entre realidades, eso es algo que aún no he visto. Su mundo es algo que nunca he encontrado, ni siquiera por accidente. La única forma de llegar a él ha de ser de la misma forma en que ellos viajan. Os lo digo porque esa ha de ser la única forma de detenerles; porque tarde o temprano llegarán aquí, como Jones ha llegado; sea por accidente o de otra forma, si él llegó aquí, el resto acabará haciéndolo igualmente.

El Rostro De La Locura, que no paraba de hacer ligeros ademanes un poco tontos, inútiles, con sus manos mientras hablaba, deja caer de golpe los brazos, un gesto que se me antoja de derrota. Supongo que supone, como es lógico, que no le creemos ni una palabra. No aparto la vista de la infinita inmensidad negra que es para nosotros su cara, mientras toda clase de sentimientos contradictorios me embargan. Siempre he estado bastante seguro de que el que nos habla, sin ser un asesino peligroso como se cuenta por ahí, está bastante mal de la cabeza, un pobre hombre que es presa de una especie de manía persecutoria y paranoica. Su historia de mundos paralelos es lo más disparatado que nunca me han intentado hacer creer, y eso que en mi trabajo la gente miente más que habla, escuchando a veces excusas e historias de lo más absurdas. Estoy tentado de creerle, debido al espeluznante y reciente encuentro que Violet y yo tuvimos en el viejo hotel, pero al mismo tiempo me planteo que puede no ser más que casualidad. Que la aparición de otro ser como Jones ha coincidido con el punto más alto y complejo de la locura de este hombre, y que todo esto tiene que tener una explicación más sencilla y verosímil.

—Bueno —dice en un sonoro y líquido suspiro nuestro anfitrión—, ¿alguien quiere un café o un té?

—Yo un té, gracias —responde Violet con familiar agradecimiento.

Yo declino con un gesto de la mano. Hardy no dice nada, hace como si no estuviera, sólo tose un poco más por el humo del cigarrillo de Violet. El enmascarado se dirige a la cocina que queda a nuestras espaldas, y oigo que empieza a manejar útiles, como si rebuscara nervioso lo necesario para hacer el té de Violet.

Jones, que ha permanecido con la mirada en el suelo, verdaderamente abatido, se me acerca y me mira por primera vez directamente desde que entré por la puerta.

—¿Tú que crees? —susurra con un gruñido horrible, casi amenazador. Noto que Violet me mira también, esperando mi respuesta.

—No sé qué decirte, Jones —suspiro largamente. Violet aspira de su cigarro y exhala el humo hacia mí, no sé si a propósito o no—. Si te soy sincero yo tengo otra historia casi igual de disparatada que contar.

—Estoy seguro de que es como él dice, Nass. Es tan imposible lo que cuenta que por fuerza ha de ser verdad.

Estoy a punto de contarle lo del otro ser como él, pero me contengo. No quiero que El Rostro De La Locura tenga motivos para dar mayores alas a su retorcida imaginación.

—Vimos a otro como tú, Jones —suelta de pronto Violet.

—¿Qué haces?! —coreamos Hardy y yo a la vez.

—¿Qué? —exclaman Jones y El Rostro De La Locura a un tiempo.

—Sí, Nasser y yo te estábamos buscando, porque él creía que habías ido tú solo a matar a los malos, ahí, en plan samurai. Y encontramos a uno como tú que se los estaba comiendo.

—¿Y no pensabas decírmelo? —ruge Jones, mirándome. No me da tiempo a responder, y tampoco sé qué decir.

—Es que tuvimos que matarlo, Jones —sigue Violet—. Intentó comernos a nosotros también, y

Nasser se sentía tan mal por matar a un congénere tuyo que no sabía cómo decírtelo.

— ¿Veis cómo es cierto? —dice El Rostro De La Locura, sin moverse de la cocina.

— ¡Un momento! —Hardy se pone en pie de un salto, haciendo aspavientos con una mano para quitarse el humo de Violet de la cara—. ¡Esto no quiere decir que te puedas creer tus propias chorradas, maldito lunático! Nos haces venir aquí para oír lo especial y desgraciado que eres cuando tenemos problemas de verdad en el mundo real. Te aprovechas de las dudas y los miedos de Jones para arrastrarle a tu mísero y pequeño mundo de locura y aislamiento.

—Nada más lejos, viejo.

—Sí, ya, claro —le interrumpe Hardy, que escupe frenéticamente las palabras, su redondo rostro encendido como una roja luz de navidad—. Te crees que Jones es un monstruo, como tú, ¿eh? Una especie de bicho raro al que hay que encerrar y tirar la llave, ¿eh? Jones no es ningún monstruo de otra dimensión, y se merece vivir su vida mucho más que todos los ladrones y asesinos que andan sueltos por la ciudad, toda esa gente que no merece ni ser encerrada, jodidos locos como tú a los que habría que electrocutar hasta que les saliera la mierda por las orejas.

—Casi deseo mostrarte mi rostro y contemplar cómo te sacas los ojos con tus propias manos, viejo.

— ¡Sí, vamos, muéstrame la cara para que pueda partírtela, lunático!

Ahora soy yo quien se pone en pie. Estoy saturado por todo lo ocurrido en los últimos días, todo el dolor, locuras y gilipolleces que he tenido que aguantar. Exploto, y grito con desesperación, para asombro y desconcierto de los presentes.

— ¡HARDY, CÁLLATE! ¡CALLAOS TODOS O JURO QUE SERÉ YO EL QUE OS DEVORE LAS ENTRAÑAS!

Se me quedan mirando todos con los ojos muy abiertos, asustados y todo, diría. Incluso puedo notar cierta estupefacción en el rostro inexpresivo de Jones. Al menos se callan. Hasta que, claro, habla Violet.

— ¿Que tú nos vas a devorar las entrañas? —dice riendo tímidamente, hasta que la miro—. Vale, ya me callo.

—Pongamos que te creo —digo con tono modulado pero furioso, dirigiéndome a El Rostro De La Locura—, digamos que es verdad. ¿De qué coño nos sirve esa información? ¿Qué pretendes que haga? Cuéntaselo a los del gobierno, a ver qué les parece, a ver si pueden detenerlo, pero, ¿nosotros?

—Oye, te repito que a mí me trae sin cuidado. Pensé que tendrías algo de instinto de conservación, que querías defender tu mundo, pero quizá me equivoqué. Te repito que os considero mis únicos amigos, y os hago un doble regalo, aunque de gusto amargo: la tan buscada procedencia de Jones y la advertencia de una amenaza inmediata, por lo que tú mismo has podido ver. Ya te has enfrentado a uno, eso quiere decir que hay más, y más habrá a cada momento. La ciudad podría estar sitiada por ellos ahora mismo.

Mientras me responde, con una paciencia y dominio de sí mismo ejemplares, no deja de terminar de prepararle su té a Violet y se lo trae hasta el sofá, en el que ahora mismo es la única que permanece sentada. Hardy se ha apartado hasta la pared, ante una ventana junto a la puerta, como si en cualquier momento fuera a salir corriendo.

—Nass, todo lo que nos ha contado me parece, de una forma que no puedo explicar, totalmente cierto. Algo me lo dice...

—Vale, Jones —me siento, me derrumbo mejor dicho, en el sofá, junto a Violet—. ¿Y qué hacemos al respecto?

—Sé qué estás pensando. Piensas que quiero conocer y quizá volver al mundo del que vengo, y eso te molesta.

— ¡Pues claro que me molesta Jones, eres nuestro amigo! —me levanto de mi asiento, incapaz de quedarme quieto— ¡Tú siempre estás con el rollo de que eres un monstruo! Bueno, pues serás un monstruo, pero eres nuestro monstruo. Si es verdad que provienes de un mundo de aniquiladores carnívoros, como dice este chiflado...

—Bien, gracias —me reconviene con ironía El Rostro De La Locura

—... ¿en qué nos afecta eso, si lo piensas?

—En nada, Nasser. Yo no quiero tener nada que ver con esos seres. Pero ahora todo parece encajar, sé cual es mi lugar, parece hasta lógico que siempre hayas tenido miedo de mí. ¿Cómo no, con estas grandes garras y estos largos dientes? Tendrías que haberme matado hace muchos años. ¿Quién sabe de lo que soy capaz? Siempre me he sentido como una bomba de relojería a punto de estallar y ahora todos sabemos por qué.

Suspira largamente y se deja caer en el pequeño sillón que debe servir de reposo normalmente a nuestro anfitrión, y que cruje como si se fuera a partir bajo su peso. Jones queda ridículamente encajonado en él, mirando al suelo con la cabeza apoyada sobre las enormes garras.

—Jones —digo con tono conciliador, sentándome de nuevo en el sofá, enfrente de él—, no sé qué quieres que te diga. Si tú no quieres tener nada que ver con esos seres, pues entonces no hay de qué discutir. Además, aunque tú quisieras volver con ellos lo respetaría. No lo entendería, ni me gustaría, pero lo respetaría porque somos amigos, y porque, como dice Hardy, tienes el mismo derecho que cualquiera de nosotros a vivir la vida que quieras.

—Yo quiero quedarme con vosotros, Nass. Pero tengo miedo de mí mismo, de que, una vez que tenga a uno de esos seres cara a cara, una vez que deba elegir entre ellos y vosotros, me vuelva loco y os acabe matando a todos. El Rostro De La Locura os ha dado una descripción por lo alto de lo que hacen esos seres, pero a mí me ha dado toda clase de detalles, porque así se lo exigí. Te lo juro, Nass, son animales, unas bestias sin control, lo sé porque yo he deseado ser lo mismo muchas veces, es como algo innato, incontrolable... Nunca he deseado comer carne humana, ni de ningún otro ser vivo, a no ser que esté pasada por una sartén —Jones transforma su ahogado y siniestro tono de voz en un suave gorjeo vibratorio al hacer referencia al acto de cocinar, que tanto le gusta. Sólo Hardy y yo, a fuerza de costumbre, podemos identificar ese sonido con una ligera risa, pero sigue hablando con su voz apagada y sombría—. Pero sí que he anhelado la emoción de la caza, he deseado hacer añicos a cualquier cosa viva; y si nunca he explotado en un frenesí irrefrenable ha sido gracias a que me has dejado trabajar contigo y machacar a los malos. Aplastarlos, cortarlos, destriparlos, reducirlos a jirones y mezclarlos con el propio tejido de que están hechos; tú mismo te diste cuenta en seguida de lo inútil de todo lo que les hacía. No sólo los mataba Nass, sino que me recreaba con ellos, y tú siempre lo has sabido.

Tiene razón en que yo intuía que su naturaleza asesina era muy susceptible de mostrársenos cualquier día en forma de una vorágine incontrolada de violencia y vísceras decorando paredes. Lo demuestra el hecho de que me aterrorice dejarle recorrer en solitario la ciudad, y de que me haya planteado cómo acabaría con él fácilmente, llegada la necesidad. Estoy descubriendo que, aunque no lo diga en voz alta, él se ha dado cuenta de que no sólo le temía irremediable y secretamente, sino de que esperaba cada día verle comportarse como el monstruo del que tiene apariencia.

Estoy harto. Jones tiene defectos, sí. Puede que sea víctima de un vicio irrefrenable, el deseo de matar, pero siempre lo ha conducido hacia lo estrictamente necesario, siempre se ha contenido dentro de unos límites razonables, los por mí marcados, que puede que no fueran tan razonables. Pero se acabó. No pienso dejarle cargar más con su estigma de monstruo aniquilador.

—Jones, vale. Hardy y yo siempre hemos tenido claro que un ser con tus, digamos, aptitudes físicas habría de ser predominantemente carnívoro y cazador. Y es lógico que sientas el impulso, la necesidad, de dar rienda suelta a lo que ha de ser tu naturaleza; pero piénsalo en serio, ¿qué te diferencia de cualquiera de nosotros, del resto de los humanos de este mundo? Tú, que has

trabajado conmigo en esto durante diez años sabes mejor que nadie lo podridos que estamos. Joder, Jones, mírame a mí. No hago más que beber y dar palizas a la gente, y me gustan las dos cosas. Doy palizas hasta que los mato, Jones. ¿Qué tiene eso de superior respecto a ti? Tú matas a la gente de forma violenta, pero al menos eres rápido, casi humanitario, Jones. Eso empezando por mí, claro, porque mira al resto. Todos, y últimamente más que nunca, todos y cada uno tiran por su lado, con la única y mezquina idea de satisfacer apetitos tan bestiales y mucho más bajos que el tuyo, Jones. Tú lo has visto conmigo: drogadictos, alcohólicos como yo, violadores, pederastas, asesinos, ladrones... Y los peores, los traficantes, los contrabandistas, tratantes de blancas y proxenetas, todos los que están por encima de cada mundillo, convirtiéndolo en un mercado del que sacar el peor vicio que es el dinero, para satisfacer así sus propios bajos instintos; y así ha girado la rueda de la evolución humana durante milenios alrededor de este impropio eje, por mucho que lo nieguen toda clase de hipócritas religiosos y puristas humanitarios.

>>Y no hay nada que lo detenga, Jones. Tú eres tan civilizado como Hardy, no eres tan como yo, y eso procede de ti mismo, tú te has hecho así. Tú te controlas, Jones, aunque constantemente quieras despedazarnos a todos. Pero la maldición de la humanidad no hay nada que la detenga. Si quieres ver un verdadero monstruo ahí lo tienes, cruzando esa puerta. Verás a seres vanagloriados del poder y de las ventajas de su propia consciencia, de la rectitud de los valores de su civilización, y eso ocurrirá vayas a donde vayas. ¿Sabes qué hay tras esa puerta, Jones? Una enorme jaula que está a rebosar de criaturas que tienen las bocas llenas de dientes, y que dan dentelladas sin objetivo ni necesidad ninguna a diestro y siniestro, a todos y cada uno de los iguales que se les acercan. Un espectáculo que repugna, solivianta y aterroriza, eso es la humanidad.

Todos quedan en silencio; Hardy y El Rostro De La Locura de pie, Violet sentada en el extremo más alejado de mí del sofá. Jones me mira fijamente aun cuando doy por terminado mi discurso. Nadie dice nada durante unos segundos, y me planteo si todo lo que he dicho no habrá sonado a chifladura sociópata, más propia de nuestro anfitrión.

—Aunque parezca mentira, estoy totalmente de acuerdo con eso.

Tras decir esto, Violet sorbe sonoramente el té humeante.

—Esa es, a grandes rasgos, la conclusión que he sacado respecto a todo el género humano.

El Rostro De La Locura se dirige hacia la cocina poniendo de camino su mano sobre el hombro huesudo de Jones.

—Jones, sí, como parece, de verdad te crees indigno de vivir como nosotros en este mundo, dinos entonces qué derecho tenemos el resto, como dice Nasser. No le des más vueltas, hijo.

Hardy, dicho esto, se acerca a nosotros y se sienta entre Violet y yo.

Jones, una vez que estamos todos sentados ante él, con el Rostro De La Locura en la cocina recogiendo lo utilizado para hacer el té, se pone repentinamente de pie. Su larga estatura, que casi llega al techo, nos abruma a los tres en el tan reducido espacio que hay entre su asiento y el nuestro. Con un gesto que parece más propio de mí, se aleja de nosotros mientras se frota las sienes con las largas uñas. De pronto se vuelve, con la gran palma de su mano tapándole las amenazantes fauces. Su voz no queda amortiguada por este obstáculo, nos llega bien clara a los tímpanos, haciendo vibrar todo el vidrio, que no es poco, de la saturada estancia. Parece no tener su sonido un origen concreto, nos envuelve, ha recuperado su inquietante y sobrecogedora amplitud acostumbrada.

—No puedo dejar de pensar en ello. Todo esto me parece al mismo tiempo imposible y coherente, de una extraña forma. Pero tienes razón, Nass. Si a vosotros, que sois como mi familia, os da igual lo que soy en realidad, no tengo mayores motivos para preocuparme. Supongo que, como parece querer decir, no hay nadie perfecto. Y puede que la humanidad no pueda ni merezca ser salvada. Pero ahora sé qué hacer.

>>Nass, abuelo, no dejaré que los de mi especie arrasen vuestro mundo.

EL REGRESO

—Iremos, pero al menor indicio de peligro, desaparecemos.

—Como tú digas, Elangel.

El Rostro De La Locura ha propuesto el absurdo y retorcido plan de ir en busca de la criatura muerta e investigar desde dónde llegó a nuestro mundo, y Jones ha insistido en ello, así que no nos queda más remedio que, por lo menos, intentarlo.

Quién sabe qué hay de cierto en todo lo que dice; yo creo que nada, a pesar de lo sensato y moderado que se muestra. Tan sólo espero que, de no encontrar ningún portal mágico a otro mundo, no tenga un estallido despechado y homicida. No es el primer chiflado con el que trato, y sé muy bien que muchos pasan por personas equilibradas y lógicas, pero no lo son.

—Pero no hay de qué preocuparse. Si aparecen más mafiosillos yo los anularé con mi enloquecedora influencia, os protegeré. Por eso quiero ir —concluye, alzando la voz para que Hardy, que puso objeciones a que nos acompañara, le oiga bien—. Llevaré mi coche, para evitar roces innecesarios.

—Bien —concedo.

—Supongo que nadie querrá venir conmigo.

Violet me mira dubitativa un par de segundos. Luego se vuelve hacia él.

—Bueno, a mí no me importaría, tío. Me gustaría hacerte algunas preguntas.

—Pues adelante. —El Rostro De La Locura abre la puerta del acompañante de esa cafetera que tiene por coche, y la invita a entrar con cierta reverencia.

Veo que cierra la puerta con suavidad una vez que está dentro. Me acerco a él tanto que mi aliento se condensa en el vidrio de su máscara. Una especie de ira irracional me maneja.

—Ya puedes tratarla bien —digo con voz áspera.

Es la primera vez que le hablo de manera amenazante desde que le conozco. No sé por qué lo hago, nunca ha hecho nada para que le trate así.

—Pues claro, hombre —contesta en tono neutro, indiferente—. Vamos hasta el Salsbury, ¿no? Sé llegar. Seguidnos.

Y se mete tras el volante de su coche. Yo me acerco al mío y abro la puerta del conductor. Jones y Hardy están de pie junto a las puertas del acompañante y la trasera, respectivamente.

—El coche estaba abierto, ¿no entráis? —pregunto.

—¿Cómo la dejas ir con ese chiflado en su coche? —me recrimina Hardy—. ¿Y si le hace algo?

—Hardy, entra en el puto coche —le atajo secamente.

—Abuelo, no pasa nada. Ese hombre, pienses lo que pienses de él, no es un chiflado.

Jones habla a Hardy con respeto e impaciencia a un tiempo, como un niño que no supiera expresarse bien ante un adulto. Ambos entran en el coche una vez que he arrancado. Espero a que El Rostro De La Locura arranque su coche, el cual lleva un par de minutos intentando poner en marcha; sólo hace ruidos renqueantes con las luces delanteras parpadeando.

—¿Por qué tiene las luces encendidas? Decidme si está o no como una cabra.

—Se las dejaría encendidas ayer, cuando llegamos aquí estaba oscureciendo —responde Jones al enojado comentario de Hardy—. Deja de llamarle loco, abuelo.

—Pero es que está loco, es un maldito psicópata que...

—¡Dejadlo los dos! —interrumpo furiosamente, pero sin levantar la voz—. Jones, si está loco,

es decir, si se cree todo lo que nos ha contado, tú no puedes saber si es cierto o no. Para él sería todo verdadero y no distinguirías cuándo miente. Y tú, Hardy, cállate de una puta vez. Puede que no haga más que soltar paridas, pero no nos ha hecho nada a ninguno para que le hables como lo hiciste. De hecho, tú parecías el loco ahí dentro. Si yo hubiera sido él, te hubiera partido la cara como mereces, y todavía tengo ganas de hacerlo, así que callaos todos tan sólo un ratito porque ya empiezo a estar hasta los mismísimos huevos de todos.

Hago una pausa imperceptible en mi discurso porque me quedo sin aire y tengo la garganta tensa e hinchada de pura mala hostia; pero continúo, sin gritar todavía, aunque con la voz ronca. Un demonio que es la ira me araña la garganta en un intento de abrirse paso al exterior.

—Y, por cierto, ¿a qué cojones viene eso de que me dejéis convaleciente e inconsciente en un piso que han dejado sin puerta unos tipos que quieren matarme, con una chica de diecinueve años por toda escolta, para, tú —señalo con un dedo engarfiado por la tensión a Hardy—, poder irte a dormir cómodamente a tu casa, y tú —señalo igualmente acusador a Jones—, largarte a hacer de justiciero de la noche?

—Yo sólo iba a buscar a los tipos que nos querían mat...

—Cállate y escucha, Jones —le interrumpo, meneando la cabeza. Soy consciente de que, si algún día se enfadara de verdad, podría arrancarme la cabeza, descorcharme como una botella de champán y dejar la sangre brotar como la espuma, pero la ira me ciega—. No puedes ir por ahí tú solo, por nobles que sean tus intenciones, y sabes de sobra por qué.

—Por la gente —dice, desviando de mí la mirada, mirando más allá del parabrisas.

—Por la gente, Jones —repito—. Porque la gente tiene miedo de lo que es diferente y no comprende, y tú puedes enfrentarte a cualquiera, Jones, pero tienes que ver a la gente como un enorme animal estúpido y salvaje. Cuando tienen miedo se unen en una masa que lo devora todo, y no quiero que te den caza como a un ser mitológico y peligroso, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo, Nass. Perdona.

Me quedo súbitamente aplacado por su sentida y escueta disculpa. Mi vista pasa de su perfil diabólico a Hardy, que me escucha con la cara apretujada entre los dos asientos, totalmente roja, no sé si de vergüenza o de indignación. Él no dice nada.

Por fin consigue arrancar El Rostro De La Locura su coche. Toca el claxon una vez, para indicarnos su victoria, supongo, y se pone en marcha tras maniobrar para dar media vuelta. Yo hago lo mismo, e iniciamos el viaje de vuelta a la ciudad.

Tengo la costumbre de dejar mi mente divagar mientras conduzco. Mis pensamientos, con auténtica vida propia, toman la forma de una imagen concreta: soy yo, saltando del coche en marcha, dejándolo desviarse alocadamente del camino para estrellarse contra una roca y reventar en una bola de fuego; dentro del coche están todos: Jones, Hardy, el chiflado y Violet. Intento tomarme esto en serio, pero a veces pienso en lo absurdo que es, tanto que no puede ser real, y me entran ganas de romper con todo, hacerlo desaparecer y olvidarme para siempre.

Ahora, para colmo, vamos a meternos en la boca del lobo, a arriesgarnos a que los de la mafia japonesa nos maten porque Jones siente la necesidad de ver a la criatura. Algo comprensible, sin embargo, pero lo que me inquieta es que esa necesidad haya surgido más por las historias fantásticas de El Rostro De La Locura que por sus propias inquietudes existenciales. Jones se toma muy en serio al chiflado aunque apenas le conocemos, y parece estar convencido de que podemos y debemos detener el advenimiento de los suyos. ¿Pero cómo hemos llegado a esto?

Delante de nosotros, por encima del trasto que conduce nuestro amigo el chiflado, asoma la sombra monocromática y descomunal de la ciudad. Todas las nubes negras que estaban repartidas en pequeños jirones por el cielo cuando salimos de allí parecen estar reuniéndose en una masa compacta, tremendamente densa, por encima de los edificios más altos. Su interior brilla en destellos, luz de relámpagos. Todavía estamos lejos, pero una llovizna que nos llega en oleadas se

mezcla con el polvo del desierto y mancha el cristal. Pongo los gastados limpiaparabrisas en funcionamiento, pero sólo consigo empeorarlo, dejando cada escobilla un rastro de barrillo seco en su movimiento. Cojonudo.

Cuando llegamos a la ciudad comprobamos que, como no podía ser de otro modo, la lluvia atronadora de los días anteriores vuelve a barrer la urbe, haciendo casi imposible ver nada en la carretera. El Rostro De La Locura conduce prudentemente lento, desviándose, con evidente conocimiento de las calles, hacia el suburbio donde ha quedado abandonado el antiguo hotel que era el Salisbury. Yo le sigo diligentemente, siendo mi coche la fiel sombra del suyo. Según nos vamos acercando a la zona del edificio me voy poniendo más y más nervioso pensando que nos vamos a encontrar con toda la tropa subordinada de Toyosu Mitsune, todos dispuestos a vengar a su jefe, que ya sé cómo son los japoneses con todo eso del honor herido y demás.

—Nass, no te preocupes —dice Jones de repente, sobresaltándome, tras todo el viaje en silencio—; si están aquí, yo os protegeré a todos.

—¿Si están aquí, quienes? —pregunto inquieto.

—No sé. Quienes sean, da igual.

Y no dice más, sin apartar los ojos sin párpados, de mirada eterna y enervante, del coche del chiflado. Éste pone el intermitente para girar a la derecha y ahí llegamos. A través del límite acuoso del cristal veo el viejo hotel, reconvertido primero a morada de mafioso, reconvertido después en almacén de carne humana en lonchas, de donde Violet y yo salimos cagando hostias esta mañana.

—No, no, no —empiezo a decir, sin dirigirme a nadie en concreto—, no sigáis. Ya lo sabía, esto es mala idea, muy mala.

—¿Qué pasa? —oigo que dice Hardy.

El Rostro De La Locura, tan tranquilamente, desobedeciendo las “directrices” bajo las que he aceptado venir hasta aquí, aparca ante el edificio; pero en la acera de enfrente, porque en la inmediata a la entrada hay estacionados, uno detrás de otro, seis largos y amplios coches negros, del tipo en que viajan los grupos de asesinos que dan palizas a domicilio. Justo como yo me temía, los lacayos del japonés han aparecido para ver qué le ha pasado a su jefe.

Detengo el coche tras el suyo y me bajo sin apagar el motor corriendo hasta él, que se ha bajado a su vez y contempla el edificio de abajo a arriba tras su máscara de vidrio negro. Le alcanzo y le zarandeo violentamente para encararle hacia mí. La lluvia repiquetea contra su cúpula de cristal y rebota hacia mi cara.

—Te dije que al menor indicio de problemas nos largaríamos. Mira esos coches. ¿De quién crees que son? Si nos ven, nos matarán a todos. ¡¿Por qué coño te has parado enfrente?! —

—Elangel, amigo, tranquilo. No estamos en peligro —su mano izquierda me coge por la muñeca de la mía, para intentar que le suelte el brazo. La fuerza sorprendente con que me clava los dedos me hace daño y le tengo que soltar—. Todavía no, amigo. Confía en mí. Busquemos el portal con el que la criatura llegó a nuestro mundo.

Se me queda mirando, inmóvil; el oscuro cristal brilla por entero con el reflejo de un relámpago silencioso y vuelve a ser la superficie negra y absorbente de luz que suele ser. Me acaricio la muñeca dañada, conteniendo un impulso irrefrenable de atravesar la estúpida máscara de un puñetazo. Sí, eso sí que estaría bien. ¡Crash!, y los cristales clavados contra su puta cara de lunático. Se aparta de mí antes de que me dé tiempo a hacer o decir nada. Violet se baja del coche.

—Los malos están aquí, ¿has visto? Deberíamos irnos, ¿no? Ya se lo he dicho a él, pero no me ha hecho caso.

Violet sigue, por fortuna, vistiendo mi gabardina impermeable. Se levanta las solapas alrededor de la cara y mete las manos en los bolsillos, protegiéndose de esta forma un poco frente el agua y

el viento gélido que atraviesa la calle de lado a lado. De mi coche se han bajado Jones y Hardy, y se acercan a nosotros apretujándose un poco sobre sí mismos.

—Cualquiera diría que es pleno verano —comenta Hardy, cuya chaqueta roja de pana ya está totalmente empapada.

— ¿Esos coches son de los japoneses muertos? ¿Estaban aquí cuando vinisteis por la mañana? —nos pregunta Jones, su vibración grave atravesando sin dificultad el estruendo de la lluvia.

—No, no estaban, Jones —contesto, agrio como el vinagre—, estos son otros, y nos querrán matar, pero a tu amigo “cara de espejo” eso le importa una mierda, míralo.

Señalo con la mano abierta en dirección a la entrada al Salsbury, a donde está llegando El Rostro De La Locura con paso parsimonioso. Su abrigo impermeable es una copia del de Jones, pero de su talla, claro, y de un color negro que brilla sin brillo bajo el agua que resbala por él, de una manera extrañamente similar al vidrio de su casco. Sube los cuatro escalones ante la doble puerta ágilmente. Casi parece que sabe lo que hace, tan seguro de sí mismo y sin dudas, totalmente incapaz de caer derrumbado por cualquier argumento, racional o irracional, que a cualquiera de nosotros se le pueda ocurrir.

— ¡Vamos! ¿No venís? —nos grita al llegar ante la puerta, vuelto hacia nosotros y meneando un brazo.

Entonces, una de las hojas de la puerta se bate bruscamente hacia fuera, golpeándole en la espalda con gran fuerza, al parecer, pues cae lanzado hacia delante, rodando sobre sí mismo, bajando así los cuatro escalones. Consigue hábilmente no arañar siquiera su preciada máscara y empieza a incorporarse apenas ha caído. La puerta, que rebotó hacia el interior, vuelve a ser abierta con la misma violencia. Uno de los tipos trajeados del difunto Toyosu Mitsune la ha vuelto a abrir de una patada, y sale de inmediato seguido de ni me pienso parar a contar cuántos más como él. Van saliendo y saliendo, y forman un ángulo abierto hacia El Rostro De La Locura, como si fuera una formación ensayada. Éste último retrocede un par de pasos, y a mí me da por pensar que tiene miedo, que no está tan loco. Una especie de amarga sensación de triunfo me recorre, viéndole acojonado.

El último en salir del edificio es un hombre calvo que tiene la cara cruzada de arriba abajo, en su lado derecho, por una gruesa y grotesca cicatriz. No tiene ojo en ese lado, y la piel de la nariz y de la boca está estirada como por un remiendo apresurado y mal hecho. Me pregunto quién puede ser ese desgraciado, pero su elegante traje blanco, la katana de vaina blanca que empuña y lo fresca que parece su cicatriz me permiten hacerme una idea. Su ya de por sí horrible rostro se torna en una mueca de ira y odio en cuanto posa su mirada sobre nuestro “amigo”: El Rostro De La Locura.

— ¡Tú! —ruge, pero hay algo de temor en su tono tirante.

— ¡Vaya, Mitsune, te creía muerto! —le responde el enmascarado con algo de diversión en su voz metálica, resbaladiza—. Eso me dijeron mis amigos.

Una lanza de furia desmedida me atraviesa el cráneo, me acelera el pulso y hace que mi destrozada nariz, de la que ni me acordaba ya, me empiece a doler de nuevo. El maldito loco nos menciona y nos señala con un gesto despreocupado de su mano. Me entran ganas de matarle. Mi mente hirviente se plantea que nos haya engañado para entregarnos a los japoneses. Pero Mitsune, al que Violet y yo creíamos parte del festín de la criatura tipo Jones, clava su único ojo en nosotros cuatro, que seguimos inmóviles junto al coche del loco enmascarado. Su expresión de furia queda derrotada por el miedo verdadero al reconocernos, aunque yo nunca le había visto.

— ¡El detective y su monstruo devorador de hombres! ¡Tiene otro! —y se vuelve frenético, furioso otra vez, hacia El Rostro De La Locura—. ¡Te has aliado con ellos para acabar conmigo de una vez por todas! ¡No podrás, demonio! ¡Matadlos a todos!

Cuando dice “matadlos a todos” señala hacia nosotros, mientras desenfunda su espada y avanza

entre sus hombres hacia El Rostro De La Locura.

— ¡Violet, ven!

Violet me obedece lanzándose sobre el capó del motor del coche hacia el lado donde estamos Jones, Hardy y yo, justo en el momento en que varios de los tipos trajeados sacan de la nada pistolas y pequeñas metralletas de una mano y descargan su munición sobre el pobre coche tras el que nos acurrucamos los cuatro. Hardy ha desenfundado su revólver y me dice algo, pero no le oigo.

—Un coche no es protección a esta distancia —oigo con toda claridad decir a Jones, a pesar de los disparos.

Y sale corriendo agazapado por la parte de atrás, con increíble velocidad para algo de su tamaño, con su larga gabardina como espectral estela. De inmediato se oyen gritos de terror y dolor proferidos por los tipos trajeados. Los disparos ya no van dirigidos a nosotros, y me asomo por encima del techo del coche, empuñando la nueve milímetros robada. Disparo con calma contra algunos tipos trajeados, que están muy ocupados disparando a su vez, horrorizados, contra Jones, que se cubre usando los cuerpos que destroza como escudo. Él podría usar su revólver, pero supongo que ya no intenta disimular, que así se lo pasa mejor. A mi lado Hardy me imita, pero dispara tres veces sin dar ni una. Veo por el rabillo del ojo que Violet le arrebató el arma, y aprovecha las tres balas restantes para acabar con otros tantos esbirros. ¡Joder, con la tía! Se me acaban a mí también las balas, y no podemos hacer más que mirar a Jones destripando y cortando lo que queda de los malos.

Violet se tapa la boca en un gesto de asombro y asco, pero mantiene los ojos abiertos como platos a pesar de la lluvia, sin perder detalle del espectáculo de sangre y tripas desparramadas. Jones golpea con sus garras, cercenando miembros, haciendo aberturas en la carne, atravesando con estocadas rápidas de sus uñas el frágil pecho de uno, el indefenso estómago de otro. Así hasta que acaba con todos. Toda la sangre de que se ha empapado su impermeable empieza a resbalarse rápidamente hacia el suelo, a diluirse con el agua que encharca la orilla de la acera. Jones extiende ante sí sus garras para que la lluvia las limpie del mismo modo.

—Me encanta la lluvia —nos dice.

Nos reunimos con él saliendo con precaución de detrás del coche, que ha quedado bastante agujereado. Paso junto a un cadáver que tiene los brazos rodeando su cabeza, cortados ambos. Una mano agarra una de esas minimetralletas. La cojo, tirando al suelo la pistola sin munición en su lugar. Compruebo que tiene el cargador a la mitad, pero de momento me conformo.

—Tengo que comprarme otra pistola —me digo.

—Parece que te arreglas bastante bien con las de los demás —me contesta Violet.

— ¿Cómo andáis de munición? —pregunto a Jones y Hardy.

—Yo bien, para el uso que le doy —dice Jones levantando las dos manos y agitando de forma rápida y ágil las largas uñas.

— ¿Y tú, Hardy?

—Bueno, tengo doce balas más en esta caja —y veo que se la alcanza a Violet, que todavía empuña la enorme arma.

Ella, antes de coger las balas de mano de Hardy, descarga los casquillos vacíos, demostrando un evidente y completo conocimiento del arma. Acto seguido empieza a cargar seis balas más, le da al tambor vueltas con un golpe seco de su palma enguantada y lo introduce en su lugar con un giro de muñeca, igual que en las películas.

— ¿Pero en qué escuela has estado estudiando tú, niña? —pregunta Hardy asombrado, que todavía no sabe que no va a la escuela, y que tampoco es ninguna niña.

Por toda respuesta Violet le sonrío dulcemente, y luego me dedica un guiño ladeando

ligeramente la cabeza. Mirándola a ella, veo que a su espalda se desarrolla un disparatado enfrentamiento. Toyosu Mitsune, katana en mano, persigue, alrededor de uno de los largos coches de sus lacayos, a nuestro joven y chiflado amigo. Éste último se dedica a correr y saltar por encima del coche de manera ridículamente asustada, mientras el japonés no para de golpearlo con su espada en un fútil intento de alcanzarle. La negra pintura se lleva la peor parte, lo está dejando a rayas por todas partes. La verdad es que no le quedan del todo mal.

— ¿Qué están haciendo esos dos? —es cuanto sale de mi boca lánguida, estupefacto como estoy.

— ¿Veis, veis cómo sí que está como una cabra? —dice Hardy.

—Hardy, cállate —le espeto, cansado ya de oírle repetir eso como a un loro.

Acto seguido camino decidido hacia los contendientes, haciendo a Jones un gesto con el brazo para que me siga. El Rostro De La Locura está haciendo cabriolas con una habilidad nula, algo cómico y patético a un tiempo, pero la verdad es que parece servirle, pues no le veo herida ninguna. Mientras, Toyosu Mitsune está tan concentrado, hay tanto odio y desesperación en sus ataques, que no me sorprende que no repare en nosotros.

— ¡Mitsune! —grito para que me oiga por encima de la lluvia y de su ardiente rabia—. Déjalo ya, si haces el favor. Estás haciendo el ridículo. Los dos lo hacéis.

Toyosu vuelve su cara desfigurada por la cicatriz y la locura hacia nosotros. La herida tiene muchísima peor pinta de cerca, una grotesca abertura apenas mal cerrada por escasos puntos hechos con un grueso cordel. La lluvia intensa la mantiene jugosa, deshaciendo lo poco que tuviera coagulado; da la impresión de tener trozos colgando, incluso, parte de carne y músculo, quizá, que se agitan levemente según se mueve él. Me están entrando verdaderas ganas de vomitar, porque, aunque he visto de todo, nunca me había topado con semejante desfiguración. Toda la cara está contraída hacia la gruesa cicatriz, como si fuera un agujero negro que la estuviera absorbiendo muy lentamente. Se me ocurre que ese sí que es un rostro de locura, ni el de Jones ni el del esquizofrénico enmascarado.

— ¡Vosotros! ¡Vosotros le habéis traído para que me matara! —nos grita furioso, enloquecido, lanzándose contra nosotros espada en ristre. Pero su impetuosidad no le impide ser prudente, se detiene en seco cuando le apunto con la minimetrallata— ¡Vaya, creía que dejarías que tu nuevo monstruo intentara hacerme pedazos, pero has aprendido la lección!

— ¿Perdón? —se me escapa.

—Claro, vamos, dispárame. Ya escapé de uno de tus monstruos, no son tan fuertes. Vamos, dispárame.

—Este se cree que hemos metido aquel ser aquí para intentar matarle —explica El Rostro De La Locura, con claro alivio en su voz.

— ¿Y si no es así, qué tengo que creer? —le pregunta Mitsune sin volverse hacia él, que está a su espalda. Mantiene su único ojo sobre mí.

—Oye, oye, que yo sepa eres tú el que me quería a mí muerto, y sin provocación alguna por mi parte.

— ¿Sin provocación alguna? Todo el mundo en esta ciudad de acojonados habla del detective y su monstruo. Todos temen hacer nada por miedo a que alguien contrate a Elangel Pulois, el cazarrecompensas, el mercenario. Tú y el jodido psicópata embrujado de vuestro amigo —señala con un seco ademán de cabeza a El Rostro De La Locura— estáis deshaciendo el equilibrio de las cosas, y, ¿para qué? No hacéis ningún bien a la sociedad, no hacéis del mundo un lugar mejor, sólo estáis promoviendo un violento “sálvese quien pueda” entre los criminales, estáis acelerando la espiral de brutalidad y caos que lleva tiempo amenazando a esta ciudad. Sólo alguien fuerte y decidido puede poner algo de orden, y yo soy ese. Pero antes debo acabar con vosotros, los oscuros justicieros, el cuento para niños que produce pesadillas a la gente.

Noto que Jones me mira, hace desaparecer sus ojos bajando el ala de su enorme sombrero, y vuelve alzar la mirada. No sé que quiere decir con ese gesto. ¿Que Toyosu tiene razón? ¿Que está avergonzado?

—Escucha, ni soy ni quiero ser ningún héroe. ¿Que las cosas están empeorando en la ciudad? Pues a mí me importa una mierda. Sólo hago un trabajo, espero que me paguen y eso es todo. A tomar por culo todo lo demás. ¿Entiende, señor samurai?

Mitsune hace bailar su iracundo ojo izquierdo de Jones a mí y de mí a Jones. Parece estar a punto de decir o hacer algo, pero El Rostro De La Locura empieza a hablar, pasando a prudente distancia por su lado.

—Escucha, Toyosu. Estas pobres gentes no tienen nada que ver con el incidente del ser que te atacó. No la tomes con ellos.

Un deje de burla y complacencia se diluye de su líquida voz, mientras le muestra la superficie inerte que es su cara a Mitsune. Éste sufre un repentino ataque de ira e intenta alcanzar al enmascarado de nuevo con su espada, con la diferencia de que esta vez sí que le va a acertar, pero Jones reacciona, casi aparece como por arte de magia entre ambos, desvía con su garras la fiera estocada de Mitsune y le coge por la corbata violeta que envuelve el cuello de su camisa azul, con delicadeza, a pesar de todo. Mitsune se revuelve, gruñe y golpea en vano a Jones a mano desnuda.

—Está enloquecido, Nass. ¿Acabo con él? —me pregunta.

—Sí, mávalo. Lo hubiera hecho yo mismo, pero no podía mostrarle mi rostro sin correr el riesgo de que vosotros lo pudierais ver también —dice El Rostro De La Locura, entre divertido y aliviado.

—Será mejor que te calles —le replico secamente—. Tú no eres nadie para darle órdenes a Jones, ¿entiendes?

—Él os matará a todos —me interrumpe Mitsune, inquietantemente tranquilo de pronto—. Todo le da igual. Mató a mi mujer y a mi hija, el maldito cerdo; a ellas, que no tenían culpa de nada.

—¿Es verdad eso? —le pregunto a El Rostro De La Locura, casi sabiendo la respuesta de antemano, casi deseando que sea verdad para no tener que confiar más en él.

—Sí, sí, es verdad —contesta abriendo hacia nosotros las manos, como quitándole hierro al asunto—, pero fue un accidente. Estaban en un restaurante que estaba lleno de mafiosos al que hice una visita; pero también murieron otras personas inocentes, no dejéis que os conmueva su historia de perdición y venganza. ¡Siempre hay daños colaterales, cuando salgo a ajusticiar...!

—¡Maldito demonio! ¡Mi mujer estaba comiéndose las entrañas de mi hija cuando las encontré! ¡Tuve que matarla con mis propias manos para que se detuviera! ¿Cómo esperas que nadie olvide eso? ¿Cómo puedes vivir haciendo eso a la gente? Si fuera tú, hace ya mucho tiempo que me habría volado la cabeza.

—Esta conversación no tiene ningún sentido. Haced lo que queráis con él.

Y dicho esto, El Rostro De La Locura nos da la espalda a los tres, y se dirige hacia la entrada del Salsbury, subiendo los peldaños con infantilidad supina, a ridículos saltitos. Hardy y Violet, que se hallan cerca de los escalones, le observan entre el asombro y la intriga.

—¡Eh! ¿A dónde vas? —le grito, pero finge no oírme y se escabulle dentro, abriendo apenas una de las puertas.

—A vosotros todavía no os conozco bien. Hasta parecéis algo normales, incluso tú, monstruo.

—No le llames monstruo —gruño volviéndome hacia Mitsune, que sigue inmóvil, sujeto de la corbata por Jones.

—Lo que te estoy diciendo es que puede que no seáis como yo me imaginaba, quizá me he pasado con vosotros. Pero, si os unís a ese demonio, tened por seguro que acabareis mal, y yo no

tendré nada que ver en ello. No sabéis nada de lo que le hace a la gente, ¿verdad? No, puedo ver en tu cara que no tienes ni puñetera idea. Nunca he visto su rostro endemoniado, pero le he visto inmóvil, impertérrito, contemplando la demencia que provoca en sus víctimas tras su máscara, observándolas matarse entre ellas o suicidarse; le he visto caminar entre los enloquecidos tan tranquilo como si se paseara por un museo. Ese hombre es el mal verdadero, ¿y vosotros le acompañáis? No sois nada para él. Para deshacerse de vosotros no tiene más que quitarse esa pantalla de la cara y adiós.

—Yo creo que estáis locos, tú y él. Puedes irte a tu casa y olvidarte de nosotros o bien insistir en atacarnos y que Jones se encargue.

Jones le suelta la corbata, y el desfigurado rostro de Mitsune se torna confuso y amedrentado, desconfiado.

—¿Cómo sé que no enviarás a otro monstruo a matarme?

—No es ningún monstruo —señalo a Jones con un teatral gesto de la mano—, las acciones de cada uno le convierten o no en un monstruo. No sé de donde salió el que te hizo eso en la cara, pero estamos aquí para averiguarlo. Y no olvides que tú empezaste a perseguirnos, poniendo en peligro a mis únicos amigos, que no tienen nada que ver, como tu mujer y tu hija, ¿recuerdas? Tú y el puto loco de la máscara sois iguales. Vosotros puede que sí seáis monstruos. Vete, y no quiero volver a saber de ti. Es una amenaza, justo como suena.

Mitsune recoge del suelo su querida katana y la sostiene ante él, mirándola con su único ojo mientras suena alegremente con las gruesas gotas de lluvia tamborileando en su brillante hoja. Nos da la espalda y se acerca al coche alrededor del cual andaba persiguiendo a El Rostro De La Locura. Se vuelve hacia mí una vez más, mostrándome de nuevo sus desfiguradas facciones de pesadilla.

—No podéis confiar en él —dice, y su único ojo hace un fugaz movimiento hacia la entrada al edificio, señalando en dirección al enmascarado—. No podéis creer lo que os diga, ni haceros sus amigos, ni esperar su ayuda o compasión llegado el momento.

—Como con todo el mundo, ¿no? —es cuanto le contesto.

Con un aspecto derrotado entra en el coche, lo pone en marcha y se va. Atropella algunos de los trozos de sus hombres que Jones desperdigó por toda la calle. Violet, que ha dejado a Hardy ante los escalones del Salsbury y ha estado escuchando la última parte de nuestra conversación junto a Jones, me sobresalta dirigiéndose a mí, pues ni me enteré de su movimiento.

—Creo que el japonés tiene razón. No me gusta ese tío.

—¡Joder, qué susto me has dado! —replico casi involuntariamente—. Pues hace no mucho parecías encantada de subir a su coche y hablar con él.

—¿Son celos, eso que detecto? —me sonrío entre satisfecha y desafiante—. Ése precisamente es el problema. Prácticamente me invitó a subir para que le hiciera compañía, pero luego no contestó a ninguna de mis preguntas. Se quedó quieto, en silencio, mirando, supongo, a la carretera. Me asusté un poco y me quedé calladita todo el camino, se lo acabo de contar a Hardy. Y por no hablar de cuando le advertí sobre los mafiosos, el tío como un robot, como si yo no existiera.

—Eso te llegó al alma, ¿eh? —bromeo al estilo en que ella lo hace, una oportunidad demasiado dulce para dejarla pasar—. Venga, más vale que entremos, a ver si va a estar prendiéndole fuego a algo.

Entro apresuradamente en el antiguo hotel, empujando con brío las puertas, que se abren a ambos lados. Pretendo que “El Jodido Rostro De La Puta Locura” se acojone al verme entrar así de cabreado, pero, para mi decepción, no parece estar en el vestíbulo.

—Nasser, las llaves del coche, que te lo habías dejado encendido.

Hardy me pone en la palma de la mano el cutre llavero de cuero, de forma indeterminada, que está unido a las llaves.

— ¿Dónde está el lunático? —pregunta Violet pasando junto a él—. ¿Qué te apuestas que ya ha subido, y está contaminando nuestra escena del crimen?

—Violet, que ya han subido Mitsune y sus hombres antes —le respondo sin poder evitar una sonrisa—, y nosotros no somos policías.

—Eh, que sólo intento meterme en mi papel, adaptarme a mi nuevo empleo.

— ¿Pero de qué hablas niña? —la interroga Hardy, aterrado.

—Tu amigo el pupas —dice señalándome de arriba a bajo con un dedo—, que me quiere meter en nómina.

— ¡¿Qué?! —suelta Hardy en un graznido espantado, que suena algo así como “kua”.

—No está aquí. Le oiría —me gruñe Jones, poniéndome la enorme mano de largas uñas en el hombro.

—Jones, a ti te cae bien, pero tengamos cuidado, ¿eh? Ya oíste a Mitsune. Puede que sea un estúpido supersticioso, pero no me parece que estuviera mintiendo.

—No lo hacía, Nass.

Jones me adelanta hasta el mostrador, con sus largos y silenciosos pasos.

—Los ascensores funcionan, ¿no? —pregunta.

—Sólo el izquierdo, Jones.

—Vale.

Llega hasta la puerta, que está cerrada, y pulsa el botón de llamada. Llegamos a su lado.

—Joder, esto quiere decir que ha subido sin nosotros —dice Violet, fastidiada.

—A saber qué estará tramando —suelta Hardy, totalmente neutro.

Jones y yo no decimos nada. Él me mira a mí, y yo a él. Creo que ya no sabe qué pensar del enmascarado. Violet enciende un cigarrillo de la cajetilla que El Rostro De La Locura le había dado. Tenemos que esperar a que el ascensor baje desde el último piso y ella ya sabe lo que tarda.

—Me parece que fumas demasiado, niña —comenta Hardy, haciendo nuevos gorgoteos su garganta debido al humo.

Violet se encoge de hombros por toda respuesta. Seguimos esperando a que el ascensor termine de bajar. Cuando le quedan sólo tres pisos de los veinte que tiene el edificio, las luces del vestíbulo parpadean tres o cuatro veces a nuestras espaldas. Finalmente se apagan, dejándonos en la siniestra penumbra que nos otorga la escasa luz de este día gris, que entra por los altos y estrechos ventanales de las paredes. Noto que los demás miran a su alrededor algo inquietos, incluso Jones. Yo estaba mirando a la maldita lucecita indicadora del piso del ascensor, que había desaparecido del número cuatro para volver a aparecer, creía yo, en el tres. Clavo la vista en el número tres, pero nada, por más que lo deseo, la lucecita no vuelve a aparecer.

—Déjalo, Nass. —Violet agita la mano con la que sujeta su pitillo ante mis ojos, como para despertarme de mi trance, y aspiro el aroma penetrante y desagradable del tabaco negro—. La luz se ha ido, definitivamente. Quién sabe cuándo volverá. Habrá que subir por las escaleras.

— ¡¿Qué?! —vuelve a exclamar Hardy, volviendo a sonar “kua”.

Jones ya se ha lanzado hacia la puerta de las escaleras y la sostiene abierta invitándonos a entrar, como si fuera parte del servicio del viejo hotel.

—Joder, no me lo puedo creer. Es que ni una puta cosa va a salirnos bien. Ni una.

Violet me da unas palmaditas en la espalda mientras camina a mi lado, intentando consolarme, creo. Cuando me asomo al hueco de las escaleras compruebo que no hay siquiera unos tristes ventanucos que iluminen tenuemente los largos y numerosos tramos de escaleras, que parecen subir dando vueltas hasta el infinito.

—Joder, es que no hay quien se lo crea —vuelvo a quejarme, y empiezo a subir perezosamente, con Violet justo detrás.

—Dejaré la puerta abierta, así veréis algo. Hasta pasado el primer piso, por lo menos —dice Jones con su clásico gorjeo de diversión, que me hace temblar en escalofríos.

Hardy empieza a resoplar sonoramente llegados al principio del segundo tramo, a mitad del primer piso.

—Abuelo —empieza a decir Jones, ronco de preocupación—, tal vez debieras esperarnos en el coche.

—Ni hablar del peluquín que nunca me pongo —contesta jadeando—. Quiero ver con mis propios ojos al maldito chiflado, tenerle vigilado. ¡Como si me da un ataque al corazón, pero yo llego arriba!

Violet y yo nos hemos detenido y vuelto hacia ellos, escuchando su diálogo, viéndoles apenas en la penumbra. Veo que la gran y amedrentadora silueta oscura de brillantes ojos de Jones se abalanza sobre Hardy. Parece que le esté atacando, en medio de esta incipiente oscuridad, pero lo que hace es levantarlo en volandas, como si fuera un niño pequeño. Hardy suelta un bufido exaltado, casi puedo ver en mi imaginación sus ojos desorbitados sobresaliendo de su redonda cara, sorprendido y asustado por la inesperada cogida.

—Solucionado. Si quieres subir, subirás. Sigamos —dice Jones tranquilamente.

Reanudamos la larga y penosa ascensión. La oscuridad llega a ser casi total. Me muevo con bastante soltura, ya me sé cuán largos y altos son los escalones, pero, como no los veo, al final de cada tramo doy un tonto traspie intentando subir uno más que no hay. Por suerte Violet no me ve, que si no ya se estaría burlando. El único que ve perfectamente es Jones, que va el último con Hardy en brazos.

— ¡Quietos! —nos susurra tan gravemente que casi no lo oímos. Violet y yo nos detenemos en el acto, pero vuelve a decir—. ¡Quietos! ¡Quietos, quietosquietosquietos...!

La frecuencia del sonido de su garganta va bajando de la escala de graves que podemos oír hasta que siento en mis tímpanos la vibración de sus palabras, pero ya no oigo las palabras mismas.

— ¿Qué? ¿Qué pasa ahora, por qué nos detenemos? —pregunto con voz de pito, asustado.

— ¡Silencio, te he dicho! —me contesta enfadado, silbando apenas las palabras entre sus dientes.

— ¡Has dicho “quietos”!

— ¡Que te calles!

Esto último me lo dice junto a la oreja, muy bajito, echándome su caliente y maloliente aliento, lo cual me asusta porque no me lo esperaba. Joder, cómo estoy de los nervios últimamente. Parece que ha soltado a Hardy y ha subido hasta mí. Noto que se debate nervioso en la oscuridad, a mi lado. Sube un escalón, retrocede, vuelve a subir, se detiene, se me acerca otra vez.

—He visto algo, Nass. No sé qué era —me dice al oído.

— ¿Cómo no lo vas a saber, Jones? —le recrimino, frustrado—. Si no lo has visto tú, ¿quién puede?

—Con el abuelo a cuestas ando más preocupado de mirar dónde piso, ¿sabes? —me contesta de mal humor, claro—. Lo vi de repente, al mirar hacia ti. Vi que algo salía corriendo hacia arriba,

¡pero tu espalda no me dejó verlo bien! —concluye como echándome la culpa, aunque yo me lo he buscado, supongo.

— ¿Y? —le replico estúpidamente, cabreado sin motivo, como me suele pasar.

— ¿Cómo que “y”? —me responde, y noto que alza un poco la voz y se inclina sobre mí—. ¿Quieres ir tú delante y ver qué es? Estabas caminando hacia ello y ni te diste cuenta, lo debías tener a sólo unos pasos. Creo que se largó cuando me vio a mi.

—Ya, y crees que era una de esas cosas que...

—Sí, creo que era una de esas cosas que... —me imita, burlándose, algo que no suele hacer y que me deja atónito por su brusquedad. Pero sólo me está respondiendo con la misma moneda con que le pago, la culpa es mía—, ¿quién o qué otra cosa puede moverse de esa manera, sin hacer ruido ninguno?

— ¿Un ninja, tal vez? —interviene Violet desde la oscuridad, un par de escalones por debajo de nosotros.

Dos chispazos de su mechero me permiten ver el monstruoso rostro de congelada expresión de Jones, que parece estar sonriéndome con esa amplia hilera de largos dientes, y de repente me entra otra vez un poco de ese miedo alarmante que había sentido en presencia de la otra criatura que maté esta misma mañana.

Al tercer chispazo, el mechero se enciende por fin, y veo que Violet acerca la llama a otro cigarro que se ha llevado a los labios. El mechero se apaga, y la brillante punta del cigarrillo baila ligeramente en la oscuridad cuando habla.

— ¿Queréis dejar de discutir como idiotas, y decidiros de una vez? ¿Seguimos o bajamos? Así de sencillo.

—Esperad aquí —ordena Jones, repentinamente protector.

—No, Jones —le cojo de la manga de su gabardina, tras tantear a ciegas—. Esos seres no son como tú, son mucho más fuertes, mejor alimentados.

— ¿Qué tiene de malo lo que cocino? —me interrumpe, ofendido.

—Quiero decir que llevan otro estilo de vida, Jones. Son carnívoros, cazadores, como deberías serlo tú; su musculatura te deja en ridículo.

Casi nada más decirselo temo que se ofenda, pero ni mi sincero tono de preocupación le hace olvidarse de más frívolas discusiones.

—Si tú pudiste con el otro, yo no voy a ser menos.

—Jones, ¿podrás hacerlo? ¿Podrás enfrentarte a uno de los tuyos?

—Esos seres no son los míos —sentencia, y me acaricia la cabeza con su mano áspera y huesuda, con cuidado de no tocarme con las afiladas uñas. Me hace sentir inofensivo y tonto, como si fuera un niño pequeño. Empieza a subir silenciosamente las escaleras, oigo que saca y amartilla su gran revólver de cinco tiros—. Esperad aquí, en silencio. Volveré.

—Dispara a los ojos, Jones. Así maté al otro.

Mi susurro suena rasposo al intentar que lo oiga según se aleja de nosotros, y me quedo intranquilo pensando que no me ha oído. Saco la minimetrallata que llevo en la cintura de mis pantalones, aunque me resultará inútil en la oscuridad. Temo por Jones, de repente. Tengo miedo de que quede paralizado ante su igual, de que no sea capaz de hacerle daño, por mucho que diga. Tengo miedo de que le maten, de que se vea superado por la potencia de esos feroces seres.

—Tu pistolita no nos va ayudar ahora —dice Violet, que me ha oído desenfundar, sacándome de mis funestas reflexiones—. Temo por Jones, pero quizá deberíamos ir bajando hasta que vuelva, para tener algo adelantado si hay que huir.

No le contesto nada. Tiene razón. Como Jones no rechace a lo que sea que vio, vamos listos en

este puto agujero. Pero soy incapaz, soy incapaz de dejar a Jones atrás sabiendo que esta vez puede morir. Es mi amigo. Tampoco dejaría a Hardy ni a Violet. Bueno, a Violet... No, no, creo que tampoco.

Aguardamos un poco más en la oscuridad, sin oír nada. Ni siquiera se escuchan los movimientos de Jones, es terroríficamente sigiloso cuando quiere. Repaso mentalmente el pasado. El adiestramiento de Jones con las armas. La depuración que llevamos a cabo entre los dos de su bestial estilo de lucha. Le enseñe cómo matar a los seres humanos rápidamente, cómo matarlos lentamente, cómo prolongar sus vidas durante intensivas torturas. Le enseñe mucho más de lo que nunca ha llegado a utilizar, por suerte para su alma. Tan sólo deseo que todo eso le sirva ahora de algo, contra esas forzudas cosas.

El fuego del cigarrillo de Violet se vuelve más intenso en la larga calada que ella le da. Yo lo estoy mirando, es la única referencia visual que tengo y mis ojos lo siguen como hipnotizados. Durante el aumento del resplandor se intuyen apenas las facciones suaves de Violet, y su aparente calma y placer mientras aspira el humo. Me da envidia, aunque no sé si será sólo una fachada, a lo mejor está tan asustada como yo.

Desde no sabría decir cuántos pisos por encima nos llega un horrible alarido, algo con un deje reconocible, suena a mezcla de sorpresa y alarma. El lucero del cigarrillo de Violet cae hasta el suelo, se le ha escapado del susto. Yo encojo la cabeza entre los hombros, anticipándome a lo que sigue, un potente estampido del arma de Jones. Golpes, como de algo que choca contra las paredes y luego contra la barandilla metálica. Se oyen guturales rugidos, algún chillido ocasional, ninguno parece de Jones, temo que lo haya matado y lo esté devorando. Se oyen dos disparos más, seguidos. Un ronquido grave, que de pronto se hace agudísimo y ensordecedor. Otro disparo lo acalla. Silencio.

— ¿Lo ha matado? —pregunta Hardy murmurando.

—Sí, está muerto —responde Jones con su inconfundible voz inquietante, unos escalones por encima de nosotros. Doy un paso atrás y casi caigo rodando por las escaleras, del susto, pero acierto a agarrarme a la barandilla—. Sigamos. Puede que hayan atacado a El Rostro De La Locura.

—Sí, ojalá sea así.

—Abuelo, deja de decir esas cosas.

La voz de Jones no deja de sonar triste ni cuando riñe a Hardy. Tiene otra vez ese borboteo acuoso escapándosele de la garganta, como cuando le encontramos en casa del enmascarado.

— ¿Jones, qué te pasa? Estás bien, ¿no?

—Intentó hablar conmigo, Nass. En frecuencias muy bajas, que no podéis oír. Me tendió la mano, no sé qué quería —me contesta, y suspira largamente.

—Jones, si no puedes con esto, no tienes que seguir, ni por mí ni por nadie.

— ¡Ni hablar! —contesta de repente con irritación—. No dudó en intentar perforarme el corazón con sus garras cuando me abalancé sobre él. ¡Que les den!

— ¡Así se habla! —repite Violet.

— ¡Violet, calla! —le corto—. Jones, no te hagas el duro que te conozco. Dime qué sentiste cara a cara con ese ser.

Silencio otra vez. Nadie dice nada durante unos diez segundos, lo que se me hace raro, aquí en la oscuridad.

—Joder, Nass, déjale en paz de una vez. Si no quiere hablar de ello tú no puedes...

—Violet, que te calles. Jones, esto es importante, joder, estoy preocupado por ti. Dime la verdad, ¿qué sentiste? Violet y yo sentimos algo muy raro con el otro de esta mañana, algo que no se ha repetido ahora y que no...

— ¡Maldita sea, Nass! ¿Quieres saber qué sentí? ¿Tanta necesidad tienes? —sé que se me ha acercado y me está hablando frente a frente por que siento el calor de su aliento dispersándose por toda mi cara—. Pues hambre es lo que sentí.

— ¿Hambre? —pregunta Hardy desde abajo.

—Hambre, sí —le contesta, pero sigue hablando contra mi cara, algo no muy agradable, acojonante es la palabra que lo define, debido a la oscuridad, la cercanía de su enorme boca y el tono que emplea para hablar, como si riera y sollozara al mismo tiempo—. Hambre de vosotros, de vuestra carne. Tal como te dije, Nass. De algún modo lo sabía, sabía que junto a ellos necesitaría ser como ellos, no sé por qué.

—Pero, ¿qué dices Jones? ¿Por qué ahora, de repente? —le pregunta Violet, sinceramente preocupada, al parecer, no sé si por él o por nosotros, los débiles humanos.

—No sé por qué, fue una sensación creciente, algo que fue aumentando desde que os dejé atrás para matarle, y que fue más intensa cuando me habló y alargó su mano hacia mí. Una cosa es que no entendiera lo que decía, y otra que no supiera qué quería decir. Me pedía que os matara, que me alimentara de vosotros. Y no me lo pedía solamente con palabras, me estaba inculcando la idea en la mente, de alguna forma.

Me quedo sin habla, aterrorizado. No es el clásico miedo del instinto de supervivencia. Bueno, quizá un poco, pero más bien es el terror de perder a Jones, de verle convertido en el monstruoso animal carnívoro que siempre he pretendido ocultarle a todo el mundo, hasta a él mismo. Siento su miedo y desesperación en la extraña y espeluznante vocalización, tengo miedo por él. Pero no puedo hacer nada, y no sé si ni él podrá hacer nada.

—Pero hace un momento dijiste que no sabías qué quería —le recrimina Hardy.

—Estaba mintiendo, evidentemente.

Silencio otra vez. La quietud de la oscuridad nos envuelve y empieza a afectarnos, creo. Lo que es yo, no sé qué decir, soy presa de una serie de imposibles temores que siempre han permanecido latentes y que ahora parecen materializarse todos a un mismo tiempo invocados por alguna malévolos fuerza, por una especie de destino funesto del que me hice esclavo el mismo día que recogí a Jones en aquel oscuro y húmedo callejón de hace quince años.

— ¡Mierda! ¿Y qué hacemos ahora? ¿Qué os pasa? —dice Violet alarmada, quizá por la opresiva oscuridad, quizá por nuestra extraña falta de resolución—. Tenemos que irnos, lo que yo decía, ¿no?

—No, nada de eso. No podemos dejar a El Rostro De La Locura —contesta Jones, feroz.

—Ese tío tiene que estar ya muerto —responde de inmediato Violet, con desesperación.

—Seguimos. No os preocupéis, esa sensación de hambre puedo controlarla. He matado al ser, ¿no?

Otro incómodo silencio. Este es peor, porque parece que ninguno confiamos en él. Puede que sea así, por mi parte.

— ¿Cómo esperas que te creamos, Jones? —interviene Hardy, al fin—. No me malinterpretes, estoy convencido de que nunca nos harías daño a ninguno, pero sueñas como si fueras a derrumbarte de un momento a otro. Creo que esto te supera.

—Abuelo...

—No, Jones. Intento ponerme en tu lugar. Acabas de descubrir que no eres único; no creo que vengas de otra dimensión como intenta hacernos creer el jodido chiflado de tu amigo, pero es evidente que, en alguna parte, debe haber quién sabe cuántos más de esos seres. ¿Y los vas a matar, vas a matar a todos los que te cruces para protegernos, sin pestañear siquiera? Es una forma de hablar, claro...

—Sí, eso mismo voy a hacer. No son más que bestias. Vosotros me acogisteis, me aceptasteis a

pesar de lo horrible que os resulto. En quince años no han aparecido por mucho que buscamos Nass y yo. Mataría hasta el último de ellos por vosotros. Así que seguimos, rescatamos a El Rostro de La Locura, y entonces ya veremos qué hacemos, ¿de acuerdo? Si de verdad confiáis en mí, venid. Pero yo no doy la vuelta, me iré solo, si es necesario. Siento la necesidad de hacer frente a esto para ser digno de vosotros.

Sus motivos quedan perfectamente sintetizados en su última frase. Me sobrecoge la solemne expresión de sentimientos que manifiesta de manera tan simple y brusca, enfurecido, hastiado, como está. Creo que le entiendo, pero lo que él no entiende es que yo no quiero que tenga que pasar por esto. Su manera de hablar y la evidente crispación que de él parece emanar como radiación en ondas que nos estuvieran contaminando, me hacen abandonar toda idea de seguir discutiendo tontamente, sin embargo. La verdad es que a veces soy un verdadero gilipollas.

—No te dejaremos, Jones. Tú delante —digo por fin, conciliador.

—¿Y el abuelo? —pregunta volviendo a ser él, recuperando su voz grave pero clara, con gran alivio para mí.

—Queda poco, Jones. Llegaré bien —contesta el propio Hardy.

Sólo quedan por subir cinco pisos, ya habíamos hecho casi todo el camino cuando apareció el nuevo ser. Hay un momento en que nos detenemos para que Jones aparte el cadáver de su semejante. Esperamos, escuchando cómo lo coge y lo arrastra, oliendo el repugnante aliento de carnívoro del ser muerto, que sin duda yace con la boca abierta, en fiera protesta inerte. Me alegro de no poder verlo. Nos indica con un somero “vamos” que podemos seguir. Al pasar piso algo líquido, con lo que patino un poco. Sangre de la criatura.

—Cuidado aquí —advierdo a Hardy y Violet.

Seguimos silenciosos, cansados del largo ascenso y de las tensiones. Hardy jadea fuertemente, pero nos sigue de cerca, nosotros tampoco vamos mucho más rápidos. Cuando llego al final de las escaleras, veo que la puerta de salida está entreabierta. Jones cubre casi por completo la estrecha rendija por la que apenas entra luz.

—¿Cuánto hace que estas ahí? —le susurro.

—Me adelanté en cuanto os aparté el cadáver y vi que ninguno se rompía la crisma al pisar la sangre.

—¿Has visto algo?

—Nada, Nass. Pero oigo las voces de baja frecuencia de no sé cuántos más de esos seres bestiales. Parecen hablar entre ellos. Ni idea de qué.

—Nuestro amigo enmascarado debe estar muerto.

—Es lo más probable, sí.

Me entra algo de penita por el chiflado de la máscara. Pero él se lo ha buscado, ¿para qué cojones subió en solitario?

—Espera, Nass.

—¿Qué?

—El Rostro De La Locura. Está vivo, le oigo.

—¿Que le oyes?

—Sí.

—No es posible.

Jones sale sin hacer ruido por la puerta, abriéndola apenas un poco más, para ello. Me vuelvo hacia Violet y Hardy, que llegan jadeantes justo cuando él sale.

—No os mováis de aquí.

—Eh, ¿a dónde vais? ¡Eh!

El alarmado susurro de Violet queda apagado cuando salgo y dejo entrecerrada la puerta. Me deslizo tan rápido y silenciosamente como puedo. Llego a mitad del piso, donde está la entrada a la gran suite donde vivía Mitsune, de donde escapó a duras penas mientras sus hombres eran devorados. Jones está agazapado en la esquina antes de doblar hacia la suite.

Delante de nosotros, al final del pasillo, veo la puerta destrozada en la que reparé esta mañana de casualidad. El lugar desde el que el otro ser llegó hasta este piso. Se la señalo a Jones, pasando mi mano por encima de su hombro, convencido de que deberíamos investigar por allí. Jones me hace un gesto de menosprecio con la mano, y me indica con otro que le siga. Veo que se lanza, sigiloso como un comando especial del ejército, revólver en mano, hacia la puerta de entrada a la suite de lujo. Se acuclilla con la espalda contra la pared, al lado izquierdo de la puerta. Yo hago igual, pero al lado derecho.

La puerta está cerrada. Sin falta de pegar la oreja a la puerta oigo la vibrante voz de uno de esos seres pronunciando esas extrañas palabras, pero esta vez no hay vacíos en su discurso, como en el de la criatura que nos habló a Violet y a mí. Esta otra voz parece esforzarse en pronunciar todas las palabras en el espectro audible del ser humano, con lo que sus frases, aunque no las comprendo, gozan ahora de un sentido, de una musicalidad coherente.

Cuando la criatura termina de hablar, mientras pongo la minimetrallata en modo semiautomático para tener mayor control sobre cada disparo, oigo claramente la voz de El Rostro De La Locura contestándole inmediatamente. No habla con miedo, no está rezando o suplicando por su vida, ni despotrica contra los bestiales seres con el irracional despecho del condenado. El Rostro De La Locura habla con la tranquila voz de tintineo líquido que siempre se desprende del interior de su máscara, habla con el eterno e irritante aire de sabelotodo que siempre ha usado durante lo poco que he tratado con él, con la suficiencia del que se cree el único cuerdo en el mundo y al que no le importa lo que piensen de él el resto. El Rostro De La Locura habla en el desconocido idioma de esos seres.

Jones, que estaba mirando a su revólver, entre sus rodillas flexionadas, me mira y leo en su rostro inexpresivo la sorpresa que comparto y transmito. Noto los músculos de mi cara caer en flácido estupor, la mandíbula abierta, las ojeras abandonadas al recio yugo de la gravedad, todo con lo que debo parecer un aullante zombi silencioso. No me puedo creer lo que oigo, y no porque sea imposible que esté sucediendo, que también, sino más bien porque creerlo implicaría dar por ciertas algunas cosas que nos ha contado el loco de la máscara, y también dar por falsas otras, algo que sin duda encantará a Hardy descubrir.

No soy muy capaz, siendo como soy un tipo normal, al que los últimos días han puesto a prueba tanto física como mentalmente, de concebir una idea clara y concreta para explicar cómo podemos oír lo que estamos oyendo. Reconozco que no poco de lo que me acontece raya en el más demencial surrealismo, pero que el chalado hable con los monstruos sobrepasa con mucho todo lo demás.

El Rostro De La Locura parece terminar su parte de discurso, y ahora las criaturas que le acompañan parecen hablar entre ellas. Diferentes voces se turnan para hablar de esa extraña manera, con vacíos en su conversación inaudibles para mí. Jones sí puede oír las frases enteras, pero tampoco entiende las palabras. Vuelve a mirarme y encoge los hombros en mudo interrogante: “¿qué hacemos?”

Un nuevo torrente de furia se ha ido apoderando de mí. Toda la confusión y frustración que me produce no saber con certeza qué está ocurriendo, y tener por contra la seguridad de que nuestro demente amigo está pero que muy al tanto de todo y, sin embargo, nos ha tenido en la inopia premeditadamente, me hacen reaccionar impulsiva e irreflexivamente.

Con la minimetrallata en mi diestra, lanzo mi mano izquierda sobre la reluciente manilla. Sin

contestar la silenciosa pregunta de Jones, pero suponiendo que me seguirá, abro de golpe la puerta, de un fuerte empujón, y entro apostándome de inmediato contra la pared al otro lado. Por el raballo del ojo veo que, efectivamente, Jones me imita haciendo lo mismo al lado contrario. Mientras analizo lo que veo, oigo la voz de Jones, aunque no le escucho.

— ¡¿Qué estamos haciendo?!

Su rugido grave y tenso pasa desapercibido para mí. Al entrar, lo primero en que me fijé fue en la figura de negra gabardina de El Rostro De La Locura, de pie en el centro de la habitación, y que volvió su cara de cristal de obsidiana hacia nosotros. Pero en seguida me veo obligado a abrir mi enfurecido y concentrado campo visual.

Del mismo modo que el enmascarado, se vuelven hacia mí, no hacia nosotros, sino hacia mí, hacia el impertinente y enclenque humano, las miradas felinas de globos rojos de cinco de esos seres. A alguno hasta se le escapa un fuerte bufido, no sé si de sorpresa o de pura hambre, pero todos me clavan sus implacables miradas de depredador. De pronto siento el mismo terror abismal de esta mañana, el mismo que me produjo la criatura que maté. Esta vez es mucho más fuerte, y sé que es por el mayor número de ellos, pero saberlo no me sirve de nada. El atroz pánico me impide correr, gritar o intentar disparar, se me cae el arma de las manos, y arrastro los dedos por la pared contra la que apoyo la espalda. Mis uñas intentan arañar la roja pintura de la pared, mientras no puedo dejar de mirar, uno tras otro, a esos seres a la cara.

Noto que Jones me mira. Yo no le devuelvo la mirada, pero me da la impresión de que él también emite ahora esa especie de señal que me anula por completo. Noto que se me acerca desde mi izquierda, siento en él el mismo bestial propósito que esos seres, pero no soy capaz, por mucho que lo deseo, de hacer nada, de pronunciar siquiera la menor palabra. Abro y cierro la mandíbula inútilmente, como un pobre pez fuera del agua. Jones acerca su boca terriblemente dentada a mi mejilla, y me escupe su aliento fétido.

—Tú no te muevas, Nass.

La voz de Jones suena extraña, diría que distraída, aunque no soy un buen analista en estos momentos. Sin separarse de mi lado, Jones alarga su brazo izquierdo hacia uno de los seres y dispara su enorme revólver contra él. El ser pierde un ojo y cae muerto, fulminado. Jones apunta a otro que ya se lanza contra nosotros, pero su arma hace un fútil chasquido metálico. Se le ha olvidado recargar el arma, sólo le quedaba un disparo, pero Jones no pierde el tiempo lamentándose. Echa hacia atrás su brazo, y cuando la criatura salta sobre nosotros, él la recibe con un fuerte golpe con el cañón del revólver, una certera puñalada que atraviesa el brillante ojo bulboso de su rival.

Jones aparta a un lado, como si fuera de trapo, el cuerpo del ser que era de menor tamaño que él. Los tres que quedan, también más pequeños, parecen dudar un momento ante la oscura y erguida en toda su estatura figura de Jones. Avanza lentamente hacia ellos. Parece una versión puesta al día de la Parca, con su gabardina hecha jirones, su gran sombrero intacto, las largas garras asomando de las anchas mangas, el revólver ensangrentado en una de ellas.

La tenaza del pánico que esos seres lanzaron sobre mí se apacigua de pronto. Recupero el control total de mí mismo de una manera que se me antoja inexplicable, pero según recupero rápidamente el raciocinio, veo a qué es debido. Los seres tienen miedo de Jones. No retroceden, pero se encogen sobre sí mismos, y no del modo en que suele hacerlo Jones, para no darse contra el techo de los sitios, sino que están agazapándose para prevenir o rechazar su ataque. Intentan mostrarse amenazadores, como si fueran gatitos asustados. Me limpio las babas que se me han escapado de la boca durante mi transitorio estado de autismo con la manga de mi verde chaqueta de fieltro, que ya está para tirar de humedad y porquería, mientras los seres hablan con Jones. Sólo dos se turnan para dirigirle unas palabras. Él no deja de avanzar hacia ellos.

—No os entiendo, hijos de la gran puta —les responde con su voz forzada, tensa, colmada de algo que no sé si será odio o resistencia a la extraña fuerza telepática de los seres.

El lenguaje con que Jones se refiere a ellos me demuestra que su estado no es el más sereno, precisamente. Jones nunca suelta palabrotas, ni le suele gustar que nadie lo haga. De pronto, quizá conscientes de que no podrán hacerle cambiar de idea, dos de los seres se lanzan contra él. Jones golpea a uno en la cabeza con su pistola, tirándolo a un lado, aunque el golpe no parece haberle hecho ningún daño. El otro le ha agarrado el brazo derecho y le golpea con sus garras en el cuerpo, intentando abrirle en canal, lo más seguro.

Jones responde de una manera realmente inesperada. El corazón por poco se me para de golpe, aunque nunca he sufrido ataques cardíacos; me quedo sin aire y las piernas me fallan, caigo de rodillas repentinamente, debilitado por el horror.

Jones le está mordiendo la cabeza a su atacante. Abre su enorme boca mucho más de lo que nunca creí que fuera capaz de hacerlo, envuelve la cabeza calva del contrario e hinca los largos dientes, perforando aquel cráneo, que de inmediato suda sangre por cada uno de los resquicios que se abren cuando Jones cierra más su bocado, y tira hacia atrás mientras sostiene el cuello del masticado con ambas manos.

Todo ocurre rapidísimo, supongo, pero la dantesca escena representa lo más horrible que he visto nunca y se me hace eterna. Un inconmensurable sentimiento de compasión me inunda cuando la criatura que pretendía devorarme chilla enloquecida, manoteando y pataleando inútilmente, mientras la tapa de su cráneo y lo que debe ser parte de su cerebro son arrancados de cuajo por la dentellada de Jones. Sin que el ser deje de gritar en todo el rango de frecuencias de que es capaz, insoportablemente agudo un momento, tan grave que siento temblar el suelo en otro, pienso: “¿por qué no se muere de una vez?; por Dios, Jones, que se acabe, haz que se acabe”.

Jones ha apartado su boca lo suficiente de la cabeza del ser para que éste, con buena porción de su cerebro arrancada, haya muerto por fin. La dentadura de Jones empieza a masticar el gran bocado, con un desagradable juego de crujidos óseos y de chasquidos jugosamente orgánicos. La carne húmeda y el hueso son triturados por la enorme mandíbula con glotonería. La lengua de Jones juguetea con la mezcla, le da vueltas, la saborea, la sitúa entre los dientes para triturarla y cortarla más; trozos se descuelgan hacia fuera, caen al suelo, pues no hay labios que los retengan.

Los compañeros del ser descabezado miran a Jones fijamente, totalmente quietos, casi no parecen ni respirar. Sus fríos globos rojos, inexpresivos, le estudian atentamente. Esas horribles criaturas antropófagas están tan abrumadas como yo mismo. Los tres vemos a Jones masticar y saborear. Los tres tenemos miedo.

Sin saber cómo, me quedo a solas con Jones. Sus dos congéneres han huido tras intercambiar unas palabras en su idioma, han desaparecido tan rápida y silenciosamente como es capaz de hacerlo el propio Jones, al que no dejo de mirar inmerso en una espantosa maravilla, la única forma en que puedo describir todos los enfrentados pensamientos que se arremolinan en mi demacrada mente.

Jones, en cuanto se van los seres, parece recuperar el control poco a poco. Traga lo último que le queda en la boca del gran mordisco, su lengua se desliza ágilmente por la parte exterior de su dentadura, le limpia la barbilla que gotea en sangre. Se vuelve hacia mí. Yo soy una estatua. Mi aterrada rigidez no está producida por influencia telepática, esta vez es un miedo verdadero y racional, creo. Los ojos de Jones tienen sus pupilas francamente dilatadas, y su enorme boca parece retraída desde sus separadas comisuras. Nunca había visto tal expresión en él. Es extraño. Parece feliz. Se me acerca.

—Nass, oye, Nass, tranquilo, ¿vale? Sigo siendo yo —me dice, viendo sin duda en mis ojos lo que siento. Me coge por los hombros, sus palabras salen desde detrás de la inmóvil dentadura, sucia de sangre y saliva—. No me hagas esto, Nass, perdóname, no pude evitarlo.

— ¿P-por qué? —digo tartamudeando, ni yo mismo sé a qué me refiero.

— ¡Sólo les he dado lo que querían, Nass! Querían que comiera carne. No he podido negarme,

¡pero puedo elegir qué carne comer!

Jones me suelta de repente y rompe a reír, la carcajada más sonora y larga que le he oído nunca. Es como una desagradable tos convulsiva, arquea hacia atrás la espalda, de entre sus dientes salen despedidos densos esputos. La voz retumba y perfora al mismo tiempo mis tímpanos en secas y repetidas explosiones. Me tapo los oídos, incapaz de soportarlo. Creo que se ha vuelto loco.

—Tendrías que verte la cara, Nass —dice de pronto, dejando de reír, pero con diversión en su grave tono—, parece que te vas a desmayar.

—Yo, no... Jones, no sé qué...

Una de mis manos señala el cadáver descabezado del ser, sin saber para qué, con qué objetivo. No me creo que haya sido capaz de hacer eso, de comerse la cabeza de uno de los suyos. Siempre he temido, teniendo por seguro que ocurriría, que empezara en cualquier momento a devorar personas. Pero una cosa es imaginarlo y otra verlo. Y hay algo monstruosamente mórbido en ver a dos seres de la misma especie devorándose entre sí; algo universalmente repugnante, no en el canibalismo en sí, si no en la desesperada y claustrofóbica lucha del que es devorado vivo, y en la implacable y satisfecha fruición del que devora.

—Vamos, Nass. Era o ellos o tú. ¿Quieres decirme qué prefieres?

—Jones, sí, pero, le has comido la cabeza...

— ¡Ellos me obligaron, me inducían a hacerlo! ¡Sentía dolor, Nass! Se lo pensarán dos veces antes de volver a hacerme partícipe de su hambre, ¿no crees?

Creo lo que dice, pero su entusiasmo al hablar y su insólita expresión, similar a la de un drogadicto que acaba de recibir su dosis, me producen una más que justificada sensación de profunda inquietud.

Simplemente asiento con la cabeza, no me llegan palabras ni saliva a la boca para decir nada más.

—El Rostro De La Locura también se ha ido —dice buscando a nuestro alrededor con las dilatadas pupilas felinas—. Está claro que sabe mucho más de esos seres de lo que dice. Hablaba su idioma y todo.

Asiento otra vez. Recojo del suelo la minimetrallera que se me cayó.

—Esto... Chicos, siento interrumpiros, pero deberíais saber que he visto al loco salir corriendo de aquí. Dos criaturas de esas han salido luego tras él como demonios y... ¿Qué ha pasado aquí?

Violet, asomada tímidamente a la puerta de entrada a la suite, recorre con espantada mirada cada uno de los nuevos cuerpos inertes que están esparcidos por el suelo. El gracioso rostro regordete de Hardy la imita por encima de su hombro izquierdo.

No pienso contarles a ninguno de los dos lo que he visto. Es algo de lo que no quiero hablar hasta pasados algunos años, quizá en mi lecho de muerte, cuando ya me dé igual invocar horrores del pasado. Jones se limpia como puede la sangre con la manga de su impermeable, dándonos a todos la espalda. Él tampoco quiere dar explicaciones.

—Jones me ha salvado la vida —digo, siendo justo con él—. Me he quedado paralizado, como nos pasó esta mañana.

—Yo también lo he sentido, mientras esperaba tras la puerta de las escaleras, y Hardy también, ¿a que sí, Hardy?

—Sí, sí —se apresura a contestar—, de golpe un miedo absurdo, un sinsentido total.

Menea la cabeza en nerviosa afirmación. Está asustado todavía, no goza de la actitud “a mí todo me resbala” de Violet.

—Como iba diciendo, el loco cara de espejo se ha largado corriendo. Por las otras escaleras, las

de la puerta rota —dice ella, meneando la mano para que la sigamos.

—Menuda mierda, acabamos de subir todo el puto edificio y ahora hay que volver a bajar —se lamenta Hardy—. Además, no me entusiasma demasiado ir tras él, ahora que le persiguen esas cosas.

—Esas cosas no le persiguen. Esas cosas le acompañan, él parece tratar con ellas.

Digo esto saliendo raudo de la suite, con Violet y Hardy observándome con la boca abierta. Oigo que Hardy vuelve a exclamar uno de esos “¿kua?” a mis espaldas. Jones camina junto a ellos y les empieza a explicar lo que hemos oído, aunque no tengamos ni idea de su significado. El Rostro De La Locura está jugando al despiste con nosotros, eso es seguro. Lamento no haber hecho añicos su maldita cara de cristal cuando sentí la necesidad de ello.

Con la minimetrallata por delante, abro de una patada lo que queda de la puerta. Al otro lado sólo silencio y oscuridad. Me asomo al hueco entre los tramos de escaleras. Sólo veo el leve brillo de las barandillas de metal hasta dos pisos por debajo. De pronto me detengo, seguro de que esas cosas pueden estar allí abajo agazapadas, esperando para emboscarnos.

—Jones, deberías ir delante otra vez. Si te ven primero quizá no tengamos ni que luchar. Te tienen miedo.

—Lo sé. Lo compartieron conmigo del mismo modo que su hambre. Son estúpidos, Nass. Simples animales.

Jones empieza a descender las escaleras, mientras recarga por completo su revólver. Violet, con el calibre cuarenta y cuatro de Hardy en mano, pasa a mi lado, adelantándose.

—Menuda tarde que nos estamos dando, ¿eh? ¿Echamos una carrera?

—Violet, ¿nunca te cansas de decir chorradas? —digo, agotado, esperando que me deje en paz.

—¿Y tú nunca te cansas de estar de mala hostia? ¿Cómo puedes pasar por todo esto sin sentido del humor, y que no te entren ganas de pegarte un tiro?

—Sí que tengo ganas de pegármelo, Violet, pero muchas más de pegárselo a otros.

Seguimos descendiendo, no sin cuidado. Bajar a oscuras es más peligroso que subir. Hay momentos en que me entra un absurdo vértigo en mitad de un tramo de escaleras; estoy a punto de dar el siguiente paso, de poner el pie en el siguiente escalón más bajo, y me parece que no va haber ninguno, que voy a caer hacia un vacío infinito.

—¿Qué tal vas Hardy? —pregunto hacia atrás, por encima de mi hombro.

—Bien, bien —me responde sin resuello—. ¿Por qué piso vamos? —pregunta entrecortadamente.

—Ni puta idea, amigo —le contesto.

Seguimos bajando. Tengo la impresión de que el aire se mueve, una corriente de aire frío sube hacia nosotros.

—¿Notáis esta agradable brisa? —pregunta Violet, delante de mí.

—¡Cómo refresca! —dice Hardy, aliviado.

—Debemos estar llegando, ¿verdad Jones?

—De eso nada, Violet. No llevamos ni la mitad.

De pronto me doy cuenta, sin que nos detengamos, de que una tenue luz verdosa llega de más abajo. Parece venir de abajo del todo, por lo débil que es, y me imagino que la puerta del vestíbulo estará abierta, que quizá la electricidad haya vuelto. Pero recuerdo que las lámparas del vestíbulo eran de una sobria luz amarillenta.

—¿Qué coño es esto?

Jones se ha detenido en el descansillo siguiente, la siniestra luz verde parece iluminarle de

frente, llenando su figura de tenebrosos claroscuros. Su lenguaje impulsivo y soez delata su turbación. ¿Qué puede sorprender a Jones, después de todo lo pasado?

—La puta de su madre —dice Violet al llegar a su lado.

Yo sigo bajando hacia ellos, que están inmóviles, hipnotizados, mirando hacia la luz verde. A los cuatro escalones de llegar ya puedo verlo.

Hay una especie de halo suspendido ante nosotros, en mitad del descansillo. Su forma es irregular y ligeramente cambiante, ondea de manera aleatoria, siempre insinuando una elipse con su eje más largo en vertical. La brillante aureola verde del halo envuelve un vacío oscuro, que parece absorber la misma luz que el anillo de su alrededor desprende. De ahí dentro llega la agradable brisa, como Violet la llamó. No es que sople ningún viento, simplemente está frío, como lo estaría un bloque de hielo del mismo tamaño. Un frío inerte, el halo parece consumir el calor del mismo modo que su propia luz.

— ¿Creéis que el loco cara de espejo se ha metido ahí?

La pregunta de Violet queda sin respuesta. Únicamente Hardy, al llegar junto a nosotros, suelta un juramento que sólo oye él. Ninguno de nosotros dice nada, observamos el ondulante anillo verde mientras el frío de su interior nos cala hasta los huesos. Violet se cierra los botones de mi gabardina, y vuelve a levantarse las solapas, como había hecho en la calle.

El fenómeno nos impide continuar bajando, y no tengo ganas de atravesarlo para acabar quién sabe dónde. Sin dudarlo un momento, me creo de golpe todas las sandeces de El Rostro De La Locura, y me entra una irresistible sensación de caída libre al pensar en todos los innumerables universos paralelos de que nos había hablado el enmascarado.

— ¿Es posible? ¿Es posible que el “Cara de Vidrio” dijera la verdad?

La pregunta de Hardy parece romper el hechizo que hace posible el fenómeno; la luz se disipa sin más, deja de brotar frío de la oscuridad. Me siento reconfortado, recupero mi calor corporal. Tan fácil ha desaparecido el halo que no me es difícil convencerme a mí mismo de que no era real. Reanudo el descenso, pasando por donde había estado el halo sin ningún reparo.

— ¡Nass, qué haces! —me grita Jones, pero tarde, ya he pasado de largo— ¿Cómo se te ocurre hacer eso? Y si desapareces, ¿qué?

— ¿Qué, de qué? —le respondo, y continúo bajando.

— ¿No ves que de ahí salieron las criaturas? ¿Y si pasas, pero el portal no llega a estar cerrado del todo, y llegas al mundo de los monstruos, y entre todos te empiezan a comer? ¿Quién te hubiera ayudado entonces, eh?

Todo eso lo ha dicho Violet, que ha sido la primera en seguirme, y me está gritando al cogote, a oscuras.

—No sabemos qué era, Violet.

— ¿Que no sabemos qué era? Pero claro que lo sabemos todos, hasta Hardy, ¿verdad, Hardy?

—Bue... —empieza Hardy.

—Sí, hasta él, que no se creía lo que decía Cara de Vidrio, está flipando porque todo es cierto. Joder, Nasser, ¿no ves que todo es cierto?

—Ahora mismo no veo una mierda, Violet.

¡Dios, cómo necesito una copilla! Unas cuantas, mejor, una detrás de otra, hasta perder el sentido. Esto empieza a ser demasiado para mí. Creo que hoy mi cupo de sorpresas ha sido sobrepasado por la desinhibida reacción de Jones, cuando le he visto hincar el diente a su congénere. Desde ese momento, creo que me muevo en un imperturbable estado que ha sobrepasado el shock emocional, no me importa si lo que veo es o no real, ni lo que pueda hacerme. Sólo pienso en mi agotamiento y en que acabe todo de una vez, implique lo que

implique ese “todo”.

Llegamos por fin al vestíbulo, donde todo sigue en la misma semioscuridad y quietud de cuando entramos. No hay ni rastro de El Rostro De La Locura ni de sus supuestos “colegas de otra dimensión”. Hardy y Jones empiezan a discutir sobre qué es lo que está pasando y qué debemos hacer en consecuencia. Ni me molesto en escucharles, no tengo respuesta para ninguna de ambas cuestiones. Violet no toma parte en su discusión, sólo camina junto a mí, mirándome inquisitivamente.

Salimos a la calle. La acera y la calzada siguen sembradas de trozos de los hombres de Mitsune. La sangre que había sido derramada por todas partes ha sido arrastrada por la intensa lluvia, que no ha cesado un ápice. Me dirijo directamente hacia mi coche, que, al contrario que el de El Rostro De La Locura, se haya en perfecto estado, sin un arañazo.

Rodeo la parte del motor de uno de los negros y largos coches de los hombres de Mitsune, que han quedado aparcados, abandonados, delante del hotel, y cruzo la calle que, aparte del ruido de la lluvia, se halla envuelta en un silencio desolador. Mientras gozo de la ya habitual sensación de la fría lluvia pelando la piel de mi coronilla, rebusco entre los bolsillos de mi chaqueta verde las llaves.

— ¿Qué vas a hacer? ¿A dónde vas? —pregunta Violet, acompañando su paso al mío.

—Me voy a casa, Violet —contesto con voz nasal y cansada, lo cual me decepciona, pues mi intención era sonar enfadado.

— ¿A casa? ¿Con todo lo que está ocurriendo?

— ¿Qué está ocurriendo, Violet? —palpo al fin el cuero gastado del llavero, en un bolsillo interior.

—Pues... Todo esto... Lo de los monstruos que van a invadir nuestro mundo, y eso que has dicho de El Rostro De La Locura...

—Lo único que sé de ese tío es que podemos suponer que se ha ido con sus colegas de otra dimensión. Espero que le estén mordisqueando el culo, pero bien.

— ¿Pero no tienes ganas de saber qué está pasando? Eres amigo de un ser que, por lo que parece, pertenece a otro mundo, a un lugar que podría estar a universos de aquí. Conoces a un tío que puede volver loca a la gente con tan sólo mostrarles su cara y que dices que habla con esos seres, y ahora se ha ido con ellos a quién sabe qué clase de lugar. Has llegado hasta aquí, ¿y te vas a casa?

Ante la puerta de mi coche me vuelvo furibundo hacia Violet, que camina rápidamente tras de mí, con lo que chocamos. Su frente me golpea la nariz enyesada, no demasiado fuerte, pero lo bastante para hacerme ver las estrellas, tal y como la tengo. ¡Joder, si las solas gotas de la lluvia ya me hacen daño!

— ¡Oh! —es cuanto acierta a decir, mientras yo contengo un grito de dolor y rabia.

—Mira, Violet. Yo no he llegado a ninguna parte. Llevo tres días que no hago más que correr detrás de otros. Primero fue por ti, luego por Jones, y ahora he seguido hasta aquí al chiflado de la máscara. Me voy a casa a beber algo y a dormir. ¿Vale? ¡¿VALE?!

La cara de Violet es todo un poema. Supongo que escucharme rugir las palabras entre dientes y terminar el discurso a grito pelado y temblando en incontenible pataleta es lo último que se esperaba. En su mirada hay lástima y decepción. No soporto que me mire así. Me vuelvo e intento meter la llave en el demasiado pequeño agujerito de la puerta. Como no lo consigo al tercer intento, empiezo a golpear la puerta con frenéticos manotazos y de pronto lanzo las llaves, con toda mi fuerza, contra el cristal de la ventanilla cerrada. No la atraviesan como esperaba, chocan y agrietan el vidrio, pero me rebotan contra la cara y caen sobre mi nariz. Suelto un tonto “¡Ay!”, que suena afeminado por la sorpresa y lo nasal de mi voz. Las llaves caen sobre el húmedo asfalto

y la emprendo a pisotones contra ellas. Los pisotones evolucionan a patadas, que van dirigidas contra la puerta. Mi equilibrio se resiente, y me voy desplazando a lo largo del coche, de la puerta delantera a la trasera, soltando torpes puntapiés, hasta que, impulsado por la fuerza de una última patada, el pie que me sirve de apoyo resbala, cayendo cuan largo soy hacia atrás, sobre mi espalda. Consigo no darme con la cabeza en el suelo, pero la manera de deslomarme me ha sacado casi todo el aire de los pulmones. Me quedo rígido, jadeando, intentando recuperar el aire, me duele la espalda y los pulmones, que intentan recuperar su presión habitual. La pierna izquierda, la que me resbaló, ha quedado metida bajo el coche, y la derecha, acrobáticamente abierta, apoyada contra la ventanilla de la puerta de atrás. Sin duda la postura es ridícula, como aseveran las carcajadas apenas contenidas de Violet, quien parece consciente de la rotundidad de la caída, por lo que no entiendo cómo puede reírse de mí en estas circunstancias. De pronto recuerdo, mientras la lluvia gotea sobre mi lengua ávida de oxígeno, que ya estaba oyendo la risa de Violet cuando empecé la lucha contra la cerradura del coche, así que mi pirueta final ha resultado en su creciente e incontenible algazara.

Todavía intentando rellenar de aire los pulmones, siento las huesudas y grandes manos de Jones cogerme por los sobacos, tirar de mí hasta sacar la pierna izquierda de debajo del coche y devolver a la derecha su libre reposo, e incorporarme sin dejar por ello de sujetarme, viendo que toso y jadeo y que no parezco saber por dónde ando.

— ¡Madre mía, Nass! ¿Qué te pasa? —me pregunta mientras me suelta secos manotazos a la altura de los omoplatos, lo cual no me alivia nada, más bien me hace sentir peor, pero no me veo capaz de hacérselo saber.

— ¿A qué ha venido eso? —le pregunta Hardy a Violet.

Violet se limita a encogerse de hombros, sin dejar todavía de reír. Apenas se contiene lo suficiente para recoger del suelo las llaves. Se incorpora apoyándose con una mano en el coche, ebria de diversión.

—Supongo que tendré que conducir yo. ¡Metedlo ahí detrás, que se recupere! —concluye con desdén.

Jones abre la puerta tan pronto como Violet ha desbloqueado el cierre centralizado, y me empuja sin mucho cuidado hacia el interior del coche. Parece no entender que no soy muy dado a doblar el espinazo ahora mismo, el dolor de los pulmones me lo impide, y me doy con la sien derecha en el techo.

—Pero Nass, ¿qué haces? —me dice, sin nada de culpabilidad en su tono, y me obliga a bajar la cabeza lo suficiente para entrar sin problemas, con una fuerza que amenaza romperme el cuello.

Consigo sentarme, pero me tambaleo un poco de dolor, tosiendo y jadeando. Cuando Jones cierra de un fuerte golpe la puerta, da la casualidad de que estoy algo inclinado hacia ese lado, con lo que me golpea en el codo. Noto un dolor vibrante, como de calambre, pero estoy estúpidamente aliviado de que nadie se percate de ello, ya que me haría sentir aún más ridículo.

Todos ocupan sus posiciones, Violet tras el volante, Jones a su lado y Hardy al mío, aquí detrás. Hardy mira con preocupación cómo hago arcadas.

—Tranquilo, hombre. Se te pasará en un par de minutos. Procura respirar poco a poco.

Claro, poco a poco, qué fácil es decirlo cuando tienes aire para hacerlo. Violet arranca el coche. Se vuelve hacia mí, luego mira a Hardy.

— ¿Qué le pasa al pupas?

—Nada, creo que se le ha salido el aire de los pulmones. Pero ya lo va recuperando, ¿verdad, Nass? —Hardy me da una suave palmadita en el hombro. Ojalá le pudiera decir dónde se puede meter la manita.

—Salírsele el aire de los pulmones..., ¿va en serio? —pregunta ella, con media sonrisa,

escéptica.

—Sí, como si aspiras el aire de un globo, en vez de hincharlo. La sensación es parecida, como si los pulmones se te encogieran y arrugaran, por eso le duele tanto.

—Estás hecho una calamidad —me dice a mí, sonriéndome con simpatía. Ya veo que me tiene por su bufón particular—. Bueno, ¿vamos a tu casa?

Niego con la cabeza y señalo a Hardy con el pulgar: “a la suya”. Ella le mira interrogante, buscando su aprobación. Noto que Hardy asiente en silencio, Violet mete marcha atrás, para separarse un poco del coche de El Rostro De La Locura, y mete directa sin molestarse en poner el cinturón.

—Parece que la tormenta empeora —comenta mirando hacia el cielo.

Estoy un poco mejor, lo bastante para comprobar cuánto de cierto hay en lo que dice, pegando la cara al cristal. La densa y aparentemente cercana capa de negras nubes parece moverse en veloz movimiento de remolino, y aunque no se oyen truenos, los destellos de lo que deben ser rayos se suceden con una rapidez impresionante. Parece que hubiera una batalla más allá de las nubes, y estuviéramos viendo los fogonazos de las armas. El dolor de mi pecho es mi prioridad ahora mismo, pero la extraña evolución del tiempo me impresiona e inquieta, me sirve para distraerme un poco, olvidar un ratito las bizarras tribulaciones, que se lanzan contra la muralla de mi acostumbrado estupor, la superan y me invaden, como si de incansables tropas enemigas se trataran, sin embargo...

Llegamos al agradable y populoso barrio de Hardy, donde la gente, a pesar del mal tiempo, no renuncia a disfrutar de las últimas horas del día. Las cafeterías y bares están a rebosar, por motivos obvios, pero también hay mucha gente caminando bajo la lluvia, con o sin paraguas, que va de un sitio a otro. Algunos volverán del trabajo, otros irán de compras, algún loco igual pasea por placer, pero el caso es que tanto los coches como los peatones circulan en aparente sosiego y orden. No creo que pasen muchos años hasta que la mano negra de la decadencia alcance también esta zona, que aprovechen mientras puedan.

De pronto Hardy me da un leve codazo, y señala sonriente más allá de la borrosa cortina de agua que resbala por fuera de la ventanilla de su lado.

—Ahí, en esa tienda, fue donde compré la escopeta que tengo en la consulta y el revólver que le dejé a Violet.

—¿Tienes permiso de armas, Hardy? —pregunto, algo ronco.

—Eh... Bueno, no, pero el de la tienda es amigo mío, y me las vendió igual.

—Tranquilo, lo pregunto porque no parece que practiques mucho con ellas. El mío hace seis años que lo tengo caducado, y ya ves.

—Yo nunca he tenido un papelito de esos —dice Jones sin volverse, mirando al frente tan atento como si condujera él.

—Si, ya, muchos de los pacientes que han pasado por mi consulta también tenían armas, y no parecían del tipo de personas que tienen un permiso.

—Exacto —digo yo—, hay muchos otros problemas que resolver antes que la tenencia ilícita de armas, aunque ésta última tenga mucho que ver con los primeros. Tu amigo hace bien. Si sólo vendiera a gente con licencia, se moriría de hambre.

—Que no, que sólo a mí me las vendió así, y porque somos amigos —se apresura a aclarar Hardy.

—Claro, hombre, lo que tú digas —le calmo—. Además, yo no soy policía, ¿a mí qué me importa?

—Vaya, me alegro de ver que estás de mejor humor —interviene Violet, que me mira fugazmente por el retrovisor.

—No es para menos, ahora que estamos llegando. Quiero dormir un rato.

—Pero si ayer te pasaste toda la tarde durmiendo, hasta esta mañana —protesta Violet.

— ¡Déjame en paz!

Ninguno decimos nada más. Siento que todos se callan por mi culpa. Sé que es una sensación paranoica, sólo algo subjetivo, pero estoy seguro de que les gustaría que yo no estuviera para hablar con libertad de sus cosas o para criticarme. Bueno, que les jodan a los tres. Estoy muy cansado para preocuparme de lo que piensen de mí, y encima la putilla de Violet me dice que ya dormí mucho el día anterior. Será estúpida. Pues me pienso echar a dormir en la cama de Hardy hasta la tarde de mañana. Por lo menos veinte horas seguidas, por mis cojones. Lástima que Hardy tenga un segundo dormitorio, que seguro que le cederá a ella. Me encantaría que se pasara la noche durmiendo en el sofá o en un sillón, que durmiera lo más incómoda posible... De pronto me viene a la mente la imagen de Violet sentada en el gran sillón de Jones, donde la encontré cuando desperté esta mañana; ella, que se quedó conmigo toda la noche, no sé en realidad si despierta o dormida, pero que veló por mí mientras mis amigos se “desentendían”, por así decirlo.

Vamos, vamos, cálmate. Estás acumulando rabia y resentimiento contra quien no debes. Ya estabas pasando de odiar a Violet a odiar a Jones y Hardy juntos. Que Violet es bueeena. Jones y Hardy son bueeenos. Ella se ríe mucho de ti, pero es que haces méritos, joder, no haces más que el ridículo, y todo por falta de autocontrol. Y ellos son un poco descuidados, nada más. De todas formas tú no te mereces nada mejor, tienes mucho más de lo que en verdad te mereces, no te quejes.

Tras el tenso ejercicio de apaciguamiento me siento un poco mejor. Como no puedo matar a mis compañeros, a veces me veo obligado a desempeñar esta dura batalla interior, ya que la ira que no puedo desatar puede acabar consumiendo lo poco que me queda de ser humano, y llevarme a estallar de manera imprevisible. No, no puedo permitirlo.

Necesito beber algo. Vamos, vamos, Violet, aparca el jodido coche de una puta vez. Eso es, ya podemos bajar. Seguimos a Hardy hasta el portal de su edificio, que permanece con la puerta cerrada por la lluvia y el viento, pero que se abre con sólo empujar, y no porque no funcione la cerradura, como en mi casa, sino porque no suele haber por aquí necesidad ninguna de cerrar con llave. Empezamos a subir escaleras. Como seguimos a Hardy, la ascensión es penosamente lenta, y de nada serviría correr, ya que él tiene las llaves. Podría pedírselas, pero no sé qué pensarían de mí ahora mismo si me mostrara tan repentinamente apresurado. Me aguanto.

Un vecino del segundo piso está saliendo de su casa cuando pasamos toda la comitiva ante su puerta. Va bien abrigado para la lluvia, incluso con un elegante sombrero a juego. Se queda mirando espantado a la gran y silenciosa figura gris de Jones, que, aunque lleva la cara bastante bien disimulada, con el ala de su sombrero y las exageradas solapas del cuello de su gabardina alzadas, no puede pasar desapercibido para nadie.

Por fin llegamos a la maldita puerta de su casa. Hardy tarda una eternidad en abrir, parece que no conociera el aspecto de la llave que abre su propia casa, el inútil de él. Vaya, ya era hora, cojones. Espero pacientemente a que entren Hardy y Violet, siguiendo el orden de la fila que formamos, y me lanzo, en cuanto tengo espacio para adelantarles, hacia el minibar que tiene Hardy en la salita del piso. Hardy no tiene whisky, no sé por qué no le gusta, con lo bueno que está, pero sí que tiene bourbon y ginebra. Cojo uno de los vasos bajos que hay junto a las botellas, y lo lleno hasta la mitad de bourbon. Me lo bebo de un trago. ¡Qué alivio, increíble!

—Creía que querías irte a dormir.

La voz de Violet me amarga el final del trago. Pero me consuela saber que a este le sigue otro, que ya me voy sirviendo mientras me dirijo, con vaso y botella, hacia el sofá de dos plazas de

Hardy. Me dejo caer suavemente para no derramar ni una gota de la bebida, pero aun así se me derrama un poco sobre el muslo. Qué desperdicio. Estiro las entumecidas piernas y suspiro profundamente. Bebo un sorbito del vaso, que saboreo durante una eternidad. Ya no hay prisa, tengo todo el tiempo del mundo.

Violet, viéndome tan bien dispuesto, y tras quitarse el abrigo impermeable que le presté, se sienta en el sillón de Hardy, que está orientado hacia el televisor apagado de una esquina. Saca su tabaco y enciende un cigarrillo, sin preguntar si se puede o no fumar aquí. Se me pasa por la cabeza decirle algo, pero me ha entrado una pereza tal que no me siento capaz ni de hablar.

Jones pasa a la salita y se queda en la puerta, de pie. Me mira, y luego a Violet.

—Me alegro de que os lo toméis tan bien. —Violet se vuelve a mirarle por encima de su hombro—. Temía que todo lo ocurrido os tuviera de los nervios, pero parece que ha sido algo pasajero.

Violet me mira, esperando que conteste algo. Yo la miro moviendo sólo los ojos, estoy tan relajado y a gusto que ni muevo el cuello. La mano que sujeta el vaso es la única parte de mi cuerpo que se mueve, acercándome el delicioso bourbon a los labios. Vacío el vaso y lo vuelvo a llenar.

—Hardy está en la cocina. Es casi la hora de cenar. —Jones se quita el maltrecho impermeable gris y el sombrero, y los deja con cuidado sobre una pequeña mesa junto a la puerta. Tiene la camisa rasgada y ensangrentada a lo largo del pecho, donde las criaturas de su raza le golpearon intentando matarle—. Voy a ayudarle a cocinar algo.

—Deberías limpiarte, antes —le grita Violet mientras se va, en lo que parece un repentino arrebatado de escrúpulos—. No tengo ganas de comer con su sangre como condimento.

No tiene que explicarme nada. Ni siquiera la estoy escuchando. Vacío mi tercer vaso de bourbon. Violet sigue fumando en silencio, con la mirada perdida en la pantalla apagada del televisor.

Parece mentira lo bien que estoy ahora. No sé cómo pude perder así los nervios, cuando salimos del Salsbury. Ese momento me parece tan lejano y ajeno...

Al cabo de un rato, Hardy, vestido con ropa vieja de andar por casa y en zapatillas, aparece tosiendo por la puerta.

—Pero bueno, niña. ¿Estás fumando aquí?

—No te preocupes, que no te tiro ceniza —se disculpa Violet, y le muestra la palma de su mitón de cuero, que usa como cenicero.

—Bueno, venga, todos a cenar, que buena falta nos hace. Yo llevo sin comer nada desde el desayuno.

Violet se levanta, con cuidado de no tirar la ceniza por el camino.

—Y tú, ¿qué? ¿No tienes hambre?

Cierro lentamente los ojos por toda respuesta. Al abrirlos, Hardy está mirando desaprobador la botella de bourbon que sujeto por el cuello y que se apoya sobre mi muslo izquierdo.

—Ya, claro. Al menos podías quitarte esa vieja chaqueta, que me estás empapando el sofá entero —me dice, dándome la espalda, y me deja a lo mío.

Me quedo a solas en la salita. Sólo oigo la lluvia que golpea los cristales de las ventanas y el viento, que aúlla en fuertes ráfagas. También me llegan las voces apagadas de Jones, Hardy y Violet y el ruidillo que hacen con los platos y los cubiertos desde la cocina.

Ahí están, disfrutando de su mutua compañía mientras cenan, seguramente uno de esos sencillos y deliciosos platos que Jones reserva para estas horas, algo ligero y que deje buena sensación. Un médico que opera y trata a gánsters y yonquis, una putilla venida a menos y un

monstruo de otra dimensión, compartiendo mesa. Me reiría si no me dieran ganas de llorar.

Hardy, el médico de campaña del que me hice amigo y que, al terminar la guerra, se vino conmigo a vivir de la abundante miseria de esta ciudad. ¿Por qué escuchó a alguien dieciséis años más joven? En cualquier otro lugar, podría haber llevado una vida normal, tener esposa e hijos y una trayectoria profesional de verdad, no lo de esa mierda de consulta. Ahora, en cambio, es un viejo solitario, sin ingresos que queden reflejados en el despacho de algún burócrata, sin pensión de ninguna clase.

Violet, que por la razón que sea se ha visto abocada a la prostitución, y que me ha acompañado desde el principio en este absurdo viaje de violencia y locura. No lleva ni dos días conmigo y ya ha tenido que matar. La tía es dura, pero, ¿hasta dónde aguantará? Yo me arrepiento de cada uno de los asesinatos que he cometido, por mucho que haya disfrutado en su momento con alguno de ellos. ¿Con qué derecho la arrastro a este mundo, mi mundo de aniquilación y muerte, del que me alimento, del que formo parte?

Y, por supuesto, Jones, esa criatura que he convertido en mi amigo y compañero. Puede ser cierto o no que él venga de otro mundo, que su raza se alimente de cualquier cosa viva, pero yo le he convertido en otra cosa, en algo peor. Los suyos, esas feroces y violentas criaturas, deben poseer a su modo de un cierto orden, una concepción del bien y del mal. Lo sé por la manera en que le miraban cuando se comió el cráneo de uno de ellos. Pude ver en sus horribles miradas depredadoras que estaban contemplando una aberración. Pude ver que nunca habían concebido siquiera el devorarse unos a otros. Miraban a Jones como si fuera una especie de anticristo. Jones es un monstruo, pero no por venir de dónde sea que venga, sino porque yo le he hecho a mi imagen y semejanza.

No sé cuánto tiempo llevo bebiendo, pero me acerco la botella, intento echar un trago a morro de ella. Nada, no cae ni una gota. Alzo la botella ante mi mirada desenfocada, puedo ver que todavía queda. Lo vuelvo a intentar. Succiono sin ningún resultado. Cabreado, me pongo en pie de un salto. Creo que me incorporo más rápido de lo que pretendía y me tambaleo para mantener los pies en el suelo que, para ponérmelo más difícil, parece inclinarse hacia mi derecha. Vuelvo a mirar la botella. Sigo viendo la bebida en su interior, me pregunto qué coño le pasa. La lanzo con todas mis fuerzas contra la pared, donde se hace añicos con un fuerte tintineo que me taladra los tímpanos. Así aprenderá. Ruidos me llegan desde la cocina, una voz exaltada, sonido de sillas arrastrándose por el suelo, pasos que se dirigen hacia aquí.

— ¡NO, NO OS ACERQUÉIS A MÍ! —grito a pleno pulmón—. ¡NO QUIERO VEROS, IMBÉCILES!

Jones es el primero en llegar, aunque no le he visto entrar en la salita, parece haberse materializado aquí de pronto.

— ¡Nass! ¿Estás bien? ¿Qué pasa? —gruñe con gravedad, como si se estuviera inmiscuyendo en una discusión ajena, en algo que no fuera de su incumbencia.

— ¡NO, NO TE ACERQUES A MÍ, MALDITO MONSTRUO!

Jones se me acerca con los brazos abiertos, mirándome con esa estúpida sonrisa inmóvil que lleva con él a todas partes, parece que siempre le hace todo mucha gracia, al cabrón. Violet y Hardy se asoman al umbral de la puerta, sus dos caras muy juntas, como si fueran unos siameses subnormales. Hardy recorre con sus abiertos ojos la habitación hasta ver la botella hecha añicos.

— ¡Madre mía, Nass! ¿Qué ha pasado aquí?

— ¿Qué le pasa ahora a éste? —dice Violet con cansancio.

Lanzo el vaso que todavía tengo en la otra mano hacia ellos, pero se estrella en la pared, junto a la puerta, y los pequeños trozos caen sobre el sombrero y la gabardina de Jones.

— ¡HE DICHO QUE OS VAYAÍS, ESTÚPIDOS! ¡OS VOY A MATAR! —grito con todas mis fuerzas, a ver si así lo entienden. Reconozco que suena a amenaza, pero mi intención es

advertirles—. ¡NO OS ACERQUÉIS! ¡OS MATARÉ!

—Vamos, Nass, tranquilízate, hombre —me dice Jones con un ahogado rugido.

— ¡NO SOY UN HOMBRE, SOY UN MONSTRUO! ¡UN MONSTRUO! —se me sigue acercando, con las palmas de sus grandes garras vueltas hacia mí. Me tiro sobre él, lanzando puñetazos contra su pecho y gritando—. ¡CÓMO HAS PODIDO! ¡ERAN DE LOS TUYOS! ¡LOS TUYOS! ¡CÓMO HAS PODIDO, MALDITO MONSTRUO! ¡TE MATARÉ!

Sigo golpeándole, farfullando como un poseso palabras que sólo yo entiendo. Siento que sus garras se ciernen sobre mí, y pienso en lo adecuado que resulta. Acabar a manos de mi propio monstruo, no se me ocurre un final mejor. Los brazos de Jones me aprietan contra su pecho con fuerza, hasta que ya no puedo seguir golpeando. Mi puños cerrados se me clavan contra el estómago y las costillas, ya no puedo moverme. Siento unas humedades cálidas recorriéndome las mejillas, no dejo de gritar, deteniéndome lo justo para coger más aire y seguir gritando, ahora un aullido monocorde que sostengo con tozudez, no sé durante cuánto tiempo más.

EL PESO DEL CIELO

Estoy tumbado en un lugar indeterminado, un sitio que no reconozco pero donde reposo con la tranquila familiaridad del hogar. Empiezo a notar convulsiones en mis entrañas; sin dolor, noto que algo se me remueve dentro, se abre paso al exterior, estira la piel de mi blando estómago como si fuera una tira de goma, hasta que de pronto se desgarrar. La calva y pálida cabeza de Jones asoma entre jirones de órganos y salpicaduras de sangre. Está abriéndose paso a mordiscos, tragando con furiosa avidez. Tiene la boca hundida e inundada por todo mi contenido, no da a abasto, pero no por ello deja de devorar. Mastica y traga avanzando hacia mi cuello, partiendo esternón y costillar como si fueran de papel, con los felinos ojos clavados en los míos.

—Muy bien, Jones —le digo tranquilamente, animándole—. Así se hace, como yo te enseñé.

Jones muerde y avanza, poco a poco. Veo sus dientes brillar húmedos con mi sangre cada vez que abre su boca a todo lo que da para dar el siguiente bocado.

Me despierto de golpe, como asustado, sin dar por ello una de esas sacudidas de desasosiego. Simplemente abro los ojos, de pronto. Veo el techo y parte de una vieja lámpara que imita un candelabro de velas. Estoy en el dormitorio de Hardy, en su cama, tapado hasta el cuello por la gruesa manta, pero siento el húmedo frío del sudor del que están impregnadas mis ropas. Retiro la manta y compruebo que llevo la misma ropa que ayer, a excepción de la chaqueta de fieltro verde y los zapatos. Me siento en el borde de la cama, y veo que el sudor ha llegado hasta la sábana que cubre el colchón, parece que haya acabado de pasar unas fuertes fiebres. Me paro un momento a disfrutar del contacto de las plantas de mis pies contra el fresco y reconfortante suelo, que es de linóleo o vinilo, qué sabré yo de estas cosas. Necesito una ducha con urgencia, no me atrevo a salir de la habitación con semejante pinta y olor, de modo que me acerco al armario de Hardy y le tomo prestado todo lo que necesito para cambiarme, ropa interior incluida.

No me molesto en pegar la oreja a la puerta para comprobarlo, pero no parece haber nadie más en casa ahora mismo; todo es silencio, ni siquiera se oye el eterno zumbido crujiente de la lluvia en el exterior. Me imagino que debe ser tarde, por lo oscuro que está el día diríase que ya está anocheciendo, pero al echar una fugaz mirada al despertador de Hardy descubro que no son ni las siete de la mañana, todavía.

Me interno en el pequeño cuarto de baño del dormitorio, donde la escasa iluminación que me ofrece un estrecho ventanuco de cristal ahumado me lleva a intentar activar el interruptor de la luz. Nada ocurre, supongo que la bombilla estará fundida. Me quito la ropa y la arrojo a un rincón. Me ducho procurando que el agua no me golpee demasiado en la nariz. Al salir me seco con la toalla que hay para las manos y luego la tiro al mismo rincón de antes, encima de la ropa sudada. El agua de la ducha me ha dado sed, y echo un largo trago del grifo del lavabo. El agua de esta zona de la ciudad sabe bastante bien, como a veces le he oído comentar a Hardy, pero un regusto rancio que tengo en la boca la hace insoportable, aunque bebo porque me muero de sed y me agrada el modo en que revitaliza mi interior, refrescándome y llenando el pernicioso vacío de mi estómago.

Me siento más despejado, algo más energético. Curiosamente, aunque anoche debí emborracharme, no me noto con resaca. No hay dolor de cabeza o debilidad temblorosa, y el agua me ha quitado algo de mal sabor. Me miro casi a oscuras en el espejo pasándome una mano por la cara, pensando que ya va siendo hora de que me afeite, pero no quiero ponerme a buscar las maquinillas de Hardy, y me da pereza ponerme a ello así, sin luz.

Me visto con la ropa que le he cogido. La camisa marrón puede pasar, aunque me queda algo larga de mangas. Lo que me da problemas de verdad es el pantalón, tan ancho que se me cae al caminar. Salgo del baño y me agencio un cinturón negro con hebilla de acero que es bastante de mi gusto. Asunto solucionado. Me pongo los zapatos que alguien, quizá yo mismo, dejó a los pies

de la cama, y salgo de la habitación, a ver qué se cuece.

Silencio y oscuridad es lo que encuentro al abrir la puerta. Toda la casa parece vacía, muerta. Me asomo a la puerta de la pequeña salita, donde me encuentro a Hardy, que está de pie junto a la ventana, vestido con su ropa vieja de andar por casa, la mirada perdida hacia la oscuridad del cielo.

—Hardy —le llamo, y a modo de saludo tímido digo—: ¿qué pasa?

— ¡Nasser! —se vuelve a mirarme, sobresaltado— ¡Coño, qué susto me diste!

— ¡Vaya, mira quién aparece por aquí! Si es el señor sonrisas.

El acerado tonillo irónico me hace desviar la vista hacia su origen, el viejo y aparentemente cómodo sillón de Hardy. Violet se asoma desde un lado del respaldo y me dedica una de sus diabólicas sonrisas. Tiene el cabello húmedo y limpio, el tinte morado un poco gastado y mezclado con su natural color moreno, parece que hace poco que se ha duchado. La cicatriz de la ceja derecha tiene un aspecto limpio y sano, lo más parecido a “bueno” que se puede decir.

— ¿Eh? —es cuanto se me ocurre decir.

— ¿Ya se te ha pasado la mala hostia, o nos vas a ofrecer otro espectáculo para el recuerdo?

—Violet, déjalo, anda —dice Hardy, volviendo a mirar por la ventana. Gruesas gotas empiezan a chocar contra el cristal, a escasos centímetros de su cara.

— ¿Que lo deje? Después de la que armó, ¿no le vas a decir nada?

—No tengo ganas.

Violet suspira de manera ruidosa para dejar claro su desacuerdo, y vuelve a reclinarsse en el sillón, mirando a la tele apagada.

— ¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que hice?

—No me extraña que no te acuerdes, con la borrachera que pillaste.

— ¡Violet! ¡Déjalo de una puta vez! —le espeta Hardy, sin alzar la voz pero con el rostro encendido en rojo.

Violet se vuelve a asomar desde un lado del respaldo, mirando a la espalda de Hardy.

—Sí, claro que lo dejo, que a mí me importa una mierda, que para algo estoy aquí de paso, ¿no? —dice volviendo a acomodarse en el sofá. Yo no entiendo nada—. Preguntadle a Jones, a ver qué le parece a él vuestro rollo.

— ¿A Jones? ¿Por qué lo dices, dónde está? —pregunto, ansioso de pronto.

Violet sigue mirando la televisión vacía, en silencio. Hardy me responde, sin mirarme.

—Tranquilo, Nasser, está en la cocina, haciendo algo para desayunar todos.

—En la cocina... —repito para mí, mientras echo a andar hacia allí.

Al entrar en la cocina me encuentro la gran espalda de Jones ocultando por entero sus quehaceres sobre la pequeña cocina de gas, con la luz apagada de este oscuro día cayendo sobre él desde la ventana, a su derecha.

—Siéntate —me ordena al oírme llegar. Es tan seco que le obedezco de inmediato, entrando y sentándome sin interrupción entre ambas acciones, como si esa hubiera sido mi intención desde el principio. Me pone delante un plato de tortitas y una taza de café solo—. Come.

Tras la nueva orden, se me queda mirando, se agita como si acabara de darse cuenta de algo y me alcanza unos cubiertos, tenedor y cuchillo, para las tortitas.

—Gracias —digo con timidez, sin saber cómo sacar el tema de lo de anoche, se trate de lo que se trate.

—Voy a llamar a esos dos.

Y sale en dirección a la salita. Yo empiezo a comer de las tortitas, tras dar un trago largo del café caliente. Es asombrosa el hambre que tenía, he tenido que empezar a comer para ser consciente de ello. Siento la comida y la bebida recorriendo todo el trayecto hasta el estómago, y agolparse ahí, otorgándome el calor de la incipiente digestión.

Enseguida vuelve Jones, seguido de Hardy y Violet. Ella se sienta inmediatamente a mi lado en la pequeña mesa, Hardy al suyo a su vez. Jones les sirve del mismo modo que a mí, y luego se sienta al otro extremo de la mesa, frente a mí. Él no come nada.

— ¿Tú no desayunas, Jones? —le pregunta Violet.

—Oh, no, no tengo nada de hambre —le contesta, pero mirándome a mí, con las pupilas dilatadas. No sé si intenta decirme algo. Espero que no.

—Oye —se me ocurre decir de pronto, para lo cual casi me ahogo con algo de comida que tenía en la boca. Carraspeo y empiezo de nuevo—. Oíd, ¿por qué estamos comiendo casi a oscuras?

—La corriente eléctrica se fue en mitad de la noche, a eso de las dos de la mañana. Parece no haber luz en todo el barrio. Puede que no haya en toda la ciudad.

— ¿Por qué dices eso? —pregunto, intrigado.

—No sé a qué será debido, pero a mí me han fastidiado los dibujos animados de la mañana —dice Violet, interrumpiéndome.

— ¿No eres algo mayorcita para ver dibujos animados? —digo con socarronería.

—La violencia de los dibujos animados tiene un efecto psicológicamente terapéutico. Tú deberías verlos también —me replica con ferocidad, en el mismo tono que he usado yo.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa a ti ahora conmigo? —le pregunto, haciéndome la víctima deliberadamente.

— ¿Que qué me pasa...? ¡Qué te pasa a ti, puto chiflado, que ayer vaciaste entera una botella de bourbon en cosa de diez minutos y luego la tiraste contra la pared! Y cuando fuimos a ver si te había pasado algo te pusiste a gritar y a insultarnos como un loco...

—Violet, se acabó, ¿vale? —la interrumpe Jones.

—No, no se acabó, otro igual —hace un seco ademán señalando a Hardy, que también la mandó callar—. ¿Qué cojones os pasa a los dos? Este tío se emborracha y os llama de todo, ¿y hacéis como si nada? ¿A qué vino lo de llamarte monstruo, eh? Después de que le salvaras la vida y...

— ¡VIOLET, CÁLLATE! —rompe en estruendo grave Jones, muy molesto.

Violet le mira con los ojos muy abiertos, pero no hay miedo en ellos, no la amedrenta el fuerte rugido de Jones. Es ira y dolor lo que hay en ellos. Jones baja la cabeza avergonzado por su propia reacción, que hasta mí me ha parecido fuera de lugar y espeluznante. Violet se bebe de un trago el café de su taza y se pone en pie, sin haber tocado para nada las tortitas.

—Vale, a la mierda, por mí os podéis ir todos a la mierda.

Me da la impresión de que se irá a la salita, a fumar a todo trapo, enfurruñada, cuando oigo abrirse la puerta de salida de las escaleras para cerrarse casi inmediatamente después, con un fuerte golpe que hace temblar el suelo del piso. Pasado un segundo, me acaricia el cogote una fresca ráfaga de aire del batirse con violencia de la puerta.

— ¿Qué ha pasado aquí, a qué ha venido todo esto? —pregunto, anulando el incómodo silencio que sólo Hardy interrumpe con el uso de los cubiertos sobre las tortitas—. ¿Es verdad eso, que te llamé monstruo?

—Sí, Nass. Sí que lo hiciste —me contesta con uno de esos rugidos acuosos, apoyando la frente en sus puños cerrados.

—Bueno, seguro que no lo dije en serio.

Y me pongo a comer de nuevo, queriendo dar el asunto por zanjado lo antes posible. ¿No soy capaz ni de disculparme? No, parece que no.

—Y tanto que no lo dijiste en serio, porque no hablabas de mí, si no de ti, Nass.

Tanto Hardy como yo dejamos de engullir y le dedicamos la misma cara de idiotas, ambos con la boca llena.

—No me mires así, Nass —continúa—. Te conozco, y por mucho que te emborraches y me grites no me vas a desconcertar. Te sientes culpable por mí, por haberme visto matar a los míos para salvarte, lo sé. Pero no te estaba salvando sólo a ti, Nass. Tú no sabes cómo era, lo que me estaban haciendo. Mi mente era suya y la suya mía, me estaban absorbiendo, digiriendo, haciéndome partícipe de toda su ansia animal. Supongo que ese estado mental será normal entre ellos, pero, tras pasarme toda la vida viviendo como un humano, me sentí desgarrar, me taladraba el cerebro el sabor de la carne y la sangre que nunca había probado, me querían convertir en otra cosa, y no pude soportarlo más, Nass, ellos me obligaron. Me obligaron. Ellos, no tú.

El discurso de Jones hace de abrelatas en mi cerebro, destapando las ideas reprimidas y de sabor rancio que conservo para mí. No sé qué hice anoche, no lo recuerdo, pero está claro que Jones ha sabido ver qué había bajo la fachada eufórica del alcohol.

—Ya lo sé, Jones, está bien. Pero, entiéndelo, una cosa es pensarlo y otra vértelo hacer. Ha sido horrible Jones.

—Sí, ya me lo imagino —me interrumpe con condescendencia—, sobre todo porque me viste disfrutar con ello, ¿verdad?

—Sí, sobre todo por eso. Te comiste a uno de los tuyos, Jones. Creo que es como para perder un poco los nervios.

Noto que Hardy frunce el ceño sobre sus hinchados ojos saltones, mirándonos a mí y a Jones alternativamente, confuso. Jones le devuelve la mirada un momento, y se encoge de hombros para él.

— ¡Ya os lo he dicho, ellos me obligaron! En cuanto le arranqué a uno un trozo de su cráneo y me lo tragué, dejaron todos de emitir esa especie de adoctrinamiento. Le dí al hambre que me hacían sentir una salida que nunca hubieran esperado, y eso los hizo huir, ¡deberíais agradecerme! —se excusa ante Hardy, como un niño pequeño que ha hecho algo inexcusable—. Si no se hubieran ido podríais estar todos muertos, yo no hubiera podido con todos a la vez.

—Tranquilo, Jones, lo entiendo —le dice Hardy, pero su gesto es de espanto.

—Bien, eso espero, porque os aseguro que no pude hacer ninguna otra cosa. Ya sabéis cómo es lo que hacen. El pánico que sentisteis allí, en el ático, también era emitido por ellos. Y tú, Nass, no vi que te sobrepusieras a ello. Así que supéralo de una vez. Llevo toda la vida luchando conmigo mismo para dejar de sentirme fuera de lugar entre vosotros, y cuando me enfrento a la prueba definitiva y elijo por fin mi bando, vas tú y dejas que te entren dudas. Lo tuyo no tiene nombre, Nass, podrías haber hablado conmigo, en vez de emborracharte.

No digo nada, sigo comiendo mi desayuno con la vista clavada en la mesa, pero como si mirara a algo más lejos, a través de la materia sólida. No tengo muy claro qué pienso, así que me quedo en silencio. De pronto Jones se levanta, y me creo que se ha enfadado conmigo.

—Espera, Jones, ¿adónde vas? —me apresuro a decirle.

—A buscar a Violet, que se ha ido sin desayunar por mi culpa —me responde mientras va hacia la salita, de donde vuelve con su gabardina y sombrero puestos—. Ahora vuelvo.

Y nos deja solos a Hardy y a mí. Hardy se termina de un solo trago su café, recoge su taza y plato, y se pone a limpiarlos en el fregadero.

—Vaya cómo se puso la niña, ¿eh? No le tiene miedo ni a Jones —comenta, sin dejar de fregar.

—La culpa es vuestra, que no la dejasteis hablar.

—Jones nos pidió que no te dijéramos nada, que él hablaría contigo. Además, ¿quién es ella para meterse en esto?

—Hardy, lo que dijo ella es verdad, le he ofrecido trabajar con nosotros, de ahora en adelante.

—¿Estás loco? ¿Vas a meter a trabajar de detective a una niña, y que es hija del amo, además? Seguro que tiene algún familiar, que la estará buscando...

—Hardy, no es la hija del difunto amo.

Sigue un monólogo por mi parte en el que le explico cuanto sé de verdad sobre Violet, que tampoco es mucho. No tardo ni treinta segundos. Al terminar, Hardy tiene una expresión asqueada, ya que, para él, Violet sigue siendo poco más que una niña.

—Ahora es de los nuestros, Hardy. Yo diría que se ha ganado poder decirme lo que quiera, aunque no me guste.

—Bueno, tu sabrás lo que te haces... ¡Eh, un momento! —su cara se vuelve la mayor y mejor representación satírica que he visto en mucho tiempo, y sigue hablándome como si me acabara de pillar haciendo algo indecoroso—. ¡Tú lo que quieres es tirártela!

—¡No, nononono, qué va! —me apresuro a decir.

Me pongo tan nervioso que golpeo sin querer el borde mi plato con el canto de la mano, que por suerte está ya vacío. Éste da una difícil vuelta en el aire y cae poniéndose a bailar locamente sobre la mesa. Le pongo una mano encima para evitar que se siga moviendo, pero al hacerlo lo empujo contra la taza de café, que se vuelca y derrama sin que mi otra mano pueda evitarlo. Todo ha ocurrido tan rápido que Hardy no ha tenido tiempo ni de apartar la vista de mí.

—No, ya veo que no —contesta irónico, sin moverse.

Acto seguido me arrebató el plato y la taza y se pone a fregarlos también. Yo me quedo inmóvil, con algo del café caliente remojándome el puño izquierdo de la camisa. Ahora que lo ha dicho Hardy, no puedo quitarme de la cabeza la idea de mantener una relación con Violet. Hasta este momento ni me lo había planteado, aunque ella casi me besara ayer. Se apodera de mí un estúpido romanticismo infantil, y me imagino que, aunque me tomara el pelo, quizá estuvo a punto de hacerlo porque yo le guste, de alguna forma. Descubro que la idea me hace bastante ilusión. Necesito de pronto salir a buscarla. Pienso que Jones ya debería haber vuelto con ella, de haberla encontrado, y me empiezo a preocupar sin motivo, convencido de que algo malo le ha pasado. Me pongo en pie, casi tirando la silla en mi arrebato.

—¿Qué te pasa? —pregunta Hardy, llamándome tonto la forma en que lo hace.

—Voy a buscar a Violet. O sea, a Jones y a Violet, ya tendrían que haber vuelto, ¿no?

Y me voy hasta la salita, buscando mi chaqueta de fieltro verde, que no encuentro. En su lugar, me hago con el impermeable que le presté a Violet, que ella había dejado ayer cubriendo el respaldo del sillón. Me lo enfundo y salgo hacia las escaleras.

—Ahora volvemos —digo al pasar frente a la cocina.

—Haced lo que queráis —oigo que dice con desdén.

Bajo las escaleras y salgo del portal, donde me recibe de nuevo la familiar caricia de la gruesa lluvia gélida en la calva de la coronilla. Nada más salir ya estoy empapado, no es de extrañar que apenas nadie ande por la calle. Hay locales y cafeterías abiertos, pero todos tienen las luces apagadas. Menuda faena, quedar sin luz precisamente el día más oscuro. Entornando los ojos echo un rápido vistazo al cielo. Todo es una opaca pared de nubes, tan oscura que se diría que es sólida, apenas si da paso a la luz solar.

No veo ni a uno ni a otro lado de la calle a Jones o a Violet. Decido echar a andar hacia el centro de la ciudad, donde supongo que iría Violet si no pensaba volver. Durante algunos minutos

no hago más que caminar bajo la lluvia. Algunas personas me observan tras el seco refugio del cristal de algún bar o cafetería, compadeciéndose o extrañándose de verme resistir estoicamente el diluvio. Nadie parece tener prisa por ir a trabajar, dan la impresión de estar dejando correr el tiempo. Supongo que esperan que vuelva la corriente, de la que no hay ni el más mínimo vestigio por ningún lado. Como Jones dijo, parece haber dejado de llegar a toda la ciudad, por lo menos hasta donde alcanzo a ver.

El frío del agua, la quietud de la calle, la oscuridad, y todas las inquietantes últimas experiencias que no dejan de rondarme inconscientemente por la mente me hacen sentirme un disparatado personaje de ficción, alguien inventado y sumergido en un mundo retorcido y extravagante para recreo de su demente creador. Yo no creo en el destino ni zarandajas por el estilo, pero últimamente, aunque todo me ocurre de manera inopinada, no me pasa inadvertido el peso de una mano invisible que lo orquesta. Creo que estoy paranoico, que me voy volviendo loco tan rápido como doy cada paso al caminar.

Absorto en mis cavilaciones dementes, la voz de Jones me coge por sorpresa.

— ¡Nass! ¿Qué haces por aquí?

Me vuelvo hacia mi derecha. Jones y Violet se apretujan en el estrecho hueco de un portal cerrado. Violet lleva la misma ropa que ayer, salvo el calentador negro bajo la falda vaquera, que por alguna razón no se ha puesto, y está calada hasta los huesos. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, en un pobre intento de aliviar el frío, y me mira como si yo le hubiera tirado por encima el cubo de agua helada que la ha dejado así.

—Os estaba buscando.

— ¿Cómo? ¿Mirando al suelo? —replica Violet.

Me acerco a ellos, y como no hay sitio para mí bajo el portal, me quedo ante ellos bajo la lluvia, y espero que resulte lo bastante triste para darle pena a Violet.

—Jones acaba de contarme lo que te pasó, que le viste atacar a mordiscos a uno de sus congéneres y que eso te traumatizó. ¿No podías hablarlo con nosotros, en vez de hacer el gilipollas? Bueno, conmigo no, que casi no me conoces, pero, tras todo lo que hemos pasado, ¿te crees que estamos los demás para aguantar algo así? Nosotros estamos pasando por lo mismo, viviendo las mismas cosas raras que tú. ¿Es que te crees especial?

—No, Violet, más bien todo lo contrario. Tengo la impresión de que todo lo malo que nos ocurre es culpa mía.

— ¡Vaya! ¿Y eso no es creerse especial? —Contesta con cansancio— ¿Es que te abrumba esa ilusión de responsabilidad que te has creado? Pues te diré una cosa, tío. Puedes estar tranquilo, porque son Jones y Hardy los que cuidan de ti, y no al revés. Y respecto a mí, no te preocupes, porque me voy y asunto solucionado. Así puedes hacer el payaso todo lo que quieras sin que nadie se ría de ti.

— ¡No, Violet! ¡Joder, que he venido a pedirte disculpas!

— ¿Pedir disculpas, tú? —pregunta con diversión, relajando su expresión de enfado.

—Sí, todo ha sido culpa mía. Por favor, no te vayas. Eres nuestra secretaria. Te necesitamos. No queremos que te vayas, ¿verdad, Jones?

—Es cierto, Violet. Sabes que a mí me caes bien —asevera él.

—Además, alguien tendrá que conducir el coche cuando yo estoy jodido...

—... que es la mayor parte del tiempo —añade ella.

Violet, que tampoco parecía demasiado enfadada, sino más bien herida en su orgullo, sonrío complacida. Su aspecto desamparado, encogida sobre sí misma con el pelo mojado y aplastado, y la belleza frágil de su gesto transigente, me llenan de conmiseración y gratitud hacia ella.

—Vamos, Violet, no me dejes a mí solo aguantando a éste... —oigo que le susurra Jones con tono desesperado, a lo que ella responde ensanchando más su sonrisa.

—Bueno, está bien, pero sólo hasta que se me ocurra algo mejor que hacer con mi vida —sentencia.

—Sí, sí, por supuesto, eres libre de irte cuando quieras —me apresuro a asegurar.

—Pues claro que lo soy —responde con altivez, algo más seria de repente.

Opto por no decir más, no vaya a ser que lo empeore. Me acerco a ella, quitándome la gabardina y pasándosela por los hombros, como ya hice ayer.

—Ya es más tuya que mía —le digo, restándole importancia al hecho de quedar yo desprotegido.

Ella mete los brazos por las mangas y rebusca en un bolsillo interior. Saca el revolver del cuarenta y cuatro de Hardy.

—Y que lo digas —dice, meneando ligeramente el arma—, tengo aquí mi pistola y todo. Anda, volvamos a casa antes de que Nasser se resfríe, que seguro que anda con las defensas inmunológicas bajas.

—Pero bueno, ¿es que eres médico, también? —pregunto con humor, mientras pasa por mi lado haciendo gesto a Jones de que la siga.

Para mi sorpresa, Jones la obedece de inmediato, y yo echo a andar tras él. Le alcanzo, y cogiéndole del brazo me dirijo a él.

— ¿Cómo se ha tomado lo de... bueno, ya sabes...?

— ¿Lo de que me comiera el cerebro de ese ser? —asiento con la cabeza, un movimiento breve y rápido—. Pues mucho mejor que cualquiera de vosotros, Nass. Ya te lo dije el primer día de conocerla: es única.

—Sí, lo sé, por eso he venido, ya lo dije, ¿no?

Seguimos caminando bajo la lluvia, de vuelta a casa de Hardy. Violet va algo por delante de nosotros.

—Nass, supongo que nos pondremos a buscar a El Rostro De La Locura, ¿no? —me pregunta Jones.

— ¿Para qué? —pregunto, sin ver sinceramente razón alguna para ello—. Por mí que se pudra. Está claro que nos mintió, que sabía más sobre esos seres de lo que dijo.

—Puede ser —interrumpe Violet, que se ha detenido hasta que la alcanzamos y queda entre ambos—, yo misma estoy de acuerdo en que ese tío está mal de la cabeza, pero quizá le han inculcado la obediencia a él como el miedo irracional a nosotros, o el hambre incontenible a Jones. ¡Control mental! —exclama, y empieza a menear fantasmagóricamente las manos alrededor de mi cabeza.

— ¡Estate quieta! —le digo, que casi me mete un dedo en el ojo—. Escucha, me parece que has visto demasiados dibujos animados. Toda esta locura debe tener una explicación algo más verosímil.

— ¡Joder! ¿Cuál, genio? —pregunta con escepticismo tozudo, lo que me desconcierta y me hace mirarla en silencio, sin saber qué contestar.

Llegamos al portal de Hardy, sin que ninguno diga nada más.

— ¿Y qué hay de este apagón? —dice Violet de pronto.

—Ya lo sé —contesta Jones.

— ¿Que ya sabes, qué? —le pregunto, mirando a uno y a otro, sin entender nada.

—Coño, Nass, se supone que eres detective. ¿Tengo que recordarte que la luz también se fue

en el Salisbury, poco antes de encontrarnos con esas criaturas? Seguro que ese portal de luz verde que encontramos afecta al suministro eléctrico, de alguna manera. Es mucha casualidad que ahora pase lo mismo en toda la ciudad. Seguro que se prepara algo grande —dice Violet como si supiera de lo que habla, como si no fuera sólo producto de su imaginación.

—Una invasión a mayor escala —la apoya Jones, con aire de sabio.

— ¡Madre mía, estáis locos, no me lo puedo creer! —empujo la puerta del portal para entrar, ansioso por ponerme algo seco—. Pensad lo que queráis, pero entremos de una vez, antes de que nos ahogemos, con tanta agua.

Entro en el portal, empujando la puerta lo suficiente para que al que me siga le dé tiempo a pasar tras de mí. Cuando voy a poner un pie en la escalera, oigo la voz de Violet, gritando a todo lo que da.

— ¡Nass, mira, miramiravencorreven...!

Me vuelvo y me lanzo corriendo hacia fuera, sin tener idea de qué puede pasar ahora, sólo porque ella lo pide.

— ¿Qué te pasa? —le pregunto. Ella está mirando al cielo, como Jones. Lo primero que noto es que ha dejado de llover—. ¿Qué miras...?

Alzo la mirada y un vértigo inverso se apodera de mí. Doy dos torpes pasos hacia atrás, en un reflejo inconsciente de huir, pero pierdo el equilibrio debido al absurdo mareo que me produce la visión. Doy con mis posaderas en el suelo, y me tumbo lentamente; me apretujo contra el pavimento intentando alejarme lo más posible de lo que veo, mis piernas se ponen a temblar de pura debilidad nauseabunda, los dedos de las manos se me contraen, pretenden hundir las uñas en la acera para anclarme, para aliviar la sensación de caída hacia el cielo.

De entre el oscuro vapor de la pared de nubes surge, de manera lenta e inexorable, un auténtico mar de estalactitas de retorcidos relieves, cada una de ellas distinta de las demás en tamaño y forma, algunas de puntas amenazadoramente afiladas, otras terminadas en bordes romos. Parecen caer lentamente hacia nosotros, pero eso sólo es debido a su gran tamaño y longitud, que se nos va revelando según crecen desde el denso cúmulo nuboso, mostrándonos el cada vez mayor perímetro de las bulbosas, hinchadas e irregulares estructuras. No cesan de bajar, hasta el punto de que se me antojan peligrosamente cerca sus extremos de los de nuestros edificios. En algún lugar, muy lejos, siento que se produce una explosión o derrumbamiento; el suelo tiembla, y me revuelvo con la estúpida convicción de que intenta deshacerse de mí, sacudirme, para dejarme caer hacia el páramo espinoso del cielo, del que no puedo apartar la mirada y que parece atraerme como con gravedad propia.

En el momento más álgido de mi delirio de vertiginosa claustrofobia, las largas estructuras parecen llegar a su fin, su principio, quiero decir, donde se extienden las complicadas raíces que se derivan de la exagerada textura de su superficie a lo largo de lo que parece, por fin, el techo, con el que se funden en apariencia y color alrededor de sus bases. Sólo entonces parece todo el conjunto dejar de moverse, y queda suspendido en el aire como el techo de una gigantesca cueva que abarca toda la ciudad.

Pero no es el techo de una cueva. La abigarrada conjunción de los espinosos pináculos, la disparidad aparentemente aleatoria entre ellos, sus formas indeterminadas e incoherentes con algún sentido práctico o útil, todo ello me produjo la primera y firme impresión de que era roca viva, parte de una extensión de tierra que había sido lanzada sobre nosotros de algún imposible modo sobrenatural. El enervado examen que hago ahora de todo el conjunto me permite reconocer el oscuro metal pulido, trabajado, que es la superficie lisa de estas torres invertidas, y ver que sus relieves abultados no son otra cosa que complicados circuitos de tuberías o cables gigantescos que las recorren de arriba a abajo, que se hunden bajo la cáscara metálica, la envuelven, se anudan a su alrededor y se pierden entre las bases, repartiéndose y uniéndose a muchas más ramificaciones a lo largo de la extensa superficie del techo, que está sembrada de cúpulas de base ligeramente

elíptica de donde surgen más canalizaciones, a su vez.

El espectáculo es pesado, agobiante, inerte, un conglomerado eminentemente industrial que está lleno de una vitalidad silenciosa de la que es indicio la incontable cantidad de luces que parpadean en apagados colores azulados y verdosos, dispuestas en combinación aparentemente azarosa en la longitud de cada torre y en la superficie de su techo, tan pronto incrustadas en las estructuras, donde iluminan su interior, como colgadas en los numerosos vértices de su exterior. La arquitectura caótica, llena de formas redondas, cónicas, ortoédricas, combinadas entre sí de manera psicótica para formar las pesadas torres, no deja duda de que es de construcción artificial. Una densísima ciudad puesta del revés.

Tirado en el suelo, con los ojos recorriendo, sin yo permitírselo, la espantosa extensión del techo del cielo, incapaz casi de respirar de opresiva ansiedad, oigo que Violet me llama dos veces. A la tercera, que grita mi nombre, consigo volverme hacia ella. Me mira desde la altura de su tranquila posición, de pie, con los brazos cruzados en señal de orgullosa suficiencia, sonriendo.

— ¿Y ahora, qué, genio de la razón?

— ¡¿Qué es eso?! ¡¿Qué es, dímelo?! —le grito a Violet, volviendo a clavar los ojos enloquecidos en la cosa.

— ¿Cómo quieres que lo sepa? —me contesta tranquilamente.

Me tiende una mano para ayudarme a levantar. No hago caso de su gesto, y ella se inclina más para cogerme del brazo y tirar de mí.

—Vamos, hombre, levanta de ahí, y deja de gritar, que asustas a la gente.

Me dejo incorporar por ella, dudando de si podré mantenerme en pie. Noto las piernas débiles, casi incapaz de moverlas, pero en cuanto apoyo peso en una, empiezo a sentirme mejor, como si viera restablecido algún equilibrio perdido. Si no miro a la cosa del cielo, puedo aguantar. A nuestro alrededor, personas que se asoman a las ventanas de sus casas y a las puertas de distintos locales empiezan a maravillarse o asustarse, hay reacciones para todos los gustos. Se forma un gran revuelo, y no tarda en envolvernos un murmullo de voces exaltadas y gritos a todo trapo.

—No es Nass lo que les asusta, ha sido el temblor de hace unos segundos —dice Jones, acercándose a nosotros, empujándonos hacia el interior del portal con delicadeza y premura.

—Jones, ¿tú sabes lo que es? —le pregunto por encima de mi hombro, alzado por su fuerte garra.

—Ni idea, Nass. Sólo puedo imaginarme cosas, como Violet.

— ¡Tenemos que irnos, irnos de aquí!

— ¿Irnos a dónde? —pregunta Violet al otro lado de Jones, riéndose.

— ¡Hay que salir de debajo de esa cosa! —digo sin sentido, preso de pánico, de claustrofobia.

Jones nos suelta y abre la puerta para que entremos en la oscuridad segura del portal. Cierra tras entrar él mismo, y se queda examinando el exterior a través del cristal.

—Hay que irse, hay que irse —me repito murmurando, dando vueltas por el vestíbulo.

—Joder, Nass, cálmate un poco, ¿quieres? Pareces más chiflado que de costumbre, tío —dice Violet, tan tranquila, como si no pasara nada, lo que me altera más.

— ¡¿Que me calme?! —exclamo, encarándola y cogiéndola por los hombros. La zarandeo—. ¡¿Cómo me voy a calmar con esa cosa encima?! ¡¿Qué es?!

— ¡Que no sé, hombre, suéltame! —pero no se revuelve—. Deberíamos avisar a Hardy.

— ¿A Hardy? ¿Para qué?

—Hombre, si vamos a irnos, tendremos que llevarlo con nosotros, no le vamos a dejar aquí.

— ¡Irnos! —exclamo de súbito, dando media vuelta y echando a correr hacia las escaleras—. ¡Qué buena idea!

— ¿Buena idea? —oigo decir a Violet tras de mí, confusa, y me grita cuando ya estoy terminando de subir el primer tramo de escaleras—. ¡Pero si lo de irnos lo has dicho tú...!

Pero ya no la escucho. Asciendo tan rápido como puedo, con el miedo y la prisa consumiendo mis pulmones, subiendo los escalones de tres en tres, y hasta de cuatro en cuatro, en un alarde de agilidad y elasticidad de las que creía carecer.

Cuando ya he pasado el segundo piso, al principio del siguiente tramo de escalones me hago un auténtico lío de piernas: intento dar el siguiente paso con el pie que me sirve de apoyo antes de haber aterrizado con el contrario; el primero tropieza contra el escalón siguiente impidiendo al segundo aterrizar sobre el peldaño deseado, llegando tan sólo a pisar la esquina, contra la que resbala, cuan larga es, toda la húmeda suela de mi zapato. Salgo lanzado hacia delante, con todo el impulso de la carrera que llevaba. Consigo no golpearme la cara poniendo los antebrazos como protección, pero las gastadas aristas de los escalones se me clavan a lo largo de las piernas y el costillar. Hago un lamentable ruidillo de dolor contenido y doy gracias porque Violet no lo haya presenciado; un calor avergonzado, bochornoso, me envuelve de sólo pensar en sus burlas. Me incorporo y continúo subiendo, pero algo más despacio, con cuidado, mientras me voy ahogando irremediabilmente por efecto de semejante hazaña física.

Llego tambaleándome ante la puerta de Hardy, y hago sonar el timbre en tonos largos, insistentes, hasta que al fin me abre la puerta. Aparece vestido todavía con su ropa vieja de andar por casa y sus zapatillas marrones de talón abierto. ¿Es que no se piensa vestir en todo el día?

—Pero bueno, Nasser, ¿te has vuelto loco, llamando de esa manera?

—Hard... tenem... que irnos —tartamudeo sin aire, asfixiado por la frenética subida por las escaleras. Me apoyo con una mano en el marco de la puerta, con la otra me froto el pecho—. Un momento... respire.

Las piernas se me entumecen por el esfuerzo de subir corriendo, y la falta de oxígeno de todo mi organismo les impide recuperarse. Me dejo caer de rodillas, totalmente derrengado. Mis dedos hacen un humillante chillido al ir resbalando sobre la madera barnizada del marco.

— ¡Dios mío, Nass! ¡¿Qué te ha pasado?! ¿Qué te han hecho?

Se agacha a mi lado y me da una serie de palmaditas en la espalda que supongo serán de ánimo, porque no sé de ningún tratamiento médico que consista en eso. Soy incapaz de hablar, sólo puedo intentar recuperar el aliento mientras la garganta me hace un jadeo chirriante, con sabor óxido. Siguen unos ridículos segundos durante los cuales intento entenderme con Hardy. Me palmeo el pecho.

— ¿Qué? ¿Insuficiencia cardíaca? ¿Se te para el corazón?

Meneo negativamente la cabeza y me señalo la nariz.

— ¿Bloqueo de las vías respiratorias? ¿Constricción de la faringe?

Agito la mano a modo de abanico.

— ¡Qué! ¿Que huelo mal? ¡¿Qué te pasa, maldita sea?!

— ¡Que sólo necesitaba recuperar el aliento, joder! ¡Qué pesado eres! —exclamo con alivio, agitándome para sacudirme su voluminosa persona de encima—. ¡Lo que hay que aguantar!

Retrocede un par de pasos, como ofendido.

—La culpa es tuya, que me asustaste. ¿Por qué vienes tan fatigado?

De golpe recuerdo la alarma acongojante que me ha traído hasta aquí, lanzo mi mano sobre la pechera de su chaquetilla vieja de lana apolillada y tiro de él sin cuidado alguno, sacándole de su casa, arrastrándole conmigo escaleras abajo.

— ¡Eh, qué haces! ¡Suelta, imbécil! —dice revolviéndose.

— ¿No lo has visto? ¡Tenemos que irnos de la ciudad, corremos peligro!

— ¿Peligro? —repite algo distraído, intentando seguramente imaginarse de qué puedo estar hablando. Pero es incapaz de imaginar esto—. Bueno, pero, ¿no puedo vestirme y cerrar la puerta de casa, al menos?

— ¡No, no, tiempo nos falta para salvar el culo! ¡Olvídalo! —le grito, plenamente convencido del peligro.

Bajamos atropelladamente las escaleras, algo que se me antoja mucho más lento que la subida, ya que, aunque voy tirando de Hardy para asegurarme de que va todo lo rápido que puede, esto no es mucho, y no le puedo hacer ir más veloz sin que eche a rodar por los escalones. Durante el viaje de bajada no deja de preguntarme qué es lo que pasa entre insultos que me dedica e improperios que suelta desahogadamente. Así hasta que llegamos al portal.

Violet ha sustituido a Jones en la tarea de observar, con la cara pegada al cristal, el creciente tumulto que se va desatando fuera.

— ¿Qué está pasando ahí fuera? —pregunta Hardy uniéndose a ella—, ¿qué le pasa a la gente?

—Abuelo, ¿no sentiste el temblor? —le pregunta Jones.

—Yo no he notado nada, sólo a éste —me señala con un dedo acusador—, que está de un raro que acojona.

—Es que no hay tiempo de explicarlo, tenemos que irnos de la ciudad, ¡ahora mismo! —vuelvo a repetir por enésima vez, impaciente, desesperado. Rebusco entre los bolsillos del pantalón—. ¡No sé donde dejé las llaves del coche!

Violet saca algo de un bolsillo de mi gabardina y me lo tira. Es un milagro que atine a cogerlo, tan nervioso como estoy. Echo un rápido vistazo a lo que hay entre mis dedos tensos. El gastado llavero de cuero de forma indeterminada, que está unido a mis llaves.

— ¿No recuerdas que ayer conduje yo, otra vez? —dice.

—Bueno, éste es el plan —digo intrépido, haciendo caso omiso de sus gracias—: salimos corriendo hasta el coche y nos largamos cagando hostias.

— ¿Irnos por qué? ¿A qué viene tanta prisa? —pregunta Hardy, ya harto de tanta incógnita.

— ¡Tú no lo has visto! ¡Espera a verlo, y verás! —digo sin control de mí mismo.

— ¡Menuda redundancia! ¿Estás oyendo lo que te dices? —y me mira como a un loco desconocido.

—Tranquilo, Hardy —dice Violet, poniéndose entre nosotros—. Ve a cambiarte, que no va pasar nada, tú no le hagas caso.

Para mi sorpresa, Hardy echa a subir las escaleras tras dedicarme una mirada de reproche.

—Yo voy con él, que me he dejado el revólver en el cuarto de estar —dice Jones y le sigue tranquilamente, al mismo ritmo.

Yo no me creo lo que pasa. Estamos ante algo grande, desconocido, peligroso. Lo normal sería salir corriendo y no mirar atrás, y aquí estoy, esperando a que mis amigos se preparen, como si fuéramos a salir para tomar algo. La ansiedad me vuelve a enajenar, estoy convencido de que la cosa está volviendo a caer, que ha reanudado su descenso pesado, aplastante; que me hundirá, tras licuarme por la presión, entre los sucios y agrietados cimientos de la ciudad. El constante murmullo alterado de la gente de la calle, los ocasionales gritos que lo acompañan, el rápido ir y venir de sirenas de ambulancias o bomberos, todo ello contribuye a aumentar mi ya bastante intenso desasosiego.

— ¡¿A dónde vais?! —digo susurrando, pero no a propósito; jadeo por la falta de aire. Me he inclinado, apoyando las manos en las rodillas, para evitar caer del todo—. ¡Que nos tenemos que

iiiiirrrr...!

Esto último se alarga y suena como si estuviera haciendo uno de esos esfuerzos escatológicos, a lo que contribuye lo consecuente y poco digno de mi postura.

De pronto me envuelven la cara las manos algo húmedas y cálidas de Violet, y me obliga a enderezarme. Mi campo visual se ha reducido a un pequeño hueco en el centro de una nube borrosa. Estoy muy mareado.

—Nasser, tienes que calmarte, vamos, que no pasa nada. Estás muy pálido. ¡Estás sudando!

Su voz me llega como de muy lejos. Oigo y reconozco las palabras, pero me cuesta entender su significado.

—Tenemos que irnos. Tengo que salir de debajo de esa cosa. Nos aplastará —baluceo. No estoy seguro de si llego o no a decirlo, quizá sólo lo estoy pensando.

—Ya, y por eso quieres sacarnos de la ciudad, para que no nos aplaste, ¿verdad?

—Sí... nos matará a todos si no...

—Ya no se mueve, Nass, tranquilízate. Te estás hiperventilando, respira despacio, haz el favor.

—Yo... No puedo... —resoplo, con la mano izquierda en el pecho.

—¿Que no puedes? Yo te enseñaré cómo.

Las manos de Violet arrecian su presión en mis mejillas, clavándome un poco las uñas, lo que me disuade de echar la cabeza atrás cuando une su boca a la mía, que tengo abierta en un rictus asfixiado. Sus labios se ciernen sobre los míos, hunde su lengua en mi boca, la siento rozarse contra mis dientes al entrar y acaricia con ella la mía propia y el paladar, haciéndome cosquillas y obligándome a saborearla. Con los dientes me mordisquea ligeramente los labios, los suelta, me los masajea con los suyos como recompensa por soportar su furia lasciva. Yo me dejo hacer, claro está, me enzarzo con ella en un auténtico duelo de esgrima de órganos bucales.

Empieza a inspirar por la nariz y exhalar por la boca, llenándome de su aliento de desagradable pero embriagador sabor a tabaco negro, y para no ahogarme no me queda más remedio que imitarla. Los pulmones me arden, bueno, me arde todo, en realidad, pero lo curioso es que funciona, recupero un ritmo normal, en frecuencia e intensidad, de la respiración.

Me suelta las mejillas, lo cual agradezco, porque al tirarme de la piel me hacía daño en la maltratada nariz, y lleva sus manos hasta mi nuca, donde se entrelazan, abrazándome. Yo me percató entonces de que, desde no sé hace cuánto, la tengo cogida de la cintura con la mano derecha, la que tengo libre. La izquierda ha quedado atrapada entre sus pechos, que se espachurran contra mi cuerpo hasta el punto de que siento con fuerza los latidos de su corazón.

Cuando parece haber considerado suficientemente efectiva su insólita “terapia respiratoria”, separa su boca de la mía, pero me araña la lengua con sus dientes según se retira, cerrando después sus labios alrededor como para aliviar el excitante dolor, todo ello muy lentamente.

Me encuentro aturdido de incredulidad y excitación, tengo la cara ardiendo de asaltado rubor púdico, algo culpable por haberme dejado llevar. Ella, en cambio, me sonríe con satisfacción, con cierto aire altanero, el orgullo de un cirujano que termina con éxito una complicada operación. Agito los dedos de mi mano izquierda, la que quedó atrapada en tan cálido y agradable lugar, para dejar que corra el aire entre ellos y disipe el sudor lascivo que empiezan a expeler.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto casi como si me hubiera hecho algo malo.

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado? —pone los brazos en jarras.

—Sí, pero...

—Lo he hecho —se me vuelve a acercar peligrosamente y coge mi mano izquierda, caliente y pegajosa, con la suya, a modo de saludo de colegas—, porque me pareces de esa clase de personas que necesitan un pequeño aliciente para ser capaces de sobreponerse a los momentos de duda y

miedo. Y he acertado, ya estás mucho mejor, ¿verdad?

—No lo sé...

—Ya te digo yo que sí —y hace chocar nuestras manos unidas contra su pecho. Ahora me fijo en que tampoco lleva los mitones.

—Y tú, ¿cómo lo haces? ¿No necesitas ningún aliciente?

—Vamos, Nass, ¿qué más puedo pedir? Tu amigo el monstruo y tú sois los primeros en toda mi vida que me han tratado como a una igual. A vuestro lado puedo hacer frente a lo que sea, incluso a visitantes del espacio interdimensional.

Ya está otra vez. Un escalofrío me recorre de arriba a abajo, y se extiende hasta el brazo que ella me sujeta, de modo que lo nota. Sonríe, sabedora de lo mucho que me cuesta aceptar esas fantásticas teorías.

—Vosotros sois mi aliciente, Nass —termina, mirándome directamente a los ojos.

—Bueno, Jones dice que eres única, que no debemos dejarte marchar.

—¿Por eso quieres que me una a vuestra agencia de detectives, porque lo dice Jones?

—No, no, no —me apresuro a decir. Me pongo todavía más nervioso y no sé ni lo que me digo —, eso se me ocurrió a mí antes de que él dijera nada, pero no te quería para esto, no pienses mal, que Hardy cree que...

—Hablas demasiado, estupidín —me corta, apretándome la mano con más fuerza. Siento cómo resbala mi carne bajo la suya, por el sudor.

Se me vuelve a echar encima, obligándome a saborear de nuevo su amargo aroma, que ya me resulta delicioso. Esta vez el beso no es tan largo; me suelta y se acerca a la puerta del portal, donde el asombro y el pánico han llegado al que supongo será su punto más álgido, el caos total de ruido y movimiento. Pega el rostro al cristal. Yo me pongo a su lado, y observamos durante un par de minutos en silencio.

—Sabes a sangre, Nass —dice de repente, sin mirarme.

Cuando le voy a preguntar que a qué viene eso, oigo llegar a Hardy, con su apresurado y pesado zapateado sobre los escalones. Jones baja detrás de él, silencioso como él solo. Me mira fijamente, y mi paranoia me convence de que es consciente de mi fogoso “enfrentamiento” con Violet. Malditos sean sus sobrenaturales sentidos.

—Ya me ha contado Jones qué es lo que pasa, y quiero verlo —me dice Hardy, con mal disimulado entusiasmo.

—Ahora lo harás, en cuanto salgamos. Todo el mundo lo hace —le digo haciendo un leve ademán hacia el exterior.

—¡Eh, un momento! —me corta de pronto, mirándome con sospecha—. ¿Qué ha pasado aquí? Estás rojo como un tomate.

Ahí está, por eso me miraba Jones. Porque mi embarazo culpable me encendía la cara.

—Nass y yo nos hemos enrollado durante vuestra ausencia —suelta Violet, sin dejar de mirar por el cristal.

Me vuelvo hacia ella con loca incredulidad, al igual que Hardy y Jones. Hardy me mira después a mí, con cierto reproche asqueado, y menea negativamente la cabeza, sin decir nada.

—¡¿Qué?! —acaba por soltar Jones en un gorjeo de risa—. ¡Pero si te saca de quicio, Nass! ¡A cada momento!

Le miro con la frente baja, sin excusa.

—¡Eh, quien bien te quiere, te hará llorar! —protesta Violet, y abre de un fuerte tirón la puerta del portal—. ¡Y ahora, larguémonos de aquí!

En cuanto abre la puerta nos inunda el estampido del caos que no ha tardado en desatarse en las calles. Mantiene la puerta abierta para que salgamos todos. Yo, con la llave del coche en ristre, soy el primero en cruzar la calle a toda prisa, esquivando a las personas que vagabundean con emergencia por todas partes. Llego a la puerta del coche y consigo introducir la llave en la cerradura a la primera, algo increíble en mi estado actual de euforia. Me pongo tras el volante y arranco el coche, todo en un tiempo récord. Miro en la dirección desde la que vine, a través del cristal que yo dejé agrietado ayer, y veo que Hardy se ha parado ante el portal para observar con detenimiento la acrópolis del cielo, como la llamo en mi mente.

El hinchado rostro de rosadas mejillas de Hardy ha perdido la escasa firmeza que le quedaba en este momento, toda la piel rellena de grasa colgando hacia su nuca desde los lados y la parte bajo la barbilla, no por acción sólo de la gravedad, sino por la flaccidez muerta de todos sus músculos bajo el efecto de la estupefacción. Tiene la lengua medio fuera, como si estuviera ahogándose, y los ojos tan abiertos que parecen estar saliendo de sus órbitas, da la impresión de ser una persona que está sufriendo las consecuencias de la falta de presión del vacío del espacio.

Jones y Violet se han quedado a medio camino, en mitad de la calle, mirando a Hardy mirar a su vez a la acrópolis del cielo, inmóviles los tres, mientras el mundo ruge a su alrededor. Abro la puerta del coche y les grito con fuerza, para ver si despiertan de una vez. Algunos de los que corren a su alrededor se detienen y me miran sobrecogidos por lo furioso del sonido de mi voz. Jones retrocede los pocos pasos que le separan de Hardy y le arrastra cogiéndole por los hombros. Violet corre hacia mí, poniéndose en el camino de un coche que avanza lentamente. El conductor hace sonar el claxon, un largo tono estridente, mientras gesticula con absurdos y exagerados ademanes. Violet responde palmeando el capó del motor y enseñándole el dedo corazón, antes de continuar hacia mí.

— ¡Que te jodan! —grita para que le quede claro, todo ello sin dejar de sonreír. Se vuelve hacia mí—. ¡Me encantan los disturbios, puede uno hacer y decir lo que quiera!

— ¡Joder, Violet, sube al puto coche, anda!

Se aparta de mi campo visual y veo llegar a Jones. Abre la puerta de atrás de mi lado y empuja a Hardy dentro con toda la delicadeza que, creo recordar, no aplicó ayer para meterme a mí en el mismo sitio. Cierro mi puerta y espero que Jones se siente de una vez, pero al volverme a la derecha, justo en el momento en que Jones aparece por ese lado, tanto él como yo descubrimos que Violet está ahí sentada.

—Esto..., que yo no quepo detrás, Violet —dice Jones con gran diplomacia dadas las prisas, que sólo yo parezco tener, por otro lado.

— ¡Violet, me gustaría saber qué coño haces! —le digo en voz alta, sin llegar a gritar—. ¿Quieres sentarte detrás, por Dios?

—Bueno, bueno, perdonadme la vida, hijos —dice meneando ambas manos.

La tía no puede salir del coche, no, se revuelve en el asiento y se lanza hacia la parte de atrás por entre los respaldos delanteros, agitando antes su trasero envuelto en el tejido impermeable de mi gabardina como si fuera un gato cogiendo impulso.

— ¡Aaayyyayya...! —grita Hardy contra mi cogote, dejándome casi sordo—. ¡Niña, que me has pisado!

— ¡Huy! Lo siento, Hardy. Es que aquí, nuestro amigo el pupas, tiene unas prisas...

Encima tendré yo la culpa, pero no digo nada. En cuanto Jones cierra su puerta, meto directa y me incorporo a la algarabía de tránsito peatonal que se ha vuelto la calle. No me molesto en tocar el claxon como hacen otros, es inútil, sólo sirve para enardecer aún más a la multitud.

—Sí, ya —empieza a decir Hardy, contestando a Violet casi un minuto de silencio después—,

otra cosa que no entiendo, ¿a qué vienen tantas prisas, Nasser? ¿Adónde pretendes llevarnos?

—Eso da igual, ¿no lo ves? —responde Violet en mi lugar, demasiado ocupado estoy para escuchar a nadie—. Creo que a Nass le dan demasiado miedo los platillos voladores gigantes y quiere salir de debajo cuanto antes.

Sigo conduciendo, a veces incluso subiéndome a la acera, pero no llego en ningún momento a acelerar demasiado, hay demasiada gente.

—Oye, Nass, deberíamos estar buscando a El Rostro De La Locura. Él tiene que ver con todo esto, él debe ser la respuesta. El único que puede aclararlo todo.

—¡Joder, dejad de darme por culo con el tío ese! —grito. Mi voz me aturde dentro del habitáculo cerrado del coche. Bajo un poco el volumen—. Jones, primero salimos de aquí, y luego ya veremos, ¿vale?

—Vale, vale, lo que tú digas. Como siempre.

Le miro un momento, por el tono de disensión que ha utilizado para dar su “conformidad”. Vuelvo la vista al frente justo a tiempo de ver un coche detenido frente a nosotros. No vamos muy rápidos, pero el frenazo es lo bastante brusco para sentir que Hardy se agarra a mi respaldo con fuerza para no darse de morros contra él, y para ver, por el rabillo del ojo, cómo Violet sale lanzada contra el de Jones, golpeándolo con el hombro.

—Si te ves demasiado nervioso para conducir, dímelo, sonrisas —dice ella con tono de acerado sarcasmo.

—No es necesario, pero deberíais ponerlos el cinturón —respondo.

—Sí, hombre, nunca me he puesto el cinturón en un coche... —replica.

Doy marcha atrás lo suficiente para poder pasar por un lado, freno en seco y salgo acelerando exageradamente para seguir hacia delante.

—...aunque supongo que hay primera vez para todo —termina de decir, y oigo el sonido del anclaje del cinturón al cerrarse.

Al pasar junto al coche detenido, vemos que delante, tirada en el suelo, hay una mujer rodeada de un amplio charco de sangre fresca.

—¡Eh, eh, hay alguien herido, ahí! ¿No vas a parar?

—Yo no la he atropellado, Violet.

—¡Pero tenemos un médico que podría atenderla hasta que llegue una ambulancia...!

—No creo que venga ambulancia alguna.

—Eres un maldito cabrón.

—Nunca he intentado convencer a nadie de lo contrario.

Sigo conduciendo, cada vez con menos soltura. Nos encontramos con algunos policías que no consiguen tranquilizar a la marea de gente que les pide explicaciones y responsabilidades; hay menos coches y más gente en la carretera por momentos, muchos heridos, algunos a los que ayudan a moverse otras personas y otros aparentemente muertos.

—Mira, ¿quieres que nos paremos a ayudar también a todos estos? —le pregunto a Violet, señalando con la barbilla la calle ante nosotros—. Míralos, matándose entre ellos para correr hacia quién sabe dónde.

—¿Y no hacemos nosotros lo mismo? ¿A dónde vamos nosotros, puto genio? —me replica ella, con absolutamente nada de humor.

—Sí, Nass, ¿qué sentido tiene salir de la ciudad? Es potencialmente más peligroso intentar hacerlo que quedarse, ya lo estás viendo —interviene Hardy.

—Tengo que ver qué hay encima.

— ¿Qué hay encima? —repite Hardy, confundido.

—Sí, encima de la acrópolis del cielo —y susurrando para mí mismo—. Tengo que ver qué hay al otro lado.

Hemos alcanzado, tras un lento y farragoso viaje, la periferia de la ciudad. He intentado durante todo el camino no mirar directamente a la acrópolis del cielo, pero su irregular y extraño perfil entra dentro de mi campo visual, y no puedo evitar advertir, mientras dirijo el coche en dirección a una de las carreteras secundarias que salen de la ciudad, que la pesada superficie toca a su fin tras un borde de llanas cúpulas invertidas de suave pendiente, empezando la siguiente donde termina la anterior, formando el borde un anillo que parece rodear toda la acrópolis, hasta donde puedo ver. Más allá, con gran alivio, reconozco el agitado océano de nubes negras que ha sido nuestro cielo durante los últimos días.

Salimos de la ciudad, precedidos y seguidos por otros muchos. Conduzco rodeado al fin de la reconfortante y al mismo tiempo inquietante devastación del desierto. Aparte del hecho de que intentar seguir las autopistas es casi un suicidio en estos casos, me encanta conducir por la carretera sin vallar, sobre la que se esparce el polvo del desierto con total impunidad. En caso necesario, puedo hacer como ese polvo, y franquear el límite del asfalto para perderme por el vasto y seco páramo, con los muertos y torcidos árboles ocasionales como únicos testigos de mi fuga. Siempre es una idea que me asusta y embriaga al mismo tiempo, la de perderme sin rumbo por el mar de roca y arena. Pero, de momento, eso no va a ocurrir.

Algo más de veinte minutos después de haber dejado la ciudad, decido aparcar cerca de la primera gasolinera que nos encontramos, en un lugar con mesas y bancos de madera bajo un techo de aluminio, que debe servir de merendero al aire libre para viajeros en situación algo más lúdica de lo que es la nuestra ahora mismo.

No ha sido fácil, dados todos los comentarios e improperios que Violet y Hardy han ido soltando por el camino, pero he conseguido no volver la vista atrás, hacia la cosa que flota sobre la ciudad, hasta habernos detenido. Ahora salgo del coche, y muy lentamente, con verdadero miedo, asomo la vista por encima del techo.

Veo los perfiles retorcidos de los pináculos invertidos alargándose peligrosamente hacia la ciudad. En el centro, que parece coincidir con el de la acrópolis del cielo, los rascacielos más altos han sido alcanzados por el abarrotado conglomerado de estalactitas gigantes, derribando parte y mezclándose, clavándose, hundiéndose y fundiéndose con el resto por efecto de la colisión, en un espeluznante efecto de agresiva invasión. Es como si la acrópolis del cielo estuviera mordiendo nuestra ciudad, que parece, sin suministro eléctrico y a la sombra, el oscuro y distorsionado reflejo que se vería en brea de la opuesta.

Pero la ciudad invertida que se retuerce sobre y contra nuestra ciudad no es, en realidad, tal cosa. Si bien su apariencia y configuración enseguida revelan a uno su origen artificial, manufacturado, también insinúan que su cometido tendrá poco que ver con servir de alojamiento a ningún ser vivo. No, todo ello forma un único y complicado mecanismo, que con todas sus tuberías y luces parpadeantes palpita con vitalidad estéril, como piezas de un sólido y enorme motor: energía para lo que hay encima.

Sobre el borde de azules colinas inversas que cierra la extensa superficie, se erige la auténtica acrópolis del cielo, y mi mente se convence de que ha elegido bien su nombre. En contraste totalmente opuesto a lo que se nos mostró desde abajo, largas agujas de un imposible brillo púrpura se erigen bien rectas sobre cada pequeña unidad de superficie de la plataforma volante, hasta el punto de que parece no haber entre ellas separación alguna. Estas torres sí que se me antojan edificios de una ciudad, aunque no veo desde aquí que haya ventanas o puertas en su lisa superficie, y sólo se diferencian unas de otras en la amplitud de su sección, que desde aquí asemeja ser circular en cada una, y en la altura. Sólo dos grupos de ellas, en extremos opuestos,

están dispuestos en orden descendente, con las más altas en el centro; entre el resto no hay intención ninguna de composición, como a consecuencia de una edificación apresurada y desidiosa, y no hay dos torres semejantes en proporción puestas juntas.

La acrópolis podría resultarme bella, con su diseño simple y estilizado, pero la sensación de quietud que emana de ella, y el polvo marrón que parece haberle sido arrojado desde un lado durante años, le dan aspecto de abandono, de ciudad fantasma. Y además, está lo de ese extraño fulgor iridiscente, que no puede ser reflejo de ninguna luz, pues la acrópolis sólo tiene encima el cielo negro de densas nubes, y que todo el polvo no parece capaz de amortiguar, como si el brillo lo superara o recubriera, produciendo a la vista una especie de desenfoque al mirar las purpúreas superficies.

En definitiva, un terror a lo desconocido e incomprensible se suma a la pesada claustrofobia asfixiante, que se ha visto renovada y aumentada por la visión, llena de densidad y peso infinitos, de la acrópolis del cielo al completo.

Apoyado en la puerta abierta de mi coche, preso otra vez de la absurda ansiedad agobiante de antes, me dejo caer tontamente, como una damisela desvaneciéndose, con las piernas hechas chicle. La puerta se abre un poco más por efecto de mi peso sobre ella, y, reacio a soltarme de mi único apoyo sólido en este momento, me arrastra por el suelo cuando mis posaderas iban a caer a salvo sobre mis talones. Hardy, que se ha quedado ante su puerta abierta, observando la acrópolis con curiosidad y asombro, me echa una rápida mirada cuando me oye rozar el culo sobre la gravilla seca, y luego rodea el coche hacia el otro lado, haciendo caso omiso de mi desmayo. Apoyo la espalda contra la puerta, que ya no da más de sí, e intento volver a recuperar la respiración. El pecho me arde, pero por mucho que aspiro no me llega oxígeno. Violet se pone en cuclillas ante mí. Descubro que podría verle las bragas, si las llevara. Mi respiración no mejora para nada. Vuelvo la vista a un lado.

— ¿Qué te pasa? ¿No estarás fingiendo para que te vuelva a besar, eh?

Niego con la cabeza, sin mirarla, y renqueando al respirar.

—Venga, hombre, deja de sufrir por nada. Voy hasta la tienda de la gasolinera, a por algo de beber, ¿quieres algo?

— ¡Whisky! —digo de pronto, mirándola a los ojos, con la voz recuperada como de milagro.

—Bueno, te lo traigo si me prometes no emborracharte, ¿eh? Un traguito o dos como mucho.

Y me ayuda a levantar. Apoyo la cabeza entre los antebrazos, sobre el techo del coche, intentando no mirar a la acrópolis del cielo.

—Oye, que yo no tengo dinero —oigo decir a Violet.

Levanto la vista hacia ella, está esperando con la mano derecha vuelta hacia arriba, como una pedigüeña.

—Sí que tienes —señalo con el índice hacia mi gabardina, que sigue vistiendo—. En un bolsillo de los de dentro debe seguir mi cartera.

— ¡Ah, cojonudo! —y me da la espalda, alejándose mientras rebusca en el interior.

Vuelvo a apoyar la frente entre mis antebrazos, sólo respirando. “Deja de sufrir por nada”, dice ella. Yo mismo estoy decepcionado; me creía capaz de enfrentarme a cualquier cosa, pero está visto que no es así. Sólo han hecho falta unas historias sobre dimensiones paralelas y una ciudad flotante para dejarme hecho una mierda, ya ves. Levanto un poco la mirada. Hardy y Jones están hablando sin dejar de observar la enorme plataforma inmóvil. No llego a oír lo que dicen. La silenciosa tormenta de nubes negras, que gira de modo espiral sobre la acrópolis del cielo, está avanzando o creciendo hacia esta parte del desierto, no tardará mucho en empezar a llover sobre nosotros.

Una mano, que me imagino sea la de Violet, me palmea el hombro. Cuando me vuelvo, me

encuentro con la preciosa etiqueta de aspecto lujoso de una marca de whisky barato frente los ojos. Violet la sujeta por el cuello, y mis manos se unen para recogerla, a modo de bandeja.

—No más de dos tragos, ¿eh? —me reitera, meneándola sobre mis palmas abiertas.

—Que sí, que sí... —le contesto y se la arrebato.

Ella bebe un largo trago de su botellín de agua, y se apoya de espaldas contra el coche. Me observa desenroscar el tapón de mi bebida y engullir tres cortos y rápidos sorbos.

— ¡Eh, eh, eh, que ya te estás pasando!

— ¡Joder, qué bueno!

—Pues cogí el más barato.

—Gracias, Violet. No veas la falta que me hacía.

Me dedica una mirada que creo poder interpretar como de compasión, o quizá simple condescendencia. Se vuelve hacia la espantosa visión de las dos ciudades, una sobre otra.

—Tenías razón en querer salir de la ciudad. Este es un espectáculo que nadie debería perderse.

Miro tras de mí. Los dueños de los coches que repostan o que hacen cola ante los surtidores no dejan de contemplar y comentar sobre la acrópolis del cielo. Vuelvo a posar mi mirada sobre ella, metiéndome al mismo tiempo un largo trago de whisky. Ahora no me aterra su peso, pero sigo convencido de que no está hecha para volar eternamente.

— ¿Qué vamos a hacer ahora, jefe? —pregunta Violet sin mirarme.

Un traguito más de whisky. Empiezan a caer gruesas gotas aisladas, traídas por el intenso viento que parece generar la tormenta. ¡Maldita sea, la puta cosa flotante esa! Es absurdo, pero estoy convencido de que El Rostro De La Locura es el responsable de que esa cosa esté aquí.

Me gustaría hacer tocar tierra a la acrópolis a base de misilazos, y partirle la cara al chiflado enmascarado. No puedo hacer lo primero, pero sí lo segundo, ¡para darme ese gustazo no tengo más que encontrarle! Total, con todo lo que está pasando, no se me ocurre qué otra cosa hacer. Doy otro trago un poco más largo del whisky. ¡Está decidido! Cogeré al puto Cara de Vidrio y le sacaré lo que sepa a golpes, aunque tenga que perseguirle por todas la dimensiones esas que se ha inventado.

Violet me mira mientras estoy “sirviéndome” otro trago. Su gesto se vuelve reprendedor; su mirada examina la botella, su contenido.

— ¡Vaya, pareces diferente! ¿Borracho otra vez?

—No —le entrego la botella, tras cerrarla. No llega a la mitad lo que he bebido—, pero tampoco sobrio. Te diré qué vamos a hacer. Vamos a volver al Salsbury, a ver si encontramos a El Rostro De La Locura.

— ¡Anda! ¿Así, sin más? ¿De repente te parece buena idea? ¿No tienes miedo de que esa ciudad extraterrestre se nos caiga encima?

—No es extraterrestre, Violet —digo sin convicción.

—Bueno, de la Tierra no parece ser...

—Eso da igual. Cara de Vidrio nos aclarará todo esto.

—No hay quien te entienda. Hace unos minutos parecías muerto de miedo, y mira ahora.

—Bueno, como tú has dicho hace un rato, sólo necesito la estimulación adecuada y listo para el siguiente asalto. ¿Se puede saber, si no es indiscreción, por qué no llevas ropa interior?

Siendo casi otra persona tras ingerir el cálido y tónico alcohol, me vuelvo hacia ella sonriente, desinhibido, seguro de cogerla desprevenida. Ella me mira a su vez, pero no hay sorpresa o vergüenza en su cara. Parece complacida.

— ¿Te has fijado, eh?

—Difícil me has puesto el no hacerlo.

—No sé, me resulta más cómodo, y además me produce una morbosa satisfacción el hecho de que cualquiera pueda darse cuenta —se me acerca hasta quedar su cara a un par de centímetros de la mía—. Es algo que me pone tremendamente cachonda, ¿sabes?

Sonríe, no me queda claro si es sincera o se burla de mí.

— ¿Te estás enamorando de mí, Violet? —pregunto, repentinamente serio.

Su sonrisa se oscurece un poco, pero no desaparece del todo.

—No —responde sin dudar ni un momento—, yo ya no soy capaz de sentir esa clase de cosas, Nass. Pero me caes bien, y resultas gracioso; siento por ti simpatía y agradecimiento, y no eres tan feo como algunos de los tipos con los que he tenido que estar, aunque ahora estés hecho una mierda. Tendrás que conformarte con eso, si lo quieres.

Me vuelvo otra vez hacia la acrópolis del cielo, sin decir nada, pero algo herido en mi infantil orgullo. Aunque casi la doblo en edad, ella parece haber vivido el triple que yo, está aun más cansada y curtida respecto a la gente de lo que quizá yo llegue a estarlo jamás.

— ¿Y tú? —me pregunta, y la miro levantando las cejas—. ¿Te estás enamorando de mí?

—No —miento.

—Cojonudo —dice, volviendo a coger su botellín de agua, que había dejado sobre el techo del coche—, porque no quisiera que esto se volviera más raro de lo que ya es.

—Estoy de acuerdo —miento otra vez.

— ¡Eh, Hardy! —grita. Él y Jones se vuelven a mirarnos—. ¡Toma, bébete lo que queda, hombre!

Y le lanza el botellín casi lleno. Es Jones quien lo coge al vuelo, previendo que Hardy no iba a ser capaz, y se lo tiende. Violet saca otro de esos malolientes cigarrillos, lo prende y se me vuelve a acercar.

—Bueno, si vamos a volver, más vale hacerlo ahora, no sería conveniente esperar a que empiece a oscurecer —me dice, soltándome en la cara el humo de su larga calada.

—Quizá sería mejor que Hardy y tú os quedarais aquí —le sugiero, poniendo mi mano derecha sobre su hombro.

Me mira a los ojos. Recorre con la vista la ciudad flotante, de uno a otro lado. Mientras está de perfil, reflexionando y observando, empieza a diluviar de la misma forma exagerada y habitual. Contemplo su pelo desteñido y húmedo agitarse con las secas y fuertes ráfagas de viento. Me vuelve a mirar, me pilla distraído deleitándome con ella, lo que deriva en una nueva sonrisa que aflora a su rostro, y en un ceño algo fruncido de feroz determinación.

—Yo voy contigo, Nass. Una cosa es que no sea capaz de enamorarme, y otra que vaya a ser capaz de abandonar a las únicas personas que me han llegado a importar algo en toda mi vida —y se quita mi mano de su hombro, estrechándola con la suya, como si acabáramos de cerrar un trato.

— ¡Vaya! Eso casi ha sonado romántico, y todo —digo sin querer, esperanzado estúpidamente.

— ¡Más quisieras, guarro! —contesta en una carcajada.

LOCURA

Aquí estamos los cuatro, de vuelta hacia la ciudad. No he podido convencer a Hardy de que no viniera, me ha echado en cara que llevamos casi la mitad de su vida siendo amigos, que hemos pasado por toda clase de perras situaciones y que ya no tiene edad para andar escurriendo el bulto. Así que, igual que hemos salido, volvemos ahora, siguiendo la misma carretera en sentido contrario. La interminable cadena de coches que se aleja de la ciudad nos bombardea ocasionalmente con fogonazos de las luces delanteras o pitidos de sus claxon en largas o intermitentes ráfagas. Intentan advertirnos de que no sigamos, y me pregunto por qué no nos dejan en paz. ¿No se dan cuenta de que vemos claramente la ciudad flotante, y que es asunto nuestro si vamos o no hacia allí? Imbéciles.

— ¿Qué hace ese? —pregunta Jones, con algo de alarma.

Un coche se ha metido en nuestro carril y está adelantando a gran velocidad a todos los de la caravana. Se dirige contra nosotros sin vacilación ninguna, y me veo obligado a salir sobre el húmedo terreno del desierto un momento, para esquivarlo.

— ¡Serás gilipollas! —le grita Violet, siguiéndolo con la mirada.

—Violet, haz el favor, que no puede oírte, ni creo que le importe tu opinión —le digo.

—Puede ser, pero me siento mejor así.

Afortunadamente, es el único incidente reseñable durante nuestro viaje. El resto de conductores siguen su camino de una forma admirablemente tranquila y ordenada, en lo cual seguro que tiene mucho que ver la densa cortina de lluvia que apenas deja ver nada.

Al llegar a los primeros barrios del exterior de la ciudad, sin estar todavía bajo la superficie de la acrópolis del cielo, nos encontramos que hay intensos controles policiales dirigiendo el tráfico en las calles más anchas, permitiendo el paso en el único sentido de salida de la ciudad. Tengo que dar vueltas y más vueltas para encontrar estrechas callejuelas que estén milagrosamente libres de tráfico saturado, y por las que, sin embargo, no dejan de vagar multitud de personas bajo la lluvia, cargando con maletas o bolsas atiborradas. También hay gente, más de la que cabría esperar, que no sale de sus casas o negocios, simplemente se asoman a las puertas o ventanas a observar con curiosidad la cosa que flota o a los histéricos que huyen con todo lo que pueden llevarse. Si no estuviera de tan mala hostia, le encontraría la gracia a tan surrealista y circense espectáculo.

—No sé para qué nos hemos ido. Para poder volver, supongo —dice Hardy con lamentado sarcasmo.

— ¡Oye, ha valido la pena, sólo por ver la ciudad extraterrestre! —le recrimina Violet, con humor.

—Que no es extraterrestre, Violet —le digo con afectado cansancio.

—Que sí lo es, Nasser —replica, imitándome en voz y tono.

—No sé para qué nos hemos ido. Para poder volver, supongo —vuelve a decir Hardy, de la misma exacta manera que antes, y añadiendo un sonoro y largo suspiro.

—Te podías haber quedado en la gasolinera —le digo, un poco harto ya.

—Podrías haberme dejado en mi casa, esperando tranquilamente a que se te pasaran los ataques de histeria. Así tendría hecho algo de comer, para cuando volvierais.

— ¡Pero si no hace ni dos horas que desayunamos!

—Bueno, ¿qué pasa? Yo no estoy acostumbrado a levantarme tan temprano, a no ser que me llame algún “cliente” por una urgencia.

— ¿Quieres que te deje en casa, ahora? —le pregunto, derrotado.

—No, pero podríamos pasar por la armería de mi amigo. Será lo más recomendable, dada la

expedición que vamos a afrontar.

Me deja asombrado el repentino cambio de actitud y de tema de Hardy, pero estoy de acuerdo, y, con enorme tedio y echándole mucho más tiempo del esperado, consigo llegar a la calle de Hardy tras muchos rodeos. Pasamos de largo el portal de su casa, con cuidado de no atropellar a ningún miembro de la nerviosa y densa muchedumbre.

—Me gustaría saber qué hace en medio de la calle toda esta gente, si no parece que tengan pensado irse a ninguna parte —dice Violet, con algo de desprecio.

—Tienen curiosidad, y no es para menos —le contesta Jones.

—Ya llegamos, es ahí, en la acera de enfrente —me anuncia Hardy, golpeándome frenéticamente el hombro.

— ¡Ya lo sé, no estoy ciego, ¿sabes?! —le increpo.

Cómo me gustaría que se callaran todos, no dicen más que tonterías, hablan sin parar de manera banal, inútil. No puedo tener unos compañeros de esos de las grandes historias de las películas, inteligentes y perspicaces, esos cuyos diálogos arrojan tan adecuadamente luz sobre la trama. No, para nada, mis amigos no hacen otra cosa que confundirme y complicarme más las cosas con sus alocadas teorías y sus absurdas suposiciones, sacarme de quicio con sus obvias preguntas o afirmaciones. ¡Qué cruz!

Detengo el coche subiéndolo un poco sobre la acera del lado opuesto a la tienda de armas. Hardy es el primero en bajar, y le veo echar a correr hacia la tienda, como entusiasmado. Sabía que le gustan mucho las armas, pero parece que la perspectiva de tener una oportunidad de llegar a usarlas le hace una ilusión que no está a la altura de su habilidad con ellas. Bajamos los demás del coche, y, tras cerrar con llave, cruzamos la calle tranquilamente, haciendo caso omiso de los curiosos que miran atónitos la acrópolis del cielo, discutiendo muchos entre ellos sobre su origen y función. Nadie repara así en la alta y sombría persona de Jones, que se ha tapado adecuadamente la cara con las solapas de su gabardina gris y su ancho sombrero.

Al entrar en la tienda de armas, nos encontramos a Hardy tras el mostrador, revolviéndolo todo en ese lado.

— ¿Qué haces, Hardy? —pregunto con diversión.

—No sé dónde se ha metido mi amigo, pero ha dejado la tienda abierta.

—Y has pensado que hay barra libre de munición, por lo que veo.

—Puede que haya sido uno de los locos que huyeron de la ciudad los primeros —elucubra Violet—. A ver si encuentro balas del cuarenta y cuatro, por aquí.

Y se une a Hardy en el saqueo. Me quedo de pie como un idiota junto a Jones, que, supongo, estará tan impresionado como yo.

—Violet, mira a ver si ves de casualidad cartuchos del calibre doce, de bala a ser posible —dice de pronto, lo que me hace mirarle con la boca abierta.

— ¿Para qué quieres esa munición? Es de escopeta, ¿no? —pregunta ella.

—Es la munición que usa mi revólver.

— ¡Ah! Sí que hay —saca de un estante de la pared dos cajas distintas, que examina—. De bala, de bala... Éstas son. Toma.

Pone cuatro cajas, de cinco cartuchos cada una, sobre la vitrina del mostrador. Me acerco y cojo una, echándole un vistazo. Balas de cobre sólido. Muy bien. El diseño y fabricación del arma de Jones me salió por un ojo de la cara, pero es sólida y versátil como pocas; puede cargar cualquier tipo de cartucho del calibre doce, pero Jones y yo preferimos que dispare balas, para evitar en lo posible “daños colaterales”.

Cuando Jones me quita de la mano la caja para sacar los cartuchos y guardárselos en los

bolsillos de su gabardina, veo, a través del cristal del mostrador, dos pistolas semiautomáticas del calibre cuarenta y cinco. Con los cañones enfrentados, puedo admirar ambos lados del mismo modelo al que pertenecen, totalmente negras, excepto en las cachas, que parecen y han de ser de madera de oscuro ébano. Son preciosas, y me quedo tonto mirándolas. De pronto, las menudas manos de Violet se les echan encima y las ponen sobre el cristal, en la misma posición en que estaban.

— ¿Las quieres? Son tuyas, yo invito —me dice.

Me dan ganas de decirle que no deberíamos estar haciendo esto, que el dueño puede volver en cualquier momento, que estamos robando, pero estoy hipnotizado por la negra superficie mate de las armas gemelas. Noto que Violet me observa, y de pronto, de la misma rápida forma, saca los cargadores de las armas, que yacían igualmente sobre la tela de terciopelo rojo.

—Del 45, son, ¿verdad? —me pregunta, como si fuera la vendedora. La miro, y se masajea la barbilla con el pulgar y el índice, como un sabio experto, mientras mira las armas—. Veamos, tiene que haber por aquí a granel, de esa munición.

Y me da la espalda para ponerse a rebuscar de nuevo. Empuño ambas armas, las sopeso, tiro del martillo percutor y del gatillo a continuación, escuchando cómo suena. Oigo el seco y compacto ruido de amartillar de una escopeta de acción de bomba, veo que es Hardy quien la sostiene entre sus manos y la examina con fanatismo. Me mira, algo avergonzado, y la levanta ante sí.

—Esta es la escopeta que quería cuando compré la de dos cañones que tengo en la consulta. Pero no me llegaba el dinero...

El arma es una escopeta de acción simple parecida a la de la policía antidisturbios, con culata incluida. Sabedor de que su puntería no es muy buena, se ha decidido por un arma fácil de utilizar, letal en distancias cortas. Violet pone sobre el mostrador varias cajas de balas del cuarenta y cinco, y empieza a llenar los cargadores de mis nuevas pistolas.

—Oye, Nasser, si te vas a quedar esas dos, ¿puedo considerar mía la minimetrallera que te has dejado en mi casa? —pregunta Hardy con timidez.

—Claro que sí —le digo, metiendo uno y otro cargador en las armas. Son casi iguales que mi desaparecido y añorado cuarenta y cinco, y digo, sin dejar de mirarlas—: Ahora sí que me he enamorado, Violet.

—Ya me lo pareció.

Mirándola a ella reparo en una gabardina de cuero negro y en un sombrero estilo vaquero del mismo material y color, colgados de sendas perchas clavadas en la pared.

—Hardy —le llamo señalando con el cañón de un arma las prendas—, dime que eso pertenece también a tu amigo desaparecido.

—Sí, así es.

—Cojonudo.

Dejo las armas sobre el mostrador el tiempo que tardo en ponerme la gabardina sobre la ancha camisa empapada y el sombrero sobre la fría cabeza de escasos cabellos lacios. La gabardina me resulta como un guante, pero el sombrero me va algo grande, casi hasta los párpados queda encasquetado.

— ¡Joder, pareces un malo malísimo de peli del oeste, con la nariz vendada y todo! —dice Violet, mirándome de arriba a abajo—. Das miedo.

—Me parece muy bien —es cuanto digo al respecto. Guardo las armas en dos amplios bolsillos del interior del abrigo—. Bien, ¿todo el mundo ha elegido arma? Bueno, pues vámonos.

Y salimos de la tienda de armas del mismo modo que entramos: impunemente.

Seguimos nuestro lento y pesado viaje en coche, el Salisbury está demasiado lejos para ir a pie, aunque casi iríamos igual de rápido. Con todo, hay calles en las que la gente guarda cierto orden o sentido común, y se mantienen sobre la acera para que los ocasionales vehículos no interrumpen su apresurado trayecto. No entiendo este contraste, tan pronto nos vemos rodeados de lunáticos que gritan y patalean alocadamente en grupo o en solitario, como que vemos personas pasear relajadamente, echándole fugaces vistazos curiosos a la acrópolis del cielo, como si no fuera más que otro fenómeno meteorológico fuera de temporada, tanto como lo era la lluvia gélida. Me cuesta decidir cuál de las dos actitudes es más disparatada, la verdad. Supongo que no soy quien para opinar, de todos modos.

Lento, tedioso, arduo, engorroso nos es el avance hacia el Salisbury. Sólo el hecho de que el hastío que ha embargado a mis compañeros los mantiene callados, me consuela. La cosa se complica cuando me topo con todas las calles que llevan a mi destino cortadas por barreras policiales. Acabo dando con una que está abierta para dejar salir de la zona acordonada unas cuantas ambulancias y un par de furgones de policía antidisturbios. Detengo el coche a un lado, con la esperanza de que nos dejen entrar después.

Uno de los muchos polis que custodian la barrera se acerca hacia la ventanilla de mi lado. Resignado, bajo el cristal, que, aunque agrietado, no ofrece problemas para desaparecer dentro de la puerta.

—Señores, tendrán que evacuar la zona —empieza a decir con cansancio, rascándose la cabeza con el canto de su gorra impermeable—. Les aconsejo volver por donde han venido, se ha avisado a la guardia nacional por radio para proceder a la evacuación ordenada y segura de toda la ciudad, hasta nuevo aviso.

Todo esto me lo suelta de corrido, como si lo hubiera memorizado de tanto decirlo. Mientras, las furgonetas de antidisturbios aparcen junto a la barrera, y de la caja de atrás salen hombres heridos, algunos por su propio pie, otros, en bastante peor estado, llevados en brazos por sus compañeros, que los trasladan al interior de alguna de las ambulancias.

—Pero, ¿qué está pasando aquí? —oigo decir a Violet, al ver todo esto.

Cuando voy a explicarle al policía que necesitamos entrar en la “zona”, uno de los agentes antidisturbios, sin casco y con la frente chorreando sangre, visiblemente eufórico de puro histerismo, repara en nosotros y se abalanza contra el coche desde el lado derecho, golpeando el capó con la mano.

— ¡CHIFLADOS! ¡¿ES QUE QUIEREN MORIR?! ¡FUERA, ESTÚPIDOS, LÁRGUENSE DE AQUÍ...!

Deduzco, por el modo en que interrumpe sus gritos y abre los ojos con tan aterrada incredulidad, que ha atinado, quizá, a vislumbrar el brillo rojo de la mirada de Jones entre las oscuras sombras de su pretendido incógnito. El pobre hombre queda paralizado y puedo ver, en los sutiles pero claramente manifiestos movimientos de los músculos de su cara, cuanto le pasa por la mente. Hay sorpresa, que precede a un reconocimiento que me pone los pelos de punta, pues, si reconoce cualquier rasgo de Jones, es porque ha visto a “los demás”; finalmente una visceral ira histérica, derivada de un despiadado, primordial y, arraigado en lo más profundo del núcleo animal de su consciencia y abruptamente despertado de un interminable letargo, instinto de conservación. Enloquece.

— ¡UNO DENTRO! —acierta a balbucear, rugiendo—. ¡NO, NONONONO...! ¡HAY UNO, TIENEN UNO DENTRO, ¿ES QUE NO LO VEIS?, AHÍ SENTADO, LO TIENEN, AHÍLOVELOLOVEOMIRADESTÁAHÍMIRADLO...!

Se lanza sobre dos compañeros suyos, a los que agarra y tira de las pecheras de sus uniformes, zarandeándolos de tal manera que a uno se le cae la gorra y el otro se lleva las manos a ella para

evitarlo. Aprovecha para quitarle el arma de su pistolera a éste último y nos apunta con pretensión de disparar, pero un tercer oficial se ha unido a los primeros para reducir al antidisturbios, a duras penas.

El poli que se dirigió a mí en primer lugar, confuso pero precavido, retrocede un largo paso, echando mano a la culata de su arma, sin desenfundar todavía.

—Señor, he de pedirle que salgan todos del coche de inmediato —dice ahora con intrépido tono de autoridad y eficiencia, dirigiéndose específicamente a mí, como si transportara una banda de criminales a mis órdenes.

—Perdone, oficial, no queremos problemas, tan sólo queremos continuar nuestro camino... — intento explicar, tan conciliador como soy capaz.

El oficial desenfunda su arma, pero encañonando al suelo, tan sólo quiere dejar claro que habla en serio. Noto que más oficiales, alarmados por el arrebato histérico de su compañero de los antidisturbios, rodean el coche.

—Por última vez, señor —empieza de nuevo, pronunciando las palabras lentamente y con amplia pausa entre ellas—, salgan todos del coche, ¡ahora!

Una mano me presiona el hombro. Es Hardy.

—Deberíamos hacer lo que dicen, ¿no crees?

—Nass —dice Jones, mirándome entre el ala de su sombrero y la solapa de su abrigo.

La preocupación queda patente en su voz. No quiere tener que luchar contra personas inocentes, pero no veo cómo salir de ésta sin que muera nadie. ¡Joder, no tengo ni puta idea de qué hacer!

—Jones, tú quédate dentro —le susurro. Giro la cabeza hasta encontrar la mirada de Violet—. Vamos, salid, y no digáis nada.

Me obedecen, de modo que salimos los tres al mismo tiempo. Todos los polis retroceden un paso, de forma eficientemente precavida.

— ¿Llevan ustedes armas? —pregunta de manera algo más cordial el mismo oficial.

—Sí.

—He de pedirles que las entreguen de inmediato, señor.

—Tenemos licencia, somos detectives privados.

—Dígale al otro hombre que salga del coche —dice de pronto, obedeciendo al insistente interés que el antidisturbios histérico tiene, y que sigue forcejeando con sus compañeros.

— ¡NO, NO LE DEJÉIS SALIR, MATADLO, MATADLO! —grita él.

—Mi compañero no se encuentra muy bien, no puede salir del coche.

— ¡Que salga del coche de inmediato! —vuelve a decir el oficial usando su autoritario y acometedor tono de voz, una voz que pretende acongojar y someter, pero que me está produciendo un efecto muy contrario, de impertinente que me resulta ahora mismo.

Para mi absoluta sorpresa, y antes de que me dé tiempo a hacer alguna locura, oigo que se abre la puerta del lado de Jones, y me vuelvo para ver cómo se yergue de repente su gran figura gris, por encima del techo del coche. También compruebo el pasmo de todos los polis al ver surgir semejante titán, aunque, para mi alivio, sus actitudes no tienen nada de amenazadoras. No entienden nada, igual que yo.

De pronto, el enloquecido antidisturbios consigue zafarse de sus reductores, para empezar a correr alrededor de todos los policías, empujándolos y agitándolos, sin dejar de gritar cosas sobre demonios y muerte, todo lo cual suena a Apocalipsis vaticinado por un loco predicador.

— ¡ES UNO DE ESOS, UNO DE ESOS! ¡Los traía un hombre, igual que ellos traen a éste! —

aúlla señalándonos a todos, acusador, tirando del brazo de uno de los polis para que nos apunte con su arma—. ¡ES UNO DE ESOS! ¡DISPARAD, DISPARAD, MATADLO...!

Violet, que esperaba de pie junto al coche, se pone ante Jones, protegiéndolo. Esto parece hacer enfurecer o enloquecer aún más al histérico agente, que se lanza hacia ella con la clara intención de agredirla. Yo ya estoy rodeando el coche hacia ellos cuando veo cómo Jones extiende su largo brazo y alza al loco por el cuello.

Jones no suele gritar, su profunda y sobrenatural voz tiene la cualidad de repiquetear en los tímpanos superponiéndose a cualquier otro sonido, pero lo caótico y agobiante de las circunstancias le hacen explotar. Su voz retumba, taladra el cráneo de cada uno de los presentes, y me tengo que llevar las manos a los oídos, pues la sensación es parecida a la de una potente detonación. Todos me imitan, sobrecogidos y doloridos.

— ¡BASTA YA! ¡NO QUIERO MATAR A NADIE! —dice para todos, mirando fijamente a los ojos de su asfixiada y vulnerada presa, sin embargo—. ¡SEGUID CON VUESTRO TRABAJO Y DEJADNOS EN PAZ!

Todos, los policías, los conductores de los furgones dentro de sus cabinas, los enfermeros de las ambulancias, se cubren la cabeza implacablemente asediados por la misma vibración perforante que me agita el cerebro y me aplasta la garganta y los pulmones. Alguno hasta se ha tirado al suelo, sorprendido por el dolor inexorable, arrojando su gorra o casco en un vano intento de, con las manos, atenuar el sufrimiento. No creo que sus palabras pudieran haber convencido a nadie, sólo la taumatúrgica consternación hace que se olviden de nosotros.

Jones debe haber soltado al enloquecido antdisturbios, porque noto que me agarra y tira de mí, haciéndome caminar hasta la puerta del coche; la abre y me tira tras el volante. Entiendo que es nuestra oportunidad de desaparecer antes de que todos recobren el sentido, e intento poner el coche en marcha mientras él recoge a Hardy y Violet. Al poco lo siento sentado junto a mí, me susurra.

— ¡Venga, Nass, estamos todos, arranca de una vez!

El continuo pitido en mis oídos no ahoga su voz, la membrana de mis tímpanos reverbera con sus palabras, el dolor vibra a través de toda la sustancia ósea de mi cráneo hasta concentrarse todo ello sobre la parte fracturada de mi nariz.

Es el mismo dolor lo que me permite recuperar el sentido lo suficiente para poder maniobrar el coche y conducirlo hacia el hueco de la barrera policial por donde pasaron las ambulancias. Echando un rápido y borroso vistazo atrás, compruebo que, efectivamente, estamos todos en el coche y, a través de la sucia luna trasera, que ninguno de los aturdidos policías se presta a perseguirnos.

—Siento lo ocurrido, Nass, pero no sabía qué otra cosa hacer —dice de pronto Jones, volviéndose a ver cómo están Hardy y Violet.

—No, está bien Jones, pero nunca te había visto, o mejor dicho, oído hacer tal cosa —le respondo casi sin oírme—. Pero muy bien.

Soy capaz de cualquier cosa por dinero, pero no me hubiera gustado nada tener que disparar contra hombres que sólo están haciendo su trabajo. Hay agentes corruptos que hacen bastante daño a la ciudad, pero éstos suelen ser de rango bastante por encima del de los agentes de patrulla, y pertenecientes a brigadas especiales, como la de estupefacientes. Los que dejamos atrás, muy probablemente, no serán más que honrados y entregados currantes. Y, además, nadie salvo Jones hubiera sobrevivido si llega a estallar el enfrentamiento.

Se me han aclarado bastante los oídos, y oigo la voz de Violet mezclada con el constante pitido en mi cabeza.

—Joder, Jones, avisa la próxima vez que vayas a hacer algo así. ¡Cómo duele! Se parecía al grito que nos lanzó la primera cosa como tú que vimos, la que mató Nass. Pero esto ha sido

mucho más fuerte.

—Repito que lo siento, pero podríais haber muerto todos, de otra forma. Tenía miedo.

—Te lo agradecemos, Jones —le dice Hardy poniéndole la mano en el hombro.

Violet mete la cabeza entre los respaldos de los asientos delanteros, eclipsando a Hardy.

— ¿Alguien se fijó en que el poli histérico dijo que “los traía un hombre”?

— ¿Eh? —exclamo, sin tener ni idea de qué habla.

—El policía histérico dijo que “los traía un hombre”, a los que son como Jones, deduzco que se refería —continúa.

—El Rostro De La Locura —dice Jones. No sé si lo ha hecho a propósito, pero ha sonado lúgubre, tenebroso.

—Un momento, un momento, ese tío estaba mal de la azotea, yo ni siquiera recuerdo que dijera eso.

—Sí que lo dijo, Nass. Me miraba aterrado mientras lo hacía —afirma Jones.

—Habéis tenido que oír, igual que yo, lo que les decía a sus compañeros mientras saltaba alrededor de todos ellos —sigue Violet, con la cabeza apretujada entre los respaldos—. Dijo que la gente se atacaba una a la otra, que se mataban a golpes y mordiscos unos a otros, antes de que “los demonios” se les echaran encima. ¿No es eso, Nass, lo que se supone que El Rostro De La Locura puede hacer?

Como de un tema terriblemente aterrador y de siniestras connotaciones religiosas, todos hemos evitado decir nada más tras la retórica cuestión de Violet. Desde luego que yo no quiero discutir más con ella, cada vez que intento rebatir una de sus locas teorías ocurre algo que manifiesta su razón.

De todos modos, achaco toda esa charada de gente matándose una a la otra a la confusión de la batalla que esos hombres debieron mantener con los seres tipo Jones. ¿Quién sabe lo que puede haber creído ver un espíritu impresionable que se enfrenta a seres de otra dimensión? Era lo que me faltaba, que realmente El Rostro De La Locura pudiera hacer enloquecer al mundo con sólo mostrar el careto. Aunque una complicación semejante me resultaría casi lógica, a estas alturas.

Varios minutos después de haber dejado atrás el control policial, nos encontramos con que esta parte de la ciudad se halla envuelta en una calma impaciente, ese silencio de expectación nerviosa que tanto me suena de la época de la guerra. Lo que sí hay son bastantes más coches de policía de lo normal, que es ninguno, rondando por la zona. Los ciudadanos solitarios y esporádicos son instados a volver y permanecer en sus casas por la estridente megafonía de los patrulleros, que les recomiendan además cerrar y asegurar puertas y ventanas. Evito en todo lo posible cruzarme con los agentes, llevando el coche por las más estrechas y oscuras calles que puedo encontrar.

Llega un momento en que ya no hay ni policía. La gente se asoma a las ventanas, pero nadie anda por la calle que no sean vagabundos que aprovechan para saquear la tienduchas que han quedado abiertas y abandonadas. Verles me hace recordar mis dos nuevas pistolas con amarga satisfacción culpable. Hay quienes nos gritan desde sus casas para que no continuemos.

— ¡Joder, joder, ¿qué estará pasando, qué estamos haciendo? —dice Violet con repentino nerviosismo.

—Nos acercamos a ellos. Noto el hambre —responde Jones, mirándome. Sus pupilas han vuelto a dilatarse exageradamente.

—Si, y yo me estoy acojonando, por momentos —tercia Hardy—. Igual no deberíamos continuar.

—Yo no noto nada. Continuamos —digo con sequedad.

Estoy demasiado enfurecido, ya me he dado cuenta de que si me mantengo en este estado me afecta menos la extraña influencia de las criaturas, pero ello repercute en el trato que reciben de mí mis compañeros, y además, ¿cuánto podré aguantar?

De súbito, un hombre barbudo con un pañuelo de lunares en la cabeza, vestido con algo así como un pijama azul y un grueso abrigo raído, salta ante el coche, meneando los brazos en alto, haciendo señas de que nos detengamos. Respondo frenando gradualmente, un poco sorprendido de estar haciéndolo, y bajo la ventanilla según se acerca por mi lado, a ver qué quiere, siguiéndole con la mirada mientras empuño una de las armas bajo mi gabardina.

Casi deseo que intente algo, necesito disparar contra alguien, quien sea.

—No sigan en esta dirección, amigos. Esta carretera lleva al infierno.

Su pestilente aliento a comida rancia y alcohol, y el penetrante sudor podrido que le envuelve, se me echan encima en una densa oleada que casi puedo ver y que se me pega a las amígdalas irremediamente al hacer uso del tan necesario acto de respirar. Se puede decir que saboreo al vagabundo, literalmente.

—¿Qué? —consigo decir, conteniendo una arcada.

—Que sí, yo vengo de allí, he visto a los demonios. Se comieron a mis amigos, los demonios, se los comieron, ya lo creo que sí —dice algo nervioso, muy rápido, pero riéndose.

—Pero no te cogieron a ti —le contesto, reconociendo la proeza.

—No, a mí no, porque corría. ¡Los demás no corrían! —exclama de pronto, levantando las manos y encogiendo los hombros, haciendo notar que no se lo explica—. ¡Gritaban pero no se movían!, dejaban que los demonios se les echaran encima, sin moverse, muy quietecitos, sí señor. ¿No tendréis algo de beber?

—Violet, pásame la botella.

Violet me la alcanza por encima de mi hombro derecho. El desharrapado abre mucho los ojos, encogiendo los labios de avidez pura, mientras le quito el tapón y se la entrego.

—¿Así que está mal, la cosa? —le pregunto.

—Vaya que sí —dice, limpiándose con la manga los morros—. Ellos vienen hacia aquí, los demonios; yo corro hacia allí, de donde venís, no pararé hasta salir de la ciudad. Estoy contándoselo a todo el que me encuentre, aviso a la gente.

—Bien hecho —le animo—, pero para eso ya está la policía, hombre.

—Los polis renuncian, he oído que quieren cerrar la zona, con la gente dentro y todo, hasta que lleguen los militares.

—Ya lo han hecho, nosotros hemos pasado de milagro.

Bebe un poco más de la botella y me la devuelve.

—No, no, puedes quedártela —le digo, agitando las manos.

—No la quiero, amigos. Si vais a seguir, la necesitaréis más que yo.

Y dicho esto, echa a correr en la dirección de la que venimos. Me quedo mirando al lugar donde estaba, como si estuviera hablándome todavía, sujetando la bebida devuelta, paralizado de estupor.

—¡Vaya! Se ha ido como vino. ¡Por sorpresa! —oigo decir a Hardy a mis espaldas.

—¿Es cosa mía o esto se está poniendo raro, siniestro?

Limpio la boca de la botella con el puño de la camisa y me pego un lingotazo del whisky, tentado irresistiblemente ante el goce del vagabundo.

—¿Ahora te empieza a parecer raro? —le pregunto a Violet, enroscando el tapón de la botella y pasándosela—. A mí me está empezando a gustar, incluso.

Y reanudo la marcha, conduciendo bastante más despacio, jugueteando mi mente con toda una suerte de pensamientos triviales que giran en mi cabeza como en el remolino del agua de un retrete, flotando momentáneamente en la superficie para ser sustituidos uno tras otro, arrastrados todos, antes o después, al oscuro pozo de inmundicia del olvido. Pienso en cosas tales como el intrépido vagabundo superviviente, que a pesar de lo que dice haber visto no ha perdido la poca cordura que bien le quede; en si me pegará una enfermedad por haber bebido a morro de la misma botella que él; en el hecho de que Violet no me haya regañado al hacerlo, lo cual no quiere decir que no tuviera ganas de ello; en por qué todo el mundo llama demonios a los seres de la especie de Jones, y en si herirá sus sentimientos el tener que oírlo.

Pienso en que tengo miedo de lo que nos encontremos. Por lo poco que llevamos oído ya se deduce que como mínimo ha de ser impresionante. Pero no son las cosas horribles en sí lo que me aterra, sino el que todo esto parezca planeado de antemano, a pesar de su inabarcable magnitud, por el chiflado de El Rostro De La Locura. Ya estoy convencido de que, de algún modo, se ha aliado con los seres. “Los traía un hombre”. Me es fácil imaginar al cara de vidrio caminando ante un grupo de esos seres, hablándoles con su líquido y enfurecedor tono de tranquila pedantería mientras les hace de guía por los lugares más destacables de nuestra ciudad.

Pero lo que más me molesta es pensar en el misterio de que nos viniera a ver a nosotros anteayer, la noche en que encontró a Jones vagando por ahí. Si tenía tratos con esos seres, y pensaba guiarlos por nuestro mundo, ¿para qué molestarse en contárnoslo? Cualquier estúpido sabría que intentaríamos impedirselo. Quizá quería convencer a Jones de volver con ellos, pero esperó a tenernos a todos juntos para proponer su absurdo plan de contraataque, tan convencido lo decía que me convenció de que estaba loco. Y está claro que no era esa su idea desde el principio, así que, ¿dónde está el sentido?

Otra cosa que no entiendo es que la gente sea tan obediente. Nadie se mueve de sus casas, siguiendo las someras órdenes de las autoridades. Por la razón que sea han decidido cerrar esta zona de la ciudad, mantenerla tal y como está, procurando que no entre ni salga nadie, como en una cuarentena, y a todos parece resultarles lógico. Sin luz, en un estado de emergencia máximo, con todo el resto de la ciudad rugiendo con alarmas y miedo, y aquí, sin embargo, reina la más sumisa de las calmas. Delirante.

— ¡Oh, oh! —dice Jones de repente, y se calla.

— ¿Qué pasa? —pregunto al ver que no se explica—. ¿Es que están aquí?

—No, pero han estado, han pasado por aquí, seguro.

— ¿Cómo, por qué lo dices?

—Deberíamos seguir por otro lado —dice con aspereza implacable, como si fuera una orden.

—De eso nada —contesto con tozudez de imbécil.

— ¿Qué pasa Jones, qué ves? —pregunta Violet, como si él tuviera poderes de clarividencia.

—No veo, oigo.

Yo ni veo ni oigo nada. Sigo esta calle hasta el final, donde se bifurca ante un edificio de viviendas, donde he de torcer a la derecha para seguir hasta el Salisbury, el viejo hotel en el que perdimos a El Rostro De La Locura. Después de casi dos horas de lento y arduo camino no me quedan ganas de dar más rodeos, aunque sé de sobra que siempre es mejor hacer caso a Jones.

Sigo y sigo, con la frente fija en el cruce, la mirada dilatada y desaprobadora de Jones irradiándome todo el lado derecho de la cara, como un par de negros soles de fina atmósfera roja que me intentan abrasar con su calor exhortativo.

—No me mires así, Jones.

—Es que nunca me haces caso cuando deberías.

—Se acabó dar más vueltas. Que pase lo que tenga que pasar.

No dice nada más, mira al frente para mi gran alivio, y se remueve con impaciencia o nerviosismo, no sé, en su estrecho espacio. A la distancia de unos cien metros del edificio ante nosotros, empezamos a oír aquello a lo que se refería Jones: un denso desconcierto de multitud de voces exultantes, pletóricas, que aumenta su fuerza, hacia el que avanzamos. Reduzco la velocidad involuntariamente, desconcertado.

—Suenan como si estuvieran celebrando algo por allí —dice Violet. Por el espejo retrovisor la veo intentando asomar la mirada sobre la amplia corpulencia de Jones, curiosa.

—Nada más lejos —le responde.

Cada vez más cerca, el jaleo se vuelve más definido, más fácil de reconocer. Allí no se celebra nada. Las voces parecen unidas por un sentimiento homogéneo, como en una fiesta, sí, pero son aullantes, lastimeras, lloriqueantes o rugientes. El peso enfurecidamente histriónico de todo ese ruido me trae a la mente una palabra hecha de gruesos manojos de oxidado alambre de espino: locura.

—Uyuyuyuyuy...

—No me cantes, Hardy, y abrázate fuerte a tu escopeta —digo.

—Lo que quiero decir es que deberíamos escuchar a Jones y...

—Ya sé lo que quieres decir —le interrumpo.

— ¡Ah, muy bien!

—Yo estoy con Nass —dice Violet, y oigo que amartilla el revólver—. Tarde o temprano nos teníamos que meter en el meollo del asunto, que pase lo que tenga que pasar.

Intenta sonar segura y valiente, pero le tiembla la voz. Puede no ser más que una inquieta anticipación, una ansiosa premura belicosa, pero es miedo lo que me contagia el oírlo.

—Tan sólo dime, Jones, hay monstruos ahí delante, ¿no? Bueno, perdona, ya me entiendes...

—No, sé que andan por alguna parte, pero no ahí delante, Violet.

Bueno, también yo me alegro de saberlo, pero el estampido de voces alcanza cotas conmovientes cuando llegamos al cruce y hago ademán de girar a la derecha. Y digo que hago ademán porque, de hecho, no llego a girar del todo; he pasado mi mano derecha sobre el volante para agarrarlo del extremo izquierdo y tirar girándolo hacia el contrario, pero de eso nada; por contra, piso tan fuerte el pedal del freno que las ruedas chirrían, a pesar de lo despacio que nos estábamos moviendo. Quedamos parados en mitad del cruce, algo escorados hacia ese lado.

—Uyuyuyuyuyuy... —vuelvo a oír a Hardy, cuando nos envuelve el coro de resabiadas voces, que nos sacude primero con el frío impacto de una ola de mar y que, como tal, atrae nuestra atención como por efecto de una potente resaca.

La verdad, tampoco estoy muy seguro de qué esperaba encontrarme. Quizá una nueva oleada de disturbios, parecidos a los que nos encontramos cuando intentábamos salir de la ciudad, un nuevo acceso de histeria colectiva, más gente peleándose por ser los primeros en huir o saquear, qué sé yo, lo “normal” en este tipo de situaciones, cuando aparece una ciudad voladora de la nada. Vamos, simplemente pánico, un poco más de lo mismo de antes.

Para nada, susurra la parte más obstinada de mi mente, derrotada; para nada es más de lo mismo. No sé si éste es el “meollo del asunto”, ni sé con certeza qué será el “asunto”, pero es seguro que nos hemos metido de lleno en ello. Incluso con las ventanillas del coche cerradas nos inunda el disparatadamente horrible bullicio de este festín infernal, no se me ocurre de qué otra manera llamarlo, si no es así.

— ¿Está pasando, esto? —oigo decir a Jones con un ronco rugido de risa que se me antoja algo histérica.

Ni yo ni nadie le contesta. Lo que es yo, no estoy para hablar de una forma civilizada y

coherente. Estoy muy ocupado intentando digerir lo que veo; apenas tengo nada en el estómago, quizá un remanente de alcohol, pero siento algo así como una áspera bola de esparto incomedible removiéndoseme por dentro, el abdomen palpitante en refleja respuesta de rechazo, intentando hacerla pasar de regreso por el esófago, pero en vano, por supuesto.

Una demasiado nítida sensación de irrealidad, por paradójico que pueda sonar, es lo que me produce estas nauseas, un sentimiento que he visto algunas veces en la cara de aquellos que, aún conscientes, contemplaban sus vísceras desparramarse fuera de sus propias tripas, junto con su vida; manoseándose las, intentando inútilmente devolverlas a su lugar con dedos torpes y resbaladizos, mientras aquellas saltaban, se desgarraban y reventaban por efecto de la paroxismal manipulación. La más alocada y espeluznante lucha por sobrevivir que recuerdo haber presenciado e intento olvidar.

Pero no hay impulso de supervivencia en lo que veo ahora. Más bien todo lo contrario. La similitud con cuanto yo he visto en la guerra se limita a la cantidad de sangre y mutilaciones; puede que también un poco a la confusión propia de una batalla, pero no demasiado. Porque, mirando con la suficiente atención, compruebo que, a pesar de los gritos de angustia e ira, todas y cada una de esas personas parecen saber muy bien lo que hacen. Es..., no sé cómo describirlo, es increíble que, a pesar de los desesperados aullidos, todo el mundo se presta a su respectiva y particular actividad, por llamarla de alguna manera, con suma calma, cuidado y eficiencia.

No hay tanta gente como aparentaban los gritos, que con su estruendo insinuaban una auténtica manifestación, de esas que ocupan calles enteras, pero siguen siendo muchos, demasiados para estar viéndoles haciendo esto. Hay de todo, para todos los gustos: pequeños grupos atacando a uno o pocos más individuos a golpes y mordiscos, gente que se golpea las manos o la cabeza contra el suelo o las paredes de ladrillo de los edificios, alguno devorándose los dedos de las manos, otros que se hunden éstos en los ojos, destrozándose los, o que dejan que alguien que pasaba por allí lo haga en su lugar; orejas arrancadas a mordiscos, quizá las mejillas, los brazos, un vientre abierto de esta manera, oficiales de policía que se han metido la pistola en la boca y han apretado el gatillo, otros que disparan contra los demás, indiscriminadamente... Una escena sacada de uno de los pisos del infierno, donde no te tortura ningún demonio menor, no, para nada, tú no lo vales, pequeño. Aquí te infliges tu propio castigo, con suerte te ayuda tu vecino, y deja de pedir. Lograr una muerte rápida es cuestión de pura suerte, algo totalmente aleatorio, porque todos están locos y tiran de lo primero que pillan para autolesionarse o atacar a otros. Como decía, un genuino festín infernal.

Todavía sigo en proceso de digestión cuando oigo muy lejana la voz grave de Jones.

—No quisiste hacerme caso, Nass. Siempre haciéndote el duro cuando menos debes. ¿Damos ya media vuelta?

He sido capaz de entender lo que me ha dicho, aunque casi me sonaba en otra lengua mientras lo hacía, pero sus palabras no producen la menor reacción en mí. Estoy mirando fijamente cómo un tipo cierra su puño sobre la boca de otro, y tira de los labios estrujados hasta arrancárselos por completo. Hasta me parece oír el chasquido elástico y jugoso de la carne al retorcerse, estirarse y partirse, y mis ojos han hecho un imposible zoom que me muestra con escrupuloso rigor de documental cada pequeño detalle del desgarrar.

— ¡Nass! —me golpea en pleno esternón con el dorso de su gran mano, me clava sus afilados nudillos. Le miro, devuelto a la vida por el dolor—, ¿nos vamos o qué?

—Demasiado tarde, ¡demasiado tarde! —le interrumpe Violet, casi chillando.

Tiene razón. Enseguida reparo en que varios de los locos que vapuleaban a otros, e incluso dos o tres de los que se torturaban en solitario, ya vienen hacia aquí, bien corriendo, bien cojeando, cada uno según sus posibilidades y heridas. Doy un ridículo salto en mi asiento cuando se arrojan sobre el coche y se lían a golpes con la chapa y cristales, a mano desnuda, a cabezazos; uno da inofensivos golpazos, con toda su rabia, eso sí, con un bolso de mujer; otro, en mi ventanilla,

golpea el techo con una pistola arrebatada a algún policía.

— ¡Que entran, van a entrar! —chilla Violet, lo más agudo que le he oído hasta ahora.

—No, yo voy a salir —dice Jones.

—No, Jones, cuidado —digo, cogiéndole de la manga, sin dejar de mirar al tipo de mi ventanilla.

— ¿Cuidado? —dice confuso—. ¿De qué? Han enloquecido, están mejor todos muertos.

Y su manga se me escurre de entre los dedos, lo noto, cuando abre la puerta y sale. No dejo de mirar al mismo tipo, que tiene la nariz rota, como yo, de la que le chorrea gran cantidad de sangre. Al menos, pienso, su pistola no tiene balas, ya que la usa de martillo. De pronto me apunta con ella, pegando la boca del cañón al cristal.

— ¡Cuidado! —grito para Hardy y Violet.

El tipo dispara. La bala atraviesa el cristal y alcanza el respaldo de mi asiento, a la altura de la cabeza. Me he inclinado hacia delante, pegando la cara al cristal, para esquivarla, y un espeso y amplio manchurrón de sangre se esparce sobre el parabrisas, sobresaltándome. Jones, haciendo de las suyas. Me vuelvo hacia el tipo de la pistola a tiempo de ver que la gran garra de Jones le corta el brazo armado a la altura del codo, y lo derriba luego de un manotazo en la cabeza tal que le ha tenido que romper el cuello.

Jones me pinta el coche de rojo un poco más con el resto de locos asediando, dejando para último el del bolso de mujer. Jones lo coge por el cuello, lo alza ante sí tanto como de largo es su brazo. El loco responde golpeando la cabeza de Jones con el bolso, deformándole el gran sombrero. Jones me sorprende hundiéndole la garra libre en el pecho, mientras ruge a carcajadas graves, totalmente desinhibido, para luego abrirlo en canal hasta la pelvis de un seco y brusco tirón. Un montón de sangre y otras cosas se escurren de entre las piernas batientes del loco del bolso, que enseguida dejan de moverse. Jones lo deja caer sobre su desparramado contenido.

Se acerca y abre la puerta de su lado. Entra tan de sopetón que parece ir a arrojarse sobre mí para destrozarme, pero no, se sienta.

—Bueno, ahí vienen más —me dice, mirándome con fijeza—. Si quieres seguir por aquí, adelante, atropéllalos a todos. Les haremos un favor, seguro. ¿Todos bien?

Esto último lo dice volviéndose hacia Violet y Hardy.

—Fffuuuooo... —hace Hardy.

—Sí, bien, muy bien, venga, vámonos, vámonos —dice Violet, tan rápido que casi no se la entiende.

—Ffffuuuu... —otra vez Hardy.

Giro el volante mientras piso a fondo el acelerador, enfilo la calle de los locos siguiendo la línea del medio, presto a arrollar lo que se ponga por delante.

— ¿Visteis al del bolso? Por poco me ahogo, de la risa —dice Jones.

Ninguno le hacemos caso, no nos da risa ninguna. Los locos no se apartan. Alguno se lanza ante el coche, como si quisiera morir atropellado, y quien no, es empujado por otro loco homicida. Intentan golpear el coche según pasamos, pero vamos muy rápidos. Y la mayoría prefiere víctimas más inmediatas, más sumisas y cercanas, sus compañeros locos. El coche traquetea, da ligeros tumbos al pasarles por encima, pero sigue imparabile, infalible.

El infierno se prolonga durante cosa de un minuto, que se nos hace a Hardy, a Violet y a mí mismo, interminable.

—Eso no es posible, ¿qué razón tenía esa gente para hacer lo que hacía?

La pregunta de Hardy queda sin respuesta durante unos larguísimos segundos. Volvemos a estar solos entre las oscuras, y sucias de barrillo casi seco de polución, calles de la única ciudad del mundo que tiene sombrilla a medida. Tras tan sólo doblar un par de esquinas ha desaparecido el clamor pesadillesco. Doy gracias.

—Conoces la razón, aunque no quieras aceptarla. El Rostro De La Locura —le contesta con gravedad Jones, cuando parecía que no se iba a hablar más del tema.

—No, no —responde Hardy de inmediato—, de eso nada, es mejor, más fácil, pensar que era debido a un violento ataque de histeria colectiva, a una irracional oleada de psicosis, contagiada de un individuo a otro por la mera visión de los actos de los demás, quizás...

— ¡Vamos, abuelo, si no tienes ni idea de psicología, deja de decir tonterías! —le interrumpe muy bruscamente Jones, para congoja mía—. No puedes decirlo en serio. ¿Histeria? Por el aspecto de sus heridas y la cantidad de muertos es fácil deducir que esa gente tiene que llevar más de una hora destrozándose unos a otros. ¿Qué clase de ataque de histeria reduce a una persona al nivel intelectual de una picadora de carne?

—Hay casos de personas histéricas que se autolesionan... —empieza a decir Hardy.

—Vaya, abuelo, ¿en serio que vas a intentar sacarme precedentes de cada una de las patologías que pueden explicar toda esa locura? Mira, todo lo demás en calma, la gente bien recogida en sus hogares... A esos infelices les pilló desprevenidos El Rostro De La Locura, quién sabe por qué lo hizo.

—Lo hizo porque es un chiflado, a pesar de todo —dice Violet, como distraída en sus propias reflexiones.

— ¿Tú, Nass? ¿Tú no te creerás que el loco enmascarado es realmente el responsable de lo que hemos visto? —me implora Hardy, apretándose el hombro con la mano tensa.

—Hardy —le respondo en el mismo tono, mirándole a los ojos por el retrovisor—, por ridículo que suene, yo me niego a seguir negándome todo lo que ocurre, porque desde que empezó todo esto no he hecho otra cosa que resistirme a creer, y como recompensa me he llevado, una tras otra, toda una serie de “bofetadas emocionales”. Así que tú mismo.

—“¿¡Así que tú mismo?!” ¿Qué coño significa eso? —pregunta desesperado.

—Quiere decir que tendrás que soportarlo tú solo, como hacemos todos —le contesta Violet, todavía medio ausente, con la mirada perdida en el gris y muerto paisaje que, muy lentamente, pasa ante su ventanilla.

¡Vaya con la chica! Parece insinuar que, a pesar del buen humor e impasibilidad de que ha hecho gala todo el tiempo, en realidad todo esto la sorprende y asusta tanto como a los demás. Ha resultado tan concisa su respuesta a Hardy que éste se da por enterado, callándose definitivamente. Me alegro, porque oír lo que piensan mis compañeros sólo me pone más nervioso.

— ¡Eh! ¡¿Por qué nos detenemos?! —exclama Hardy, casi histérico.

—Al final de esta calle y a la izquierda llegamos al Salsbury —le informo—. Seguiremos a pie hasta allí.

— ¿A pie? ¿Por qué? ¿Crees que es seguro?

—No quiero que nos vean venir El Rostro De La Locura y “sus amigos”, y como no hay más coches que el mío dando vueltas por aquí, creo que llamaríamos bastante la atención si no seguimos a pie, ¿vale, Hardy?

—Bueno, sí, vale —concede a regañadientes.

Dejo el coche aparcado junto a la acera, en línea, entre un par de todos los demás que esperan, como si no pasara nada, a sus respectivos dueños. Salvo por la extrema quietud y la penumbra arrojada por la acrópolis del cielo, bien parece que todo esté en orden. No deja de resultarme extrañamente onírico y surrealista el tan opuesto contraste de las situaciones en que nos hemos ido

metiendo para llegar hasta aquí. Parece que hayamos cruzado infinidad de dimensiones como las descritas por el loco de la máscara, que hemos estado visitando distintas realidades paralelas con el escenario en común de nuestra ciudad, diferentes versiones de ésta ante las que hemos ido pasando de largo.

Bajamos todos del coche y empezamos a alejarnos de él, caminando tranquilamente, a mi paso. Jones y yo somos los únicos que no llevamos las armas en ristre. Intento recolocarme el sombrero al estilo de Jones, con el ala casi ocultándome los ojos, para resultar misterioso y amenazador como él, pero me queda muy holgado, se me mueve hacia todos lados con cada paso. Desisto, pero no me lo quito.

—Nass, te has dejado las llaves puestas en el coche.

—Sí, lo sé, Jones. Por lo que pueda pasar. No creo que nadie se lo quiera llevar.

—Hum —hace a modo de asentimiento.

—Jones —dice Violet, y se calla.

—¿Jones, que? —inquire él, sin mucho interés.

—¿Notas... algo?

—¿Algo de qué?

—Es que se me hace raro no haber sentido en ningún momento ese atisbo de pánico irracional. Eso quiere decir que no están “ellos” por aquí cerca, ¿no?

—No lo sé, Violet. Según veníamos hacia aquí he sentido su presencia con mayor o menor intensidad. No sé qué querrá decir eso. Puede que pasáramos muy cerca de donde estaban, o que hagan un uso intermitente de su “onda mental” —Jones acompaña esto de un gesto de comillas hecho con sus dedos huesudos y un gruñido de risa, de esos tan desagradables—. ¡Venga, Violet, sé lo mismo que tú!

—Por favor, dejad ese tema ya. Hacéis que todo resulte aún más raro, si cabe.

—¡Vaya, gracias, Hardy! —digo—. Creía que era el único que lo pensaba.

—Perdonadme, si me quiero anticipar al peligro... —dice Violet, ofendida.

—Para eso se basta Jones, si tú no nos lo distraes —le respondo.

Parece que vamos a hacer el resto del camino en silencio, al fin. Todo silencio. Nada ni nadie se mueve por estas calles. Estamos demasiado lejos del centro de la ciudad, donde han sido medio derribados algunos rascacielos. Casi preferiría estar allí, donde la gente se estará comportando de una forma comprensible y previsible, dadas las circunstancias; donde aquellos que no están muertos o heridos estarán demasiado ocupados para pensar en otra cosa que no sea lo que están haciendo. Definitivamente, prefiero estar allí.

No como esto, que ya casi parece otro mundo. Echo algún vistazo ocasional a las ventanas oscuras, esperando ver a alguien asomado con curiosidad al oír el estruendo de nuestros pasos en medio de este silencio, pero nada. Observo algunas ventanas abiertas que me hacen preguntarme si esta zona habrá sido evacuada tan aceleradamente como lo fue el barrio de Hardy, cuando la acrópolis del cielo surgió de entre la tormenta, pero, aunque es lo más lógico de pensar, mi mente rechaza esa idea ante la tranquila impermutabilidad de los vehículos estacionados, ante la impávida calma que parece prorrogada desde anoche. No, aquí no ha pasado nada, decido. Aquí no había quien se asustara o sorprendiera cuando apareció de pronto la ciudad voladora. Aquí ya no había nadie antes de eso, estoy seguro.

—Sabes a qué es debido, ¿verdad? —me pregunta Jones.

Me vuelvo hacia él, extrañado, a punto de preguntarle a qué se refiere. Veo en sus amenazantes ojos que lleva rato observándome, supongo que sabe en qué estaba pensando.

—Creo que puedo imaginármelo. Jones, ¿puedes leer la mente?

— ¿Otra vez con eso? Que no, pero me es fácil suponer en qué piensas, a veces, según la cara que pongas.

— ¿De qué estáis hablando ahora vosotros dos? —interrumpe Violet, afectando estar molesta. “De nada”, le contestamos al unísono. Seguimos andando, ignorando su terca curiosidad.

—Pues sí —protesta ella—. Menudo momento para andarse con secretitos...

Llegamos a la esquina y la doblamos, destacándose un par de cientos de metros por delante de nosotros la cima del antiguo hotel, un trozo más alto que los edificios colindantes.

—A mí no me va lo de andar —resopla Hardy, como un niño pequeño.

—Si quieres te cojo otra vez en brazos, abuelo —sugiere Jones.

—Bufff... —hace como si se lo piensa—. No deja, gracias, hijo.

Aprieta un poco el paso, haciendo ver que está lejos del límite de sus fuerzas, escopeta al hombro, como un antiguo arcabucero.

Me cambio de acera sin molestarme en mirar, cruzando en diagonal la carretera, para qué preocuparse. Cuando ya empiezo a distinguir la pequeña escalinata de la entrada del Salsbury, y para gran sorpresa de mi parte, reconozco la figura de una persona sentada en los escalones, en postura que parece abatida, no sé si triste o aburrida. Desde tan lejos no distingo quién es, puede no ser más que otro vagabundo. Pero...

—No te lo vas a creer —suelta Jones, cuya vista es mucho más aguda que la de cualquier ser humano.

—No digas más —le contesto.

— ¿Decir qué? ¿Podéis alguno contarnos de qué habláis? —dice Violet, bastante molesta.

—Calla, Violet —le digo con cansado reproche.

—Eso, ¡encima se va a enfadar él!

Al estar ya más cerca, todos podemos reconocer a El Rostro De La Locura en su postura de pensador filosófico, con la parte baja de su máscara apoyada sobre sus dedos entrelazados. Toda esta situación ya es demasiado disparatada y extraña como para que alguien sea capaz de imaginarla siquiera, pero contemplar al chiflado ahí sentado tan tranquilo es como leer la rúbrica del autor en un grotesco cuadro garabateado por un psicópata.

— ¡Uyuyuyuyuy...! ¡Es él, es él! —susurra Hardy entre dientes. Oigo que le quita el seguro a su escopeta.

—Eh, todos tranquilos, haced el favor —pero lo digo con la furia de un sargento a sus soliviantadas tropas.

Al notar que alguien se acerca, El Rostro De La Locura se vuelve hacia nosotros, girando el cuello hacia su izquierda, sin inmutarse lo más mínimo, sin alterar para nada su tranquilo reposo.

— ¡Esta sí que es buena! —exclama, pero nada sorprendido. Su líquida pedantería me pide a gritos que desenfunde y le dispare en mitad de la máscara—. Elangel Pulois y sus amigos. Os hacía muy lejos de la ciudad, levantando estelas de humo tras vosotros, como en los dibujos animados. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—No ha sido fácil, cabrón de mierda —le contesto, con la misma familiaridad condescendiente que él usa.

— ¡Oye, que no tienes por qué insultar, creía que éramos todos amigos!

—No puede hablar en serio... —dice Hardy, temblándole todo, hasta la voz.

—Ya está bien, hijo de puta —saco una de las armas de mi gabardina, esperando resultar lo bastante decidido y peligroso para que le entre miedo de una vez—. Nos vas a explicar qué coño está pasando, empezando por decirnos qué haces aquí sentado, como si la cosa no fuera contigo.

—Tan sólo estoy esperando, ¿es eso una especie de crimen, de repente?

Al haber dejado de llover por haberse interpuesto la acrópolis del cielo entre las nubes y el suelo, hacía ya bastante que sentía el calor característico de la época del año en que estamos; casi abandono mi “nuevo” abrigo en mitad de la calle, de lo que me estaba empezando a agobiar. Pero, mientras El Rostro de La Locura nos da conversación, siento colárseme por el cogote cierta brisa de frío inerte, que me hace sacudir los hombros en un involuntario escalofrío cuando digo:

— ¿Esperando? ¿Esperando el qué, imbécil?

—Otro insulto, menudos modales —menea la cabeza, desaprobador, y extiende las manos como si sujetara un regalo invisible—. Esperando eso.

Aunque no puedo verle los ojos, me da la impresión de que está mirando a algo más allá de nosotros. Me empiezo a volver sin apartar de él la mirada, temiendo que sea el clásico ardid de despiste que pretenda usar para escapar. Pero al final me vuelvo. Y conmigo los demás.

Lo que me parecía una brisa helada es en realidad el frío inmóvil, tan parecido al de una gran nevera abierta, que reconozco enseguida arrebatándome el calor de la cara. Y lo que señala el loco enmascarado con ese gesto de “todo para vosotros” no es otra cosa que un nuevo halo, como el que vimos en las escaleras del Salsbury, sí, pero tres veces más alto y el doble de ancho. Y de la oscura materia que contiene, que ahora puedo ver, con la leve claridad del día, es un violento remolino de densos vapores negros, asoman lentamente, como tímidos, varios rostros con las pesadillescas facciones de Jones, todos diferentes al suyo y distintos entre sí. Seguidas de sus caras, brotan del humo oscuro sus enteras personas, alguno con su musculoso y tenso torso desnudo, como todos los anteriores que hemos visto, pero provistos de una coraza de extraños reflejos iridiscentes la mayoría, una extensión de esas mallas púrpura de sus piernas. Casi parecen soldados, una división de tropas algo desorganizada que tiene por todo armamento las poderosas garras y mandíbulas de cada uno, y mientras salen del halo en grupos de cuatro o cinco, una vez tras otra, a mí también se me pasa por la cabeza que han de ser las huestes del mismísimo Lucifer.

Algo más de una decena de metros nos separa del “portal”, o lo que sea eso, que brilla silencioso en mitad de la calle que pasa ante el hotel; sólo se oye el sonido seco de los pies descalzos y de largas uñas de esos seres que me recuerda a una tranquila marcha militar cuando salen y forman alrededor del halo, esperando y observándonos, sin dejar de amontonarse en tan dispares grupos, por las distintas alturas y tamaños de sus individuos, y sin hacer más, como esperando nuevas órdenes, sólo sonriéndonos con esas eternas muecas inmóviles. La distancia entre ellos y nosotros se acorta peligrosamente, al avanzar los primeros para dejar espacio a los últimos, pero no nos movemos; lo que es a mí, el horror me impide hacer o decir nada, me aterra lo abrumador y rápido del aumento de su número; me veo muerto, reducido a pedazos que caben en la palma de una mano y que luego serán engullidos a través de esas tensas gargantas, el terror más real de cuantos he sentido hasta ahora, no el pánico inmovilizador, anulador y artificial que ellos extienden sobre sus pretendidas víctimas. Por alguna razón nos respetan, al menos de momento, pero estoy más acojonado que nunca.

El miedo se me pasa un poco al notar una mano estrujándome el hombro, una mano que, supongo y deseo, sea la de Violet. Sin dejar de mirar a los seres, veo por el rabillo del ojo aparecer a mi lado a El Rostro De La locura, que se detiene y reposa su peso en la mano que apoya en mi hombro.

—Es precioso, ¿a que sí? —dice con su líquido y resonante tono más alegre.

Giro la cabeza hacia él, que no aparta su oculta mirada del creciente ejército de seres, y todo mi frustrado ser vuelve a su acostumbrado estado de furia. Su oreja se me ofrece totalmente desprotegida, rodeada por los amarres de cuero que fijan la máscara a su cabeza, y mi mano libre se lanza con vida propia sobre ella, presta a retorcerla y arrancarla de cuajo. Por un momento, en el que él se remueve desprevenido, consigo estrujarla entre mis dedos sudorosos, pero me rodea el brazo con el suyo y me hunde los dedos en el sobaco, hiriéndome los ganglios hasta que no me

queda más remedio que soltarle, y se separa de mí propinándome un potente puñetazo en el estómago.

— ¡Ah, no, no, no, de eso nada, Elangel! —empieza a decir. Oigo a los seres vociferar y hacer amago de arrojar sobre mí, pero él alza una mano y se detienen—. Mira, esto va así: o colaboráis de ahora en adelante, haciendo algo tan sencillo como manteneros al margen, o permitiré que nuestros hambrientos amigos se deleiten con vuestra carne. Tú decides.

Todavía me estoy retorciendo de dolor cuando dice esto, me inclino tanto que se me cae el holgado sombrero. Alguien, creo que es Hardy, me sujeta por los hombros.

—No lo entiendo —empieza a decir Jones, que todo el tiempo ha permanecido inmóvil—. Tú nos metiste en esto. Si no querías que nos inmiscuyéramos, ¿para qué fuiste a buscarnos, qué es lo que querías?

El Rostro De La Locura le mira un momento y suspira sonoramente, como si lamentara toda la confusión.

—No tengo ninguna razón ni obligación de contaros nada, pero te diré que sólo quería conocer el emplazamiento exacto en el que tú llegaste a este mundo, el lugar donde te encontrara Elangel hace tantos años. Pero, bueno, esa necesidad desapareció en cuanto empezasteis a hablar de un ser aparecido aquí, en el hotel.

— ¿Querías saber dónde aparecían los portales? —pregunta Violet, aunque lo dice casi como una afirmación.

—Eso es. Habéis sido muy útiles, de una forma u otra. Si me caéis bien, maldita sea. No tenéis más que dejarme hacer, y os prometo inmunidad, por mi parte.

— ¿Dejarte hacer qué, maldito cabrón? —consigo rugir casi sin aire, masajeándome las tripas—. ¿Te das cuenta de la que estás armando, que está muriendo todo el mundo?

— ¿Y? De eso se trata, Elangel. Suponía que, después de tu sentido discurso sobre lo monstruosa que es la humanidad, te resultaría fácil comprender lo que estoy haciendo: estoy salvando una civilización de la extinción.

— ¿Cómo? —pregunto sinceramente perdido, cegado de tal manera por el odio que casi no oigo lo que me dice.

—Estás hablando de ellos —dice Violet, que parece la única de nosotros algo lúcida—. Nos soltaste el rollo y lo único que querías era traerlos aquí para darles de comer.

El Rostro De La Locura vuelve su inerte faz de oscuro brillo hacia ella.

—En resumidas cuentas... sí.

La manera en que lo dice, su divertida jactancia que no se molesta en disimular, hace que me sacuda para liberarme de Hardy y me lance contra él con las manos por delante, buscando su cuello, con la visceral necesidad de cerrar para siempre ese conducto del que surgen sin cesar mentiras, disparates, presunciones y amenazas, todas soltadas al aire con total despreocupación, sin miedo a consecuencia ninguna. Él, como jugando, echa a correr alrededor de Jones, esquivándose. Mientras intento agarrarle chocando contra la indiferencia de Jones, representada por su cuerpo inamovible, oigo la voz sorprendentemente grave y tensa de Violet, dirigiéndose a él con feroz y desdeñosa supremacía, a pesar de decir:

—Con tu permiso, Jones... —mientras amartilla el revólver que ha llevado todo el tiempo en la mano, listo para cuando llegara el momento.

Dejo de perseguir al juguetón chiflado enmascarado, y me vuelvo hacia ella a tiempo de ver que alza su arma contra el cada vez mayor y más bravo mar de criaturas que rodea el frío halo de verde perfil.

— ¡Sí! —le responde Jones, a mi lado.

Pero su palabra se confunde con el estallido del revólver y el intenso clamor de algunos seres, que parecen ofendidos cuando cae muerto uno de ellos, uno de sus ojos destrozado por el disparo. Creo que ha llegado el momento. Rebusco en mi gabardina para empuñar la otra pistola al tiempo que Jones abre fuego a su vez, dejándome casi sordo del oído izquierdo el fogonazo sobre mi cabeza, que me hace encoger los hombros y ponerme tras él.

El Rostro De La Locura ha echado a correr hacia la entrada del hotel, y cuando echo un vistazo hacia allí, le veo sujetando la puerta para dejar salir hacia nosotros más de esos “demonios”, que debían estar esperándole.

—Vosotros lo habéis querido así, Elangel —me grita, sin dejar de hacer de mayordomo—. Supuse que serías más listo, adiós.

Antes de desaparecer hacia el interior, grita una frase en el idioma de esos seres, y la totalidad de ellos se decide a lanzarse contra nosotros. Oigo que la escopeta de Hardy se ha unido a las armas de Violet y Jones en el fuego contra los recién llegados del portal, pero estoy muy ocupado disparando contra los que salen del hotel como para mirar qué tal les va.

Un terror vertiginoso, como el de ver llegar el suelo tras una larga caída, me envuelve y domina con cada ser que se lanza endemoniadamente veloz hacia mí con sus garras y fauces anhelantes de carne que destrozarse, justo antes de ver perforados sus globos oculares por mis disparos, completamente ebrio de adrenalina que potencia mi puntería y reflejos. Ante mi mirada frenética y demencialmente homicida, sus ojos son dianas luminiscentes que mis manos buscan con un automatismo reactivado por el estrés de la muerte inminente; mi ser furioso y aterrado cree ver que la vida da marcha atrás en un difuso efecto de aceleración, en el que la luz de cuanto veo parece alargarse hacia mí, como si intentara tocarme, y de punto he vuelto a la guerra.

Vuelvo a aquel pueblo, a aquella misma noche, bajo la lluvia, donde cada uno de los que allí combatíamos disparaba contra todos los demás, incapaces de reconocernos en la total oscuridad. Así entonces, me vi reducido a puro miedo e impulso reflejo, abatiendo cada insinuada silueta que se me aproximaba, golpeándoles hasta la muerte con mi arma una vez descargada. Ese viejo frenesí del que ahora paladeo una amarga pizca me sacó con vida de allí, pero al amanecer del día siguiente pude reconocermelo como el único de ambos frentes que seguía respirando.

No sé cómo me da por pensar ahora en todo eso, pero ello basta para que falle un disparo y una de las criaturas llegue a saltar sobre mí. Ya me veo muerto, pero soy alzado como un muñeco por una gran mano que siento tirando de mi ropa en la espalda, y que me transporta un par de metros por el aire. Mi mirada, que sigue al ser que había saltado sobre mí, ve a Hardy interponerse en su camino y destrozarse la cara de un disparo a bocajarro de su escopeta. Sorprendentemente, el ser no muere, rompe a aullar de muy lastimera y horrible manera con sus ojos ciegos, la piel levantada a tiras y la lengua colgándole de apenas unos hilillos de carne por encima de sus dientes inferiores.

— ¡¿En qué coño estabas pensando?! —me grita Jones al oído mientras me lleva de esta poca digna guisa.

Me vuelve a dejar en el suelo, se da media vuelta y sigue disparando hasta que Hardy y Violet nos alcanzan, sin dejar de empujarme todo el rato. Alza su mano libre para estirar el huesudo dedo índice.

— ¡Corred hacia el portal de ese edificio, todos adentro!

— ¡Y tú! ¡Tú también vienes! —le grito.

— ¡Sí, Nass, pero si no los retengo aquí, no llegaréis!

Jones nos sigue en la misma dirección, pero se queda atrás para atraer y contener a los de su especie. Los que quedan de los que salían del hotel se lanzan a perseguirnos uniéndose a los demás en un movimiento que converge, como una estela que se expande, tras de Jones. No dejo de correr, mirando por encima del hombro cómo se ciernen sobre él, dejando a mis ojos alternar

involuntariamente entre la hambrienta multitud y el infinitamente grave cielo metálico, preguntándome cuántos de esos seres habitarán allí arriba, volviendo a asfixiarme la claustrofobia y el agobio de tan sólo imaginarlo y de ver a Jones revolviéndose entre sus innumerables congéneres.

Ellos son mucho más fuertes, pero Jones hace alarde de un depurado estilo de combate cuerpo a cuerpo, mientras que ellos son bestiales y rudimentarios, predecibles. No le resulta difícil desviar y esquivar los zarpazos, tan furiosamente negligentes, mientras recarga su revólver con rápidos y expertos movimientos.

Vuelvo la vista al frente y me centro en la amplia puerta de madera del portal, que ha de ser mi único, y con toda probabilidad también último, objetivo en la vida, que de tan desesperado que estoy me parece imposible lejísimo; ahogado sin fondo físico, compungido por el intenso dolor sordo en el abdomen que El Rostro de La Locura me ha propiciado con su puñetazo, pero salvajemente espoleado por los gritos de los seres y los disparos de contención de Hardy y Violet, llegando ya hasta la puerta acelero un poco más y cargo con el hombro derecho, esperando destrozarse la cerradura y abrirla de golpe. Me lanzo con tanto ímpetu que estoy seguro de que la puerta cede al oír o sentir un chasquido, pero quedo aplastado por mi propia velocidad, incrustado en el sitio donde la puerta se cierra contra el marco, sin llegar a rebotar, quedando pegado a la puerta y sintiendo el dolor del golpe recorrerme todo el brazo primero y el esternón, costillas y columna después. El chasquido me ha salido del hombro, pero creo que no está dislocado ni nada. Apoyo la espalda en la puerta. Llegan Hardy y Violet, que se vuelven a disparar a los seres que nos siguen, los que han trazado un recorrido envolvente para evitar que huyéramos. No tenemos a donde ir, sólo nos queda entrar aquí para alargar un poco más nuestra sentencia de muerte.

— ¡¿Qué pasa, por qué no la abres?! —me pregunta Violet sin dejar de apuntar a los seres.

— ¡Lo acabo de intentar y casi me rompo algo! —le contesto, abriendo fuego contra alguna criatura con el arma de mi mano izquierda, pues la derecha se me ha entumecido del golpe.

Hardy, sin que nadie le diga nada ni haciendo comentario alguno por su parte, se pone ante la puerta, apuntándome con la escopeta al tiempo de que me manda apartar con un seco gesto de su grueso mentón, tras el cual vibra la gran papada por efecto del brusco movimiento. Me muevo hacia mi derecha, arrastrando la espalda por la pared, y él dispara sin darme apenas tiempo de hacer esto, con lo que llego a sentir muy cerca el paso de los concentrados perdigones junto a mí, y con lo que una nube de astillas de madera sale despedida contra la parte izquierda de mi cara.

— ¡Cojonudo, imbécil, casi me matas! —le grito furioso, sacudiéndome leves palmadas en la cara y escupiendo harina de madera y saliva mezclados.

Él no pierde el tiempo escuchándome, me agarra de la solapa de mi recientemente “adquirida” gabardina, tira de mí con sorprendente energía hacia sí, casi creo que pretende echarme a los seres cuando me deja pasar así lanzado junto a él, y me veo impulsado finalmente, de un nuevo tirón, hacia el interior del portal tras dar una vuelta completa a su alrededor, como un pequeño satélite atrapado en la atracción de su buena masa. Creo que grito algún insulto mientras me dejo llevar, pero decido callarme cuando doy con la frente contra la puerta de madera, que se bate y queda abierta por completo al paso de Violet y Hardy, que entran raudos tras de mí. Me detengo a frotarme la zona del golpe con el dorso de la mano, pero un violento empujón de uno de mis compañeros me coge de improviso, y me doy en el mismo sitio de la frente con el cañón de la pistola que empuño.

— ¡Impresionante Hardy, cómo le has usado de ariete! —exclama Violet a mi espalda, con lo que deduzco que es ella la que me acaba de empujar.

Me vuelvo iracundo a mirarles a ambos; Violet me da un par de palmadas en el hombro, como para aplacarme, mientras Hardy cierra de una torpe patada la puerta sin cerrojo y dispara un par de veces a través de ella.

— ¡Tengo que recargar! ¡A correr, vamos! —dice dando media vuelta y subiendo con

asombrosa rapidez los escalones de la angosta escalera.

— ¡Venga, Nass! —me grita Violet, tirando de mi ropa para que la siga.

—Sí, vamos, ve subiendo, yo los contendré aquí —le digo, metiendo más balas en los cargadores de mis armas, las sienas palpitándome de furia y dolor.

— ¡No, de eso nada! ¡Eso mismo dijo Jones, y no sabemos dónde está! ¡VAMOS!

Su grito repentinamente agudo y desesperado me obliga a obedecer. Empiezo a subir escalones tras ella cuando oigo golpear la puerta de la entrada contra la pared, igual que al darle yo con la frente. No me resisto a mirar, y veo a una criatura con coraza completa sujetando la hoja por el canto superior, y a otras dos intentando entrar al mismo tiempo, chocando una contra la otra y quedando momentáneamente bloqueadas, la de mayor envergadura agarrada al marco de la puerta y la menor, presa de un absurdo frenesí depredador, arañando y golpeando el torso desnudo de aquella, sacudiéndose estúpida y violentamente ambas. Resulta tan ridículo y asqueroso que no puedo evitar empezar a disparar contra los seres, matando de inmediato al más pequeño, cuyas garras quedan clavadas en su compañero, y haciendo brillar en extraños destellos la armadura del que sujeta la puerta. Parece darse cuenta de que mi intención era darle en los ojos, pues se cubre con los brazos la cara, en los que mis disparos se consumen en llamas amarillas al tocar el purpúreo mallado que los recubre. Disparo un par de veces más, curioso, para observar con detenimiento ese efecto, hasta que Violet me grita y tira con fuerza de mí para que la siga escaleras arriba.

— ¡¿Quieres dejar de hacerte el héroe?! ¡Estabas muy ocupado corriendo, pero te diré, para tu información, que no tenemos balas para todos los que nos siguen! ¡Corre, imbécil!

¿Correr? Sí, vale, menudo plan. No se lo digo, pero ya nos veo llegando a la azotea del edificio y tirándonos al vacío como última vía de escape. Preferiría seguir disparándoles hasta que se me acabaran las balas, sería un final digno y me daría la satisfacción última de acabar con unos cuantos, al menos. Pero, en fin, me he de conformar con una apresurada huida hacia la nada, con el estupendo trasero de Violet contoneándose bajo el faldón de mi antigua gabardina como probable imagen última que ha de quedar grabada en mi retina muerta, cuando uno de esos seres me alcance y atraviere mi espalda de un fuerte golpe de su garra.

— ¡Por aquí! —oigo gritar a Hardy, un tramo de escalones por encima.

Veo a Violet escabullirse veloz por la puerta abierta de una vivienda. Supongo que Hardy se ha metido ahí, tras forzar quizá la puerta a golpes o de un disparo, pero al pasar compruebo estupefacto que la puerta está destrozada a zarpazos, como la que vimos ayer en el hotel. Aquí han estado las criaturas. Violet tiene que volver a tirar de mí para sacarme de mis reflexiones, resbalo cuando lo hace y al mirar al suelo me encuentro con un abundante rastro de sangre a lo largo del pasillo de entrada. Consigo mantener el equilibrio y seguirla al interior, maquinando en mi mente una reconstrucción de lo que puede haber pasado aquí dentro mientras oigo el ajeteo reverberante de las criaturas ascendiendo a trompicones por las escaleras. Sin dejar de correr, me obligo a asimilar lo que ya daba por supuesto: que las criaturas han desalojado la zona que rodea al Salsbury, que se han dedicado a “recolectar” desde poco después de que nos fuéramos nosotros ayer, que se han colado en los hogares de la gente en mitad de la noche sin corriente eléctrica, como los puñeteros monstruos del armario a que todo niño ha temido alguna vez.

Llegamos al extremo más alejado de la entrada de la vivienda, lo que resulta ser un pequeño dormitorio, en el que una cama de retorcidas sábanas sanguinolentas delata dónde esperaba, en postura encogida y temblorosa seguramente, el antiguo inquilino. Al entrar, lo siguiente en que reparo es en Hardy, que mira el mancillado lecho sin dejar de manosearse los escasos pelos con la mano derecha.

— ¡Vaya, muy bien! —digo despreocupadamente, como si no pasara nada—. ¿Así que éste era el plan?

—No podía seguir subiendo escaleras —se excusa Hardy, y se lanza sobre la única ventana de la habitación, pegando la cara al cristal.

—Vamos a morir —sentencia Violet, y cierra de un portazo la puerta del dormitorio que, contra todo pronóstico, sigue entera.

Hardy abre la ventana, tras un par de intentos en los que la hoja se negaba a subir. Da dos pasos atrás.

—Todavía no —es cuanto dice.

Apunta la escopeta contra la ventana y la deshace por entero con un par de tiros. Se vuelve a acercar, se asoma y hace lo propio con la ventana del edificio de enfrente, que, ahora veo, debe estar a escasos dos metros de distancia. Retira a culatazos los restos de vidrio y madera del marco. Se vuelve hacia nosotros.

— ¡Vamos, saltad al otro lado! —nos ordena con toda la cara encendida.

— ¡Será broma! —ruge Violet, tensa como nunca la he visto.

— ¡Es eso o morir aquí! ¡Coge carrera y salta! —le contesta él.

En vez de seguir discutiendo como es habitual en ella, me sorprende arrimándose a la pared junto a la puerta para salir disparada hacia la ventana, sin darme tiempo ni a pensar en la viabilidad de esta escapada. Al saltar, el tiempo en que la veo flotando por el aire, con toda la gabardina revoloteando a su alrededor como una enorme ala desplegada, se me hace eterno, temiendo y esperando que caiga al vacío desde estos tres pisos de altura, imaginándomela ya tirada en el suelo con las piernas rotas, aullando de dolor hasta que los seres la encuentren y la devoren viva. Pero no, llega al otro lado cómodamente, encogiéndose al aterrizar para no darse con los descombros irregulares en que ha quedado reducido el marco de esa otra ventana.

— ¡Venga, ahora tú! —me ordena Hardy sin darme tiempo de respirar aliviado.

Y me empuja contra la pared, desde la cual, apoyando en ella un codo, me impulso para correr hacia el pequeño abismo. Doy zancadas demasiado largas, y cuando me acerco a donde se acaba el suelo me doy cuenta de que el siguiente paso que voy a dar va a ser en el vacío; estoy a punto de detenerme para volver a intentarlo, pero soy consciente de que si lo hago la inercia me hará caer, así que acabo saltando desde mayor distancia de la que debería, agitando los brazos, esperando que este movimiento adicional me arrastre hacia delante en el aire. Con gran alivio me siento pisar el suelo del otro extremo, a pesar de golpearme el hombro derecho, todavía dolorido, contra un ladrillo sobresaliente. Giro sobre mi eje vertical por la colisión, y estoy a punto de caer dentro de esta otra habitación de espaldas, pero Violet me recibe y sostiene, clavándome en los riñones el duro contorno del revólver en su diestra.

No me deja agradecerse, me arroja a un lado, contra una pequeña mesita de un rincón.

— ¡Hardy, vamos! —veo que grita al edificio contiguo.

— ¡Coged esto! —le oigo responder a él.

Violet se aparta un poco hacia mí, y aparece volando la escopeta de Hardy. Me asomo a ver qué tal le va, justo en el momento en que la puerta tras él se abre con tanta fuerza que vuelve a cerrarse rebotando en la pared, a lo cual responde el mismo ser que la ha abierto con un zarpazo de tal fuerza que la hace saltar de las bisagras, cayendo cerca de Hardy, quien se encoge del susto.

— ¡Aparta, Hardy! —le grito, alzando mis dos armas y disparando a discreción hacia la entrada de ese dormitorio, con lo que lo que el ser retrocede y se guarece a un lado, dejando a alguno de los que le siguen recibir los disparos—. ¡Vamos, salta ahora!

Según se lo ordeno ya me estoy arrepintiendo, pues por miedo o por prisas no se molesta en coger carrerilla, sólo se asoma a mirarme con hinchados ojos de loco, antes de saltar hacia mí a pies juntillas dándose un fútil impulso con las manos en lo que queda del marco de la ventana.

— ¡NOOO! —le grito cuando ya está en el aire.

Instintivamente suelto las pistolas, dejándolas caer a mis pies, y me abalanzo hacia el precipicio apoyando mi mano y hombro izquierdos contra la pared, alargando cuanto puedo el brazo derecho, seguro de que no alcanzaré a cogerle. Pero, para mi asombro, su salto es más potente de lo que cabría esperar, y se deja caer en plancha previendo que no iba a llegar con los pies. Caer sobre mi brazo, golpeándose la barbilla con mi hombro, con lo que me derriba, y queda colgando de medio cuerpo manoteando en el suelo mientras resbala lentamente hacia fuera. Violet se lanza a cogerle de una mano al tiempo que consigo alcanzarle la otra, y los dos tiramos de él apoyándonos con los pies en la pared.

— ¡Da igual, da igual, dejadme caer! —dice Hardy sin aire, embazado por su aterrizaje de tripa.

— ¡Cállate, Hardy! —gruñe Violet entre dientes.

— ¡Sí, cállate, imbécil! —añado.

Sigo tirando de él, pero con la mano derecha busco a tientas por el suelo una de mis armas, doy con ella y disparo contra los seres que se agolpan en la habitación de enfrente. El que iba primero salta hacia nosotros, pero atino a darle en el ojo izquierdo según lo hace y cae muerto sobre Hardy, para luego resbalar hasta el fondo del estrecho callejón.

— ¿¡Se puede saber qué hacéis!? —protesta Hardy repentinamente enfadado, supongo que por el sobresalto y dolor del inerte placaje de la criatura.

Tiramos de él hasta que llega a apoyar las rodillas en el piso, momento en que comienza a reptar por sí solo al interior. Me incorporo y recojo el arma que me falta, abro fuego contra los seres que se apartan y cubren de los disparos. Empiezan a tener verdadero miedo de morir, al parecer.

—Creo que no están acostumbrados a que sus víctimas se defiendan —comenta Violet, al verles indecisos de saltar hacia aquí.

— ¡Tenemos que seguir moviéndonos! —le digo—. ¡Ahora, que no intentan influir en nuestra voluntad!

Camino de espaldas tras ella, cubriendo nuestro movimiento; llego a matar a otras dos criaturas, alguna se arroja al fondo del callejón, lo cual me desconcierta un momento. Me disipa toda duda el sonido de cristales rotos de allí abajo: están entrando por las ventanas inferiores, para cortarnos la retirada. No son tan estúpidos como yo quería y creía.

— ¡Tenemos que subir, hay que seguir subiendo! —les grito a Violet y Hardy, al darme media vuelta y recorrer tras ellos el piso—. ¡Están en los pisos de debajo!

La puerta de la vivienda está abierta, Hardy esperando apoyado en la pared. Violet pasa por su lado y empieza a subir escaleras.

— ¿Qué dices? —me pregunta Hardy al llegar junto a él.

— ¡Están abajo! ¡Hacia arriba! —es cuanto le digo, y lo arrastro a empujones hasta las escaleras. En ese momento oímos los golpes de puertas derribadas allí debajo—. ¡Joder, qué rápidos son, los hijoputas!

Pero nosotros tampoco nos detenemos. Hardy corre delante de mí azuzado y ayudado por mis empujones.

— ¡Mueve ese gordo culo! ¡No pienso dejarte atrás después de casi perderte en ese puto callejón! ¡Joder, qué ideas tienes!

No se molesta en contestarme. Hace todo lo que puede por seguir moviendo las piernas, jadeando en agudos silbidos. Echo un rápido vistazo hacia abajo por el hueco de las escaleras, cruzando mi mirada con la de uno de los seres, que me mira inmóvil mientras otros pasan corriendo a su espalda. Cuando aparto los ojos oigo que grita furioso de esa imposible forma suya, tan aguda y grave al mismo tiempo. “Grita lo que quieras, cabrón”, me digo, sin dejar de pensar en

el motivo que pueden tener para no provocarnos ese pánico irracional y paralizador que tanto les facilitaría el trabajo, convenciéndome mi paranoia de que nos quieren ver correr, de que nos dirigen hacia una trampa o algo así, aunque es difícil creerlo ante la tenacidad y furia de su persecución.

— ¡¿Hasta dónde hay que subir?! —grita Violet bastante por delante de nosotros, sin dejar de correr.

Convencido por mi propia locura de que nos están dirigiendo, un fuerte sentimiento de resistencia me embriaga de pronto, y estoy a punto de decirle que se detenga, que nos enfrentamos con ellos aquí y que sea lo que tenga que ser. Pero, sin embargo, contesto:

— ¡No lo sé! ¡Tú sigue, hasta la azotea!

Me guardo las pistolas y le quito a Hardy su escopeta, sin la que podrá subir más rápido y con la que disparo a la cara de un ser que ya nos da alcance. Creo que muere en el acto, al menos cae derribado, en todo caso, y disparo a otros dos medio piso por debajo, para ralentizarlos más que otra cosa.

Un par de pisos más arriba suenan dos disparos, que me sobresaltan con la certeza de que Violet ha sido emboscada por más de esos seres, que se ha materializado mi paranoica suposición.

— ¡Ya he llegado!

Su nervioso aviso me llena de alivio, me da nuevas fuerzas y alcanzo a Hardy a medio camino de llegar al último piso. Violet se asoma desde la barandilla y dispara contra los seres, tiros pausados y que pretenden ser certeros. Seguro que alguno lo es.

Al llegar donde nos espera, la encontramos recargando el revólver, apoyada a un lado de la puerta cuya cerradura ha volado, y tras la cual sigue ascendiendo un estrecho y corto nuevo tramo de escaleras.

— ¿Esto... nunca se ... acaba? —dice Hardy entre resoplos.

“Sin duda pronto acabará”, me digo con macabra autocompasión. Ayudo a Hardy a escalar los últimos peldaños, siento que Violet toma la inútil precaución de cerrar la puerta al seguirmos. La puerta al patio de la azotea está también cerrada con llave. Con un escopetazo la libero y todos pasamos, lo que es yo, con un leve goce al sentir la muy suave brisa del aire fresco, algo apenado y también agradecido absurdamente de no tener hacia dónde seguir corriendo.

— ¿Y ahora, qué? —dice Violet con derrotado fastidio—. ¿Tanto correr para morir aquí?

Hardy se separa de mí mientras miro a Violet, que me observa como pidiéndome explicaciones, o quizá suplicando una solución. Pero no se me ocurre nada.

—Todavía debemos tener munición suficiente para hacérselas pasar putas a esos cabrones. A lo mejor conseguimos que se arrepientan y se larguen por donde han venido...

Ante mi estúpida respuesta, Violet sonrío. Se acerca hasta mi lado y encara de igual modo la puerta por la que llegamos.

—A ello, pues —dice, y dirige el cañón del arma hacia la hoja entreabierta.

—Espero que, al menos, Jones lo consiguiera.

—Sí, Nass, esperemos. Así alguien podrá arrancarle la cabeza a El Rostro De La Locura.

—Eso también.

Y me preparo, apoyando firmemente en el hombro la culata de la escopeta, cubriendo la salida a la azotea desde los tres metros de distancia que nos separan de ella, perfecto para hacer estragos en lo que intente atravesar el estrecho quicio. Va a ser precioso.

— ¡Eh, chicos, por aquí!

La llamada de Hardy me hace volver atrás la cabeza, sin abandonar para nada mi postura. Veo

asomar su medio cuerpo desde algo más allá del límite de la azotea. Violet ya se está acercando hasta allí, y la sigo.

—Venga, saltad, es fácil —nos dice desde la azotea de ese otro edificio, que está algo más baja pero razonablemente cerca.

Violet coge una carrerilla de unos tres pasos y llega cómodamente al otro lado. La imito.

—Podrías haberme tirado la escopeta, hombre —me dice Hardy.

—Bueno, toma, te la doy ahora.

Nos acercamos hasta la puerta de acceso a las escaleras, prestos a continuar nuestra loca huida. De pronto, la arranca de los goznes un fuerte golpe, la vemos volar de un lado a otro ante nosotros. Ya estoy apuntando hacia lo que está saliendo de ahí, y al disparar es Violet la que me aparta el brazo, desviando el tiro. Me deja atónito su rapidez de reflejos, y sin habla el reconocer a lo que sale de la puerta. Es Jones.

— ¡Vaya, gracias, Nass! —gruñe enfadado, manoteándose el muslo, donde le he alcanzado.

— ¡Perdona, perdona...! ¡Creí que eras otro de ellos...!

—No pasa nada, me alegro de ver que seguís vivos. Admirable.

Oímos a los seres recorriendo la otra azotea, gruñendo y gritando de su espantosa manera. Todos nos volvemos y los vemos observándonos desde lo alto, parecen indecisos.

— ¡Jamás nos desharemos de ellos! —suelta Violet, con cansado terror.

— ¡Ja! —hace Jones.

Pasa veloz, sin correr, a largos pasos, entre nosotros, al tiempo que cuatro de los seres cruzan saltando el estrecho precipicio.

Jones esquiva agachándose exageradamente el zarpazo que lanza al aterrizar el primero de ellos, que alcanza el sombrero de aquel, lanzándolo a mis pies. Al erguirse de nuevo, sesga toda la mitad izquierda de la garganta de la criatura con un rápido golpe de sus propias garras, golpea el pecho de otra con una potente patada, tirándola por el borde de la azotea, y, deteniendo otro zarpazo de una tercera, a la que agarra de la muñeca y el cuello con ambas manos, le arranca de un solo mordisco todo el brazo, hundiendo sus colmillos justo bajo el hombro.

— ¡Dios! —gritan al unísono Violet y Hardy.

La criatura sin brazo cae al suelo retorciéndose, hundiendo las largas uñas de la mano que le queda en la herida sangrante, revolviendo los nervios y venas que de ahí cuelgan, empeorando rápida y brutalmente el daño, supongo que en fatuo intento de aliviarse. La última criatura queda encogida, mirando a Jones, dudando; pero Jones no duda y le golpea en la cabeza con el brazo arrancado, lo cual la derriba.

Jones arroja tras de sí el garrote improvisado con desdén, se pone en cuclillas sobre el ser, que de inmediato le golpea intentando liberarse, y, hundiendo las garras en su cuello, ladea la cabeza sobre su cara, abre la boca a todo lo que le da, la segunda vez en su vida que se lo veo hacer, y la cierra sobre la faz de la víctima aullante, que no cesa de patalear frenética.

— ¡No puede ser! —gime Hardy, que suena como si estuviera a punto de romper a llorar.

Eso es. Ahora ellos son testigos de lo que a mí me perturbó tanto ayer. Jones cierra su boca al compás de los chasquidos del hueso quebrado y los músculos desgarrados, se retira tras su “beso” dejando la cara del ser sin tabique nasal ni mandíbula superior, los ojos sin cuenca resbalándose sobre la lengua, que aletea alocadamente a todos lados; toda la amplia cavidad que queda, inundándose rápidamente de sangre que ya rebosa; la garganta, asfixiada, rompiendo en un sonoro grito con gárgaras.

— ¡Por Dios, Jones, mátalos de una vez!

El chillido suplicante de Violet me trae el recuerdo de mi propia mente lamentándose con esa

misma voz, ayer, en el hotel. Me gustaría poder regodearme en la ironía de que a ellos les extrañara mi comportamiento de anoche, pero el horror de lo que veo ahora anula todo lo miserable de mi ser.

— ¡No! —ruge Jones, más aterrador que nunca—. ¡Quiero que ellos lo vean!

Se vuelve a mirar a los seres, sin incorporarse, masticando cómodamente a pesar de hablarnos. Los seres se agitan, trastabillan al retroceder, chocan unos con otros, las pupilas de gato de todos ellos contraídas hasta casi desaparecer, mortalmente silenciosos.

El ser entre las piernas de Jones se sacude en leves convulsiones y queda inmóvil al fin, lo que antes era su cara colmado ahora de hinchadas burbujas sanguinolentas. Jones se pone en pie, todavía masticando, y empieza a moverse en espasmos de hilaridad, rompiendo en estentóreas risas que suenan como una tos agresiva y nociva.

EL TRIUNVIRATO

Los seres se han esfumado, se han retirado reculando por donde vinieron, sin dejar de vigilar a Jones, como temiendo que se abalanzara sobre sus espaldas. Hablaban entre susurros unos con otros, como ancianas cotillas cuchicheando de una vecina indeseable. Jones, tras terminar de tragar su bocado, se inclina a recoger el brazo amputado y empieza a devorarlo por la parte del desgarró, teniendo la delicadeza de hacerlo de espaldas a nosotros, algo que carece de importancia para mí, a estas alturas.

— ¡Jones...! ¿Qué... qué estás haciendo? —tartamudea Violet.

—Comer, ¿qué crees que hago? —le contesta sin volverse, vocalizando a la perfección a pesar de no parar de dar dentelladas.

—Pero... —empieza ella de nuevo, avanzando hacia él.

—Dejadlo, déjale en paz —le digo, cogiéndola del brazo—. Se lo ha ganado, y mejor ellos que nosotros.

— ¡Suéltame! —dice mirándome a los ojos—. ¿Qué dices? ¿Se lo ha ganado? ¿Qué coño quiere decir eso?

—Joder, que nos ha salvado la vida, otra vez. Por mí puedes hacer lo que quieras, Jones.

—Tampoco te he pedido permiso —me contesta él.

Recojo su sombrero del suelo y le sacudo la suciedad mientras termina de devorar la extremidad, con los ojos horrorizados de Hardy y Violet clavados en su espalda. Acaba en seguida, quedando del aperitivo nada más que la sangre que ha ido goteando hasta el suelo.

Se digna a mirarnos al fin, con las pupilas muy dilatadas, limpiándose la sangre fresca de los morros con la manga del impermeable. Está cien veces más aterrador que sus congéneres: su camisa desgarrada y ensangrentada de las heridas superficiales en el pecho, la vieja gabardina hecha finos jirones por debajo de la cintura. De las garras chorrea abundante sangre, y entre los dedos tiene pegados sucios remanentes orgánicos, trocitos de carne y hueso.

—Me alegro de ver que estás vivo —le digo, intentando que pase la tensa y extraña situación de una vez—. Te aseguro que te creía tan muerto como nos veía a nosotros.

Me alegro sinceramente de verle, y aunque le hablo de muy cordial manera, no me acerco a hacerle patente mi afabilidad. Es difícil tratarle como a un igual, dado su aspecto y la forma de mirarnos.

—Ya, a mí también me sorprende que llegais tan lejos. Supuse que el pánico os dejaría a su merced.

—Esta..., esta vez no lo hemos sentido —explica Violet, frotándose la cara y poniéndose en cuclillas, exhausta y conmocionada.

— ¡Ésta sí que es buena! Pues yo he sentido el hambre atroz, de igual manera. ¡Habéis tenido una suerte increíble!

—Lo increíble es que llegaras a encontrarnos. Ya no podíamos más —dice Hardy, acercándose a Violet y acariciándole la cabeza, como si fuera un animalillo—. Ya nos iban a dar caza.

—No fue complicado —contesta Jones—. En cuanto me zafé de ellos no me persiguieron, no me querían para nada. Les tomé la delantera y subí por este edificio a vuestro encuentro, al ver que no dejaban de correr. Ya supuse que eso quería decir que al menos uno de vosotros seguía vivo. ¡Y aquí estáis los tres! No os imagináis lo contento y aliviado que me siento.

Y empieza a limpiarse las manos con un trozo que se arranca de la camisa, concentrándose en esa labor con exagerada meticulosidad, obviando nuestro horrorizado estupor, esperando pacientemente a que nos sobrepongamos. Sigue siendo el mismo ser considerado y atemperado de

siempre, a pesar de las cosas terribles que hace. Me da un miedo de muerte, pero estoy orgullosísimo de él.

Ya empiezo a recuperarme, y acercándome hasta Hardy y Violet, los dos bastante apesadumbrados de la impresión, les digo:

—Bueno, supongo que cuento con vosotros para la próxima borrachera, ¿eh?

—¿Cómo puedes bromear? —pregunta Violet sin quitarse las manos de la cara.

—Porque yo ya he pasado por esto. Jones no puede evitar sentir el hambre desmedida que le contagian, ya lo sabéis. Podemos estar contentos de que les dé miedo el canibalismo.

Me acerco a Jones mientras hablo, le pongo una mano en el alto hombro cuando acaba de acicalarse, superando con dificultad mi repulsa. Le entrego su sombrero.

—Además, Jones parece disfrutar de su sabor —termino, dándome asco.

—Están buenos de cojones —afirma él, con una leve arcada de risa.

Violet, aún agachada, nos mira a ambos con una expresión indescifrable. Puede ser repugnancia o rechazo mezclados con otra cosa, no sé. Me da algo de lástima, y me preocupa qué pueda estar pensando de mí ahora mismo, pero Jones es mi amigo, y no pienso dejar que ni intuya siquiera que yo crea que haya hecho algo malo, porque no es así. A pesar de lo que me digan las tripas...

—Jones, espero de verdad que sigas tan cuerdo como parece, porque te confieso que ahora mismo me acojonas como nunca lo has hecho antes —le espeta Hardy, algo molesto.

—Yo estoy perfectamente, abuelo. Sois vosotros los que os turbáis al verme atacar así a los de mi especie. Lo volveré a repetir: yo me considero tan humano como vosotros, aunque nunca habéis llegado a verme del todo como tal, y haré lo que haga falta para defender el mundo que conozco, el que es mi hogar. Pensad de mí lo que queráis, yo tengo bien claras mis prioridades.

—Bueno, bueno —le interrumpe Hardy—, es que me preocupa que todo esto te esté afectando y sólo intentes disimularlo, porque no veo cómo vamos a saber qué te pasa si no nos lo cuentas. Eso es todo.

—Bueno, pues todos contentos —concluye Jones, dando por terminado el debate.

Violet se incorpora y se acerca decidida a Jones, cogiendo su garra aún manchada de sangre entre las pequeñas manos.

—No, en serio, Jones. Gracias por salvarnos una vez más, y perdona que me afecte lo “expeditivo” de tus actos.

—No pasa nada, Violet, comprendo vuestra repugnancia hacia las vísceras y la sangre, aunque nunca la he compartido...

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —pregunta ella, mirándome.

—Yo creo que lo mejor sería esperar a que lleguen los de la guardia nacional y que se arreglen ellos con esos seres —dice Hardy muy rápido cuando yo abría la boca para decir “no sé”.

—Si la guardia nacional se enfrenta a ellos, El Rostro De La Locura no tendrá más que presentarse sin máscara ante los soldados —le replica Violet con un tonillo de insultante obviedad, como si Hardy hubiera dicho una solemne estupidez.

—No le será necesario —interrumpe Jones, más diplomático—, las criaturas los reducirán a peles temblorosas con su sugestión del pánico, y los destrozarán.

—¡No, no! —grita Hardy casi histérico—. ¡Nada de lo que decís tiene sentido! ¡Sigo sin creer que El Rostro De La Locura pueda hacer enloquecer a la gente, me da igual lo que hemos visto en aquella calle de ahí atrás! ¡Y los seres...! ¡Bueno, ahora hemos sobrevivido, hemos estado luchando con ellos y no hemos sentido nada de eso...!

—Bueno —le interrumpe Jones, alzando ambas manos, disculpándose y pidiendo permiso con ese gesto—, ya os he dicho que yo he sentido la misma ansia de sangre que las veces anteriores, y deduzco, por la manera en que alzáis todos la voz para hablar, que todavía os pitan los oídos por efecto del rugido que solté en el control policial.

—No, pitar no... —comenta Violet volviendo la vista una vez más hacia mí.

—No, no es un pitido —continúo—, es más como una leve sordera, lo oigo todo como apagado, como si viniera de lejos.

—Sí, eso es, sí —me apoya ella.

—Y una vibración. Noto como si me aletearan los tímpanos continuamente.

— ¡Pero, ¿eso qué más da?!

—Abuelo, tranquilo. Lo que decía es que los seres de mi especie, en el momento en que se proponen matar, empiezan a emitir una especie de cánticos, algo así como una suerte de ronroneos en frecuencias muy altas y muy bajas al mismo tiempo, que no podéis oír. Sin embargo, algo en ese sonido afecta de algún modo vuestro sistema nervioso del mismo modo que me hace a mí partícipe de su hambre. Seguro que vuestro cerebro reacciona a ese sonido de forma inconsciente, igual que yo puedo saber cómo os sentís por el sonido de vuestra voz o de vuestra respiración. Ya sabéis que es algo que no puedo controlar, lo capto sin más...

— ¿Estás diciendo, entonces, que tu grito nos ha dejado sordos a esas voces tuyas? —pregunta Hardy, más sereno y receptivo.

—Eso es lo que creo. No parece, con todo lo que ha pasado, que mis congéneres posean poderes mentales, como Violet supuso, porque de ser así ya tendríais que estar muertos.

—O sea —interviene Violet—, que sólo un ejército de hombres ciegos y sordos podría enfrentarse a El Rostro De La Locura y sus monstruos..., perdona, Jones.

—Deja de disculparte, Violet.

Yo no digo nada, pero no creo que el ejército nos vaya a servir de mucho, ni aun dotado de las peculiaridades que ha mencionado Violet, y no lo pienso por el hecho de que las criaturas sean prácticamente invulnerables a las armas de fuego si no se les dispara directamente a los ojos, ni por el incontable número de ellos que presiento que debe haber, sino porque me imagino a las fuerzas militares dedicándose más bien a poner orden en la evacuación, en prestar ayuda en la zona del centro de la ciudad, donde los derrumbamientos, o en evitar los saqueos y otros disturbios. Los veo ocupados en cualquier otra cosa, pero dudo que este distrito, tranquilo y silencioso ahora, antes abandonado a su suerte por las fuerzas del orden previo pago de sobornos, vaya a atraer en un primer momento la atención de la guardia nacional pese a los testimonios sobre locura y monstruos de los escasos supervivientes que se puedan encontrar.

—No, no podemos contar con el ejército —me oigo decir, pensando en voz alta—, no podemos contar con nadie. Para cuando se dé nadie cuenta de lo que realmente está pasando ya serán incontenibles.

— ¿Y tú de qué hablas, ahora? —me pregunta Hardy, sacándome del distraído soliloquio.

—Ya lo has visto, ¿no? —le contesto—. Ya has visto que estos edificios están desalojados, las criaturas han atacado a la gente, durante la noche, seguramente. El apagón en toda la ciudad no es casualidad, están abasteciéndose de carne humana y quieren hacerlo de forma rápida y silenciosa. Quién sabe cuántos de los barrios por los que hemos pasado para llegar aquí están igual, cuántos de esos seres hay correteando por ahí y hasta dónde habrán llegado. La razón de esta insidiosa invasión la conoce El Rostro De La Locura. ¡Joder, casi nos ha confesado antes que es directamente responsable, como si fuera idea suya y estuviera orgulloso, encima! Sólo hay algo que podamos hacer.

— ¿Aparte de salir cagando leches, dices? —me interrumpe Hardy otra vez.

—Sí, bueno, aparte de eso.

—Que sería lo más inteligente, dilo.

—La única manera de cambiar algo —continúo, ignorándole— es coger al cabrón enmascarado y convencerle de que saque de aquí a los seres, a hostias si es posible.

—No, no, no, Nasser, no me jodas, que te conozco —ruge Hardy, cabreado como pocas veces le he visto—. Estás convirtiendo esto en algo personal, ya te veo en la cara que tú sólo quieres vengarte, y yo soy el primero que quiere encerrado o muerto a ese hijoputa, pero ni él ni los seres tienen nada contra nosotros. ¡Si nos iba a dejar irnos, antes de que empezara todos a pegar tiros como locos!

Jones se pone entre nosotros con un largo paso, y encara a Hardy mostrando las palmas de sus manos, intentando calmarle de nuevo.

—Abuelo, tranquilo, yo estoy con Nass. No hace falta que vengáis ni Violet ni tú. Lo mejor es que intentéis huir vosotros y nos dejéis a nosotros la caza.

— ¡¿Os creéis que tengo miedo, miedo de morir?! ¡Me volaría la cabeza ahora mismo si con ello estuviera seguro de que fuerais a sobrevivir al intento, lo que os estoy diciendo es que es inútil, un puto suicidio, joder!

—Nadie que no sea uno de nosotros va a hacerlo, Hardy; nadie sabe qué pasa ni creo que le importe, tal y como están las cosas ahora mismo. Yo mismo pienso que no hay vuelta atrás, que todo lo que hagamos a partir de ahora será inútil, pero, como acabas de decir, es algo personal. El Rostro De La Locura lo ha convertido en algo personal al involucrarnos y engañarnos deliberadamente, y aparte de eso, creo que tenemos la obligación moral de hacerle pagar lo que le está pasando a nuestra ciudad.

—Sí —me apoya Jones—, sí, eso es, Nass.

—Bueno, vale, está bien —nos interrumpe Hardy—, ya me habéis dejado bien clara vuestra determinación. Pero yo no voy a ninguna parte. Me quedo con vosotros hasta nuestro final.

No puedo evitar oír esas palabras, “nuestro final”, resonando una y otra vez en mi cabeza. Me gustaría saber qué sentido tiene para él insistir tanto en nuestras escasas posibilidades cuando ya sabemos todos de primera mano lo ínfimas que son.

Violet, que se había mantenido en silencio con la vista en el suelo, da un paso hacia mí, altiva de repente, desconcertándome.

—Yo no voy a ser menos, por supuesto —dice sin más, tan rotundamente que espera que nadie se lo discuta, creo. Pero Hardy le responde de inmediato.

—No, niña, de eso nada —le dice de manera ofensivamente condescendiente, la primera vez que le veo hablarle así—. Yo ya soy un viejo, pero tú tienes aún toda la vida por delante...

— ¿Y eso qué más da? —le interrumpe Violet, muy enfadada—. ¿Tengo toda la vida por delante? ¿Para hacer qué, si puede saberse? Nass hace esto porque está cabreado, ¿no? Jones lo hace por salvar el mundo y tú por no dejar a tus amigos, ¿es así? Pues yo lo hago por todas esas mismas razones juntas...

—Me parece muy bien, hija, pero...

—Quizá ninguno de ellos te lo haya dicho todavía —continúa Violet, sin dejarle respirar—, pero era una vulgar zorra antes de que me conocierais.

Hardy ya lo sabe, porque yo se lo he dicho esta misma mañana, pero no dice nada, la escucha con los ojos muy abiertos, aturdido.

— ¿A dónde quieres que vaya ahora? Prefiero morir a vuestro lado haciendo esto que volver corriendo a tirarme mafiosillos de tres al cuarto.

—Déjalo, Violet —la calmo poniéndole una mano en el hombro—, que me parece que ya le

has convencido.

La obligo a volverse hacia mí, y me ofrece una mirada firme y sincera que ya me responde a lo que le voy a preguntar.

—Tus motivos ya quedan claros, pero, ¿seguro que quieres arriesgarte a morir junto a unas personas que casi no conoces?

—Nass —hace una pausa durante la que me dedica una sonrisa de suficiencia e ironía—, es cuando conoces bien a la gente que te rodea cuando ya no quieres hacer nada junto a ellos. Al menos en mi experiencia...

—Bien, entonces —le concedo, tirando la toalla ante su orgulloso e intolerable hastío de la vida, sea real o fingido.

Supongo que nunca se sabe, con ella.

Visto que no hay más sobre lo que discutir, y quedando bien claro que nuestro objetivo sigue siendo El Rostro De La Locura, empezamos a descender escaleras tras entrar en el edificio por la misma puerta por la que Jones llegó.

Cansados y atolondrados por la reciente escaramuza, andamos lentamente, con pasos tranquilos pero algo vacilantes, con el cuerpo tembloroso por la tensión que todavía nos recorre, incapaces de relajarnos y olvidar un poco la alerta del superviviente. Sólo Jones es dueño por completo de sí mismo, o esa es la impresión que me da, después de verle tan desbocado comiéndose a sus congéneres.

Nos dejamos caer escalón tras escalón, como muertos vivientes abandonados a una languidez que ni el hambre de carne viva pudiera paliar. Ya lo sabemos, pero el parsimonioso descenso nos permite comprobar cuánto de cierta tiene la “recolección” a la que he hecho poco antes alusión. Suelo y paredes están salpicados en diversa medida de sangre medio reseca; la pintura o el papel de las paredes arañados o arrancados en la forma de las garras de los seres; la puerta de entrada de cada piso derribada o a medio arrancar de sus goznes, dejando entrever más allá del umbral, en algún caso, más rastros de sangre y muebles movidos o volcados por una breve lucha. Todo ello manifestando la rapidez y brutalidad con que se ha llevado a cabo la caza impune, y, sin embargo, no quedando rastro alguno de los cadáveres a pesar de adivinarse su mutilación. Casi puedo ver a los seres mientras matan y comen, lamiendo del suelo trozos de entrañas que se desparraman de las heridas abiertas con sus zarpazos, recogiendo los miembros amputados: una mano, una pierna entera, unos dedos cercenados..., que no se desperdicie nada. Mi mente lo recrea de tan vívida forma que se me revuelve otra vez el estómago.

—Es terrible... Y casi acabamos como los que vivían aquí...

Nadie responde al comentario de Violet, que se detiene a observar con curiosidad y morbo los estragos de la irrupción.

—¿Creéis que se llevarán algunos con vida? —pregunta algo ensimismada.

—No, Violet. Puede que lo hagan más adelante, pero ahora me parecen muy hambrientos, y comen demasiado rápido para serles útil una granja de humanos, si es eso lo que estás pensando.

—No sé qué estoy pensando, Jones. Sólo intento darle sentido a todo esto...

Me gustaría que se callara, que maquine sus teorías en silencio, si es capaz, pero no tengo fuerzas para hablar y decírselo. Creo que si abro la boca va a ser para vomitar de inmediato.

—No sé cómo vamos a llegar hasta El Rostro De La Locura, sea donde sea que esté, con la legión de monstruos protegiéndole... —continúa—. Una cosa es que renuncien a perseguirnos y otra que dejen morir al “mesías” que les ha conducido a nuestro mundo.

—Oye, niña —la interrumpe Hardy—, eso es algo de lo que ya hemos hablado: que es un suicidio el intentarlo. ¿Es que te estás arrepintiendo?

— ¡Nada de eso! —contesta con sequedad, pero sin mostrar enfado—, lo que digo es que, ya que lo vamos a intentar, estudiemos un plan que no consista en sumergirnos en otro mar de monstruos.

— ¡Vaya! ¿Como qué? —consigo decir sin sobreponerme a mi malestar, para lo cual dejo de bajar escaleras, parándome en un descansillo, tratando de respirar lo bastante despacio para no notar el olor a sangre rancia que todo lo inunda.

— ¡Joder, no sé! —se detiene junto a mí, y los demás tras ella. Saca un cigarrillo, se lo lleva a la boca y lo enciende. Es la primera vez que recibo con agrado el aroma del tabaco negro—. Sólo digo que deberíamos pensar algo, y no ir a las bravas otra vez.

— ¡Joder, Violet, como si no lo hubiéramos pensado ninguno! —le contesto, aunque realmente no me había planteado para nada la cuestión.

—Bueno —interviene Jones con la clara intención de que me calle y me dé tiempo a recapacitar y controlarme—, lo primero sería determinar dónde está nuestro amigo enmascarado, y luego encontrar la manera de entrevistarnos a solas con él.

—“¿Entrevistarnos?” ¿Pero qué dices? —exclama Hardy sin creerse lo que oye—. Hay que ver... Con lo fácil que habría sido volarle la cabeza, ahí, sentado como estaba ante el hotel...

—En el hotel mismo debe estar. Entró en el momento en que nos abandonó para que nos mataran los seres... —dice Violet.

Yo no intervengo más en la conversación. No se me ocurre ninguna idea revolucionaria que nos vaya a llevar a buen puerto. Veo inútil discutir nada, y no soy capaz de pensar ni aunque lo intente. Siento una apretada y tranquila presión del alma, como si esperara que se acabara el aire del estrecho ataúd en que estoy encerrado, sin posibilidad de hacer más.

Ahora que les veo y oigo conversar sobre qué es lo que vamos a hacer, me doy cuenta de que soy el único al que le da igual. Sólo quería terminar con esto, con toda esta loca historia, de una vez por todas, con la consumación de mi vida en una muerte horrible, si fuera necesario; llegar al final es cuanto yo quiero. Pero tan acaloradamente intentan encontrar una solución, que me despiertan del letargo en que me tiene sumido el cansancio físico y la ira, haciéndome cargo de mi egoísmo al no reparar en la supervivencia y motivos de mis amigos. Porque no se trata sólo de sus vidas; ellos, a diferencia de mí, son movidos por una causa mayor que sí mismos, luchan por la supervivencia de nuestro aborrecible género. Por respeto a ellos, mi entrega no puede ser menor. Así que les escucho y me pongo a fingir, al menos, ser igual de determinado.

—Si se trata de no tener que enzarzarnos en otra pelea desigual en la que quizá uno de nosotros acabe muriendo, lo mejor será que vosotros tres esperéis en algún lugar seguro —está diciendo Jones en el momento en que recupero el hilo de la discusión—. Podría escalar hasta el ático por la fachada sin demasiada dificultad, entrar por una ventana, buscar a El Rostro De La Locura y llevármelo, quizá sin que las criaturas se den cuenta siquiera.

—Sí, sí. Temo que te pase algo, Jones, pero sólo tú puedes hacerlo —le anima Violet—. ¿Puede hacerlo? Sí que puede, ¿no?

Mira a Hardy, y luego a mí. Su expresión busca con ansiedad nuestra opinión y aprobación. Yo miro a Hardy, que mira al suelo con una mano sobre la boca. Está preocupado, ni parece que la esté escuchando. Al fin, me vuelvo hacia Jones.

—Bueno, está decidido. Tú haz eso que dices, lo traes y le obligaremos a invertir todo este desastre, si es posible. Pero no te arriesgues demasiado, si lo ves difícil huye como del diablo.

—No te preocupes, Nass. No soy ningún novato. Y ni se imaginan que intentaremos algo así... —me responde, algo orgulloso, y suelta un par de gorjeos siniestros, se me antoja hasta impaciente—. Bueno, creo que podéis quedaros a esperar aquí mismo. No creo que los seres vuelvan por aquí; ya han arrasado este lugar y se figurarán que hemos huido, así que... ¡Un momento!

Ladea un poco la cabeza, como si estuviera oyendo algo. Escucho a mi vez, aguantando la respiración, pero no oigo nada.

— ¿Qué ocurre, Jones? —le pregunto.

— ¿Helicópteros? —me dice y pregunta al mismo tiempo.

Una fuerte detonación nos contesta a ambos. Parece lejana, pero el sonido nos llega apagado desde el exterior, no sabría decir cuál es su magnitud ni de dónde viene.

— ¡Vamos, bajemos, rápido! —dice Jones, y se lanza escaleras abajo, saltando los tramos de peldaños de una sola zancada cada uno.

— ¡El ejército! ¡¿Será el ejército?! —pregunta Hardy, cuando corremos a seguirle.

Una ligera esperanza recelosa me sobrecoge. Me convengo de que ha de tratarse de eso, pero me extraña que nadie supiera a dónde enviar la ayuda tan oportunamente. Desciendo tan rápido que dejo bien atrás a Violet y a Hardy para cuando llego al portal del edificio, y, al tiempo que veo a Jones asomarse cautelosamente desde el umbral, alcanzo a oír ahora el sonido de un par o más de hélices sobrevolando las calles.

— ¿Qué? ¿El ejército? —le pregunto sin aliento.

Jones me tiende una mano para que no siga, para que me detenga, sin volverse a mirarme. A pesar de ello me acerco a él, me asomo por su lado, con mi mano derecha buscando el cómodo tacto de una de mis armas. Con cuidado, miro primero en la dirección contraria a Jones y luego en la misma. Me quedo petrificado. Está claro que no se trata de la guardia nacional.

— ¿Eso es napalm? —pregunta Jones en grave ronquido que reverbera en mi quebrado tabique nasal—. Es napalm, ¿no? Menuda pasada.

—Sí —le contesto, aunque lo digo más bien para mí mismo, como para obligarme a ser consciente de que es real lo que veo—. Es napalm, pero no sé quién...

De entre el mar de llamas que tenemos a dos bloques de distancia alcanzo a ver surgir, retorciéndose en silencio, o eso parece, a varios de los seres. Alguno sale corriendo, otros gateando o arrastrándose, pero no tardan en quedar inmóviles sobre el asfalto caliente mientras algún líquido supura en explosiones de sus cabezas.

—Les están explotando los ojos, Nass —me explica Jones, muy convenientemente.

De la entrada del hotel, cuya fachada ha quedado salpicada del líquido ígneo, salen profiriendo espantosos gritos unos cuantos más de los seres. Sus alaridos y aspavientos son dirigidos al helicóptero que se mantiene a prudente altura sobre la nube de fuego, alrededor de la cual se yerguen alguna criaturas supervivientes, que empiezan a saltar y gimotear como hombres prehistóricos celebrando el descubrimiento del ardiente elemento.

En el lateral del helicóptero veo fognazos. Algunos seres de la entrada del hotel caen. Llegan a mis oídos los petardazos de las armas, desincronizados por la distancia y el eco. Deduzco por el sonido que deben tratarse de rifles de precisión de gran calibre. Dos helicópteros hermanos del primero sobrevuelan en círculos los edificios, pasan lo bastante cerca como para permitirme ver que son del tipo de transporte de infantería del ejército, pero negros en lugar de verdes, sin distintivo ninguno. Se me ocurre pensar que pertenezcan a la división de armas especiales de la policía, a pesar de su gran tamaño.

— ¿Quiénes son esos, Nass? —me pregunta Jones, sin dejar de admirar el enfrentamiento.

— ¿Qué son esos disparos? —nos interroga Violet sin salir del portal.

Le echo una rápida mirada por encima del hombro. Lleva el revólver en alto, la mirada impregnada de renovada beligerancia intrépida. Tras ella, Hardy, parado con ambos pies en el penúltimo escalón, soldado a su escopeta por puños pálidos de tensión y, a mi juicio, convencido de que tendremos que huir escaleras arriba una vez más.

—Es... ¿la ayuda? —le contesto a ella y me cuestiono al tiempo.

Los seres dispersos alrededor del fuego se escabullen en distintas direcciones, gritando palabrería alarmada en ese idioma suyo tan disonante en frecuencias. Los que asomaban del hotel se repliegan al interior. El helicóptero, antes distorsionado a mi vista por el calor y el humo, vacila a uno y otro lado de la parte de la calle que está en llamas mientras desciende. Aterrizo en el lado más próximo a nosotros, ocupando su anterior posición en el aire uno de los que rondaban las azoteas. El otro no sé dónde está.

—Esta gente parece saber a qué viene, Nass. ¿Qué hacemos? ¿Salimos a recibirles?

El rotor del aparato reduce su velocidad tras tocar el suelo cuando Jones hace esa pregunta. La mampara del lateral se desliza haciendo más amplia la abertura. Junto al hombre apostado con el rifle empiezan a descender en parejas lo que parecen soldados demasiado armados para tratarse de policías, y ni siquiera de una parte desgajada de la guardia nacional. En lugar de las armas reglamentarias, cada uno porta un modelo que nunca he visto de subfusil de aspecto extremadamente moderno, compacto y, no sé, diferente. Y, por si fuera poco, dos de esos comandos van equipados con un tipo de arma con el que estoy más familiarizado: el clásico, tosco y, por encima de todo, eficiente lanzallamas.

Tras ver cómo el fuego ha diezmado las criaturas; tras observar, a pesar de la distancia, cómo el calor extremo hace saltar la roja gelatina de sus ojos; tras superar el aturdimiento de encontrarme napalm ardiendo en territorio metropolitano y, haciendo mi enflaquecida mente un alarde de lucidez, me permito tomar por cierta la afirmación de Jones: estos tipos han venido a luchar contra las criaturas.

Noto una presión en el hombro izquierdo. Sobresaltado, miro y veo a Hardy aún parado en el segundo escalón, cuchicheando para sí mismo con la vista perdida más allá de nosotros. Es Violet quien pone su mano en mi hombro y se asoma tímidamente por mi derecha.

— ¿Quiénes son esos? —oigo repetir, por enésima vez, de su boca.

Se inclina todavía más hacia afuera cuando se baja del helicóptero un tipo alto, de pelo y barba blancos, vestido de lo que parece ajustado cuero negro, sin ningún tipo de armas ni protección adicional, en drástico contraste con las unidades que le rodean. Las inexpresivas miradas de las máscaras antigás de los hombres armados se vuelven hacia él, indicándole su subordinación a nuevas órdenes. Supongo que debe ser el jefe de esta operación.

Violet, arrebatada de curiosidad, se vale de mí como apoyo para asomarse un poquito más. Como yo también estoy algo inclinado para mirar, su peso adicional consigue hacerme perder el equilibrio. Salgo del portal haciendo con los pies un proyecto de baile de claqué en fútil intento de no deslomarme contra la acera, lo que acabo haciendo de igual modo. Caigo lentamente, sin hacerme daño, pero muy ridículamente, dando primero con las posaderas y rodando sobre el resto de la espalda mientras Jones y Violet, que ha logrado dar un paso hacia delante para no seguirme, me miran con idéntica cara de pasmo, el uno porque no puede gesticular y la otra porque no se cree lo que ve. Eso sí que daña mi malogrado orgullo, al que hace ya tiempo que debí renunciar.

Jones vuelve a mirar hacia los tipos armados.

—Creo que ya nos han visto —musita con preocupación, con la idea, creo, de que no lo oiga y me lo tome como un reproche. Pero vaya si lo oigo.

No pierdo el tiempo en sentirme culpable, me incorporo todo lo rápido que puedo preocupado por las intenciones de los recién llegados. El hombre del cabello y barba blancos ha sido el primero en reparar en nosotros, y se acerca a buen paso tras indicar a tres soldados que le acompañen con secos gestos de la mano. Me tranquiliza el hecho de que el tipo vaya delante, y de que las armas de los que le siguen apunten al suelo, al menos por el momento.

— ¿Qué hago, Nass? —pregunta Jones con ansiedad, pensando en nuestra seguridad y la de los

que vienen, sin duda—. ¿Me escondo?

— ¡Sí, Jones, escóndete, rápido! —le grita Violet con un fervor que me parece fuera de lugar, así de repente.

— ¡No! —exclamo, pero de repente recuerdo que están matando seres de su especie, y nos imagino en otra situación como la que tuvimos con los antidisturbios—. ¡Bueno, no sé, sí! ¡Sí, escóndete!

—Me quedaré cerca, por si acaso...

Y dicho esto, camina hacia atrás, internándose en las sombras del portal, sin dejar de mirarme fijamente, y un escalofrío me recorre la nuca viendo sus ojos reflejar la luz del exterior y brillar suspendidos en tinieblas antes de volverse y desaparecer.

Violet, a su vez, se me acerca y se para a mi lado, en todo momento con el arma en la mano. Se me ocurre decirle que se la guarde, no quisiera que los advenedizos nos tomaran por hostiles; pero ya están demasiado cerca para no haber visto que llevamos armas, y ella no me va a hacer ningún caso, así que me callo y, alterado por el devenir de nuevos “acontecimientos”, me limito a atusarme los cabellos de ridícula y espasmódica forma. Noto que Violet me echa una rápida mirada torciendo el gesto en una media sonrisa, pero no dice nada.

Los cuatro hombres llegan hasta nosotros. Los de las máscaras y armas se detienen a prudente distancia, pero el alto de barba sigue con decisión y me tiende la mano. Respondo involuntariamente al saludo, intrigado sin embargo por tanta cordialidad, mientras el tipo empieza a hablar con su voz grave y tranquila, que suena a locutor de un programa de radio de madrugada.

—No esperábamos encontrar supervivientes. Tendrán que disculparnos, pero algún incompetente me informó de que ya no había seres humanos en la zona, de ahí la rudeza de nuestra incursión.

Le tiende la mano a Violet de igual modo, y ella, dudando un momento, se pasa el revólver a la mano izquierda y le devuelve la gentileza.

—No pasa nada —empieza a contestar ella—, ¿supongo que podemos estar agradecidos, señor...?

—Avatar, Kyle Avatar.

—Avatar. —Violet suelta un bufido de escepticismo—. ¿Es eso un apodo?

—No, desgraciadamente —reconoce el hombre esbozando una leve sonrisa—. Ése es mi verdadero nombre, y muy apropiadamente, debo añadir.

Violet y yo nos miramos, interrogándonos mutuamente por el significado de esas palabras, sin ver el chiste por ninguna parte.

— ¿Resultaría grosero preguntarles sus nombres, a pesar de la situación? —pregunta Avatar repentinamente serio.

—Violet.

—Elangel Pulois.

— ¿Elangel Pulois? —repite Avatar muy lentamente, sin mostrar sorpresa o turbación, ni emoción ninguna en realidad—. ¿Quién? ¿El detective privado?

—Sí —afirmo con suspicacia—, ¿acaso nos conocemos?

—El Rostro De La Locura nos ha constatado su existencia, señor, hace algún tiempo, antes de que todo esto empezara.

— ¿Eh? —digo, inclinado hacia delante, algo encorvado.

—Su “singular” compañero, ¿no anda por aquí también? —me interroga, mirándome a los ojos inquisitivamente, desafiándome a mentir.

—No.

—No tienen de qué preocuparse. Esto no va contra ustedes, ni siquiera contra los seres de su especie, es a El Rostro De La Locura a quien hemos venido a detener. De hecho, agradeceríamos su ayuda y la de su amigo, Jones, si no fuera demasiado pedir.

— ¿Nuestra ayuda? —repito tontamente poniéndome una mano en el pecho.

— ¿No han venido a eso mismo, para acabar con todo esto? Puedo deducir por su aspecto y estado de ánimo que ninguno de ustedes es cómplice, partícipe o ideológico, de toda esta debacle. Han venido a detenerle al mismo tiempo que nosotros, ¿por qué sino habrían venido hasta aquí mismo, infiltrándose en este lugar desolado?

Me quedo bloqueado, petrificado de cuerpo y mente mientras intento asimilar el presente y hacerlo concordar, con torpes y azarosos movimientos, como si de la extraña pieza de un complicado rompecabezas se tratara, con todo lo ocurrido hasta ahora, cuando Violet intenta encontrar la explicación de mucho más sencilla y práctica forma.

— ¿De qué conoce usted a El Rostro De La Locura? —la oigo preguntar con la misma imperativa voz que él ha usado conmigo.

—El Rostro De La Locura era candidato a formar parte de nuestra organización —contesta inmediatamente Avatar centrando su atención en ella, como dándome por perdido—, al igual que Elangel Pulois y Jones cuando comprobamos, por mediación suya, que no eran personajes creados por el sugestionable y difuso imaginario popular.

— ¿Qué organización es esa? —le interrumpe Violet cuando él coge aire para continuar.

—Nuestra sociedad privada, El Triunvirato. Y, antes de que me lo pregunte, señorita, le diré que está dedicada a rescatar del estancamiento social y tecnológico a la humanidad, a terminar con el desequilibrio de poder y riqueza que tan mísera y corrupta hace, cada vez más rápido, el alma de las personas...

—Eso suena a peligrosa secta... —le vuelve a interrumpir, echándoles una significativa mirada a los hombres armados.

—No es momento ni lugar para discutir motivos y formas de proceder —dice Avatar sin mostrar perturbación o molestia por el comentario—. Pueden venir conmigo, me ayudarán a detenerle y les pondré al tanto de toda la historia, o podemos seguir cada uno por su lado, pero decídanlo ya. Hemos perdido suficiente tiempo.

Violet se vuelve hacia mí con las cejas arqueadas en muda interrogación, lo que hace que Avatar centre su nueva expectación en tan ruinoso persona. Las miradas de ambos me amedrentan con la responsabilidad tan repentina que en mí delegan, aunque el deseo egoísta y mezquino de vengarme del chiflado de la máscara vuelve a embargarme al pensar en cómo se amplían nuestras posibilidades una vez unidos a estos tipos. Así que, mirando a los ojos a Kyle Avatar, en quien puedo discernir una esperanzada anticipación a mi respuesta, digo:

—Vale, está bien, sí. Si mis compañeros están de acuerdo...

—Por mí, vale —suelta Violet haciéndome un rápido y burdo saludo militar.

—Avisa a Jones y a Hardy, a ver qué quieren hacer ellos.

—No es necesario.

La voz grave y vibrante de Jones me sobresalta; nos sobresalta a los tres, de hecho, con su timbre y tono envolventes, que hace difícil ubicar su origen, pero Violet y yo nos volvemos hacia el portal, por donde él aparece como metamorfoseado de la contrastada oscuridad del interior.

— ¡Oh, Dios mío! —oigo decir a Avatar con impropia vacilación, y cuando le miro, esperando ver en su cara, como tantas veces he visto en la de otros, los acostumbrados terror e inconsciente negación de lo que ve, me sorprende con una sincera y expresiva figura de satisfecha maravilla dibujada en sus rasgos, tan férreos e inamovibles poco antes.

Jones se acerca con amplios pasos, corto trayecto durante el que Avatar examina de arriba a abajo a mi amigo, recreándose en su atuendo de humano a medida, algo manchado de sangre propia y ajena, hecho desgarros de la reciente lucha.

—Pero ha de decirnos la verdad. No oculte cosas, como ha hecho él.

Diciendo esto, Jones señala con un flaco y largo dedo en dirección al Salsbury, aludiendo a El Rostro De La Locura.

— ¡Parece uno de nosotros! ¡Y qué bien habla nuestro idioma! —exclama con entusiasmo Avatar, dirigiéndose a mí.

— ¡Oiga, que no es un perro amaestrado! —le espeto con desafortunada furia.

— ¡Oh, no, claro que no! Disculpen mis modales, pero es que no me esperaba... ¡Bueno, no sé qué esperaba! —le tiende la mano a Jones—. Kyle Avatar es mi nombre, y es un honor conocerle, señor Jones.

Jones coge la “manita” de Avatar con su índice y pulgar.

—Sin el “señor”, ¿quiere?

Mientras se saludan, oigo un arrastrar de pies que atrae mi atención hasta Hardy, que se asoma con timidez, abrazado eternamente a la escopeta, pero con un aspecto mucho más relajado; cansado, mejor dicho.

— ¿Qué? ¿Quiénes son estos? —pregunta con tono neutro.

—Ven, vamos, Hardy. Son aliados, por el momento —le contesto, acercándome hasta él y rodeándole los hombros en gesto de consuelo, de lo que me valgo, además, para tirar de él, arrastrarle ante la presencia de Avatar, quien, descubro, me observa con fijeza, reconociendo el recelo de mis palabras—. Y éste es Thomas Hardman, mi más antiguo amigo.

—Hardy, me dicen casi todos —añade él mismo, y saluda a Avatar.

Acto seguido, muy rápidamente y de manera casi imperceptible, el señor Kyle Avatar pasea su mirada sobre todos nosotros, como en un veloz examen durante el que parecen asaltarle infinidad de interrogantes para los cuales sabe que nunca tendrá respuesta. Finalmente, se da media vuelta, nos invita a seguirle con un rápido ademán y empieza a hablar mientras camina con largos y raudos pasos. Es el hecho de que establezca una conversación con nosotros lo que nos insta a seguirle, ansiosos por no perdernos palabra.

—Bien, no hay un instante que desperdiciar. A pesar de lo que pueda parecer, y como ya les he dicho, estamos aquí para coger, vivo si es posible, a El Rostro De La locura. ¿Qué saben de él?

—Que es un chiflado —contesta Hardy.

—Lo que él mismo nos ha contado —decimos Jones y yo al unísono.

—Nos soltó en su casa una absurda historia: que podía visitar dimensiones paralelas a través de espejos y que descubrió por casualidad que esta raza de seres se dedicaba a devastar todas esas realidades —resume muy elocuentemente Violet.

Avatar reduce un poco el paso, volviéndose hacia nosotros.

— ¿De verdad les ha dicho eso?

—Sí, eso nos dijo, muy convencido, aunque todos pensamos que estaba loco —contesto mirando a Jones, el único que dio algo de crédito al relato—. Quería que le ayudáramos a evitar que llegaran a nuestro mundo...

Avatar vuelve a apretar el paso en dirección al helicóptero, suspirando sonoramente, meneando la cabeza en silenciosa negativa.

—Entonces, está más loco de lo que creía —dice con tono jocoso—. La parte de los espejos es cierta. Experimentaron con él en su larga etapa en el hospital psiquiátrico para comprobar si él

mismo podía enloquecer al verse la cara. Según nos dijo, en los espejos se forma una especie de portal que sólo puede ver y utilizar él, algo que mantuvo en secreto hasta que logró escapar. Entonces, reunió valor y se decidió a probar el extraño fenómeno.

Sin dejar de escucharle, no ceso de mirar a nuestro alrededor, en toda direcciones, temiendo que los seres desperdigados salgan aullando de los callejones para atacarnos. Avatar alza la voz según nos acercamos al helicóptero, más allá del cual, y demasiado cerca para mi gusto, siguen rugiendo las llamas de napalm, ensordecedoras.

—Nada de dimensiones paralelas o mundos alternativos; el lugar al que El Rostro De La Locura fue a parar, el mismo que visitaría después muchas otras veces, el único posible destino tras esas “grietas” abiertas en el reflejo de su propia realidad, no era otro que el planeta Marte.

Llegamos hasta el aparato. En mi mente se ilumina un enorme signo de interrogación de un ponzoñoso color verde, símbolo de mi suspicacia y que amenaza peligro. Mientras Avatar se sube al helicóptero, mis ojos intentan arañar la superficie del cabello afeitado al estilo militar de su nuca, cuestionándome, ya casi convencido de ello, si no será él el verdadero loco.

— ¿Quién se va a creer eso? —exclama Violet, indignada y desafiante—. Pero si en Marte no hay nada, ¡ni siquiera se puede respirar!

— ¡Oh, sí, claro! —responde Avatar, volviéndose a nosotros desde la altura ganada sobre el suelo de la máquina—. En el Marte que conocemos hoy no hay ni rastro de condiciones favorables para ninguna clase de vida, El Rostro De La Locura hubiera muerto en el acto de haber ido a parar allí. Pero él no llegó a Marte en nuestra época, el mundo al que llegó es el Marte de hace cientos de millones de años, de muchísimo antes de que existiera vida pluricelular alguna en la Tierra.

— ¿Eh? —oigo decir a Violet, y cuando la miro veo en ella una expresión lánguida, de muerta sorpresa, con las facciones abandonadas, la primera vez que la veo quedarse con cara de tonta, estado en el que me suelo encontrar yo mismo con demasiada frecuencia.

—Para cuando descubrió esta nueva civilización, el señor Wise y yo mismo llevábamos varias semanas intentando convencerle de que entrara a formar parte de nuestra insólita organización — continúa Avatar, obviando nuestra confusión. Por un momento, Violet me mira con las cejas arqueadas: “¿quién es el señor Wise?” Me encojo de hombros, todo esto sin que Avatar detenga su discurso—. El Rostro De La Locura nos hizo muestras entonces de gran interés en aliársenos, prometiéndonos acceso a la extraña y avanzada tecnología de ese mundo que sólo él podía ver a cambio de la ayuda del señor Wise para descifrar y comprender el funcionamiento de las máquinas que nos traía representadas en intrincados planos de inabarcable complejidad. Nos aseguré que había dado con una raza inteligente, embrutecida, no obstante, por siglos de decadencia, y sugería una posible unión de ambos mundos, una cooperación que salvaría del declive a ambas razas, la suya y la nuestra...

—Le creyeron —sentencia Hardy con amargura.

—Sí —responde Avatar, enarcando las cejas en un gesto con el que indica que no veía nada de malo en ello—. Accedimos de inmediato. El Rostro De La Locura había resultado ser un hombre inteligente y moderado en sus pasiones, su solución a los problemas de ambas civilizaciones se nos antojaba muy oportuna y acertada, encajaba a la perfección con nuestra filosofía. El señor Wise descifró y mostró a El Rostro De La Locura el funcionamiento de la máquina alienígena que comunicaría ambos mundos, convenientemente operada; un ingenio que los antepasados de esos seres usaban para viajar entre las estrellas y que habían estado intentando reactivar durante siglos, según nos dijo él, acuciados por la rápida e inexorable desertización de su planeta, en un desesperado intento de hallar otros mundos habitables.

—Es un consuelo comprobar que no soy el único idiota al que ha engañado... —se me escapa, creyendo que ha terminado de hablar.

—Tras obtener de nosotros toda la información que necesitaba —continúa, impasible—, perdimos toda comunicación con él durante meses. No apareció más por su casa de las afueras, el único lugar que le es propio, y nuestros más avanzados métodos de rastreo planteaban más preguntas sobre el misterio de su paradero. Suponemos que ha estado todo este tiempo en ese otro mundo. Sólo gracias a la previsión del señor Wise, que encontró la manera de detectar y localizar anomalías espacio-temporales basándose en los planos que nos entregó El Rostro De La Locura, pudimos dar de nuevo con su pista.

—Sí, ya lo veo, que estáis igual que nosotros, que no tenéis ni puta idea de dónde está —dice Violet, recorriendo con su mirada el interior del helicóptero, repleto de estanterías con armas de diseño sofisticado y avanzado, y de multitud de terminales informáticos cuyas pantallas relampaguean con listas y listas de información incomprensible.

—Descubrimos así que los portales, o como queráis llamarlos, aparecían y desaparecían en esta zona de la ciudad, dentro de un radio de unos mil metros aproximadamente, desde hace seis días —hace una leve pausa, que dedica para coger un par de esos extraños rifles, arrojándome uno al pecho, que llego a coger de milagro, y entregándole el otro a Violet en mano—. Situamos un equipo en la zona, para que investigara las azarosas apariciones, confiando que de alguna regresara El Rostro De La Locura. Pero para cuando alcanzaban la posición de los portales, éstos ya habían desaparecido.

— ¡Qué ligero es esto! —comenta Violet, sopesando el rifle en su mano derecha, comparándolo con el revólver en la izquierda.

—Hasta que, hace tres días —continúa Avatar, ignorando nuestra curiosidad sobre el funcionamiento de las armas—, nuestros hombres llegaron a tiempo, sólo para encontrarse con uno de estos bestiales seres. Mató a tres agentes, antes de que lograran vencerlo con granadas incendiarias. Pueden imaginarse nuestra consternación ante la apariencia y carácter de la criatura, toda vez que, dada nuestra falta de información al respecto, tomábamos a los alienígenas por altamente civilizados y transigentes. Ahí nos convencimos de que El Rostro De La Locura nos había estado engañando.

—Joder, unos totales genios, ¿eh? —suelta Hardy, dándome un codazo.

—Bueno, bueno —empiezo a decir, impaciente y molesto por el golpe de Hardy—, tanta charla para decir que no tenéis ni idea de lo que pasa, ¿no? Pues bienvenido al club.

—Yo me encargo de las iniciaciones, si quieres —le dice Violet a Avatar, con voz melosa, tomándole el pelo.

Kyle Avatar se muestra abiertamente aturdido de pronto ante toda nuestra frivolidad, y examina uno a uno nuestros rostros, deteniéndose en Jones, el único que parece tomarse en serio la situación, pero del que no puede sacar conclusión en tal sentido, vista su eterna sonrisa inexpresiva.

—Comprobamos que el ser se correspondía con la descripción que El Rostro De La Locura nos había dado de Jones, algún tiempo atrás —continúa lentamente, titubeando—, y hasta empezamos a dudar de que vosotros existierais y fuera todo invención suya. El señor Wise investigó la manera de poder matar fácilmente a las criaturas, previendo algún ataque de más de esos seres, y el resultado son estos rifles. Supongo que todo esto debe resultarle de lo más extraño, Jones.

Le vuelve a observar detenidamente, y aprecio un atisbo de compasión sincera hacia él. ¿Creerá que para todos los demás esto es normal?

—Lo llevo lo mejor que puedo —responde Jones, haciendo un leve ronroneo de humor.

Si Avatar supiera... Estoy convencido de que Jones es el menos afectado de todos nosotros. No sólo porque él lo diga; realmente no muestra la menor afinidad ni compasión hacia sus congéneres. No sé de qué me extraño, a mí me pasa igual con los míos.

— ¿Dónde lleva la munición, esto? —pregunta Violet, que se ha guardado el revólver y

examina con gran cuidado el arma.

—Nada de eso —contesta Avatar—. Las armas funcionan con una pila para mil disparos, haces de plasma con un alcance efectivo de quince metros, sólo útiles en combate cercano, lo mejor que ha podido desarrollar el señor Wise en tan poco tiempo. Esto y el propio fuego es lo único eficiente contra la densa estructura molecular de la fisionomía de esos seres. De lejos, usamos rifles de precisión, disparando a los ojos.

Avatar da un par de palmadas en el hombro al francotirador acuclillado junto a él.

— ¿Puedo disparar al cielo? Quiero ver los rayos... —dice Violet con naturalidad.

No me creo nada. Este rifle es muy compacto y ligero, como de juguete. No parece que haga ningún daño ni tirandoselo a alguien a la cabeza...

— ¡Claro que sí! —dice Avatar con orgullo—. Primero hay que desbloquear los seguros de cada arma aquí, en la centralita.

Avatar teclea algo en uno de esos monitores, tan vistosos ellos.

—Ahora, verás que el rifle tiene dos empuñaduras. Apoya la culata en tu hombro, si no lo haces no dispara, y pulsa ambos gatillos al mismo tiempo para abrir fuego.

Violet hace todo lo que le dicta, y el arma hace un suave siseo para despedir del cañón una voluta de fuego azul, que se disipa a poca distancia en el aire. Hardy expele un largo bufido de asombro pueril, y yo empiezo a darle vueltas al rifle en mis manos estúpidamente, en fútil intento de desentrañar el secreto de tan extraordinario artillugio.

Violet hace otro disparo contra el suelo, y el asfalto se deshace en sonoros chisporroteos, un agujero del tamaño de un puño.

— ¡Eh, eh! ¡Cuidado! —exclama Avatar, alarmado— ¡No es para jugar! Produce daños irreparables en cualquier tipo de material, así que precaución, por favor. Os cedo las armas si nos queréis ayudar, y sólo durante la operación.

Violet se vuelve a mirarme con los ojos húmedos de pura maravilla histérica.

— ¡Maldita sea, Nass! ¡Creo que he nacido tan sólo para poder llegar a vivir esto!

Jones y Hardy rechazan el nuevo armamento, el primero porque no puede utilizar con comodidad algo tan minúsculo para sus manos, el segundo aduciendo que, para tener que esperar a tener a los seres encima para poder matarlos, se siente mucho más seguro con su escopeta. Avatar nos observa a los cuatro con algo así como triste conmiseración.

—Supongo que no puedo persuadirlos de que permanezcan aquí, a salvo, conmigo.

— ¿Usted no viene? —pregunto con suspicacia.

— ¡Oh, no, nada de eso! Dirigiré la operación desde aquí, por radio. Debo comunicar al señor Wise cualquier imprevisto que pueda surgir, a lo cual él sabrá encontrar con rapidez una solución. El plan es pasar de algún modo al “otro lado” —explica Avatar, haciendo con los dedos el gesto de comillas y todo—, y desactivar o desmantelar el dispositivo que genera los portales.

— ¿No estaban aquí para coger a El Rostro de La Locura? —inquiero, con la misma sospecha.

— Sí, para obligarle a invertir el efecto de la máquina —responde al instante—. La tormenta de la que ha salido esa descomunal nave es un portal como los demás y, según el señor Wise, se hace cada vez mayor, sin pausa; suponemos que El Rostro De La Locura ha perdido el control.

— ¿Y? —le anima a continuar Violet.

—Alcanzará tal amplitud que permitirá que la gravedad de ambos planetas a cada lado del portal los haga desplomarse uno sobre el otro, toda vida en ambos tiempos desaparecerá sin remedio.

— ¡Madre mía! ¿Pero qué es todo esto? —exclama Hardy, pasándose una mano por la cara con tal fuerza que parece querer arrancarse la piel.

—Tengan esto, ajústenselos en la oreja derecha —nos da a cada uno un diminuto auricular, menos a Jones, para cuya extraña oreja no se adaptaría—. Debería mantenerles en contacto directo conmigo y el resto de los agentes simultáneamente aunque traspasen los portales, siempre que éstos permanezcan abiertos.

— ¿Que debería? —es Violet la suspicaz ahora.

—No los hemos puesto a prueba en ese caso. La comunicación está abierta en todo momento, así que no hablen más de lo imprescindible, para evitar confusión. ¿Están seguros de hacerlo? Nuestros hombres son muy capaces de enfrentar esto, incluso sin la colaboración de un aliado alienígena como Jones.

Yo estoy seguro. No sólo me he convencido a regañadientes de que he de salvar el mundo, sino que hasta me han animado las nuevas armas y el pequeño ejército al que me uno. ¡Guerra! Después de más de veinte años de jugar con la violencia y la muerte en esta ciudad, vuelvo repentinamente a mi elemento natural, vuelvo a jugarme el pellejo y a colgarme al hombro el de otros para salvaguardar el triste y gris estilo de vida de personas que ni conozco ni quiero conocer.

Me vuelvo hacia Violet, interrogándola y pidiéndole al mismo tiempo, con mi más enternecedora mirada, que se decida a permanecer a salvo.

— ¿Viajar a Marte? El sueño de toda mi vida, vamos —me dice meneando negativamente la cabeza, expresando la ausencia de toda duda.

Hago lo mismo con Hardy.

— ¿A la guerra otra vez, eh? —me dice, colmando de más cartuchos su arma—. Nunca debió terminarse.

Por lo visto se siente igual que yo. Quizá no era yo la causa de que llevara una vida solitaria y falta de metas, quizá llevaba todo este tiempo, desde que nos licenciaron, sintiéndose fuera de lugar.

Antes de que me vuelva hacia él, Jones ya se está explicando.

—Es posible que mis congéneres marcianos no pretendan destruir nuestro mundo, como él decía —dice, sacudiendo la cabeza hacia el Salsbury—, pero éste corre igual peligro, y hay muchas preguntas a las que me gustaría que me respondiera.

Jones está resentido, y es comprensible. Es el único que depositó verdadera confianza en El Rostro De La Locura, le tenía por un alma igual de torturada y alienada por su naturaleza fantásticamente grotesca para con la realidad del resto. No sé si desea darle realmente la oportunidad de explicarse, o sólo separarle la cabeza del cuerpo, pero está claro que se viene.

—Ya lo ve, no hay nada que hacer —le digo a Avatar, encogiéndome de hombros.

—Bien. El señor Dead está al mando del equipo, sigan sus instrucciones al pie de la letra y podrán volver de una pieza, sea cual sea el resultado de la operación. “Aquellos que sirven a nuestra causa son tan valiosos como la propia causa”, es uno de los lemas de El Triunvirato.

— ¡Vaya, si se presentan a las elecciones, cuenten con mi voto! —le suelta Violet con fiera socarra.

—Otro equipo ha descendido sobre la azotea desde otro helicóptero, a la espera de nuevas órdenes. El Rostro De La Locura no debe salir del edificio si no es con nosotros. Nos mantendremos en el aire, vigilaremos el exterior e impediremos al resto de las criaturas entrar a perseguirles o emboscarles a su salida.

—Y si se quedan sin combustible, ¿qué? —pregunto, ceñudo de extrañeza.

—Señor Pulois —me contesta, sonriendo de nuevo con orgullo—, estos helicópteros no usan

combustible.

Y Avatar cierra la mampara hasta la posición del francotirador, empezando a girar cada vez más rápido la hélice del aparato, que todo el tiempo anterior se había mantenido como al ralenti, rotando silenciosamente, y nosotros nos retiramos del cada vez más fuerte torbellino de aire mientras despega. La verdad es que suena como cualquier otro helicóptero. Me quedo algo preocupado pensando que me ha tomado el pelo, y temiendo que nos dejen vendidos para irse a repostar, tarde o temprano.

— ¿Alguien ha pensado en lo que pasaría si el señor Avatar tropieza y se apoya donde no debe, y nos bloquea sin querer el seguro de las armas? —pregunta Violet al aire, meneando su fusil.

—Eso no pasará.

Oímos perfectamente al hombre que se nos acerca, de viva voz y por el auricular al mismo tiempo, lo que se hace raro. Me llevo la palma al oído, sobresaltado.

—Yo soy Dead —se presenta el tipo, echando una rápida ojeada a cada uno de nuestros rostros, tras su inexpressiva máscara—. Para activar o desactivar los seguros se ha de introducir una complicada secuencia, no teman por eso. A partir de ahora hablen en susurros, la comunicación será menos confusa y bien comprensible, si vocalizan correctamente.

Me quedo mirando al dibujo blanco de una calavera en la frente de su casco integral. Me pregunto si será para identificarse o por mero gusto personal.

— ¿Formación militar? —nos interroga Dead, oyéndosele ahora sólo a partir del auricular.

Yo levanto la mano, y Hardy y Jones me imitan.

— ¿Su amigo el grande puede oírme, sin comunicador? —me pregunta, mirando a Jones y señalándose el oído.

—Puedo oír hasta su sangre circular —le contesta el mismo Jones, algo satisfecho de sus afinados sentidos.

—Bien. La mayor parte del tiempo daré órdenes con señas. El alien irá en vanguardia conmigo y War, ustedes dos con el resto, y la chica en retaguardia con los escudos, Cherry y Barrier.

— ¿Escudos? —pregunto confuso.

—Los lanzallamas —me aclara Dead.

—Sé disparar mejor que algunos que yo me sé —protesta Violet, haciendo alusión a Hardy, supongo.

—En eso confío. Según dónde nos movamos, los lanzallamas podrán actuar o no, de ti depende que no les pase nada. Te quiero detrás para que no tengas más que seguirnos, sin preocuparte de entender mis señas, ¿vale?

—Vale —responde Violet, muy seria de repente, azuzada por la concisa autoridad de la voz de Dead.

—Bien —repite él—. Nada de dudas ni discusiones; órdenes y ejecución. Nadie va a morir si es así, ¿entendido?

Esto lo dice con la opaca mirada bifocal clavada en Violet, a lo cual asiente ella en silencio.

—Bien. Vamos a entrar.

Diciendo esto, Dead se lanza rápidamente a rodear las llamas, algo más sofocadas, en dirección a la entrada del hotel, seguido de cerca por Jones y otro hombre. Veo que Violet, algo confusa de excitación, busca a los de los lanzallamas y se pega a ellos. Me preocupa, se mostró decepcionada de ir detrás, pero sé muy bien lo rápido que la retaguardia puede convertirse en el frente de una contienda.

Vamos llegando hasta la puerta. Mientras Dead abre con precaución para echar un vistazo

dentro, me vuelvo al corazón del estallido de napalm, donde distingo el brillo verdoso del ondulante halo entre las lenguas de fuego. Ningún otro ser sobrevivirá a la llegada a este lado desde ahí, durante un buen rato.

— ¿Cherry? —oímos todos preguntar a Violet, por los comunicadores.

—Soy yo —le contesta otra voz.

— ¿Eres hombre y te llamas así? —vuelve a interrogar ella.

—Me puse Cherokee, pero me dicen Cherry para abreviar y tomarme el pelo —explica él, con algo de vergüenza.

Un sorprendido y bestial alarido sale del interior del hotel, a lo que reaccionan Dead y Jones abriendo de golpe las dos hojas de la puerta. Jones abre fuego dos veces, mientras el arma de Dead despide ininterrumpidos siseos durante un par de segundos.

Algo separados de ellos, los demás vemos que un ser aparece de detrás de la puerta, junto a Dead. Jones detiene el zarpazo sobre el hombre con su brazo armado, y con el otro siega la garganta del ser, partiendo piel y músculo. El ser se desploma sobre su propia espalda, echándose ambas garras al cuello, sollozando ahogadamente.

— ¡Cuidado! —advierte Jones—, son capaces de moverse en absoluto silencio a oídos humanos.

—Entendido —responde Dead—. Despejado.

Tras el escueto informe, nos manda avanzar, recorriendo él mismo, Jones y el otro (creo que se llamaba War, hay que ver) el vestíbulo mientras se abren en abanico con una separación de unos tres metros entre ellos. El resto les seguimos en fila de a dos, cada hombre vigilando su flanco. Hardy hace pareja conmigo, ya que nos conocemos bien cada uno las capacidades del otro, y vamos tras los dos primeros, fijándonos en su proceder, con la idea de aclimatarnos a su estilo de operación. Hardy resopla sonoramente, casi diría que es lo único que se oye en la inmensa sala, ahogando el trote de la formación.

— ¿Qué tal Hardy? —le digo inquieto.

—En mi salsa —dice animado.

Dead, gesticulando, le indica a Jones que cuidado con el mostrador, donde la oscuridad de más allá es total. Jones le responde de la misma manera que él lo ve todo, y le informa que “despejado”. Los demás nos detenemos en mitad de la sala, sobre la gran alfombra roja. De repente me parece que somos muy pocos, al vernos tan juntos en el sombrío y cavernoso espacio. Los del comando de El Triunvirato eran ocho antes de sumarnos a ellos. Supongo que los equipos pequeños se mueven mejor, pero un estremecimiento me sacude recordando la horda que aparecía ininterrumpidamente desde ese gran portal de la calle.

Acabo de perder algo de fuelle, merma mi entusiasmo y confianza en la misión. Las siluetas grises de los seres abatidos por Jones y Dead antes de entrar bailan, ante mi inquieta mirada parecen sacudirse en muy leves convulsiones, tanto que resulto ser el único que repara en ellas. Las fauces se abren y cierran muy lentamente, desperezándose hambrientas, y las garras se arrastran por el suelo, buscando apoyo para incorporarse con diabólico mutismo. Me paso una mano por los ojos, me enjugo el sudor frío que los inunda, convencido de que cuando vuelva a mirar los seres se estarán abalanzando sobre mí.

Pero nada, la ilusión febril se desvanece, siguen igual de muertos, inmóviles.

—Cherry, no quiero volver a oírte —reprende Dead.

—Culpa mía —le defiende Violet.

— ¿Escaleras? —le pregunta él a Jones, quien ha sugerido que le siga.

Jones le conduce hasta la puerta que da a las escaleras donde nos encontramos ayer el primer

portal.

—Nosotros ya estuvimos aquí antes —explica Jones—. En este acceso de servicio se apareció uno de esos portales, así perdimos a El Rostro De La Locura la primera vez.

—Kyle, ¿me oyes? —llama Dead, haciendo uso de una familiaridad impropia de un subordinado.

—Alto y claro —oímos a Avatar responder.

—Tienen un agujero en el edificio.

— ¡Joder! —exclama Avatar con una pasión que jamás le hubiera atribuido—. Bien, mira Dead, hay otro problema. El otro equipo ha entrado y contactado con El Rostro De La Locura, creo.

— ¿Crees? —repite Dead, soliviantado.

—Sí —Avatar duda un momento—. Sus comunicaciones se han vuelto confusas, ininteligibles. Los hemos perdido. Extremad las precauciones. El Rostro De La Locura no debe salir.

¿“Confusas, ininteligibles”? Me viene a la mente el muy reciente e inolvidable paso entre aquella multitud enloquecida, la innegable verosimilitud del poder que el chiflado de la máscara se atribuía. Me da que este intrépido proyecto tiene todas las de fracasar, tentado estoy de soltar mi arma y echar a correr. Sin embargo, me agarro con más fuerza al rifle, temiendo que toda fibra cobarde de mi cuerpo me acabe traicionando, y por extensión a mis compañeros.

Mis manos sudorosas hacen escurrirse las pequeñas empuñaduras del arma, me seco una y luego la otra contra la holgada camisa que visto, la camisa de Hardy. “La camisa de Hardy, la camisa de Hardy”, me repito una y otra vez, como inocua defensa contra mis terroríficas cavilaciones, con auténtico automatismo de enfermiza mezquindad psicópata.

— ¿Posición del equipo? —ruge Dead, enfadado, preocupado.

—Olvídate de ellos, Dead. Ahora son hostiles.

—Kyle, ¿dónde?

—Suite del ático, la estaban asaltando, antes de...

—Subimos. Antorchas encendidas.

— ¡Maldita sea, Dead! ¡Ya no son ellos! —estalla Avatar, crepitando su voz en nuestros auriculares.

— ¡Cállate, Kyle, no podemos actuar según tus teorías y suposiciones!

Dead empieza a subir escaleras, seguido de cerca por Jones. Él y todos sus hombres activan un dispositivo en su hombro derecho, algo delgado y corto que yo tomaba por una especie de antena, un bolígrafo para improvisar apuntes o un vacío adorno del traje. El pequeño palito de cada uno empieza a brillar intensamente, emitiendo luz blanca en todas direcciones de manera uniforme, pero sin deslumbrar ni al mirarlo directamente.

— ¿Qué es esto? —se oye preguntar a Violet, haciendo materializarse mi propia curiosidad.

—La antorcha —le contesta una voz que reconozco como la del tal Cherry—. No sé muy bien cómo va, pero se supone que cada pequeña molécula de lo que está hecho este material consume hidrógeno del aire, como una tira de millones de microscópicos soles.

—Está frío —añade Violet, y me la imagino acercando la mano al chisme, la muy insensata.

—Puedes tocarlo. Lo cubrimos con el puño para invisibilidad instantánea, no pasa nada —la tranquiliza él.

— ¡Maldita sea, Cherry! ¡Cuando devolvamos la normalidad al mundo la invitas a salir y le cuentas lo que quieras, pero de momento cállate!

En esta ocasión, ni siquiera Violet se disculpa ante el furioso siseo de Dead.

Vamos subiendo, a un paso tranquilo, cauteloso y silencioso. Hardy, delante de mí, parece moverse cómodamente, a pesar de jadear de manera regular y controlada. Es un tipo robusto, pero su forma física no es la mejor. Temo que se esté sobreesforzando para ponerse a la altura de los demás, y me lamento de haberme rendido a su legendaria tozudez y permitirle venir con nosotros.

Cuando ya estoy convencido de que no vamos a encontrarnos de nuevo el portal, seguro de que ya dejamos atrás el piso donde lo vimos ayer, toda la columna se detiene, ante la probable orden silenciosa de Dead.

— ¡Oh, oh! ¡Ahí está! —oigo decir a Jones, algo más arriba.

Jones se ha parado en un descansillo y se ha vuelto a mirar a Dead.

— ¿Ahí está, qué? —pregunta éste a su vez, intrigado.

—Desde ese lado no se ve, al parecer. Avanzad, pero con decisión —dice Jones.

Dead nos manda esperar y cruza a la mitad contraria del descansillo, más allá del invisible límite señalado por Jones. Se da media vuelta.

—Sí, ya veo, así son todos. Sólo funcionan en un sentido.

Acto seguido nos hace pasar a todos a paso ligero. Al volver la vista atrás, alarmado por un repentino escalofrío que me sacude toda la espina dorsal, me hago la zancadilla a mí mismo no sé cómo y caigo contra Dead, que me sostiene oportunamente.

— ¡Tranquilo, hombre! —exclama de viva voz, dándome un par de palmadas en el hombro.

Pero no le escucho, tengo la conciencia y la vista sumergidas en la superficie vaporosa del portal que, al mirar por encima del hombro, parecía cernirse sobre mí en palpitante torbellino. La luz intensa y clara de las “antorchas” de estos tipos me permite apreciar, por decirlo de alguna manera, las tranquilas evoluciones de cada una de las espesas volutas negras, que dan la impresión de avanzar más allá del contorno verde que las contiene por efecto de su trayectoria espiral, como una broca perforadora hecha de humo. A causa del ilusorio relieve del opaco gas, siento que se estira hacia mí, y retrocedo en torpes pasos hacia la pared a mi espalda cuando veo aparecer de la nada la oscura silueta del agente que me seguía, y luego a los demás, y así hasta que sale Violet en último lugar. Ella se vuelve a mirar el portal, se acerca a mi espantada persona y me pasa una mano ante los ojos con teatrales movimientos.

—Soy una marcianaaaaa... —dice con voz gutural.

Me saca así de mi horrorizado pasmo, le aparto la mano bastante molesto y subo unos pocos peldaños, aprensivo como sólo yo sé ponerme.

Jones y Dead han esperado inmóviles a que pasáramos todos. Dead examina un momento el portal. Su contorno hace imposible volver atrás sin atravesarlo, con billete gratis a quién sabe dónde.

—Cole y Church, os quedáis a vigilar. El Rostro De La Locura no debe pasar, y si veis aparecer cualquier cosa de ahí dentro, abatidla sin titubeos. Los demás, seguimos.

Reiniciamos la ascensión al mismo paso. Jones y Dead nos adelantan por un lado y se ponen en cabeza de nuevo. Jones sabe a qué atenerse, pero el arrojo de Dead, que ya estuvo a punto de morir a la entrada del hotel, me impresiona. No le arredra la posibilidad del inesperado peligro que aceche sobre el cuello de quien asome primero la cabeza, y está decidido a recuperar a sus compañeros ya muertos del otro equipo. La verdad es que no sólo estoy impresionado, ¡también estoy acojonado!

Por fin llegamos, en mi caso por tercera vez, al piso del ático, justo en el momento en que los calambres de mis piernas empezaban a gustarme, mira tú por donde. La fila vuelve a detenerse; veo que Dead, antes de echar mano al pomo de la puerta, manda a sus hombres apagar esos extraños dispositivos luminosos, quedándonos de súbito en total oscuridad.

—Me temo que lo que nos vamos a encontrar no será de tu agrado —oímos decir a Jones tan

pronto como nos envuelven las tinieblas, lo que es a mí, temblequeándome todo el cuerpo al sonar su grave voz.

Su frase parece ir dirigida a Dead, que, como si no le escuchara, abre la puerta dejando una línea de penumbra recortar su silueta contra mi ansiosa mirada. También veo los ojos de Jones brillando suspendidos en la nada, a su lado. ¡¿Por qué tengo que ver estas cosas?!

—No sé de qué hablas —susurra Dead, contestándole—, pero, estén vivos o no, es nuestro deber comprobarlo, joder.

—Extrema el cuidado, Dead. Estás poniendo en peligro la misión para nada —se oye decir a Avatar, tras tanto rato calladito.

—Kyle, tú y yo sabemos que, de ser tú, se oírían tus gritos de socorro en quinientos kilómetros a la redonda, así que cállate a no ser que sea para facilitar información, y deja de jodernos.

La respuesta de Dead, mientras se mueve con cuidado más allá del umbral de la puerta, no halla réplica por parte de Avatar. Le tengo por un peligroso temerario, pero me encanta su reticencia a dejarse mangonear. Y el modo en que se habla con Avatar insinúa una larga historia en común, como si se conocieran de hace tiempo y no se llevaran todo lo bien que sería conveniente. Lo que me queda claro es que Avatar se las daba de líder, pero aquí no manda una mierda.

Salimos tras él, en dos filas, pegados a la pared del largo pasillo, oyendo aquello que ya habrá detectado Jones hace varios minutos, lo mismo a lo que acaba de hacer referencia con “no será de tu agrado”.

—La chica y Cherry, quedaos en la puerta —susurra Dead—. Barrier, tú con nosotros.

—Me llamo Violet —aclara ella, sin sonar molesta o enfadada, dando la información solamente, para quien quiera hacer buen uso de ella.

Con uno de los lanzallamas detrás, nos acercamos a la esquina donde, torciendo a la izquierda, llegaremos a la caja continente de mis más terribles experiencias pasadas. ¿Qué nuevos horrores habrán de quedar, en esta ocasión, grabados en mi retina? Estoy a punto de averiguarlo. Espero cualquier cosa, con lo que quisiera evitar volver a oír romperse en pedazos la frágil trama de mi realidad, y ahora mismo estoy más preocupado por el tal Barrier y su mochila llena de napalm, que me siguen de muy cerca para mi gusto.

Indescriptibles voces y rugidos, inequívocamente humanos, por su tono y timbre, pero carentes de razón o significado, por la ausencia de palabras reconocibles y la extrema disonancia incongruente, anticipan, para oídos versados como los míos, el tipo de conflicto que se libra al otro lado de la roja puerta de dorados ribetes, colores que asocio de manera inconsciente a la entrada hacia el infierno.

Los pequeños tragaluces del techo otorgan una visibilidad traslúcida, espesa, de un grisáceo como de neblina, entre la que veo moverse a mis compañeros como negras sombras de difusos contornos. Y el primero de estos espectros, el que ha de ser Dead, tiende su mano hacia el pomo de la puerta.

“Allá vamos, vuelta a empezar”, oigo decir a una vocecilla aguda y burlona, desde algún oscuro recoveco de mi mente.

Dead abre de sopetón la puerta, sin echar antes una cautelosa ojeada, dispuesto a acabar con lo que sea que hace gritar tan horriblemente a sus hombres. Una oleada de repugnante olor de sangre y carne en descomposición hace que Hardy y yo nos llevemos una mano a la boca; ha de tratarse de los hombres de Mitsune, cuyos restos llevan esparcidos en esa habitación, ¿cuánto, tres días?

A Jones no le impresiona el olor, y al comando de Avatar les llega el aire filtrado por sus máscaras, así que quiero creer que el espectáculo de ahí dentro, la cruenta lucha que libran sus compañeros, no les provoca la misma, digamos, embriagadora sensación de miedo y asco que a

mí. Porque no me muevo, quiero hacerlo, pinchado por mi maltratado orgullo, pero nada. Me quedo apoyado en el marco de la puerta, como exhausto, mientras todos los demás van entrando en la gran sala pasando a mi lado. Alguien, creo que el tipo del lanzallamas, se para junto a mí, poniendo una mano en mi hombro.

— ¡¿Pero qué hacéis?! —grita Dead a sus muy entretenidos amigos de ese otro equipo.

Como el que forman Dead y sus hombres, esa otra unidad la constituyen ocho miembros. Veo que hay dos muertos, tirados en el suelo, abatidos a tiros de rifle de plasma, deduzco por las volutas humeantes que despiden sus heridas. Otros dos se enfrentan, uno de pie, hundiendo sus dedos en los ojos de su compañero arrodillado mientras éste le apuñala una y otra vez los muslos con un cuchillo militar. Un solitario, sentado en el suelo, con una pierna mutilada a fogonazos de plasma, dirige el cañón de su arma hacia la pierna buena y empieza a disparar pausadamente, con dedicación, haciendo desintegrarse primero la bota, luego el tobillo, la rodilla... Se ha quitado el casco, para ver mejor su obra, quizá, y sonrío, con espesos hilillos de sangre resbalándole de la boca, sin dejar de mascar lo que debe ser su propia lengua.

Los tres que quedan están, uno tumbado en el suelo, tranquilamente, y los otros dos mordisqueándole los dedos de una mano y el antebrazo contrario, respectivamente, tragándose la carne y la ropa sin el menor reparo. Al escuchar el grito de Dead, los dos caníbales nos miran sin expresión, balbuceando con las bocas llenas.

—Han enloquecido. El Rostro De La Locura —ruge Jones para hacerse oír por encima de los estridentes alaridos de todos ellos.

Según acaba de decir esto, los devoradores, como de mutuo acuerdo, se ponen en pie y salen corriendo contra Dead y Jones, dispuestos a cambiar de menú. Jones los ataja, siega la furia de ambos con magnánimos golpes de su mano desnuda, los mata en el acto. Veo con alarma que Dead, confuso, apunta con su arma a Jones, en defensa refleja de sus compañeros, pero no dispara.

Jones se vuelve hacia él, poniendo su ensangrentada garra sobre el rifle de plasma.

—No hay vuelta atrás, ya no son ellos. Matadlos —sugiere, y viene hacia aquí, dando la espalda al cada vez más poblado cementerio de seres mutilados.

El tal Barrier y yo mismo retrocedemos para dejarle salir, mientras Dead y otro hombre rematan a los chiflados.

—El Rostro De La Locura no está. Debió esperar aquí para hacer esto, puede que como advertencia para los de El Triunvirato, pero ya se ha ido —me dice, clavándome sus pupilas elípticas en las mías, tan redonditas—. ¿Qué vamos a hacer, Nass? ¿Cruzaremos el portal con esos hombres, en pos de él?

Pone la decisión en mis manos, pero tras tantos años juntos sé por su tono de voz que en realidad me está pidiendo que lo hagamos. Me da la oportunidad de decir que no porque es mi amigo, y sabe que estoy descubriendo que no soy tan fuerte como yo mismo me creía.

— ¡Eh!, ¿qué está pasando ahí? ¿Necesitáis ayuda? —oigo preguntar a Violet.

Asiento en silencio a la pregunta de Jones.

—No, Violet, esperad ahí. El Rostro De La Locura ya se ha ido. Vigilad el portal, supongo que vamos a cruzarlo —le contesto a ella e informo a los demás.

— ¡Uau! —responde, pero sin alegría ninguna.

—Ya era hora... —protesta Kyle Avatar.

EN LA ACRÓPOLIS DEL CIELO

—Un momento, un momento —empieza a decir Violet, interponiéndose entre nosotros y el portal.

Dead, quien acaba de dar la orden de avanzar a través del halo, hace ademán de empujarla a un lado. Pero ella se le resiste.

— ¡Un momento, joder! —replica ella—. La aparición de los portales ha dejado sin luz a la ciudad. ¿Cómo sabemos que cruzarlo no inutilizará estas “superarmas” y el resto de artilugios?

Dead abate su postura, derrotado ante la lógica de la cuestión.

— ¿Kyle? —llama en un susurro.

—Ya lo he oído. No pasa nada. La apertura del inmenso portal sobre la ciudad, ayer, fue lo que sobrecargó y achicharró los transformadores de las tres centrales eléctricas metropolitanas — contesta Avatar, pretendiendo resultar tranquilizador—. Es muy técnico, el señor Wise lo explicaría mejor: fue un efecto secundario del desplome de energías que no conocemos combinadas con la masa y magnetismo del propio portal y del mundo al otro lado, pero fue algo momentáneo, los portales en sí mismos no hacen nada.

—Kyle, ¿seguro? —insiste lentamente Dead, desconfiado.

A mí me pasa igual. Avatar parece muy entusiasmado con que persigamos al loco de la máscara más allá de esta cosa de niebla negra, pero él no está aquí, armado con rifles que funcionan a pilas. Menos mal que conservo mis queridos calibre cuarenta y cinco...

—Seguro Dead, no temáis.

—Que no temamos, dice el cabrón.

Y diciendo esto, Dead se interna en el torbellino de densa atmósfera.

—Guardemos la misma formación —dice Jones para todos los demás, y le imita.

Le siguen otros dos hombres, y ahora nos toca a Hardy y a mí. Hardy se vuelve a mirarme, enarcando las cejas y encogiendo los hombros.

—Pasemos con decisión. ¿Te imaginas que se apague mientras cruzamos? Igual quedamos partidos, con una mitad a cada lado. ¡Je!

Y se lanza de un salto al interior, y yo con él, pegado a su espalda, temiendo esa posibilidad, por muy gracioso que a él le parezca.

He cerrado los ojos, esperando dolor, un violento tira y afloja de quién sabe qué desconocidas fuerza. Y dolor es lo que recibo, pero no del tipo que imagino. Me golpeo la machacada nariz contra algo blandurrio y de tacto suave. Abro los ojos, asustado, mientras suelto el pequeño rifle y me llevo las manos a la cara. Me he dado contra la gruesa espalda de Hardy, envuelta en su eterna chaqueta de pana granate.

— ¡Mierda! —gruño— ¡Joder, qué haces!

— ¿Qué te pasa, Nasser? —me contesta.

— ¿Queréis apartar de ahí, para que pasen los demás? —nos increpa la voz de Dead.

Demasiado tarde. Me he inclinado a recuperar el arma del suelo, y algo me golpea el trasero lanzándome hacia delante. Me doy con la cara en la cadera de Hardy, que tropieza al intentar retroceder para dejarme sitio, así que caemos uno sobre otro. Su rodilla se me clava en el estómago, suelto un bufido sorprendido de dolor; alguien tropieza con mis pies y se me cae sobre la espalda, dándome con algo metálico en los riñones. Suelto un alarido de auténtico sufrimiento.

Revolviéndome inútilmente, veo que Jones se nos acerca, coge a Hardy por un hombro y tira de él, arrastrando el peculiar sandwich de tres hombres a un lado, donde no molestemos con nuestras piruetas a los que van llegando.

— ¡Cole! ¿Qué te pasa, que te ponen cachondo los tríos, no? —regaña con cierta hilaridad Dead, ayudando a incorporarse al tipo que tengo encima.

—No, señor —contesta el aludido, ayudándome a levantar—. Me conformo con una tía que los tenga bien puestos, como la que le puso en su sitio hace un minuto, señor.

—Muy gracioso, Cole. Sigue así —dice Dead, no tengo claro si animándole o amenazándole.

— ¿Habláis de mí?

Violet es la última en aparecer desde más allá del halo, y mantiene una sugerente postura heroica, con los brazos en jarras, el rifle de plasma apoyado en la cadera.

— ¡Eh, el que más bichos mate hoy se gana una cita conmigo! ¿Vale? —añade ella, sonriendo.

—Joder, esto parece un puto club de la comedia —se lamenta Dead, meneando la cabeza—. Rose, como antes, con los escudos.

Violet parece dudar un momento.

—Es Violet, no Rose.

—Vigilad los flancos. Estamos en territorio hostil —continúa Dead, ignorándola.

No sé si es hostil o no, pero un vertiginoso terror se apodera de todo mi ser al alzar la mirada y reconocer recortándose contra el cielo tempestuoso las lejanísimas y arrebujadas cúspides de aquellas torres púrpuras que vimos desde las afueras de la ciudad. Resulta que me encuentro en mitad de la acrópolis del cielo.

— ¿Esto es Marte? —oigo que pregunta Violet.

—Creo que estamos sobre la nave de los marcianos, Kyle —informa Dead.

Estoy todavía mirando a la tormenta que relampaguea silenciosa, como lo ha estado haciendo los días anteriores, por encima de los altos baluartes, imposiblemente relucientes a pesar de la arena o polvo que los recubre. Sólidos cúmulos de nubes que parecen pesar millones de toneladas y que, sin embargo, flotan circulando en espiral unos junto, sobre y alrededor de otros.

—Bien —dice Avatar—. Según entendió el señor Wise en los planos, la máquina de los portales debería estar instalada en una especie de sótano o cámara del subsuelo, en algún lugar de esa especie de ciudadela.

— ¿En algún lugar? —protesta Dead—. ¿No sabéis dónde?

—La idea era que el Rostro De La Locura os llevara hasta ella —se disculpa Avatar.

—Joder —ruge Dead.

Todo el equipo, incluso Hardy y Violet, vigilan nuestro alrededor con disciplina marcial, mientras yo doy vueltas sobre mí mismo, contemplando el silencioso y radiante paisaje que nos rodea: el suelo se compone de pequeños baldosines octogonales de color azul oscuro, los edificios de enormes placas octogonales de color púrpura, y ya está. No hay mucho más que describir, todo lo que se ve tiene esa misma homogeneidad extrapolada a toda la ciudad, al parecer. No hay calles, al menos en el sentido en que estamos acostumbrados a utilizarlas los humanos. Las gigantescas circunferencias de la sección de las torres parecen proyectadas en el plano de la ciudad totalmente al azar, tan pronto muy cercanas unas de otras como más separadas, y aunque siempre hay espacio de sobra como para conducir un coche entre ellas, sus exageradas dimensiones y extrema altura me producen una claustrofobia aplastante.

Vuelvo a alzar la vista al cielo, pero la sensación empeora, me da la impresión de que las torres van a chocar entre sí, las nubes negras van desapareciendo de mi vista, todo es púrpura y me aplasta.

— ¡Ay, madre! ¿Qué le pasa a éste? —oigo exclamar a Hardy.

—Nass, te estas poniendo azul, ¿quieres calmarte y respirar, por Dios santo? —me dice Violet

al oído, rodeándome los hombros con un brazo.

— ¿Algún problema? —quiere saber Dead. Si será pesado.

—No, es que no cree en los extraterrestres, y ahora está montado en su nave espacial. Eso es lo que le pasa —Explica Violet, con humor.

¿Cómo puede hacerle gracia? Me vuelve loco este extraño sitio. ¡Esto no puede existir, no debe existir!

—Hay gente muriendo en nuestra ciudad mientras hacemos el turista por aquí, ¿podemos seguir o no?

—Si... Si —tartamudeo—. Sólo ha sido un mareo.

—Está embarazado —añade Violet. Algunos de los hombres de Dead le ríen la gracia.

— ¡Eh, se acabó! ¡Basta ya de bromas! —interviene Dead, para mi alivio.

—Creo que puedo seguir el olor de el Rostro De La Locura —dice Jones de pronto.

Todos le miran, incluso yo, ya repuesto de mi ataque de claustrofobia absurda.

— ¡Por fin una buena noticia! Lo dices en serio, ¿no? —insiste Dead.

—Claro.

—Muy bien. Movámonos sin hacer ruido. Esto está muy tranquilo y nos conviene que siga así.

Empezamos a andar. Jones va delante, guiándonos por el laberíntico y monótono paraje. Se mueve despacio, mortalmente silencioso, salvo por el leve aleteo seco de su gabardina raída, sacudida por el aire helado de la tormenta artificial. Gruesas gotas aisladas empiezan a golpetear el esmerilado pavimento, y no pasan ni treinta segundos cuando ya vuelve a llover de la misma torrencial forma que los días anteriores, antes de que esta cosa se pusiera entre el cielo y la tierra. Me pregunto si esto es humedad propia de las espesas nubes o parte de la climatología del planeta Marte al otro lado. A ver si la lluvia es radiactiva o algo peor...

—Dead —llamo, sin dejar de vigilar, francamente asustado, todas las bifurcaciones que pasamos de largo y vamos dejando atrás—, debería saber algo.

— ¿Quién habla?

—Yo, el detective. Esos seres pueden anular la voluntad de sus víctimas mediante el sonido, al parecer. Es peor cuantos más son.

—Ya estamos al tanto, señor Pulois —interrumpe Avatar—. Le recuerdo que así perdimos a tres hombres el día que nos hicimos con el cadáver de uno de ellos. Sólo Dead se sobrepuso y logró incinerarlo, y el señor Wise desarrolló una contramedida. Los soldados que le acompañan tienen en sus cascos filtros de infrasonidos, quédese junto a ellos y estará a salvo.

—Sí. A salvo —repito, sin creérmelo para nada.

—El misterioso señor Wise está en todo, ¿eh? —comenta Violet.

—Está en todo, pero no está aquí —añade Cherry.

Así que fue Dead el que se enfrentó primero a los seres, me digo. Puedo imaginarme cómo fue, a mí me pasó algo parecido. Logró superar el irracional terror con otro sentimiento igual de primordial e instintivo: la ira. Ver a sus hombres morir debió ser lo que encendió su rabia, lo que le salvó la vida. Cada vez me cae mejor.

— ¿Dónde están todos? Me imaginaba que esto estaría lleno de marcianos...

—Joder, niña —contesta Hardy—, pareces decepcionada y todo.

—No invoques al demonio, Rose. Y silencio —la reprende Dead, por enésima vez, y no será la última.

— ¡Que mi nombre es Violet!

— ¡Que te calles... Rose! —insiste él.

La broma de Dead me hace sonreír, revolcándome en el excremento de mi miserable sed de venganza satisfecha, después de tanto reírse ella a mi costa. Que tome de su propia medicina.

Después de caminar durante unos quince minutos bajo la gélida lluvia inmisericorde, Jones se detiene al pie de una de esas colosales torres. La examina, baja la vista, dejando caer un buen chorro de agua acumulada en el ala de su sombrero.

— ¿Qué pasa? —pregunta Dead.

—Diría que se ha metido aquí. Pero a saber cómo se abre —se lamenta Jones, soltando una mezcla de gruñido y suspiro de frustración.

Miro en la dirección de donde vinimos. No veo cómo vamos a encontrar el camino de regreso. Espero que Jones sepa hacerlo.

—Kyle, tenemos que entrar en uno de los edificios, pero no hay puertas ni ventanas a la vista. ¿Alguna idea?

—Un momento —contesta Avatar.

Mientras esperamos respuestas, Jones intenta pasar su mano huesuda por la superficie de placas púrpuras. Parece hacer un gran esfuerzo, y finalmente retira la mano sin haberlas rozado siquiera.

—Esto se parece a las armaduras que visten algunos de los seres —comenta mirándose la palma—. Hay una especie de campo de fuerza, por eso brillan tan raro.

—Eh..., Dead.

—Dime, Kyle.

—El señor Wise dice que tendría que verlo para saber cómo abrirlo.

—Joder, dile a Brian de mi parte que si estuviera aquí no tendría ni puta idea, como nosotros. Aparta, Jones. War, conmigo, empieza desde ahí abajo. Haremos un arco y después a ver si somos quién a tirarlo.

Jones se retira y se me acerca, levantando las manos y encogiéndose de hombros. War y Dead empiezan a disparar contra la fachada desde la base y subiéndolo, dibujando en la superficie purpúrea una entrada de unos dos metros de ancho. Los fognazos de plasma no encuentran resistencia en el manto protector invisible, y hacen fundirse el desconocido material de las placas octogonales.

— ¡Qué derroche de munición! —me gruñe Jones, divertido.

Hacen disparos muy seguidos unos de otros, con cuidado de trazar líneas continuas. Cuando parece que ya han terminado, repiten el proceso en dirección inversa, viendo que la pared no ha sido atravesada de parte a parte por los disparos. Esta segunda ronda sí perfora la gruesa capa, y cuando terminan intentan entre los dos echar abajo la sección.

Sus violentos empujones se vuelven contra ellos, repelidos por el campo de fuerza, aún intacto.

—Dejadme a mí —dice Jones, acercándose a la improvisada puerta.

Da tres largos pasos a la carrera, salta y lanza una potente coz contra la pared girando sobre sí mismo en el aire. Creo que no llega a tocar el muro, pero el efecto de empuje de la barrera se reparte entre la propia pared y Jones. Éste cae de bruces en el suelo lanzado por su propia fuerza, pero el segmento de pared se desploma al interior de la torre, temblando ruidosamente como una enorme moneda.

— ¿Estás bien? —dice Dead, acercándose a él y ayudándole a levantar.

—Sí, no ha sido nada, gracias —gruñe Jones, avergonzado.

Creo que Jones, al igual que yo, no se esperaba tanta camaradería por parte de un desconocido humano. Casi diría que está contento, agradecido de veras.

— ¿Lo habéis abierto? —quiere saber Avatar.

—Sí, Kyle... Gracias por nada, chicos —dice Dead, concienzudamente ácido.

— ¡Esto es impresionante!

Jones se está asomando al interior de la colosal estructura, de cuyo interior sale luz del mismo tono e intensidad que la que tenemos aquí fuera.

— ¿Qué hay, Jones? —pregunto alzando la voz sin darme cuenta, a lo cual responden algunos hombres mirándome, sorprendidos por el ataque a sus oídos.

Dead se une a él en el escrutinio, vigilando uno y otro lado del improvisado paso.

—Concentrémonos en lo que hemos venido a hacer. ¿Por dónde?

—Diría que por este lado. Hay otros olores, muy fuertes, el rastro se vuelve confuso.

—Intentémoslo, confío en ti —le anima Dead, empezando a caminar tras él, hacia la izquierda de la entrada.

Al pasar dentro, donde un segundo muro interior hace un corredor junto al cascarón exterior, me quedo con la boca abierta al poder ver todavía la inmensa y abigarrada conjunción de torres asediándonos desde todos lados. La pared exterior es totalmente transparente por este lado, como un grueso cristal impoluto de imperfecciones. Sólo al pasar la mano por ello me cercioro de que existe, de que la pared sigue ahí.

—Un buen invento para ver el paisaje. Lástima que no haya mucho que ver... —apunta Violet, entrando en el pasillo junto a los de los lanzallamas.

El corredor recorre el contorno circular de la torre manteniéndose a nivel, y se me ocurre que tarde o temprano volveremos al lugar por donde entramos, incapaces de encontrar el paso oculto que nos permita seguir avanzando. Sin detenerme, apoyo mis dedos en el muro de apagado color verde a mi derecha, esperando encontrar la hormigueante resistencia de otro campo de fuerza o algo así. Pero nada, lo único que noto es la textura rugosa de esa fachada en mis yemas, lo que me hace apartar la mano en un arrebato de grima, pues a la vista me había parecido totalmente lisa, muy pulida.

Me froto los dedos en mi camisa, inquieto, y me vuelvo hacia mi izquierda al notar que uno de los soldados me mira con fijeza desde detrás de los redondos cristales de su máscara. Me señala la pared con un dedo y me niega con la cabeza. No sabe qué he notado, pero tiene toda la razón: mejor no tocar nada porque no sabemos lo que es, ni lo que puede hacernos. Me sacude un atisbo de alarma al ocurrírseme, otra vez, la idea de estar expuesto a radiación o contaminación de algún tipo, irradiada por los extraños minerales o metales, no sabría decirlo, con los que están construidas estas torres. Ojalá tuviera yo también una máscara antigás.

Precisamente cuando estoy pensando en qué puedo estar respirando y qué efectos tendrá en mi organismo, empiezo a sentir un cosquilleo donde se me deben unir las fosas nasales con la garganta. Huelo y saboreo, todo junto, lo que parece una mezcolanza de muy diversos aromas rancios; no podridos, sino más bien unos efluvios de impresión húmeda o grasienta, como de algún tipo de maceración o fermentación, lo que no quita para que resulten desagradables como no se me ocurre qué otra cosa.

Nuestros amigos de El Triunvirato no tienen el “placer” de “degustar” la tan pegajosa y orgánica atmósfera gracias a los pertinentes filtros, y es Hardy quien, con la voz ahogada por la pana de la manga de su chaqueta que se aprieta contra la nariz, hace patente lo insoportable y enervante de esos vapores.

— ¡Por Dios, Jones, ¿de qué procede ese olor?!

— ¿Cómo lo voy a saber, abuelo? Pero ya estamos llegando. Tranquilos, creo que no hay peligro.

— ¿Que no hay peligro? Y si nos estamos envenenando, ¿qué? —le replico en un seco tono de

suficiencia, dándome por el único genio que lo ha pensado.

—Pues, no sé, Nass. Supongo que si este ambiente fuera mortalmente pernicioso también estaría muerto El Rostro De La Locura, ¿no?

—¿Qué ocurre, huele a algún tipo de gas? —quiere saber Dead.

—No, parece el olor de algo muerto no hace mucho —le aclara Jones.

Jones camina impasible, revólver en mano, sin que parezca afectarle para nada la adherencia entre dulzón y acre del sabor del aire, que me llena de lágrimas los ojos y de convulsivas contracciones la garganta.

—Sale de aquí —anuncia.

Por fin, una variación en el escenario. Ésta resulta ser la forma rectangular y exageradamente alta de una puerta excavada en el repelente muro verdoso. Proporcionalmente, diría que está adecuada a la gran envergadura de Jones y seres como él, con lo que dos individuos de esa especie entrarían cómodamente a la vez.

—¡Vaya! ¡No os vais a creer lo que vais a ver! —exclama Jones como si nos aguardara una grata sorpresa—. ¡Esto te va a encantar, Violet!

Jones se ha parado ante la abertura, que da paso a la más impenetrable oscuridad de lo que se adivina una amplia sala, dada la casi inapreciable reverberación de su voz proveniente de allí dentro.

Dead nos hace acercarnos pegados al muro, aunque la actitud de Jones da a entender que no hay peligro a la vista. Ordena con un silencioso gesto encender las antorchas a todos sus hombres y acto seguido nos manda entrar, siguiendo a Jones, y asegurar la sala.

Al lanzarme dentro tras de Hardy, noto en la piel de mi cara y manos un contrastado frío respecto al corredor que seguimos hasta aquí, e incluso comparado con el ventoso y húmedo temporal del exterior. Es una especie de frescor aislado, como de cueva, y es patente la humedad, no sólo porque se me pegue a las papilas gustativas tras condensármese en las fosas nasales, sino porque incluso el suelo es resbaladizo, y hasta creo oír un fino goteo derramándose en algún sitio.

Porque lo que se dice ver, no veo mucho. La sala es mucho más amplia de lo que suponía, y las luces de estos tipos, por muy inagotable que sea su fuente de energía, producen una pantalla de luz limpia pero difusa y muy limitada, visibilidad para tres metros alrededor de cada hombre. Me separo un poco de Hardy y me uno al hombre que me sigue. Nos separamos todos de esta forma, en parejas, obedeciendo la orden de Dead de comprobar y asegurar la sala.

—Rose y escudos, permaneced a la puerta —le oigo decir.

—Y dale con lo de Rose...

Mi compañero y yo nos movemos juntos, buscando la pared para luego recorrerla y localizar posibles salidas a otras salas.

Ni idea de cómo le va a él, pero a mí me chorrea la frente, gruesas gotas chocan contra el vendaje de mi nariz y se cuelan debajo, produciéndome molestos cosquilleos que no puedo aliviar. El miedo más intenso e infantil me hace vibrar de expectante tensión, no dejo de mirar a uno y otro lado, delante y detrás, convencido de que algo nos acecha en la negrura de más allá de nuestra limitada burbuja de luz, terrores a los que no atribuyo forma concreta que se arrastran a mi alrededor buscando un punto ciego desde el que atacarme.

En uno de estos frenéticos vistazos a mi alrededor, cuando observaba las parejas dispersas y examinaba con ojos entrecerrados la absoluta oscuridad inescrutable entre ellas, mi compañero me pone una mano en el hombro, para que me vuelva a lo que está apuntando.

A estas alturas ya bien podría estar inmunizado contra cualquier clase de horrores que se me presenten de ahora en adelante en la vida, pero eso sería si se tratara de una vida en tierra firme, es decir, la vida de un humano en su mundo, con todas las leyes de la naturaleza respectivas al

hábitat que le es propio. He ahí la explicación de que me siga hundiendo muy poco a poco, y cada vez más, en el pozo de desesperación y locura en el que no dejo de vadear para mantener apenas la cabeza a salvo, mientras los pies me escarban en el lodoso fondo.

El caso es que me doy media vuelta y, con una repentina flojera de piernas, caigo de rodillas, intentando con una mano sostenerme en el hombro escurridizo del agente mientras disparo por acto reflejo con la otra, todo con la vacuidad de una presa entregada, sabedor de que toda pelea será inútil. El arma, por supuesto, no dispara, sólo hace inofensivos “clic, clic, clic”, ya que hay que usar ambas manos para que funcione. Menuda mierda.

— ¡Eh, tranquilo, tranquilo, hombre! —oigo decir a una voz en mi oído, que debe ser la del hombre que intenta sostenerme.

Lo que estoy mirando, mientras intento incorporarme con las suelas patinándome sobre la humedad del suelo, es, valga la redundancia, una cosa que me mira a su vez. Mi dedo en el gatillo del arma sigue intentando disparar (aunque ya no le apunto) durante mi involuntario espasmo de auténtico horror, con todo mi ser chillando sin voz ante tamaña aberración, y lo digo tanto por sus dimensiones como por lo grotesco.

— ¡Está muerto, está muerto, tranquilo! —me dice mi anónimo compañero.

Pero no me consuela para nada. La cosa reposa sobre una especie de butacón, como si una retorcida mente hubiera encontrado muy gracioso el disponerla de esa manera, vigilando el resto de la sala en su descanso. Lo que podría llamar el cuello se apoya en el alto respaldo del asiento, con la cabeza abandonada sobre los reposabrazos, de los que se desborda ampliamente su contorno. Los tres pares de ojos sin pupila, repartidos simétricamente por el cráneo en ángulo abierto desde su centro, parecen dirigirse directamente a mí como en muda protesta de su situación. Con las placas que constituyen sus tres o cuatro juegos de mandíbulas asemeja estar intentando roer el mueble, todo eso que será la boca abierta a todo lo que da, los innumerables juegos de colmillos afilados y de muelas, romas por un desafortunado uso o desgaste, goteando saliva o gelatina sucia que la criatura ya no puede enjuagar.

La espesura de gruesos pelos o cilios, que recubren a cachos la costra de aspecto calcáreo que es su piel, se mantienen jugosos, con una viscosidad patente en los húmedos manojos en que algunos están enredados. Unos pocos de estos cilios parecen arrancados o reventados, y coágulos de una mantecosa sustancia amarillenta los sustituye en interrumpida supuración de unos poros u orificios repugnantes y de aspecto ponzoñoso, que debía ser de donde crecían los cilios.

—Toda la sala está llena de cadáveres. No los toquéis, tan sólo aseguraos de que nada se mueve —nos advierte Dead.

—Debe tratarse del alimento que tienen en Marte. Si algo estuviera vivo lo notaría —ruge Jones, para que todos los hombres dispersos por la gran sala puedan oírle.

—Jones, ¿cómo se te ocurre decirme que me iba a encantar, esto? —se lamenta Violet, tapándose nariz y boca con la mano.

Ella se mantiene junto a la entrada con los tipos de los lanzallamas, cubriendo el trío la posible retirada, y observa los restos de las muy diferentes criaturas a medio devorar iluminadas por las antorchas de cada pareja.

—Bueno, ya sé que debe resultaros asqueroso, pero como parecías tan ilusionada y ansiosa por lo extraterrestre... —se excusa Jones.

Mi compañero ha empezado a rodear el butacón sobre el que está tirado el monstruo, y yo le sigo, claro, para no quedarme a solas en la oscuridad. Así, exploramos el resto del cuerpo, una alargada coraza segmentada en la que se intuyen innumerables puntos de articulación, que me recuerda al cuerpo de una cucaracha, y de cuyo lateral salen gran número de extremidades, no estoy como para pararme a contarlas, que se apoyan en el suelo en extraños ángulos, como si la criatura se hubiera desparramado exhausta tras una larga caminata. Algunas patas parecen

cortadas o arrancadas, y de entre las astillas afiladas del cascarón sólido que es la piel del bicho se ve asomar una repugnante masa rosada trazada de jirones negros y gruesos, que pueden ser algo así como venas, algunos colgando más allá de la masa rosa como demasiado estirados. En algunas partes, una especie de hongo o bacteria, que es a lo que atribuyo esas pequeñas masas de bultos parduscos que se hinchan pausadamente como si respiraran, parece estar alimentándose o creciendo a costa de la materia muerta. Estoy casi seguro de que el más vomitivo hedor de esta sala procede de ese organismo, si es que es tal cosa.

Me detengo a mirar la pata o garra más próxima a la cabeza del extraño animal, que difiere drásticamente en tamaño y forma de las demás. Se halla igualmente estirada a lo largo del suelo, y eso me permite apreciar la maraña de complicados juegos de articulaciones que debían otorgarle una gran capacidad de movimientos. Al extremo, la costra de cáscara y manojos de cilios se hincha abruptamente en la forma de una enorme pinza de muy potente aspecto, y me viene sin querer el recuerdo de la historia que El Rostro De La Locura nos contó en su casa, cuando nos habló de una nueva dimensión que visitaba, en la que un gigantesco crustáceo salió de la arena e intentó devorarlo. Parece que esa parte era cierta, y la mezcló con el resto de mentiras para dar credibilidad a sus cuentos, me imagino. No sé a qué retorcida mente le puede parecer creíble lo del cangrejo gigante, yo al menos daba por hecho que era todo invención suya; pero si él creía que combinando tan disparatada verdad con el resto de calumnias le íbamos a creer, es que no hay duda de que está como una puta cabra, independientemente de lo lúcido que pueda llegar a ser su propósito con todo esto. Al menos tengo que reconocer que, a pesar de todo, ha hecho de nosotros lo que ha querido.

Observo con respeto la enorme pinza, lamentando que el monstruo que conoció El Rostro De La Locura no llegara a matarle en esa ocasión. Ya no me da tanto asco, e incluso siento lástima por los bichos. Sobre todo por el que se suicidó al enloquecer por culpa de El Rostro De La Locura.

Echando un vistazo al resto del equipo, veo que están examinando más crustáceos muertos y trozos informes de otros desconocidos animales que están desparramados contra las paredes y alrededor de otros asientos. Los sillones, entre la suciedad de sangre y jugos de la “comida”, se erigen como una extensión del suelo de resbaladizos baldosines octogonales, y sus contornos angulosos no les otorgan un aspecto confortable, que digamos. Su tamaño y estoicismo de diseño les da apariencia solemne, sin embargo.

— ¿Esto qué sería, una especie de sala de reuniones? —pregunta alguien, creo que es el tal War.

—Si esos seres se parecen en algo a mí, nunca duermen, y estas butacas pueden servirles para descansar cuando no estén haciendo otra cosa. Es lo que yo creo, pero..., ¿quién sabe?

Jones sólo hace un comentario, pero el pesado de Avatar, omnipresente en toda conversación, aprovecha para darnos otro discurso.

—El señor Wise descubrió, estudiando el cerebro del cadáver en nuestro poder, que las criaturas marcianas viven en un estado permanente de sonambulismo consciente. Sus organismos disfrutan de las cualidades reparadoras del sueño sin necesidad de dormir, algo que creemos que se ha implementado en la raza de forma artificial, puede que mediante ingeniería genética que...

—Oye, Kyle —le interrumpe Dead—. O dejas de dar por culo con las divagaciones de Brian o te juro que nos deshacemos de los comunicadores. Porque hasta ahora no han servido para otra cosa que incordiarlos.

—Entendido —responde Avatar, algo confuso.

—Bueno, aquí no hay más que comida de marcianos, podemos asumir. Jones, ¿te ves capaz de seguir a El Rostro De La Locura?

—Estos olores me lo impiden, pero sólo veo otra salida de esta sala. —Jones, que va todo el

tiempo con Dead, señala hacia algún lugar envuelto en impenetrable oscuridad—. Por ahí.

Al gesto de Dead, todos empezamos a movernos hasta que convergemos tras la estela de ellos dos. Violet y los tipos de lanzallamas empiezan a cruzar en línea recta la sala hasta la puerta siguiente, ante la que esperamos en silenciosa reunión.

—No me gustan estas luces vuestras. No se ve más allá de unos metros. Donde esté la clásica linterna... —se queja Hardy.

Esperaba que alguien dijera algo, sobre todo Dead. Pero, o están de acuerdo con Hardy, o nadie ve la necesidad de ponerse a discutir ahora con mi “casi anciano” amigo.

—Tranquilo, abuelo —le dice Jones tras un silencio—, que estoy yo aquí.

—Sí, lo sé, hijo. Pero me parece ridículo y nada seguro el ponernos a recorrer laberintos marcianos sin poder ver más allá de nuestras narices. No podemos depender sólo de ti.

Se me ocurre que no le falta razón, pero carece de sentido pararse a mirar los inconvenientes. A mí, toda la situación en sí misma se me antoja inconveniente.

Cuando Violet y los tipos que se supone que escolta nos alcanzan, debajo de un arco la mitad más amplio que el anterior, Dead ordena avanzar desde ahí siguiendo el contorno circular de la nueva sala, dividiéndonos en dos equipos. Pone a War al mando del mío, en el que quedo como el único extraño; Jones y Hardy se van con Dead, y Violet aguardando a la entrada, como antes.

Esta sala es muchísimo más grande. A pocos metros de nosotros, que avanzamos pegados a la pared, se intuyen hacia el centro una especie de postes con bandejas o mesas, no lo distingo bien.

—Violet y escudos, avanzad de frente para comprobar el centro de la sala, con cuidado. Estaréis lo bastante alejados de nosotros para usar el fuego, si hace falta. Nos reunimos todos al otro extremo.

—Bien, por fin me llama por mi nombre —le agradece Violet a Dead, mientras sigue a los tipos de lanzallamas.

Nosotros, es decir, mis tres anónimos acompañantes, a los que no distingo uno de otro, y yo, nos topamos con dos puertas a lo largo de nuestro recorrido. Las examinan un momento War y el que le sigue, como para asegurarse de que no haya algo agazapado en la oscuridad del otro lado, aunque no sé qué esperan ver con el limitado foco de luz de sus hombros. A mí no se me ocurre asomarme como hacen ellos. Sólo me fijo en que estas puertas son más pequeñas, más funcionales, como si dieran paso a habitáculos más pequeños.

—Esto está más oscuro que el culo de Cole —oigo de repente decir a una voz, una voz de mujer; grave y ronca, pero de mujer, estoy seguro.

— ¡Eh, Church! ¿Me he metido yo contigo? —contesta el que debe ser el aludido, adelantándose y dándole un leve empujón a la tal Church.

War se vuelve a ellos y les manda callar con gesto seco. Nos ordena seguir avanzando, y miro a Violet, que camina entre los “escudos” por el centro de la sala, pensando que no es la única chica, después de todo.

—Esto está lleno de controles u ordenadores de algún tipo —dice Violet, que examina a la luz de sus compañeros las amplias mesas, demasiado altas para operarlas un humano.

—No toquéis nada. No olvidéis que estamos en una especie de nave gigantesca, y que podemos organizar un auténtico desastre si manoseamos lo que no debemos —advierte Dead, una vez más.

—No se me ocurriría —se defiende ella.

Me sacude un escalofrío al imaginarme sin querer la acrópolis del cielo aterrizando con todo su peso sobre nuestra ciudad de la misma manera que temía cuando la vi aparecer, esta mañana. Me pregunto qué hora es, por cierto. Puede que esté empezando a oscurecer...

—Son las dieciocho y treinta y ocho, señor Pulois —me sorprende Avatar. Resulta que he

preguntado la hora de viva voz, sin darme cuenta.

—Bueno..., gracias —me da por decir.

Todos llegamos al lógico punto de reunión, según el avance de cada grupo, y Dead interroga silenciosamente a War sobre alguna novedad en nuestro recorrido. War le responde negativamente y le indica que hemos localizado dos salidas.

—Bien —dice Dead—. Podemos dar esta sala por asegurada. Jones ha encontrado otra vez el rastro del objetivo. Seguidnos.

Y, como un rebaño de reses camino del matadero, seguimos en estricta fila india a Jones a lo largo de la pared que él y Dead han venido examinando. Pasamos ante dos puertas más que conducen a iguales reinos de tinieblas y nos detenemos ante una tercera.

Jones le indica a Dead que el camino de más allá es descendiente.

—Cojonudo, más escaleras —susurra Hardy para sí mismo, aunque todos le oímos.

Entramos, y enseguida vemos un camino que baja en lenta pendiente como una rampa, sin escalones, en amplia curva en el sentido de las agujas del reloj. Ya no hay olores perceptibles para mí, pero es patente la misma humedad estancada de las salas anteriores y una drástica disminución de la temperatura en este pasillo.

Este lugar es lo bastante estrecho como para que las moderadamente versátiles linternas de estos tipos no dejen puntos ciegos de oscuridad inquietante entre nosotros. Sólo la que oculta el ignoto destino de nuestro avance, en la que vemos constantemente a Jones a punto de sumergirse, apenas iluminada su silueta en brillos mate de su gabardina y sombrero. Camina con paso contenido, e incluso diría que relajado, como un hombre que vuelve a casa tras un paseo en una tarde serena. Bueno, en realidad, si lo pienso bien, es eso mismo, sólo que el paseo ha sido de quince años, no de una tarde.

Bajamos en absoluto silencio. Hardy ya no resopla, y sólo encuentro el seco crujir del cuero de las botas del comando del Triunvirato a cada paso, marcando la cadencia de la marcha, pareciéndome además ensordecedor. Debe ser a causa de llevar tanto rato callados, pero seguir ese sonido me está levantando dolor de cabeza.

—Es largo, esto —dice Hardy, como si hubiera oído mis pensamientos y pretendiera sacarme de la monotonía—. Pero al menos no son escaleras. Porque no quiero saber nada de escaleras durante un tiempo, ¿sabes?

—Sí, ya... Opino lo mismo, para qué te voy a engañar —le confieso, viendo que se dirige a mí directamente.

—A unos tipos ya cascados como vosotros no les viene nada mal un poco de ejercicio de vez en cuando —se mete la socarrona voz de Violet.

—Tú lo has dicho, hija: “un poco” —concluye Hardy, sin nada de gracia.

—Dead, ¿cómo vais? —nos interrumpe la voz de Avatar—. ¿Seguís bajando, aún?

—Sí, Kyle... —le contesta Dead con cansancio—. Sin novedad por aho...

No termina la frase, y alza el puño para indicar que nos detengamos. Se acerca al lado de Jones, que ha sido el primero en detenerse. La lucecita que Dead lleva en su hombro derecho queda oculta tras su cabeza cuando se vuelve a mirar a Jones a la cara. El espectro de luz blanca queda recortado por las dos siluetas oscuras: el hombre, algo encorvado, a la expectativa, parece demasiado pequeño al lado de mi amigo, totalmente erguido, envarado, la siniestra figura de un impío predicador totalmente inmóvil, salvo por las afiladas uñas que asoman del extremo de la manga de su gabardina, colgando del ancho puño como larguísimos tentáculos que aletean en movimientos desentumecedores.

Conozco bien ese gesto, es el inconsciente signo de que espera un enfrentamiento con el contenido entusiasmo de un niño que ya sabe que le van a regalar algo que quiere en Navidad.

—Tú dirás... —le insta a explicarse Dead.

—Oigo a mis congéneres ahí delante —escucho susurrar a Jones con el corazón a punto de reventarme la caja torácica—. Son muchos, y nos esperan.

—Pues sigamos. Estamos listos para esto, no nos detendremos —asevera Dead.

—Será oscuro y confuso —dice Jones, mirándole—, disparad a todo lo que veáis moverse, permaneced juntos. Sería buena idea llevar el fuego delante, nos dará cobertura y os permitirá ver.

—Cherry y Barrier —llama Dead, y ellos nos adelantan a todos.

Violet les sigue, y al pasar junto a mí la cojo del brazo. Ella me echa una mirada reprobadora, yo le niego con la cabeza. “Esta vez no te necesitan”, quiero decir. Se queda conmigo, pero se le pone una cara de resignación incómoda.

—Son tan rápidos y silenciosos que no tendréis tiempo de pararos a mirar si se trata de ellos o de mí. Ante la duda, disparad siempre. Y esto va para vosotros también, Nass.

Jones me mira, y aunque su cara no puede expresar en forma alguna, sé por experiencia que me está haciendo una advertencia severa.

—Tú quédate con nosotros, junto a mí —me sorprende Dead diciéndole, poniéndole una mano en su alto hombro—. Si se acercan mucho eres el único que nos los puede quitar de encima, y evitarás el fuego amigo. Guía a los escudos, abrirán fuego cuando y contra lo que tú les digas. Los demás, moveos en columna de a dos, cada uno cubriendo su flanco. Trataremos de pasar haya lo que haya, y nada podrá acercarse, ¿entendido?

—No olvidéis que esto no es una operación de limpieza, Dead —le interrumpe Avatar—. Encontrad a El Rostro De La Locura cuanto antes, y evitad todo enfrentamiento.

— ¡Cállate, Kyle! ¡No sabemos ni dónde estamos, aquí no hay rutas alternativas! ¡Haz el favor de mantener el silencio, oigas lo que oigas!

—Deberíamos pasar de esta mierda de los comunicadores —dice la acerada voz de Church, haciéndome pensar en ella como una versión mayor y más dura de Violet.

—Sí, deberíamos, pero si alguien se aísla del grupo quiero poder saber qué tal le va —le contesta Dead.

Acto seguido le hace gesto a Jones de que dirija él al equipo. Jones palmea el hombro de uno de los tipos de lanzallamas delante de él, y reanudamos así el avance.

Me enjuago el sudor de las manos otra vez contra la camisa. Repaso mentalmente cómo funciona este trasto de ciencia—ficción. Culata contra el hombro, dedos en ambos gatillos y presionar a la vez. No es nada difícil, pero me siento incómodo al no haberla probado antes, como ha hecho Violet. Al menos matará a los seres aunque vistan sus lustrosas armaduras, así que, ¡venga, hombre, ánimo! Sólo tengo que mantener la cabeza fría y disparar a todo lo que vea moverse, ¡va a ir de perlas, por supuesto que sí!

Me pregunto cómo ha podido guiarse El Rostro De La Locura por esta oscura madriguera. A lo mejor iba de la mano de uno de los marcianos, como un pobre invidente con su perro lazarillo...

Las paredes del corredor, que sigue bajando, empiezan a distanciarse abruptamente, recordándome a un esófago que se abre a un estómago que ha de estar lleno de ponzoñosos y ardientes jugos, ávidos de carne que disolver. Por mucho que busco, no encuentro en mí ser ni un ápice de toda esa ira que me proporciona vigor y concentración. Tengo la boca pastosa, y un seco regusto de whisky en mis muelas me hace anhelar un largo lingotazo. Al final va a resultar que sí soy un alcohólico, como a veces me reprocha Jones.

—Me gustaría poder fumar un último cigarrillo, pero supongo que no es el mejor momento —comenta Violet, a mi espalda.

—A mí también me apetece hacer muchas otras cosas —le contesta Church, que va a su lado

—. Reservémoslas para celebrarlo cuando salgamos de aquí, ¿eh?

Supongo que eso era un intento de animarnos, pero ha sonado un tanto lúgubre.

— ¡Silencio!

El somero aviso de Dead me hace concentrar todo sentido en la nueva galería en que entramos. No hay nada más allá de la punta de luz de la saeta que forma el grupo, pero me parece oír un apresurado arrastrar o golpear de pies desnudos ahí delante, como si algo estuviera huyendo de la luz.

— ¡Ahora, fuego! —ruge Jones, haciéndome hundir la cabeza entre los hombros, con los tímpanos vibrándome en fuerte estampido que me produce un leve mareo.

Los tipos de lanzallamas obedecen al instante, expeliendo sendas columnas de fuego entre las que se sacuden y retuercen las criaturas marcianas profiriendo agudos y vibratorios aullidos de agonía. Apenas si se distinguen entre las llamas sus diabólicos rostros, pero puedo ver que las cristalinas esferas de sus ojos se derriten y revientan expulsando candentes fluidos y trozos de órgano.

Siguiendo con la mirada cómo vuela un pedazo rojo de globo ocular, reparo en la colmena de refulgentes pares de miradas alienígenas sobre los reflejos ámbar de infinitos dientes, que contemplan con su eterna mueca de sorpresa cómo arden sus hermanos de raza. A poco sí me da tiempo a sobrecogerme con el número de criaturas que tan silenciosamente nos aguardaban y que ahora intentan apartarse del fuego empujándose unas a otras, pues Barrier y Cherry abren la columna de napalm cada uno hacia su lado, barriendo a toda la congregación que estalla en coros de confusión y dolor. La enorme hoguera de carne ilumina buena parte del pasaje, como había predicho Jones, dejándonos ver a más hordas de criaturas más allá del alcance de los lanzallamas.

— ¡Vamos, vamos, id avanzando! —grita sin necesidad Dead.

Los lanzallamas dejan de vomitar aniquilación y, con Jones entre ellos, empezamos a movernos entre pilares o columnas del mismo tono verde oscuro que las paredes. No sé a dónde vamos, no sé si esto es una enorme sala o un descomunal pasillo, sólo hay columnas y más columnas, no alcanzo límite mire hacia donde mire. Sólo veo a las criaturas desfilar y rugir, con las elípticas pupilas dilatadas siguiéndonos, manteniéndose apartadas de sus congéneres incendiados.

Oigo que los lanzallamas disparan de nuevo, mientras por mi lado un ser clava su mirada en la mía y se lanza contra nosotros, esquivando y saltando con bestial facilidad el fuego de los seres agonizantes. Una criatura se interpone en su camino, ardiendo de pie, correteando en llamas, y la aparta de un seco manotazo, derribándola, sin dejar de venir con rápidos brincos. Apunto con el rifle e intento disparar, pero el arma no hace nada, y me desespero; no miro dónde piso, tropiezo con algo, sin llegar a caer, pero dándole al ser su oportunidad de alcanzarme.

Dos fogonazos de plasma azulado le alcanzan en el pecho, atravesando su suéter de mallas púrpura. Ha sido la tal Church.

— ¡Joder, los dos gatillos al mismo tiempo, no uno y después el otro!

No me da tiempo a excusarme, Violet me empuja con el hombro mientras me grita.

— ¡Vámonos, no se van a rendir!

Por su lado, más criaturas se contagian de la decisión del primer atacante y atraviesan el sembrado de cadáveres incinerados con absoluto desprecio por su propia seguridad y descontrolada furia asesina. Todo el equipo descarga una vistosa lluvia de rayitos azules para contener a la horda, sin dejar de avanzar por el paso abierto por los lanzallamas; les imito, disparando a discreción contra las horripilantes bestias por mi lado, sintiéndome un poco inseguro de dar la espalda al otro flanco.

El arma dispara casi sin ruido y sin retroceso, pulso frenéticamente ambos gatillos con la impresión de que no hace nada, aunque veo a mis blancos ser alcanzados y abatidos por los

disparos. Me dejo llevar por el recién despertado sentido de la costumbre, los disparos empiezan a ser más pausados y certeros. Un disparo, una muerte. Sólo el cada vez mayor número de las oleadas me obligan a mantener un régimen constante de fuego.

Nos movemos como una única unidad intocable hasta el momento, pero vamos dejando un rastro cada vez menor de cuerpos incinerados, y la visibilidad se resiente. Supongo que los marcianos se están apartando de la vanguardia para atacar cada vez más por los lados y por retaguardia. La luz de las antorchas tecnológicas del comando empiezan a ser el único referente visual, apenas devuelto por el relampagueo carmesí de los ojos de los alienígenas que nos acechan. Al no haber fuego que les ilumine y contenga, la horda se cierra a nuestro alrededor, lanzándose todos ellos sin pausa a la muerte repartida por nuestras armas con una frecuencia y determinación desoladoras.

—Son incontenibles —oigo decir a Violet, pero sin alarma ninguna, más bien con tristeza.

Echo un rápido vistazo tras de mí, a su flanco. Ahí está, enfundada en mi vieja gabardina impermeable, las solapas levantadas alrededor de su delgado cuello, el cabello morado sacudido por los rápidos cambios de dirección de sus disparos. No la he mirado ni durante medio segundo, pero me ha dado la impresión de que lleva toda la vida haciendo esto. Talento natural, supongo.

Los seres se nos echan encima como la atronadora lluvia de la muda tormenta del exterior. Hardy, que camina a paso ligero delante de mí, abre fuego por primera vez contra la cabeza de uno que corría hacia él en completo silencio, apareciéndose de repente del cercano manto de oscuridad. Su cara recibe el denso manojo de perdigones, su cuello se tuerce hacia atrás, pero no se detiene, ya esté vivo o muerto, y agarro con fuerza al soldado de mi lado para que se detenga conmigo y permitamos los dos el paso de la criatura, que cae de bruces al otro lado de la formación. Church y Violet chocan con nosotros en el momento justo en que reiniciamos la marcha.

— ¡¿Qué hacéis?! ¡Moveos! —oigo soplar a Church por el auricular.

Ha sido muy rápido, todo esto, pero basta para que el grupo quede escindido por apenas dos metros de distancia, que las criaturas ya intentan hacer mayor atacando a las dos partes en una densa marea que resulta en una alfombra de cadáveres en el suelo que nos retrasa e impide reunirnos.

—Dead, lleve a estos hombres hacia allí —grita Jones señalando a algún lugar hacia su derecha —, hay una puerta y los contendremos mejor.

Y por encima de las cabezas de Hardy y los demás veo que nos mira a nosotros, asediados, y corre hacia aquí. Le abro camino, matando a todos los que puedo, con Violet y los otros cuatro del comando que están conmigo conteniendo apenas a la muchedumbre marciana. Mientras, los lanzallamas vuelven a disparar, haciendo un paso en la dirección sugerida por Jones, con Dead, War y Hardy tras ellos.

Jones se nos une, dispara con su revólver, se deshace de dos a culatazos, golpea con estocadas de su garra libre; agarra a un congénere por el cuello, lo alza, le desgarrar el desnudo abdomen con un mordisco, hundiendo la cara en él como si quisiera vestirse con su pellejo. Lo coge como puede por las piernas con su mano izquierda armada, lo levanta, dejando que todo su vientre abierto se vaya derramando, y lo lanza con fuerza contra la horda.

— ¡Por aquí, seguidme! —gruñe con la boca llena de carne que se le escurre de entre los dientes.

En esto, oímos un agudo grito que queda ahogado. Me golpeo el oído derecho por el dolor del estridente y angustioso alarido amplificado en el comunicador.

— ¡Pest! ¡Se han llevado a Pest! —dice con voz contenida otro hombre, el que debía ir al lado del desaparecido.

Miro a retaguardia, donde hay la misma confusión de relampagueos azulados y enrojicidos

globos hinchados que en todas direcciones. No me veo capaz de hacer recuento y ver si efectivamente falta alguien. Y además, Jones tira de mí y me arrastra, con lo que vuelvo a lo mío, a la matanza indiscriminada.

— ¡Manteneos juntos! —dice Jones en potente bramido.

— ¡Joder, en círculo, hijoputas! ¡Formación en círculo! —ordena la tal Church, con fiero grito —. ¡Moveos despacio, con calma!

Todos la obedecemos. Nos cerramos espalda contra espalda, moviéndonos sin dejar de disparar, con pasos cortos, pateando con precaución los cuerpos alienígenas para no tropezar, soltando haces ininterrumpidos desde cada vértice del irregular hexágono que formamos.

Jones y yo vamos delante. Él pega algún tiro de vez en cuando contra los ojos de alguna criatura desprevenida, pero más que nada se dedica a apartar con patadas y golpes de su garra a los seres que se interponen en nuestro lento avance. Yo le cubro como puedo, e igual hace el hombre al lado contrario, pero es poco porque no podemos dejar de disparar a todas partes.

De pronto, con insólita lucidez pero sin poder evitarlo, me noto embargado de un creciente terror que ya conozco. Es el terrible e histérico miedo de las voces antinaturales de los marcianos. Estoy perdiendo la inmunidad, la sordera ocasional a las bajísimas frecuencias inaudibles que los monstruos corean al unísono. Tengo ganas de soltar el arma y acurrucarme en el suelo a llorar en silencio. Sé que es absurdo y artificial, pero éste conocimiento no me sirve de nada. Y a ello se une el tenaz desaire de las criaturas, que se abalanzan sobre nosotros como si se creyeran inmortales, a pesar de su patente genocidio.

—Nass. ¡El miedo! —dice Violet.

—Ya lo sé —contesto sin dejar mi tarea, sin mirarla.

—No puedo...

— ¡Sí puedes! ¡Ya llegamos, aguanta!

No tengo ocasión de ver qué tal le va, debo seguir abatiendo monstruos por el bien de todos, he de confiar en ella.

Ya vamos llegando a la posición de Hardy y los demás. Los lanzallamas lamen con sus lenguas a todo asaltante, que se retuerce y desploma ante el amplio arco en que se refugian. Un semicírculo de carne y fuego nos recibe como las alfombras rojas a las estrellas de cine. Nos volvemos a disparar mientras nos replegamos ahí dentro de espaldas, con los lanzallamas escoltándonos por los flancos. Violet reduce el paso y se acaba deteniendo. No deja de disparar, pero no parece capaz de hacer las dos cosas a la vez. Tengo que retroceder dos pasos y tirar de ella.

— ¿Qué os pasa a vosotros? ¡Seguid moviéndoos! —nos regaña Dead.

Consigo meterla bajo el arco sin que nos pase nada a ninguno, gracias a las salvas de protección de los demás.

—Vamos, Dead. Id avanzando, con cuidado.

A la orden de Jones, War y Dead lideran la expedición por este angosto corredor, cuyas paredes se abultan en exagerado relieve con las formas de gigantescos huevos, o como grandes tripas hinchadas, al tiempo que los “escudos” flambean a las criaturas, con la esperanza de disuadirlas de continuar la persecución.

Miro atrás, con la garganta tensa por el invisible lazo del temor inducido que intenta asfixiarme con la desidia dócil de una cabeza de ganado que espera al despiece, sólo para descubrir que Jones se queda allí, con los tipos de lanzallamas.

— ¡Vamos, Nass, si me paro ahora se me acabarán las ganas de correr! —dice Violet, tirando ella de mí ahora.

Le hago caso y me vuelvo al frente, siguiendo al resto del equipo, sabedor de que la más mínima duda me dejará paralizado.

— ¡Mierda, esto sigue bajando! ¿A dónde coño vamos? —oigo que dice alguien.

—Tranquilo War, calma y silencio —contesta Dead, aunque no suena muy calmado, tampoco.

Descubro que así es, este corredor empieza a acusar una pendiente bastante pronunciada comparada con la de antes, y tengo que contener el paso para no bajar a la carrera arrollándolos a todos.

Todavía se oyen a los lanzallamas, bastante por detrás, lanzando ráfagas esporádicas. Tanto, que me da por creer muerto a uno de los “escudos”, y temo por el otro y por Jones.

—Dead, lo están dejando, dejan de seguirnos —informa Cherry como si no se lo pudiera creer.

—Pest ha muerto —dice un tipo—. Le arrancaron un brazo y lo lanzaron a la oscuridad.

—Lo sé, Hunger ya lo he oído. Olvidadlo por ahora.

Dead dice esto, pero no suena para nada despiadado, de hecho parece lamentarlo profundamente.

—Ha de ser verdad que no nos siguen, ya no siento el miedo delirante —dice Hardy, entre bufidos.

—Sí, menos mal. Por poco me dejo matar ahí detrás. Sólo quería dejar de luchar y que me mataran de una vez, ¡qué repelús! —añade Violet, y se sacude en un violento escalofrío.

La pendiente ha terminado, y el corredor se abre tras un arco igual al que pasamos para entrar. De la amplia oscuridad de enfrente parece venir un repugnante olor mezcla de sangre y heces.

—Señor, el alien dice que no sigan avanzando. ¡Deténganse! —dice Cherry con mayor alarma a cada palabra que dice.

— ¿A qué viene eso...? —pregunta War, deteniéndose sobre un charco de algo oscuro y girando la cabeza hacia Dead.

Con indescriptible horror, todos vemos que una monstruosa maraña de uñas gastadas y unidas por raíces ulcerosas y supurantes a largos y huesudos dedos envuelve por entero el torso de War, aplastándolo al tiempo que lo levanta del suelo, escurriendo sangre y trozos de carne por encima y debajo del gran puño. La cosa dueña de semejante extremidad se nos revela cuando es alzado y la antorcha en su hombro ilumina los afilados dientes de la descomunal boca que se cierne alrededor de su cabeza, para cerrarse en seco mordisco que arranca buena parte del cuerpo bajo el cuello, dejando un grotesco vacío entre los hombros del soldado cuando tira del manjar para masticar cómodamente el bocado. Así, deja de oírse gritar a War tan espantosamente por los auriculares y por el mismo aire viciado, mientras el monstruo nos observa tranquilamente, saboreando, con el cuerpo mutilado contra su vientre como si se tratara de su más preciada pertenencia.

La criatura viene a ser el triple de grande que los marcianos más altos, que no lo son mucho más que Jones, y pertenece indudablemente a la misma especie, de misma piel pálida, misma expresión impávida de ojos felinos e inmóvil sonrisa, con la excepción de una sucia melena esparcida sobre los angulosos hombros, y de abultados y lánguidos pechos abandonados sobre el vientre hinchado, en el que patinan a cada leve movimiento que la cosa realiza. Los escuálidos brazos le llegan al suelo, en el que se para sobre piernas igual de enclenques que terminan en desproporcionados pies de uñas sucias y quebradas.

Durante el absurdo momento en que todos retrocedemos, en silencio muerto, ante la horrible aparición que mastica plácidamente, comprendo, viendo el grotesco cuerpo completamente desnudo, que ha de tratarse de una hembra marciana. Como para corroborarlo, un espeso líquido incoloro se derrama en el suelo entre sus pies, llevando todas las miradas hacia el enredo de protuberancias rosadas que ha de ser su sexo. La luz del cuerpo muerto en su mano la baña de tales claroscuros que parece un horrible muñeco de titiritero.

En el momento en que se vuelve a llevar lo que queda de War a la boca, se oye un disparo. El ojo derecho de la hembra revienta, se deja caer sobre las rodillas nudosas y se desploma a un lado con desagradable y sordo ruido de hueso y carne contra el suelo encharcado.

—Por eso quería que os detuvierais, ¿es que no lo hueles, Nass?

Jones llega al trote diciendo esto, regañándose injustamente, a mi juicio. Aquí todo apesta, ¿cómo voy a saber qué olores entrañan algún peligro?

—Es una hembra, y es enorme. ¿Creés que hay más ahí delante? —pregunta Dead.

—Ya lo creo —contesta Jones, adelantándose a todos.

—Joder, por eso no nos siguen, ¿verdad? Porque tienen miedo de estas cosas, ¿a que sí? —dice Violet muy rápido, histérica.

—Todos tranquilos. No podemos volver, nos masacrarían, pero aquí sólo hay unas cuantas, me parece. Y por lo que oigo deben estar muy ocupadas.

Mientras nos explica esto, Jones hace gesto a Cherry y Barrier de que se le unan en vanguardia. Todo indica que nos va a llevar por este nuevo camino.

—¿Y El Rostro De La Locura, qué? ¿Esto nos lleva hasta él? —quiere saber Dead.

—No, pero insisto en que sigamos por este lado. Encontraremos un camino de regreso.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque si no, estamos jodidos, Dead, y entonces dará lo mismo —termina Jones volviéndose a mirarle mientras recarga su revólver.

—Vamos, podemos hacerlo —interviene Church—. ¿Qué más da el tamaño? Las achicharraremos con fuego y plasma.

—No distingo en sus voces intención alguna de atacarnos, así que sugiero no abrir fuego a no ser que ataquen primero —intenta calmarla Jones, agitando la mano derecha.

—Eso sí que no me gusta —se queja ella.

—Dead, ¿dice que son hembras? —se inmiscuye Avatar—. ¿Cómo son?

—Joder, grandes y feas, Kyle. ¿Qué quieres que te diga? Podías venir con Brian a examinarlas, y dejarnos en paz.

—Os recomiendo silencio; ya que, por lo que sea, las hembras no están interesadas en nosotros, intentaremos pasar de largo entre ellas.

—¿Qué? ¿Entre ellas, Jones? —exclama Hardy, seguramente pensando, como yo, que eso mismo intentamos hacer con la horda marciana de más atrás.

—Sí. Por lo que veo hay un pasillo que pasa entre compartimentos en los que oigo respirar y moverse a las demás. Si hay algún problema usaremos la fuerza, no será difícil acribillarlas en sus nichos.

Jones expone su plan mientras el cadáver de la enorme hembra chapotea en el sucio charco oscuro con leves convulsiones reflejas de sus deformes piernas. Parece muy seguro, pero detecto en su ahogado y tembloroso discurso una crispación que no le agitaba desde hacía unos días, cuando me contaba sus extrañas y abstractas sensaciones a las que yo atribuía causas más convencionales, y que seguramente eran debidas al sentimiento de voluntad compartida con los primeros marcianos que visitaban nuestro mundo.

Cuando está acabando de hablar, sin darme cuenta, me encuentro llegando hasta él y poniendo mi mano en su brazo, ignorando la aberrante hembra muerta junto a nosotros y el intenso y desagradable olor del pasaje de delante.

—Jones, ¿qué pasa, eh, qué pasa, dime? —le estoy diciendo, más preocupado por él que otra cosa.

—No son como los otros, Nass —me empieza a decir, sólo para que yo lo oiga. Dead se me asoma por encima del hombro, queriendo escuchar. Ni a mí ni a Jones nos molesta—. Ellas no comparten con ellos, que respiran, viven y mueren como al unísono. Ni siquiera entre ellas. Suenan solas, como yo antes de que empezara todo esto.

—Jones, no entiendo de qué hablas.

—Tampoco yo lo entiendo bien, es algo intangible, inconcreto, pero creo que sí entiendo de qué tenían miedo los machos cuando me los comía. Es lo que tú dijiste, tienen miedo del canibalismo, porque eso es lo que son ellas: caníbales. Nass, no sé cómo llegué al sitio donde tú me encontraste, pero creo que pude haber nacido en un lugar parecido a este, puede que aquí mismo.

— ¿Por qué dices eso? ¿Tú qué sabes? —le contesto como el imbécil que soy, sin querer creérmelo yo mismo.

—Vamos, hemos de movernos —concluye sin mirarme, y hace gesto a Barrier y a Cherry de que vayan tras él.

Y veo al trío iniciar un lento pateo del amplio charco maloliente y negro, que sacude en lentas ondulaciones su superficie. Dead me tira del hombro para que vaya junto a él en sustitución de War. Meto los pies en el agua para descubrir que es más profundo de lo que suponía, no mucho sin embargo, sólo lo justo para llegar por encima de la lengüeta del empeine de mis zapatos y remojarme los viejos calcetines arrendados a Hardy, sumiendo mis encallecidos pies en suplicio de frío y ascos indescriptible.

La brillante lámpara en el hombro de Dead me permite descubrir en qué modo se cierra tan bruscamente lo que parecía un paso mucho más amplio. Las paredes y el techo verdosos, de superficie prominentemente convexa, se me antojan los gigantescos músculos de una gran garganta que intenta deglutir el frugal alimento que es todo el equipo. La superficie abultada del techo cierra la galería en la que entramos, en cuyos lados las redondas paredes se truncan de golpe en la forma de marcos verticales perfectamente rectos. Según avanzamos, los marcos, puedo distinguir, se repiten una y otra vez más a lo lejos para dar lugar a los compartimentos a los que se refería Jones, supongo.

—Joder, ¡qué asco! —oímos a Violet decir de repente a través de los comunicadores—. ¡Y estas deportivas eran nuevas...!

Me tranquilizo al descubrir que su sorpresa se debe al sucio fango que, estoy viendo, debe inundar todo el corredor, pero me vuelvo a alarmar con los pausados y casi imperceptibles ruiditos de salpicaduras y movimiento que vienen de delante.

El sonido y el olor se unen para producirme una violenta náusea que me envía un trago caliente de alcohol y bilis hasta la boca de la garganta. Intento contenerla, pero es expulsada con fuerza y aflora sin resistencia entre mis apretados dientes hasta llegar a los labios, que se apartan asqueados dejando salir el vómito lentamente, resbalando desde las comisuras hasta la barbilla. Me limpio con una mano, y ésta a su vez se limpia a la maltratada camisa, mientras escupo el resto que me quema la lengua tras enjuagarlo con un poco de saliva pastosa y reacia a colaborar.

Paladeando sin más remedio la ácida cata de mi boca, Dead y yo pasamos ante los dos primeros nichos, como los ha llamado Jones. El de la izquierda, por mi lado, resulta ser una celda de unos tres metros de ancho por seis de alto, a mi parecer angosta para las criaturas hembras, si han de ser todas como la primera muerta. Tampoco es muy profunda, quizá cuatro metros, pero me es difícil calcularlo con toda la inmundicia acumulada al fondo y que salpica en parte las tres paredes. Montoncitos de lo que tienen que ser excrementos aplastados y comprimidos, como si la criatura que ahí vivía se acurrucara sobre ellos para su descanso, entre los que se distinguen asomando apenas trozos de carne y hueso que me suenan a macho marciano, por tamaño y forma. Se me cuele en el pensamiento la convicción de que las hembras igual sean que algunas arañas, que devoran a su pareja tras la cópula, y otra riada de vómito me obliga a inclinarme hacia delante

para acabar de vaciarme completamente el estómago, o eso espero.

—Mierda, como si hubiera poca en el suelo —dice Church, que acompaña a Hardy tras nosotros, viéndome regurgitar.

—Lo siento —digo entre arcadas, sin volverme a ellos. Aunque creo que un poco de vómito no debería molestar a nadie en estas circunstancias.

—Silencio, cuidado —dice Dead, lo que me hace mirar a su lado.

Lo que veo con una nitidez impresionante a pesar de las lágrimas que me distorsionan la visión, con la antorcha en el hombro de Dead arrojando luz sobre ello como un potente foco en un estudio de fotografía, es a otra hembra, más pequeña que la anterior, recostada contra el fondo del nicho con los brazos apoyados en las paredes y las piernas de rodillas flexionadas abiertas, como un repugnante insecto que aguarda paciente a que una despistada víctima se ponga a su alcance. Cuanto le rodea ahí dentro es sangre y mierda, hasta las horribles garras tienen pegados trozos resecos de esa mezcla. Me pregunto qué está haciendo en esa postura, mirándonos con fijeza las pupilas elípticas de sus hinchados globos rojos, la boca entreabierta con la lengua exageradamente larga aleteando frenéticamente con vida propia hacia nosotros. ¿Qué hace, saborear nuestro olor?

Pero no tardo en descubrirlo. La abultada tripa se le remueve con movimientos de algo en su interior, la piel se le estira y hunde con elasticidad propia de un globo. De su sexo se despiden un abundante chorro de sangre y otras cosas verdes y amarillas, las partes rosadas se hinchan y abren exageradamente, y sale despedido sobre el agua un cuerpecito que acaba con la cara hundida en el repugnante fango, en el que forma burbujas con sus desesperadas exhalaciones.

La hembra extiende uno de sus largos brazos sobre la nueva criatura, cierra sobre ella las infectas uñas, la levanta, dejando que el cordón umbilical se parta en algún punto dentro de ella al tirar despreocupadamente de su bebé, y sin molestarse siquiera en echarle un vistazo, siempre con la vista fija en nosotros, se lo lleva a la boca para pegarle un pequeño mordisco al cráneo del recién nacido, como si fuera un bocadillo que no tuviera prisa en terminarse.

Lo espantosamente mórbido de ese acto, que tan espontáneamente y con tanta naturalidad ejecuta la negligente madre mientras se acomoda en los restos de cadáveres y heces con leves movimientos, satisfecha, me produce un violento rictus estomacal, las paredes de mi caldera parecen querer tocarse unas a otras en fútil intento de drenar un contenido que no hay; me sobreviene dolor, y con ello la tan añorada ira animal que tan propia me era en mi vida normal, cuando tan solo era un detective que intentaba ganarse la vida acabando con la de otros, figurada y, a veces, literalmente. El desprecio que las propias experiencias me han inculcado hacia la raza humana se extiende ahora hacia la raza marciana, frente a la cual no había sido capaz de sentir más que un fuerte respeto resultado del miedo lógico a sus sobrenaturales y desconocidas aptitudes.

Pero, vuelvo a repetir que, viendo a la criatura recién nacida ser devorada tan impertérritamente por su propia madre, y creo que con un inconsciente acto de asociación entre esa nueva criatura y el indefenso crío que era Jones cuando me lo encontré, en el que se implica mi conocimiento tácito de hasta qué punto podría llegar a convertirse en un ser civilizado y sensible, es lo que desemboca en mi más exacerbada repulsa, y me sorprende abatiendo a descontroladas ráfagas continuas de plasma a la hembra repugnante.

—Eh, ¡quieto! ¡Será gilipueñas! ¡Quietos, detective de mierda! —me dice Dead, golpeándome con el codo en el hombro, con lo que la culata del arma queda liberada e interrumpe mis disparos —. ¡¿Se ha vuelto loco, o es imbécil porque sí?!

—Más bien lo segundo —añade, como no, la voz de Violet en nuestros oídos.

—Estaba a lo suyo, ¿entiende? Mejor será no molestarlas, como ha dicho su amigo alienígena —gruñe Dead, detectando en su voz una fuerte necesidad de darme una hostia. Me gustaría que lo intentara.

—Mejor que sigamos, ¿no? —dice Hardy conciliadoramente, quitando importancia al asunto.

Dead se aparta de mí, pero se me queda mirando a través de su opaca mirada bifocal. Estoy seguro de que si le diera un puñetazo le haría saltar algunas muelas, a pesar de la máscara. Me vuelvo al frente decidido a olvidar esa idea inmadura, y me encuentro a Jones y los tipos de lanzallamas mirándome.

—Sí, mejor que sigamos —digo para mí mismo, aunque todos lo oyen.

—Vigilad a las hembras, pero no abráis fuego —insiste Dead, puedo sentir que sin dejar de mirarme—. No queremos provocarlas.

“No abráis fuego”, dice el muy capullo. Reconozco la lógica del proceder, pero no deseo más que arrojar saetas de fuego azul al interior de cada nicho, y como me conozco bien, avanzo con la vista fija en la siniestra sombra de Jones ante Barrier y Cherry, sin molestarme en vigilar al resto de hembras sumidas en sus mórbidos quehaceres, decidido a dejarme matar por ellas, si así lo convienen, como respuesta infantil a mi frustrada ansia de muerte.

De pronto, y haciéndome olvidar este pueril ejercicio de introversión, una de esas gigantescas manos de uñas negras por el residuo se abalanza sobre Jones desde un nicho a su derecha. Jones la esquiva con facilidad, retrocediendo de un salto, con la hembra surgiendo ante él por la inercia de su ataque, las piernas flacuchas y amorfas moviéndose con agilidad y ritmo de boxeador, que impiden que pierda el equilibrio en su feroz embestida. Jones trepa no sé cómo por el brazo que intentaba atraparle, se sube al hombro de la enfurecida hembra, la cual cruza a uno de los tipos de lanzallamas con un manotazo de revés de la misma mano, separándolo en varios trozos que caen lanzados a nuestros pies, y cuando levanta el brazo contrario para arrasar del golpe al otro “escudo”, Jones atraviesa con decisión el ojo izquierdo de la hembra a garra desnuda, interrumpiendo el ataque.

La hembra, demostrando una total descoordinación quizá producida por la lesión, retuerce el brazo hacia su espalda, por encima de Jones, mientras éste hunde el suyo propio en el cráneo de ella hasta el hombro, con el elástico vidrio de la cornea y el sebo rojo del ojo derramándose sobre él, para acabar tirando después hacia fuera con una violencia tal que pierde pie sobre el hombro de la hembra y cae cuan largo es sobre el piso encharcado.

Se incorpora inmediatamente como por arte de magia, casi levitando, con la densa sustancia contaminada resbalando de su gabardina y empuñando una maraña de materia sanguinolenta en su garra izquierda, que abre y sacude para limpiarse; observa a la rival manosearse la cara y abrirse en la piel heridas con las afiladas uñas, y acabar cayendo de espaldas rotundamente, silenciosa, soltando apenas un suspiro ronco.

Maravilloso. Para mí ha sido como una manifestación de ciega justicia. El alma perturbada y lastimosa que contiene mi cuerpo encuentra así algo de alivio: en el encarnizado asesinato por Jones de una de sus posibles madres.

No se trata sólo del hecho de que crea que se lo merezcan, es también la más tangible prueba de la humanidad de Jones, de su fidelidad hacia mí, aquella que él nunca ha creído ser capaz de profesarme y con la que, sin embargo, siempre me ha desbordado hasta el punto de hacerme dudar de mi propia integridad como persona.

— ¡Barrier! ¡Se ha cargado a Barrier! —masculla apesadumbrado Cherry, que estuvo también a punto de morir.

— ¡Tranquilos! —gorjea Jones—. ¡No os alarméis! No creo que las demás hagan como ella.

Jones alza sus amenazantes manos hacia nosotros, en intento de aplacarnos. No tengo claro si siente algo por los seres o sólo piensa en no soliviantarlos. Pero, sea como sea, yo me calmo porque él me lo pide.

— ¡Ya lo dije yo! ¡Lo mejor sería acabar con todas de una vez! —susurra furiosa Church, empujándome al ponerse entre Dead y yo, y empapándome la pierna entera con las salpicaduras

de sus pasos bruscos.

— ¡No! Obedeced a Jones. Salgamos de aquí cuanto antes y en silencio. ¡Vamos! —y Dead empuja a Church para que vuelva atrás, a lo que ella responde golpeándole el brazo y encarándole desafiante.

Por un momento me da la impresión de que se van a liar a puñetazos, pero Church acaba retrocediendo sin dejar de mirarle. Es comprensible, tiene deseos de vengar la muerte de sus compañeros, e igual que yo tiene dificultades para reprimir su ira contra las indiferentes hembras, que por otra parte resultan peligrosamente imprevisibles, por lo visto.

—Dead, no sé que pasa ahí arriba, pero tiene que controlar a sus hombres, haga el favor —dice Avatar bastante molesto.

— ¡Que te jodan, Kyle! —le contesta Dead, y hace gesto a Jones de que continúe liderando la marcha.

— ¡Joder, esto es una puta mierda...! —oímos exclamar a Avatar con gradual disminución de su voz, como deshaciéndose de su comunicador.

—Lo siento, señor. Podía haber salvado a Barrier, pero no podía quemar a la criatura sin matar al alienígena aliado... —se disculpa Cherry sin dejar de caminar.

—Olvidalo, olvidadlo todos. Terminemos con esto de una vez, cojones.

Y llegamos al final del corral de nichos, donde un nuevo acceso nos invita a una bajada en espiral hacia las cada vez más pervertidas entrañas de la acrópolis del cielo.

DENTRO

La ligera pendiente, de sentido contrahorario esta vez, resultaba traicionera y resbaladiza en un principio por el líquido que rebosaba de la zona de nichos, reino infranqueable de las hembras de la especie, quizá abandonadas a la barbarie de su bestialidad palpable e inherente hasta la probable etapa de la procreación, conclusión a la que llego inventándome mis propias nociones sobre la cultura extraterrestre. Pero no tarda en volverse el sucio remanente en costra escasa y reseca bajo nuestros pies, de fuerte olor a pesar de todo, que nos permite acelerar el paso y alcanzar al fin una nueva cúpula.

Este otro lugar está desierto, constatando la existencia de alguna presencia pasada la disposición en círculo cerrado de más de esos grandes asientos de tan bastos perfiles, y las placas talladas en relieve de los muros cóncavos que contienen inscripciones de símbolos compuestos por figuras geométricas, que a la vez se unen en largos grupos verticales formando palabras o frases independientes, qué sé yo.

—Diría que esto es el lenguaje marciano, pero no me imagino a esas bestias escribiendo, ni mucho menos parándose a leer nada de esto —comenta Dead acercándose a una de las inscripciones y pasando la mano enguantada sobre los símbolos en relieve.

— ¡No toquéis nada! ¡Estos muros verdes emiten continuamente extraños sonidos de baja frecuencia! ¿Quién sabe cual es su finalidad o sus efectos sobre los seres vivos? —alerta Jones.

—Sí. Más arriba, cuando entramos en la torre, toqué la pared y me pareció que vibraba —le digo a Jones, animándole a que se explique mejor.

—Suenan como si estuviera diciendo algo que no entiendo, ni siquiera se parece al idioma de mis congéneres. No creo que sea malo, pero mejor que no os acerquéis.

— ¿Paredes que hablan? Esto es peor que en la Tierra, donde las paredes sólo oyen, en el peor de los casos... —dice Violet con su eterno y sarcástico sentido del humor.

La miro. Tiene los extremos del faldón de mi gabardina empapados de esa mezcla de sangre y excrementos, al igual que las blancas zapatillas de deporte que viste sin calcetines, y que son ahora de un color indeterminado que tira a una especie de negro brillante. Su bonita cara sostiene una expresión nula y cansada, exageradamente pálida a la clara luz de las antorchas tecnológicas y en continuo movimiento.

La admiro, agradecido de su férrea coherencia de carácter, que es lo único que me permite mantener, de una forma subconsciente, la frágil unión a la cordura que tan ladinamente me intenta abandonar, por contra de toda la crispación de los demás, con excepción de Jones, claro está.

Ella, que me descubre mirándola, sonrío de pronto, me guiña un ojo, y levanta una mano con el pulgar hacia arriba.

—Por aquí. Esto sigue bajando —dice Jones, lo que me hace girar en derredor la cabeza buscándole, incapaz de situar la procedencia de su voz.

Dead se mueve a un lado, iluminando a Jones, que esperaba en la oscuridad junto a otra puerta.

—Pues no hay otra salida —dice Dead—. A ver dónde nos lleva esto.

—Acabaremos llegando a nuestra ciudad, de tanto bajar —vuelve a intervenir Violet, moviéndose con todos hacia ese lugar.

Me quedo quieto mirándola andar. Cada vez que da un paso las zapatillas exudan algo de lodo negruzco a la altura de sus tobillos con repugnante ruido de chapoteo. En un arranque de morboso fetichismo, se me ocurre que me encantaría lavarle los pies con mis propias manos.

La oscuridad que se cierne sobre mí, al quedarme quieto y solo, me saca de mis fantasías y me pone en movimiento.

Seguimos este nuevo paso, que baja en línea recta y que no tarda en desviarse hacia la izquierda en ángulo recto. Doblamos otras dos esquinas antes de que los que van delante, con Jones marcando la cadencia, aceleren la marcha.

—Hay más congéneres míos ahí delante, ¡acabemos con ellos sin darles tiempo a reaccionar! —grita Jones para que todos le oigamos, sacando ventaja a Dead en su carrera, perdiéndose en la oscuridad.

Sin detenernos, escuchamos el sonido de su arma disparando un par de veces, seguido de un estridente rugido de dos o tres criaturas marcianas al unísono que nos llega concentrado e intensificado por el estrecho pasillo, golpeándome el pecho y la cara como si tuviera un altavoz de graves a todo volumen a un centímetro de mi cabeza. Siento que diminutas astillas de hueso entre la parte fracturada de mi nariz se desplazan con la potente vibración y me pinchan la piel, aunque sé que sólo es una imagen sugestionada por el dolor, o eso espero.

Cuando salimos en tropel del angosto corredor, las antorchas del equipo revelan a Jones luchando cuerpo a cuerpo contra cinco alienígenas. Los demás dudan en disparar, pero yo sigo avanzando y abro fuego contra la espalda que me ofrecen dos de ellos, con un insolente e incómodo sentimiento que me susurra acusador: “eso es lo tuyo, muy bien, disparar por la espalda, eso es”. Pero no lo escucho, me dedico a rematar a una de mis víctimas que rueda por el suelo intentando aliviar la quemazón del plasma en su músculo dorsal, disparando y disparando, separando grandes trozos de ardiente carne de su cuerpo, incluso cuando ya no se mueve.

Así entretenido, algo se me echa encima, derribándome, y lo noto caer a mi lado. Descubro que es otro marciano, que se incorpora rápidamente a un metro de mí con abundante chorro de sangre cayendo de la herida de garra que le cruza el pecho, y que me clava su furiosa mirada de gato, dispuesto a cambiar a un rival más fácil. Los dientes superiores en sus fauces abiertas desaparecen en llamas azules al dispararle alguien al cogote, atravesándole así todo el cráneo. Se desploma y rueda a un lado para evitar que su peso me inmovilice, quedando boca arriba y encontrándome a Jones luchando con técnica de boxeo contra los dos alienígenas restantes, con la particularidad de que, en vez de un puño cerrado, lanza sus garras tensas en cada golpe.

No le cuesta tenerlos a raya, a pesar de que le superan físicamente. Esquiva ágilmente sus zarpazos, devuelve los ataques, mellando gravemente el tórax desnudo de uno de ellos, que se retira superado, y haciendo saltar chispas en la púrpura armadura del otro, sin lograr herirle. Hasta que, haciendo un amago antes, alcanza al ser con un violento gancho que le arranca de cuajo la mandíbula inferior, que se lleva en sus afiladas uñas.

Alguien abate a la criatura que se retiró de la pelea, y la otra, lanzada hacia atrás por la fuerza del golpe de Jones, consigue no perder por poco el equilibrio; clava su mirada en Jones, ignorando la falta de su mandíbula, que su larga lengua, colgando inerte entre sangre y tendones, ya tuvo que hacerle notar, si es que no lo hace el mismo dolor, ¡joder!. Intenta decir algo, sonando bastante lastimero y ronco, y vuelve a atacar a Jones, quien lo remata con el mismo truco, esta vez atravesando el paladar del marciano hasta llegar al cerebro. Los dientes del ser se hunden en el antebrazo de Jones, a pesar de morir en el acto.

Jones clava índice y pulgar en los ojos del cadáver y tira de él para liberarse, dejándolo caer sin más ceremonia.

—Parece que, a pesar de su extraño método de voluntad compartida, hay clases de tipos — comenta Jones, examinándose la herida tras arremangarse—. Este último me ha sorprendido.

—Ya lo veo —digo incorporándome.

—Era duro de carácter. Creo que, cuanto más aislados están de otros, mayor libertad tienen para desarrollar personalidad propia.

—Lo dices como un elogio, o como si tuvieras esperanza —le digo acercándome y cogiéndole de la muñeca, para que me deje mirar el daño.

—Son voraces por su hambre, Nass, pero tanta determinación sólo puede deberse a que creen que están haciendo lo correcto. Eso implica algo más de inteligencia de la que les atribuimos en un principio, aunque esté limitada por su bestial estilo de vida. Creo que estamos enfrentados únicamente porque El Rostro De La Locura así lo quiere.

Desvió los ojos de su herida a la cara, apenas visible por la luz que nos llega desde su izquierda. Sólo los ojos le brillan con luz propia, con esa facultad suya de reflejo intenso.

—Sí, Jones, le vamos a coger —le digo como si me hubiera preguntado en ese sentido.

— ¡Eh, si queréis os dejamos solos y el resto nos volvemos a casa! —interrumpe Dead, haciéndome mirarle cabreado al interpretarlo como una broma o reproche, pero me equivoco—. ¡Joder, vaya dos! El detective y su amigo se bastan para echar abajo este sitio. Tomemos ejemplo.

Añade esto último volviéndose a los demás que le siguen.

—Me desconciertas, detective. No te creía tan audaz —me dice palmeándome el hombro, sin dejar de mirar alrededor.

—Sí, es la única constante del humor de Nass —dice Violet, viniendo a ver a Jones—, la misma inconstancia.

—No es nada. Sigamos —gruñe Jones, molesto por tanta atención y empezando a caminar.

Este lugar, sin que sirva para disipar la predominante oscuridad, tiene el techo y paredes trazados de incontables brillos verdosos y azules de muy diferentes tamaños. Esa nimia iluminación recorre los contornos retorcidos y apretados de tuberías o cables que se envuelven unos a otros, se unen en algunos puntos, se separan después, todo ello en pesado delirio neurótico e industrial, que me recuerda a la maquinaria exuberante y parecida a gigantescas raíces sobre la que se sostiene la acrópolis de cielo. El confeti luminoso destella en imperceptibles intervalos de intensidad variable, cerrándose en enmarañados manojos más adelante, dejando el espacio justo para poder pasar por en medio.

Jones tiene que encorvarse exageradamente para entrar por el hueco, cuando nosotros los humanos no tenemos más que bajar un poco la cabeza; las tuberías sobre mi frente y alrededor de todo mi cuerpo me sacuden con espaciados pulsos silenciosos, patentes no sólo en la vibración sorda que me remueve los intestinos, sino también en el temblar del holgado cuero de la gabardina robada que visto, que lo hace como al ritmo de la respiración de la maquinaria. Puedo ver que no se mueven, pero siento que los gruesos cables intentan aplastarme y asimilarme, mezclar metal y luces con carne y hueso, convertir mis órganos en diminutas centrales eléctricas, usar mi sangre y otros fluidos como lubricante de invisibles engranajes. Pero, por fin, el paso se ensancha, liberándome de la sensación de absorción.

Me sorprendo aspirando una larga bocanada de aire, ya que había estado aguantando la respiración sin darme cuenta. Me pregunto qué hacían esos pobres marcianos solos por aquí dentro.

—Kyle, ¿estás ahí o qué? —pregunta Dead.

—Sí, aquí estoy, ya he vuelto.

—No sabía que te hubieras ido... Bueno, aquí abajo hay muchas conducciones. ¿Os dice eso algo de dónde estamos?

—No, pero en los planos que estudió el señor Wise se intuye que la máquina de los portales es de un tamaño tal que superaría con creces el contorno de una de esas torres en que estáis. Os recomiendo seguir esas canalizaciones, con toda probabilidad encontraréis la máquina.

—Muy bien, Kyle, ahora sí que tengo claro que no tenéis ni idea de lo que hacéis.

—A ver, Dead, es lógico que no estaréis lejos; si El Rostro De La Locura ha entrado en la misma torre antes que vosotros...

—Hemos perdido su rastro —le interrumpe Dead—, y además es sólo un suponer el hecho de

que se dirigiera hacia la máquina de portales cuando entró en esta torre.

—Dead, déjalo, es inútil discutir nada —dice Jones, quien no creo que sea capaz de oír las intervenciones de Avatar. Mejor para él—. De todas formas no podemos volver atrás, no por donde vinimos. Le encontraremos, os lo prometo.

Jones hace esta aseveración mirándome a mí, que he hecho una muy parecida afirmación hace unos minutos. Al escucharlo de su boca me suena a descarada mentira, qué cosas.

Nos movemos. El entramado de gruesos cables se abre dando lugar a una gran cúpula, en la que buena cantidad de ellos se anudan en nutridos grupos, enrollados unos sobre otros en imposibles formas esféricas, en plan bobina, sostenidas varios metros sobre el suelo o desde el techo por la propia rigidez de esas canalizaciones brillantes. Un zumbido silencioso hace vibrar el aire, que noto moverse lentamente en muy dispares ráfagas, en cuanto a dirección y fuerza se refiere.

Vuelvo a interrogarme sobre la función de los alienígenas muertos en este lugar. ¿Eran operarios de esta extraña maquinaria o sólo estaban de paseo? Pero son preguntas destinadas a quedar en el aire, imagino, como todas las demás que plantean todos los nuevos lugares o sorpresas con los que nos hemos ido encontrando, con infinitas incógnitas sobre los pormenores de la tecnología y estructura social, si la hay, de este pedacito descomunal de otro mundo. Aun así, tampoco estoy aquí para eso.

Ahora yo voy junto a Dead, ambos tras de Jones. El escudo que queda, Cherry, ha vuelto a retaguardia, y Violet con él por voluntad propia. Parece que hay buenas vibraciones entre ella y el soldado, me pongo a pensar con algo de celos. No puedo evitarlo; sé que hay una gran diferencia de edad, ella diecinueve, yo treinta y seis años, pero mi progresivo detrimento de toda relación con el resto de seres humanos me ha disuadido de hacer nuevas amistades interesantes, sobre todo en lo que a mujeres se refiere. Violet es para mí como un nuevo modelo de pistola que dispara la misma munición que yo: somos afines, pero diferentes. Se ha ganado sin pretenderlo su propia plaza en mi corazón, junto a Jones y Hardy. Y, para qué negarlo, si no es la suya la más grande, estoy seguro de que, al menos, sí la más privilegiada.

Sin ninguna otra posibilidad, Jones nos mete en otro estrecho corredor, no tan claustrofóbico como el cuello de botella de los cables, pero que tiene muy mala pinta.

En él, largos y afilados punzones, que bien parecen antenas, nos obligan a contorsionarnos continuamente para poder seguir avanzando. Las lanzas, que son una extensión o bifurcación de los cables de alrededor, tienen la superficie sembrada de agujas diminutas que imitan sus extremos, lo que vaticina muy desagradable el rozarse o apoyarse en ellas. Jones se mueve con bastante soltura, y sólo ha de detenerse en alguna ocasión para liberar algún jirón de su gabardina que queda enganchado.

—Hay que ver... ¿Para qué será toda esta mierda? —se queja Hardy, con hilarante tozudez senil.

—Para tocar los huevos, ¿para qué si no? —le contesta Church—. Al menos de algo me habrán servido mis diez años de competición en gimnasia rítmica.

—Ya te veo, aquí ser ágil es un punto —le reconoce Hardy.

Y echo un vistazo atrás, intrigado por tan absurda conversación, y me encuentro la delgada figura misógina de Church esquivando las antenas con hábiles y difíciles torsiones de su cadera y exageradas flexiones de sus piernas, mientras que Hardy observa admirado y confundido, intentando dilucidar cuál será su método para salvar el mismo obstáculo. Compruebo divertido que decide tumbarse en el suelo y pasar arrastrándose como si hiciera maniobras en un centro de adiestramiento, con la escopeta delante de la cara. Un arrugado pliegue de la chaqueta de pana en su espalda se queda enganchado en las agujas de la antena sobre él. He pasado por ahí mismo hace un momento, y no recuerdo haber tenido tantos problemas.

— ¡Ay, que me quedo enganchado...! —protesta Hardy, atrapado en su abrigo.

—Pero si no hacía falta hacer eso... —le dice Church, que se acerca a él sacando un cuchillo, y corta de un veloz tajo la parte clavada en las agujas.

—Gracias, hija —dice Hardy acabando de pasar e incorporándose. Se lleva una mano a la chepa y descubre el gran agujero de su chaqueta—. ¡Pero si me has jodido la chaqueta! ¡No hacía falta joderme la chaqueta!

— ¡Anda, vamos, compañero! —le dice Church dándole un ligero puñetazo en el hombro, y luego la espalda.

El número de antenas empieza a ser menor, y también lo abrupto de nuestro tránsito. Sólo tengo que preocuparme de no herirme en las ingles al pasar una pierna y luego la otra sobre los punzantes contornos. La pernera izquierda, húmeda por el impetuoso caminar de Church en el poso infecto de las hembras, se me sube y resiste a bajar, pegándoseme a la piel y a los retorcidos pelillos que la cubren. Qué sensación más asquerosa.

De delante nos llega un bufido, y sale lanzado desde la oscuridad un marciano que intenta atrapar la cabeza de Jones entre sus dos garras. Jones se agacha, y la criatura hiende el aire, clavándose sin cuidado la superficie de agujas de la antena que les separa por todo su desnudo pecho. Dead aprovecha el fallo de su estocada y le alcanza en mitad de la cara con un único disparo de plasma. El ser deja caer la cabeza, y queda abrazado a la antena, muerto.

Está visto que no puede uno relajarse. Me pregunto por qué no disparó Jones a la criatura; él, que la tuvo que ver venir desde la oscuridad.

—Jones, ¿y tu arma? —pregunto sin perder de vista el cadáver, sujeto en la triste postura de alguien que solloza.

—Gasté mis dos últimas balas ahí detrás —dice haciendo un desdeñoso gesto con la mano—, y para nada, como ya viste. Se cubrieron los ojos con las manos.

— ¡Ah!

—No pasa nada, no la necesito —añade con orgullo.

—Ya, ya... —digo para hacer notar que le escucho, pero preocupándome más de pasar todo lo alejado que puedo del marciano muerto.

—Camina, cagón —me dice Church, empujándome con su arma, haciéndose la graciosa. Definitivamente, es igual que Violet. No quiero ni pensar en lo que tendría que aguantar si tuviéramos mayores confianzas...

De repente, me empieza a oler a chamusquina. No es una forma de hablar, de verdad huele a quemado, a marcianos a la parrilla para ser más exactos.

— ¿Jones? —le llamo, sugiriéndole que me lo explique.

—Ya lo sé, pero ni idea de a qué se debe.

— ¿De qué habláis? —se mete Dead.

—De que huele a quemado —le explica Jones.

— ¿Huele a quemado? —repite Dead.

—A quemado huele —sigue Jones con humor, dándole al absurdo diálogo la musicalidad que se merece.

—Estas máscaras son una mierda, no las necesitamos. Yo me la quito.

Y dicho esto, Church se quita el casco integral y lo deja caer en el suelo. Dead se le queda mirando, confuso.

—No se quiten los cascos, Dead. Perderán la protección auditiva a los infrasonidos marcianos —ordena Avatar, alarmado.

— ¡A la mierda, joder! —masculla Dead, haciendo lo propio.

Todo el equipo del Triunvirato se quita las máscaras, algo que incomprensiblemente me reconforta. Me pongo a mirar rápidamente a Dead y Church una y otra vez, como si siguiera un partido de tenis.

Descubro que él es un tipo de unos cuarenta y pico años, de cabello oscuro y sienes simétricamente encanecidas. Entre la incipiente barba de dos días que cubre sus duros rasgos se perfilan cicatrices desiguales que parten de las comisuras de su boca hasta las orejas, lo que me induce a suponer que alguien se ensañó con ganas en su persona, hace mucho tiempo.

Por contra, Church resulta ser una preciosa rubia de facciones afiladas, con el corto cabello recogido en diminuta coleta. Su herida de guerra es el ojo izquierdo, ciego y blancuzco, alrededor del cual se extienden cicatrices que le hacen parecer que está llorando, a pesar de la estoica determinación que irradia el contrario, sano y azul.

Ambos tienen la piel perlada de gruesas gotas de sudor, efecto de la dificultosa respiración a través de las máscaras.

— ¡Diosss, este olor a carne quemada me sabe a gloria! —dice ella, aspirando profundamente, olisqueando el aire como un animalillo.

Esbozo una sincera sonrisa, disfrutando su propio alivio.

—Es un placer veros las caras, ahora sí que nos conocemos —le digo a Dead, tendiéndole la mano.

—Bueno, bueno, que no es momento para ceremonias —me dice, dándome la suya, sin embargo.

—Sí, dejémonos de mariconadas y busquemos algo que matar —nos azuza Church—. Si no, Cole se nos va a dormir del aburrimiento, ¿a que sí?

—Claro —responde el aludido, asomándose sobre un hombro de Hardy.

—Por cierto —continúa ella, cuando reanudamos la caminata—, sólo quedas tú, Hunger. ¿Recuerdas que os dije que era de mal fario coger los nombres de los jinetes del apocalipsis? Pest y War fueron los primeros en morir, ¿qué te parece?

—Sólo ha sido casualidad, no me jodas —replica malhumorado el tal Hunger.

—Y queríais que yo fuera el cuarto, Death... —insiste Church.

—Sí, era lo que más pegaba con tu personalidad —intenta pincharla el pobre tipo.

—Un poco de respeto a los muertos. También ha caído Barrier, dejad de decir tonterías —interviene Cherry.

—Silencio, soldados, que no estáis de fiesta ahí arriba —reprende Avatar de pronto.

—Puedes besarme el culo, tú, chupatintas de mierda —le ataja la desbocada mujer.

Y sigue un total silencio. Me asombra ver que Dead no ha intentado poner orden. A lo mejor está igual de harto y desalentado con la misión. Porque hay que reconocer que no parece que todo esto nos lleve a ninguna parte. No sabemos dónde estamos ni qué hacer.

Pero a pesar de ello, y precisamente porque no nos queda otra, seguimos camino adelante, lo que es yo, mucho más animado al verme rodeado de más rostros humanos. Soy consciente de esta ironía, toda vez que me he pasado la vida evitando las caras nuevas. Soy patéticamente incongruente.

No tardamos en salir a otra amplia sala o pasaje, como nos consta al no encontrar nuestra luz paredes en que reflejarse. Sí damos con más de esas columnas verdosas, como las que sostenían el invisible techo de la gruta donde nos atacó la horda marciana, pero en lugar de la misma disposición en pares, con unos cinco metros de separación entre parejas, éstas siguen en línea recta lo que debe ser el medio, en trayectoria perpendicular a la dirección en la que venimos.

—De ahí viene, ¿lo veis?

Jones señala hacia su derecha, y enseguida vemos el destello ondulante de un halo muy parecido al que se materializó delante del hotel. Lenguas de fuego asoman temblorosamente de dentro del torbellino de éter gaseoso, y nos permiten ver, sin necesidad de acercarnos, los cuerpos incinerados de unos pocos marcianos. Tardo en hacer la relación, pero me acabo de dar cuenta de que es el otro lado del portal que bombardearon los del Triunvirato. Me asusto, y me pongo a mirar como un chiflado alrededor nuestro, buscando el ejército que desfilaba continuamente a través de ello.

—Es el otro lado del agujero ante el Salsbury —dice Dead—. Parece que lo han abandonado, dándolo por imposible.

—No hay nada como el fuego para sofocar cualquier tipo de reunión. Lástima que el lanzallamas de Barrier quedara inútil, me hubiera encantado llevar el infierno a la espalda.

—¿Lo ves, Church? Eres la muerte encarnada —dice Hunger.

—Bueno, tiene otras cualidades —la defiende Cole.

—No quiero saberlo.

—Yo no pretendo hacer ver que sé nada de puertas espacio—temporales —empieza a decir Hardy con timidez—, pero, ¿no es un poco raro que estén tan lejos unas de otras? Quiero decir que no lo veo práctico, es absurdo, ¿no?

—Esa es una de las razones que nos lleva a pensar que El Rostro De La Locura no sabe muy bien lo que hace —explica Avatar—. Los portales deben estar hechos a conciencia, pero sin ningún control sobre su posición.

—Eso ahora nos da igual. ¿A dónde vamos? —interrumpe Dead, dirigiéndose a Jones.

Él se encoge de hombros y señala con el pulgar al lado contrario desde donde brilla el portal. Le seguimos. Al final de la fila de columnas, el camino se bifurca. Una pendiente hacia arriba a la izquierda, otra que baja a la derecha.

—Mi sentido de la orientación se resiente en este lugar —se disculpa innecesariamente ante la disyuntiva del camino—. Sin embargo, diría que el paso que sube nos llevará hacia el ejército marciano otra vez.

—Bajamos entonces, ¿no? —dice Dead, viendo que le deja a él la decisión.

—Creo que es lo menos peligroso, aunque sea una tontería decirlo —coincide Jones, con leve gorjeo de risa floja.

Tomamos la bajada. Sigue en una larga línea recta, en pendiente ligera y constante.

Estos largos momentos de silencio me sumergen en un soporífero estado de nihilismo. Mi mente se rinde, y acepta la realidad de mi situación con la tranquilidad de alguien que se sabe en un extraño sueño del que acabará despertando, tarde o temprano. A veces tengo la impresión de que mi cerebro y yo somos dos entes distintos, independientes. Quizá esa sea la causa de mis esporádicos arrebatos de estupidez.

—Ya sé que no le importa a nadie, pero me da que el sonido de las paredes sirve como método de orientación a los marcianos —dice Jones al cabo de un rato—. Va variando según donde estemos, imagino que proporcionando información sobre su posición a quien pueda entenderla.

—Interesante —dice Dead, sin interés ninguno.

—¿Por qué crees eso, hijo? —pregunta benevolentemente Hardy, aunque no creo que le importe, tampoco.

—Porque dudo que nadie, ni siquiera de mi especie, y por muchos años que se pase viviendo aquí, sea capaz de orientarse en esta colmena. La tecnología de este mundo es algo impresionante.

—Puede, pero cualquiera diría que esta raza de animales fuera la responsable. Más bien parece

que hubieran robado esta ciudad a otra especie, más inteligente —expone Dead, tomando parte en el debate con tan lúcida reflexión, que temo moleste a Jones.

—Sí, también yo me he planteado esa posibilidad —dice Jones, sin atisbo de haberse ofendido —, pero no. Todo está adaptado al físico y sentidos de mis congéneres. Como no sea que encargaran la ciudad a una empresa de construcción ajena... —termina, bromeando.

Empiezo a notar algo así como temblor o movimiento de cuanto nos rodea. Es algo muy sutil, pero de interminable constancia, y hasta parece hacerse más intenso por momentos. Con indescriptible horror me imagino a la inmensa acrópolis del cielo iniciando un silencioso viaje en alguna dirección indeterminada; estoy seguro de que asciende, llevándonos con ella de vuelta a su planeta, a Marte.

— ¡Eh, eh! ¿No notáis que nos movemos? ¡¿La ciudad se mueve?! —aúllo desesperadamente.

—No, estas sacudidas vienen de abajo, de ahí delante, Nass. Tranquilo —me asegura Jones, volviéndose a mirarme.

—La ciudad sigue flotando inmóvil sobre nosotros, señor Pulois —me informa Avatar, la primera vez que agradezco su intervención, solapándose su voz con la de Jones—. ¿Qué pasa ahí arriba?

—No lo sabemos, Kyle, pero sentimos movimiento —le explica Dead con cansancio, para que no insista con preguntas.

Y es verdad. La sacudida constante es más fuerte según descendemos, y aunque me pone los pelos de punta igualmente, no se puede comparar con la idea primera de abducción accidental que me iba a volver loco, de haber sido cierta.

Y aun así, la sensación es esa misma, la de que la gigantesca ciudad—nave maniobra en el espacio a cada vez mayor velocidad, en aceleración progresiva, con violentos cambios de dirección en su movimiento, similar al vaivén que uno siente viajando de pie en un autobús, con fuerzas que tiran primero a un lado y luego al contrario, con ocasionales sensaciones de vacío propias de una repentina pendiente tras el final de una subida. Pero descubro con bastante turbación que mi paso y el de mis compañeros es firme y seguro, para nada alterado por estos devaneos de deformación del equilibrio. ¿Qué pasa, es que estoy alucinando?

Se ve la salida del pasadizo a una decena de metros por delante, recortando la forma de media elipse una fulgurante iluminación en enfermizo verde, de claridad meridiana a pesar de amenazante. Tener algo de luz como referencia a esa distancia debería hacerme sentir mejor, sirviendo de ancla a mi distorsionada orientación, pero, en lugar de ello, corrompe aún más mi percepción. El pasillo recorrido por la luz se retuerce sobre sí mismo y se curva; mis ojos perciben esto como obnubilados por una gran ingesta de alcohol. Me golpeo la cara, me froto la frente, y el espacio continúa con sus extrañas evoluciones.

— ¿Qué pasa aquí, qué es esto? ¿Algún gas psicotrópico? —dice Hardy.

Me vuelvo a mirarle, se agarra al hombro de Church, mareado y vacilante.

—No te detengas, viejo —le dice ella—. Si te paras es peor.

—Tiene razón, moveos, ¡rápido! —ordena Jones.

Todos le hacemos caso, apretamos el paso hacia la luz. La materia recupera abruptamente la normalidad cuando salimos del corredor, y es como detenerse de golpe tras dar varias vueltas sobre uno mismo. Caigo hacia delante sobre Dead, que al no detenerse me esquiva por muy poco. Mi arma resbala por el suelo hasta sus talones, contra los que rebota y vuelve, golpeándome en la barbilla. La recojo y me incorporo todo lo rápido que puedo. Me siento muy raro, todo parece estar bien ahora, pero sigo sintiendo una extraña fuerza que me induce a inclinarme hacia delante, y además me atormenta la convicción de que hay algo terriblemente mal en el mundo. No tengo ni idea de qué se trata, lo que aumenta mi angustia y sensación de impotencia.

De repente, estoy muy deprimido.

—Ánimo, detective, que ya pasó —me dice Church, agarrándome del brazo para que deje de correr, empujado hacia delante por algo invisible.

—Debía de tratarse de una distorsión espacio—temporal residual. Mirad.

Dead hace esta suposición y señala con un meneo de cabeza a cuanto tenemos delante.

—Tiene que ser esto, ¿no? —dice Jones, mirándole a él.

Sí que lo es, no necesito que nadie me lo confirme. Hemos salido a una extensísima explanada en la que el suelo está dividido en amplísimos bloques cuadrados que se hunden notablemente en su centro cerrando sus vértices y aristas los socavones, como haciendo trincheras, y que se reparten a partes iguales todo el terreno hasta donde alcanza la vista a distinguirlos. Las paredes y techo, que son una misma cosa con forma de cúpula, encuentro que son de la densa y apretada maraña de cables luminosos, y a lo lejos y a lo alto no parece sino que nos envuelve un cielo nocturno moteado de estrellas verdes y azules.

En medio de esta extraña desolación, el origen de esta nociva luz verde que baña la gigantesca excavación: a unos dos kilómetros de nosotros, diría así, a ojo, se erige una larga torre, de tallo negro y estrechado en su centro, presumiblemente circular, cerca de cuyo extremo se abre una plataforma o terraza de desproporcionadas dimensiones, quedando el conjunto como una gran seta más ancha que alta.

Todavía más arriba, en el centro de la plataforma, el tallo sube un poco más y se interrumpe en una forma esférica y nudosa de más cables brillantes, que se deforma en su parte superior en algo que desde aquí se ve como una maraña de finos pelitos, sobre los que se sostiene en estática y silenciosa levitación la enorme masa de fuego verde que hace de sol a una media altura del techo.

Esa forma luminosa se expande y se contrae visiblemente, duplicando y volviendo a reducir su contorno con ritmo de pausada respiración, alterando este tranquilo ciclo ocasionales arcos eléctricos que comunican la esfera de luz con las antenas de la torre, si es que son tal cosa...

Por lados opuestos, y en dirección oblicua desde el techo, otras dos antenas gigantes se estiran hacia el sol verde, casi rozando los afilados extremos su superficie en su punto de máxima expansión. Estas últimas construcciones son iguales a las agujas del corredor de las antenas espinosas, compuestas de un enredo de cables del que se distinguen asomando otras muchas antenas afiladas, más pequeñas.

—Kyle, ¿la máquina no será una especie de antena parabólica gigante, por un causal? —pregunta Dead.

—¿Qué? No... La máquina ha de ser una cúpula circular de cuatro kilómetros y medio de diámetro, con una base de placas de distorsión espacial en medio de la cual ha de levantarse el centro de mando, el lugar desde donde se controla... —dice Avatar de corrido, como si temiera que le interrumpiera alguien.

—Sí... Entonces estamos dentro, hemos llegado, Kyle —anuncia Dead.

—¡Perfecto! —exclama Avatar, con patente entusiasmo.

—Vamos hacia los controles. ¿Sabréis al menos cómo funciona?

—Sí, claro que sí. ¡Muy bien, Dead! Pero hay un problema: sólo los alienígenas pueden hacerla funcionar, su tecnología sólo responde a su fisionomía...

—Ya, pero tenemos un alienígena con nosotros —dice Dead muy animado, mirando a Jones, quien hace un gesto de afirmación con la cabeza.

—Sí, sí, ya lo sé. ¡Es todo perfecto...! —repite Avatar, fuera de sí de contento.

—Bueno, perfecto no es la palabra que yo usaría, Kyle. Pero vamos a ello —y Dead hace gesto de que avancemos hacia la torre.

Pero antes de que él termine de dar esta silenciosa orden ya estoy en movimiento, adelantándole, y desciendo por la resbaladiza superficie de una de esas placas de distorsión de no sé qué; llego al fondo y me pongo a subir por el lado contrario sólo para descubrir que pies y manos me patinan de tal forma en el suelo de color indeterminado, que todo esfuerzo que hago por avanzar acaba devolviéndome al centro del socavón.

—Nass... —oigo llamar a Jones. Y cuando me vuelvo a mirarle oigo

—...detective, ¿qué está haciendo? —de Dead, que me mira con una mueca de incredulidad, torciendo su boca y cicatrices a un lado, conteniendo la risa.

Ambos están caminando alegremente por el borde alto que delimita las hondonadas, que resulta un poco curvo, pero no lo bastante para hacerles perder el equilibrio.

—Es más fácil si vamos por aquí —me dice Jones con insultante tono instructivo—, aunque tengamos que ir en fila india.

Me tiende su largo brazo, me agarro con una mano a dos dedos suyos y tira de mí hasta ponerme entre él y Dead. Hace un gorjeo de risa mientras niega con la cabeza.

—¿Qué? —exclamo, malhumorado.

—Nada, anda, vamos.

—No, si con Nass no hay quien se aburra —dice Violet, a lo que siguen algunas risas de los demás, que apenas ya podían contener antes.

Tampoco creo que sea para tanto. Me pareció que estos bordes serían incómodos de seguir, por eso me arrojé al hoyo. Lo único que quería era llegar cuanto antes a la torre esa, donde espero que se encuentre el puto chiflado cara de vidrio, para poder matarle de una vez yo mismo. Le voy a atravesar el espejo que tiene por cara con una ráfaga de plasma, y a partir de entonces se le conocerá como El Maldito Capullo Cara De Culo.

Hemos tardado algo más de media hora, creo, en llegar a la sombra proyectada por esa gran plataforma. Antes de atravesar el límite que separa luz y oscuridad se me ocurre mirar arriba.

El borde de la plataforma, cincuenta metros por encima de nosotros, se curva hacia abajo y se pliega enrollado sobre sí mismo. No hay duda de que es artificial y metálico, pero su forma y texturas le dan una apariencia desagradablemente orgánica, vital. Hasta la gran columna negruzca se une a la plataforma en una inconcebiblemente complicada división en ramas, muchas de las cuales se estiran en diagonal hacia puntos más alejados del centro. La superficie oscura de la cara inferior de la plataforma parece recibir o asimilar los numerosos extremos de las ramas con un efecto de fundido que las envuelve, como si se estuviera derritiendo sobre ellas.

Intento desviar la mirada y ponerme a vigilar dónde piso, pero cada vez que lo hago me parece que la gran torre se empieza a mover como nerviosa, agitando las ramas o girando el tallo, así que me pongo a mirar al suelo y a observar la torre alternativamente, como un idiota.

—Detective, ¡vamos! —me azuza Dead detrás de mi, empujándome ligeramente—. Si ya estamos llegando, ¿qué hace?

Aprieto el paso para alcanzar a Jones, que ya me saca buena ventaja, fijando la vista en su sombrero.

Deseoso de llegar hasta él, que ha alcanzado la parte de suelo llano que rodea la columna negra, mi pierna derecha no encuentra apoyo en el siguiente paso, sino que se hunde en repentino abismo con todo mi peso sobre ella. Con la prisa que llevo, avanzo un poco más en el aire con los brazos extendidos, el arma en mis manos. Me golpeo los codos en el reborde alto, el arma cae en el hondón de delante, y yo resbalo hasta el fondo del anterior, con las manos apretando sin resultado la lisa superficie, que se escurre con humillante pitido bajo las yemas de mis dedos, quedando al final incómoda y ridículamente tumbado boca abajo: piernas y brazos en alto, espalda

arqueada dolorosamente, todo mi abandonado ser que intenta adaptarse al contorno del socavón, como si fuera agua en un recipiente.

— ¡Detective! —aúlla Dead.

— ¡Nass! ¡¿Qué ha pasado?! —pregunta Violet.

—No sé, de repente se ha desviado hacia la derecha —le explica él.

Mientras intentan dilucidar la causa de mis desgracias, yo pataleo y me retuerzo aquí dentro, buscando el apoyo y la forma de incorporarme. Alguien baja hasta mi lado y me ayuda a levantar.

—Lo tuyo no lo entiendo, amigo —me está diciendo Church mientras me iza con gran facilidad—. ¿Es que trabajabas en un circo, o algo así?

Los pies me resbalan, y palmeo confuso el cuerpo de Church buscando algo fijo en lo que encontrar estabilidad. Acabo abrazándola, un brazo alrededor de sus hombros, el otro agarrándole un pecho, inapreciable a la vista bajo el grueso traje de combate, pero que está ahí, lo noto.

— ¡Oye! ¡¿Pero qué haces?! —se queja ella, dejando caer los brazos, rendida.

Acto seguido pone una pierna entre las mías y me empuja con el hombro; la suelto entendiendo su rechazo, me coge de la pechera de la gabardina y me hace una llave con la que me estrella violentamente contra el lado cóncavo del hoyo.

— ¡Church! ¡Cuidado, mujer, que es amigo! —la regaña Dead.

— ¡¿Amigo?! ¡Y algo más, que quiere el muy cabrón! —y se vuelve a mirarme, con los dientes apretados, ambos ojos, el de frío azul y el de inerte blanco, taladrándome—. ¡¿Pero tú de qué vas?! ¡La mercancía no se toca!

— ¡Perdón! Es que esto resbala, fue sin querer —me excuso, francamente asustado de ella, ignorando el dolor que me recorre hombro, costillas y cadera.

Vuelve a levantarme soltando un bufido exasperado y me empuja con fuerza pendiente arriba, donde Dead alcanza a cogerme de la manga y llevarme hasta él. Church coge impulso y salta, atinando a apoyarse con ambas manos en el borde redondo de la arista, pasando por alto la ayuda que le ofrezco.

—Tú no me toques, tío raro —gruñe alzándose a mi lado.

—Anda, vamos —me dice Dead, tirando de mí para que le siga.

Cuando llegamos a suelo llano, Jones está saliendo de un salto del lugar donde me cayó el arma. Me la tiende sin decir nada, negando otra vez con la cabeza, sin embargo. “Vaya, parece que aquí nunca se ha equivocado nadie”, dice una vocecilla obstinada en mi interior, algo acalorado de vergüenza en mi exterior.

— ¡Vaya, esto es más grande de lo que parecía! —digo apreciando la distancia que aún nos separa de la base de la torre, con el secreto propósito de hacerles olvidar a todos mis calamitosas peripecias.

No encuentro respuesta. Siguen caminando, pasando de largo a mi alrededor. Hardy me da un par de palmadas en el hombro, hinchando de aire sus mofletes y enarcando las cejas, una cara de circunstancia que no me consuela para nada.

—Kyle, estamos llegando. Espero que tengas idea de cómo subir ahí arriba, porque no hay escaleras ni nada a la vista —dice Dead.

—Tiene un sistema de transporte instantáneo. Lo activan modulaciones concretas de infrasonidos, producidas por la voz de los marcianos.

— ¡Qué moderno! —se ríe Dead—. Apuesto a que así es como funciona todo por aquí, por eso no encontramos la entrada al rascacielos de la superficie.

—Es posible, sí —reconoce Avatar.

—Está claro que vuestros jefes no planearon esto con el suficiente cuidado —comenta Violet.

—No me digas... —le contesta Cherry.

—No había tiempo —se disculpa Avatar—. Criaturas marcianas se desplegaban por la ciudad y el portal entre ambos mundos se hacía cada vez mayor, no había tiempo que perder. Y tampoco teníamos manera de investigar el resto de su tecnología. Vosotros sois la expedición pionera allí arriba.

—Kyle, déjate de discursos “alentadores”, por favor —le ataja Dead una vez más.

Alcanzamos el pie de la torre. La columna, que puedo ver, ahora que estoy cerca, es en realidad del mismo material verde oscuro que las paredes de otros lugares, se sumerge en extensión circular en el suelo de baldosines azulados y octogonales del suelo. Quedan ambos materiales unidos en peculiar remate que hace parecer que un diminuto charco de diez centímetros bordea la base de la columna, pero es sólo la superficie verdosa hundándose bajo el reborde de las placas. Da muy mala y licuosa sensación, a pesar de todo. ¿Cómo pueden esos metales tener un propiedad visual tan repugnante?

—Bueno, Kyle, tú dirás —empieza a hablar Dead, mirando de arriba a abajo el gran contorno de ese tronco—. Aquí no se ven ni mandos ni controles, ni nada de nada.

—El Rostro De La Locura ha estado aquí, vuelvo a olerle —anuncia Jones casi al mismo tiempo.

— ¿Qué? —pregunta Dead, que se estaba escuchando a sí mismo.

Jones repite más o menos lo mismo, pero Avatar ya nos está dando sus instrucciones y, durante un segundo, no entendemos a ninguno de los dos.

— ...que colocarse a menos de cuatro metros de la torre —está diciendo Avatar cuando ya sólo habla él—, da igual la posición alrededor de su contorno. Luego, el alienígena debe imitar la señal de infrasonidos que debería estar emitiendo de forma continuada la superficie de la torre, para hacer efectivo el traslado.

Dead nos hace señas para que nos repartamos en un arco abierto, siguiendo la amplia circunferencia de la torre.

—Jones, ¿sale ruido de la pared? ¿Puedes imitarlo de alguna manera? —dice cuando nos tiene a todos en posición.

—Creo que sí, ¿por qué? —quiere saber él.

—Se supone que así subiremos.

—Entonces... ¿lo hago?

—Sí, dale —le ordena Dead, dando la espalda a la torre, con el arma lista para disparar.

Pasan varios segundos durante los que Jones parece escuchar en silencio, sin hacer nada más. Yo le estoy mirando. Tiene la cabeza baja como si pensara distraídamente. De pronto, la sombra de la plataforma sobre nosotros se disipa, nos inunda el potente fulgor del pequeño sol de la máquina. La extensión de cuadrados truncados que nos rodeaba ha desaparecido, y más allá de la inmóvil figura de Jones el suelo parece acabarse abruptamente a unas cuantas decenas de metros. Tengo la impresión de que no nos hemos movido, y al mismo tiempo de que estamos en otro sitio, ¿o no?

— ¡¿Pero qué es esto?! ¡¿Qué hacen ellos aquí?! —oigo gritar con desesperados y agudos tonos a una voz familiar.

Soy el único idiota que sigue de cara a la columna de la plataforma, y cuando me vuelvo encuentro un trío de mesas o postes repartidos en posición triangular, tras cada cual se yergue una criatura marciana como caricaturas de aplicados oficinistas; alrededor de ellos, unos cuantos más de sus congéneres, ociosos, o que no parecen ocupados en nada en particular.

Y a un lado, caminando entre ellos como uno más, El Rostro De La Locura.

— ¡Quieto! —ruge Dead, destrozándose el tímpano derecho a través del auricular.

Pero el aludido está gritando a los seres en su idioma, que en consecuente obediencia, presumo, se lanzan contra nosotros con las garras abiertas.

— ¡Fuego! ¡No matéis al objetivo! —ordena Dead.

Pero alguno ya disparaba antes de oírle. De hecho, Hardy abre fuego con su escopeta apoyada en la cadera un par de veces. Veo claramente su intención; los perdigonazos se reparten sobre algunos seres tras los que corretea El Rostro De La Locura, que se acaba tirando de un salto tras una de esas amplias mesas. Un tercer disparo hace saltar chispas en el pulido material y hiere en parte el pecho del marciano que extiende las manos sobre ello.

— ¡Mierda! —oigo exclamar a Hardy, que no se lamenta por mucho tiempo y se dedica a contener a tiros a más seres que nos envuelven por su derecha.

Vienen desde detrás, rodeando la columna que sostiene esta plataforma. Yo padezco el mismo ansia de ver muerto al chiflado de la máscara, y lanzo plasma contra su cobertura, pero debo estar a algo más de veinte metros de él, y los haces se dispersan antes de llegar.

—Si está ahí El Rostro De La Locura, no le matéis. ¡Tened cuidado! —está diciendo Avatar en el momento en que me uno a los demás en el diligente exterminio de marcianos atacantes.

Siguen viniendo algunos más, correteando desde uno y otro lado del límite de visión que la torre nos permite. Se dispersan para distraernos algunos, el resto se unen a los que se interponen entre nosotros y El Rostro De La Locura. En mitad de todo el jaleo, aparece de la nada un pequeño portal, así, sin más, sin efectistas destellos o un sonido espectacular, simplemente está ahí de repente. Y tan pronto como se ha materializado, me parece ver que El Rostro De La Locura sale lanzado en cuclillas hacia él, seguido de otra criatura. Ambos se sumergen en el pozo de humo denso y negro.

No tengo muy claro de dónde saco estas ideas, pero estoy seguro de que los seres que permanecen de pie tras esas mesas, las pezuñas afiladas abiertas sobre las superficies luminosas, controlan a voluntad la creación de los portales.

Espoleado por la urgente necesidad de impedir que vuelva a escapar el maldito chiflado de la máscara, echo a correr hacia los supuestos controles, ignorando y evitando apenas al resto de marcianos entre los que me muevo, con la idea de poner a los operarios al alcance de mi arma. Algún alma caritativa y vigilante me protege de los seres, abatiéndolos con plasma antes de que lleguen a tocarme. Un monstruo se me tira encima, sin embargo, y caemos los dos al suelo como amantes en apasionado abrazo.

Mi arma cae y sale despedida a algún lado, la oigo rebotar con sonido compacto mientras ruedo y lucho con el ser, golpeándolo con puños y codos, con rodillazos en su entrepierna, esperando que la flexible malla de sus pantalones no merme esa vulnerabilidad. Estoy encima de él, vapuleándole como un poseso, y recupero de pronto la cordura y la vista; está muerto, dos agujeros humeantes tiene en el pecho, probablemente hechos justo cuando se me abalanzaba. Ya decía yo que me lo estaba poniendo muy fácil...

— ¡Nass, jodido loco, ¿qué haces?! —oigo gritar a Violet desde ahí atrás y, de muy molesta forma, por el comunicador—. ¡¿A dónde vas?!

Llego a verla un momento, girando la cabeza, por encima del hombro. Creo que es ella la que me protege con su fuego, pero no me planteo siquiera mencionarle cuáles son mis intenciones.

Busco por el suelo el rifle de plasma perdido. Aturdido y acelerado, sólo veo pies y garras marcianos a mi alrededor. Al sacudirme desesperado en la busca, algo me golpea bajo las costillas. ¡Claro! ¡Mis dos calibres cuarenta y cinco! Ha sido una de las pistolas lo que me ha dado, guardada en el bolsillo interior de la gabardina. Meto la mano y envuelvo la combinación de

frío y cálido tacto del metal y el ébano de la empuñadura. Saco del bolsillo contrario la pareja del arma, amartillo las dos al tiempo que estiro los brazos hacia los operadores de la máquina; apunto cuidadosamente a los ojos de uno, disparo, cae muerto; un ser se me acerca por la izquierda, apenas lo veo por el rabillo del ojo cuando un haz de plasma le cruza la cabeza. Eso me da tiempo de sobra para acabar con los dos marcianos que me quedan, que se dejan matar sin resistencia, de concentrados que están en su labor, sea cual sea.

Miro el portal, que ahí sigue, intacto, que es lo que me preocupaba; me vuelvo a ver cómo el resto del equipo remata a las dos últimas criaturas; Church y otro, no sé si es Cole o Hunger, pues no relaciono las caras con sus nombres, son los que se dedican a ello. Puedo ver en sus caras que se divierten.

Jones, que parece no haber tenido ocasión de hacer nada, de tan rápido que ha pasado todo y con lo bien que han subyugado las armas a la pequeña oleada de atacantes, se me acerca caminando tranquilamente.

—¿Qué hacías, Nass? ¿Te das cuenta de que casi te matas sin necesidad? —me regaña, pero con un tono sosegado—. ¿Para qué te separas del grupo?

Señalo a las mesas de controles y al halo verde, un poco apartado a la derecha.

—Quería evitar que cerraran el portal por el que escapó, así podemos ir tras él —digo muy contento de haberlo conseguido.

Jones asiente tras echar un vistazo por encima de mí hacia el portal. No lo dice, pero creo que le ha parecido una locura.

—Pues pareces imbécil, qué quieres que te diga —dice Violet uniéndose a nosotros—. Los marcianos no tenían posibilidad de matar a nadie hasta que saliste corriendo hacia ellos. Me distrajiste, y por poco me matan a mí también. Y encima, no avisas. Si no te llego a cubrir, no duras ni un segundo.

—Ya, gracias —le digo avergonzado, aunque la verdad es que suponía que todos verían mi intención y me apoyarían.

—No, está muy bien detective —me defiende Dead—. Es posible que seas el único que ha salvado la caza del objetivo. La cuestión es: ¿necesitamos ir tras él, ahora que dominamos la máquina? La pregunta es para ti, Kyle.

—Podéis olvidaros de él, de momento. Que alguien le pase su comunicador al alienígena, le iré diciendo qué tiene que hacer para cerrar la abertura entre ambos tiempos.

—Toma, Jones —y le entrego el mío, que no hace más que acentuar en ocasiones mi ya bastante intensa jaqueca.

—¿Entonces vamos a dejar que corree por ahí, impasible, el lunático ese? —dice Hardy, muy indignado.

—Ya le cogeremos, lo primero es lo primero. Jones —le anima Dead, señalándole el triángulo isósceles formado sobre el plano de la plataforma por las mesas de controles.

Jones sujeta y se aprieta como puede el comunicador al oído, y empieza a manipular pausadamente las lucecitas planas de la mesa central. Parece darse cuenta de que no necesita tocarlas, y continúa operando con lentas pasadas de su índice sobre ellas. Creo que verle así, experimentando tan nerviosamente con el artefacto, es lo más absurdo que he visto hasta ahora. Es como un bebé jugando con un recién descubierto e insulso panel de colores.

Me vuelvo a mirar el gran pilar de la torre, junto al que hemos aparecido por arte de magia. Unos diez metros más arriba es donde termina el recubrimiento verde, quedando desnudo el enorme nudo de cables que se enrolla en esa gran pelota. Como suponía, los “pelitos” que asoman de ese entramado esférico son un matojo apretado de antenas espinosas de diferentes longitudes y grosores. Las descargas de rayos eléctricos azules recorren cada una de las numerosas puntas de

esas antenas al mismo tiempo y rodean la bola de fuego verde hasta cerrarse en el punto más alto de su contorno variable, que se hincha y encoge constantemente.

—Menudo trasto, ¿eh? Es como un sol en miniatura —dice Violet, que lo observa con maravilla, algo temerosa.

— ¡Estoy haciendo lo que me dices, al pie de la letra! —oímos exclamar a Jones.

Todos nos volvemos hacia él. Ha dejado de manipular los mandos y espera con su mano izquierda abierta y alzada como si dijera: “¿y ahora, qué?”

—Pues si no lo sabéis vosotros, ¿quién, entonces? —continúa diciendo, tras escuchar unos momentos—. Bueno, espero.

— ¿Qué pasa? —quiero saber; qué irónico, todo el tiempo deseando quitarme de la oreja ese trasto, y ahora me muero por enterarme de lo que hablan.

—Sus instrucciones no tienen el efecto deseado —me explica Jones, cuando Dead iba a hacer lo propio—, y me quería echar a mí la culpa. Ya he hecho tres veces lo que dice. Va a consultar al famoso señor Wise, a ver qué pasa.

Asiento con la cabeza primero, y niego después, masajeándome la frente fría y sudorosa, incapaz de creerme tanta chorrada junta. Lo mejor sería volar por los aires el maldito trasto, con nosotros dentro y todo, ¡que ya estoy harto de tanta mierda, joder, que esto no se acaba nunca!

Jones empieza a sacudir los hombros mientras produce ahogados ronroneos de risa.

—Claro, claro, ya nos ocupamos —le contesta a Avatar sin dejar de reír—. Dice que el señor Wise dice que el problema ha de ser que la máquina se encuentra en nuestra realidad, Nass. Que tenemos que hacer pasar la ciudad de vuelta por el portal, a su mundo, para poder cerrarlo.

— ¿Eh? —digo como si no entendiera mi propio idioma.

Jones asiente en silencio, lentamente. Esto ha de resultarle igual de impertinente que a mí y a todos, pero parece estar su inmóvil rostro de eterna sonrisa burlándose de mí.

— ¿Y cómo hacemos eso? —pregunta Violet.

—Encontrando el puente de mando, o lo que sea que permita pilotar esta ciudad flotante —contesta Dead, recorriéndonos con la vista uno a uno.

Jones me lanza el comunicador. Lo cojo, niego con la cabeza y se lo tiro de vuelta. Se encoge de hombros y se lo guarda en un bolsillo.

—Vamos tras El Rostro De La Locura, él sabrá dónde y cómo se hace eso que dices —le responde a Dead—. Esperad todos aquí, yo lo cogeré.

Y empieza a caminar hacia el portal que tan oportunamente intenté proteger, fuera o no necesario, qué sé yo de tecnología marciana.

—No, espera, Jones, vamos contigo —dice Dead.

— ¡No! Quedaos y proteged la máquina.

—Yo sí que voy, Jones —le digo acercándome a él, pistolas en ristre.

—Pues yo también —dice Violet con tozudez infantil, pero como si lo implorara.

—No, tú no —y le doy un lento empujón en el hombro.

—Cállate —contesta sacudiéndose mi mano y haciendo que se me caiga la pistola. Perfecto, ahora tengo que agacharme a recogerla.

—Church, ve tú con ellos, nosotros aseguramos esto —ordena Dead.

—Yo, siempre yo, la mierda para mí —replica la mujer pasando a mi lado y mirándome. ¿Qué, que soy yo, la mierda?

—Ser la mejor tiene un precio, tía —le dice Hunger, riéndose.

— ¡Que te follen, maricón! Vamos antes de que deserte.

— ¡Nass! —dice Hardy, preguntando qué hacer. Su rostro regordete y bonachón, fatigado y con la boca abierta, parece el de un fiel perro San Bernardo que se siente abandonado. No quiere venir, pero tampoco que nos vayamos.

—No, Hardy, al menos quédate tú. Quiero aquí a alguien de confianza —le digo sinceramente, y sin importarme cómo se lo tomen los demás.

Él asiente, echando una peculiar mirada suspicaz a Dead, quien no hace apreciación de nuestro recelo. Seguro que piensa que somos idiotas.

—A ver dónde acabamos ésta vez —dice Violet.

Jones primero, luego Church. Violet la sigue, y por último cruzo yo la pantalla de vapor negro, cerrando los ojos como un niño que no puede dormir tranquilo en la oscuridad de su dormitorio.

EL ROSTRO DE LA LOCURA II

De inmediato, siento una luz ámbar y cálida a través de los párpados apretados. Seguro estoy de que es luz solar, y sin embargo reacciono de una forma inconsciente frunciendo más el ceño, reacio a abrir los ojos, temiendo verme en otro mundo, en Marte. Finalmente los abro exhalando la profunda bocanada de aire contenido, como si supusiera un gran esfuerzo físico, además de mental, el hacerlo.

Veo las espaldas de mis tres compañeros bañadas por la luz de un atardecer a nuestra derecha. Miro en esa dirección. Nuestro sol aparece como en un guiño entre el horizonte de la tormenta de nubes sólidas y las apretadas alturas de las descomunales torres púrpuras. Un sentimiento de profundo alivio y fresco me recorre el alma, al comprobar que de algún modo seguimos en la acrópolis del cielo, y al volver a ver una vez más nuestro astro, tan a menudo desaparecido durante los días anteriores.

Giro sobre mí mismo en redondo. Me sobresalto al encontrarme el espeluznante portal y su hálito helado, pero continúo examinando. Nos encontramos en uno de los más altos de los lugares de la ciudad alienígena y, si como parece, no estamos al aire libre, ha de rodearnos el mismo muro de placas púrpuras que por dentro es invisible. Alzo la vista, donde el inmenso remolino de la tormenta arroja lluvia pesada que se estrella contra la nada y cae resbalando en fuertes arroyos hasta por debajo del nivel del suelo azulado. Resulta bello e hipnótico.

—Ésta sí que es buena. El renegado marciano trabajando codo con codo junto a los renegados humanos.

Rodeo a Violet, Church y Jones para ver lo que ellos miran y enfrentarme al que habla; esa insoportable voz acuosa que ha recuperado su acostumbrado tono de arrogancia, y de la que dimana también algo así como histeria apenas contenida.

El Rostro De La Locura se haya en lo alto de un pedestal hasta el que suben tres escalones exageradamente altos para subirlos con comodidad, aunque, claro, son para los marcianos. A su espalda se levantan dos semicírculos de más controles ridículamente coloridos, uno opuesto al otro desde el punto de vista de quienes los manipulan. Los seres debaten sus miradas entre nosotros y la espalda de El Rostro De La Locura, sin dejar para nada lo suyo. Otro alienígena, vestido por completo con uno de esos conjuntos de mallas protectoras, aguarda quieto como una esfinge a su lado. Sus pupilas dilatadas están fijadas en la gris figura de Jones.

—¿Se puede saber, ahora que estamos más tranquilos, qué hacéis aquí, incordiando? —continúa el loco cara de espejo, como si hubiéramos entrado en una fiesta sin invitación—. No, lo digo en serio, me muerde la curiosidad.

—Hemos venido a detenerte, hijo de puta —ruge Church avanzando y apuntando con su rifle de plasma.

—No, espera —dice Jones, obligándola a detenerse y bajar el arma, sujetando con su enorme garra el rifle. Noto que Church intenta resistirse, en vano—. Soy yo quien quiere saber qué estás haciendo.

—Jones, ¿qué haces? —le pregunto, ansioso de acabar con el chiflado y confuso ante su cordialidad hacia él.

—Esta gente dice que has abierto un portal tan grande que va a destruir ambos mundos. Estamos aquí para averiguar cómo cerrarlo —le explica Jones ante mi asombro. Parece que le esté pidiendo ayuda.

—¡Oh, no, no voy a permitir tal cosa! No sería justo, no, no... Para nada lo sería... —contesta el muy imbécil sacudiendo las manos como tomando la idea por inconcebible.

—Pero, ¿de qué hablas? —tercia Violet—. ¿No decías que hacías todo esto para salvar a esta

otra raza?

El Rostro De La locura hace un gesto de desdén con una mano.

—Eso lo dije para que me dejarais en paz, para confundir a Jones, para ganar tiempo, ¡¿qué se yo?! Dije lo primero que se me ocurrió.

— ¿Eh? —hace Violet.

— ¿Entonces qué quieres? ¿Chantajear al mundo? —pregunta Jones, riéndose él solo de la idea.

—Ya lo dije: hacer justicia, ni más ni menos.

Y se calla. Pasan un par de segundos, o más, durante los que estamos todos quietos y callados, mirándonos unos a otros, esperando que siga hablando.

— ¿Te importaría explicarte? —pregunta Jones por fin, muy respetuosamente y con algo de impaciencia, que sólo yo debo percibir.

—Te lo explicaré porque tú me lo pides, y porque eres el único que puede llegar a entenderlo —dice El Rostro De La Locura recuperando esa familiaridad sosegada de que hacía gala en su casa, cuando daba la impresión de ser un personaje equilibrado y lógico. ¡Cómo engañaba, el cabrón!—. Para ello tengo que remontarme a poco menos de un año, un par de semanas después de que nos conociéramos en vuestra primera visita a mi casa.

>>>Por aquel entonces, para qué seguir ocultándolo, yo había entablado una insólita amistad con estos seres marcianos, visitando su pretérito mundo gracias a los portales que, y esta parte sí era cierta de cuanto os conté, aparecían al reflejarse mi rostro en los espejos. El primer impulso de los marcianos, al verme vagando impunemente por su extraña ciudad, fue el de venir a devorarme, claro, pero me defendí mostrándoles la cara, a lo que el resto de la raza reaccionó tomándose por una especie de dios o demonio, al que se sometieron sin más. Me gané su confianza enseñándoles cuan magnánimo puedo resultar si no me siento amenazado, y durante mis cada vez más frecuentes visitas fui aprendiendo a hablar su idioma y les enseñé cómo debían hablarme para que les entendiera, en un espectro audible para mí. Comprendí que su mundo se moría, extenuado por la devastación que su voraz apetito había extendido en el reino animal y vegetal del planeta. Sentí lástima de ellos, que me habían acogido a pesar de ser tan diferente y sin repudiarme o temerme por culpa de mi peculiar maldición. Ellos son muy diferentes de los humanos, para ellos todo ser consciente de su raza es igual de importante que los demás, salvo los recién nacidos, muy jóvenes para enlazarse a la red de sonidos, y las hembras, sumidas en un estado diferente e individual de la consciencia. El caso es que ya tenía decidido que sacrificaría a la raza humana con tal de darles una segunda oportunidad, pero no tenía forma de hacerlo. Y, como empecé a contar, llamaron en ese momento a mi puerta, poco después de conocernos tú y yo, los señores Avatar y Wise.

>>>Habían venido con la intención de reclutarme para su incipiente sociedad, El Triunvirato. Ambos me hablaron de sus poderes, tan extraños e inexplicables como el mío. Pero fue la habilidad del señor Wise para comprender y desarrollar de una manera sobrenatural cualquier rama de la ciencia conocida lo que me hizo hablarles de mis visitas a un Marte del pasado; les hablé de la máquina de viajes espacio—temporales con la que los marcianos llevaban siglos chapuceando en un desesperado intento de escapar a la muerte; les prometí una alianza con los extraterrestres y acceso a toda su tecnología, a cambio de que el señor Wise descifrara el lenguaje escrito y los planos sobre el funcionamiento de la máquina, cosas que los embrutecidos marcianos ya tampoco comprendían tras milenios de bestialización. La idea que tenía en mente era en realidad la de provocar el tan merecido apocalipsis de los humanos, a los que he odiado profundamente toda mi vida; los que, en vez de buscar una cura para mi mal, me encerraron para poder hacer experimentos con más inocentes, mientras yo sólo podía observar, atado y postrado, sin haber cometido nunca crimen ninguno.

— ¡No intentes darnos pena, chiflado de mierda! —grita Church, todavía con su arma presa en

las garras de Jones.

—Silencio —le gruñe Jones. No alza la voz, pero suena como un bufido que preceda a un desmembramiento, y Church se aplaca.

—Gracias, Jones —se permite decir El Rostro De La locura—. Ya tenía todo lo necesario para mis planes, y entonces ocurrió algo. El señor Wise me explicó que la máquina “lanza” los portales en forma de un haz de energías opuestas hacia su objetivo. Por un lado, el portal; por el otro, un residuo de la fractura de ambas realidades que se disipa prácticamente en el mismo instante en que el portal es creado. Con el lenguaje escrito de los marcianos descifrado, y haciendo mis propias indagaciones sobre la tecnología espacio—temporal a raíz de lo que el señor Wise me hizo comprender, descubrí la razón de la propiedad sobrenatural de mi cara: el mismo día que tú apareciste, hace quince años, esa energía residual cayó sobre mí, y convirtió mi rostro en un tipo de singularidad que arrastra la consciencia de quien lo mira, le muestra quién sabe qué, y la devuelve despojada de toda coherencia o sentido como ser vivo ¡¿Lo entiendes?! ¡¡Estas torpes criaturas me maldijeron con sus inútiles intentos de establecer una conexión estable con otro mundo!!

El Rostro De La Locura acaba chirriando toda esa última parte de su discurso, sacudiéndose en un ridículo espasmo histérico. Parece una vieja máquina desengrasada y a punto de reventar.

— ¿Quieres decir que ahora vas a dejar que ambos mundos se destruyan?

— ¡Pues claro, Jones! ¡¿Te extraña, acaso?! —replica gritando desesperadamente. La criatura junto a él se vuelve a mirarle y se remueve inquieta, sin comprender si debe atacarnos o no—. ¡¿No te sientes tú igual?! ¡¡Te arrojaron para experimentar porque sólo eras un recién nacido, un ser incapaz de formar parte de su colmena cognitiva y primitiva, e igual que yo has tenido que vivir oculto y repudiado como un monstruo, todo ello porque a ÉSTOS LES SALIÓ DE LOS COJONES!!

La criatura vuelve a mirar a Jones. No entiende nada, pero parece convencida de que somos nosotros los causantes del desasosiego de su amo. Bendita ignorancia.

—Pero, ¿los marcianos saben algo de todo eso? —pregunto, sintiéndome ya como un tonto según lo estoy diciendo.

—Sí, ¡ellos creen que les estás salvando! —me apoya Violet, para mi alivio.

— ¡No! ¡No se salva nadie! —explota El Rostro de La Locura—. ¡Aquí es cuando realmente se hace justicia, CUANDO LOS MUNDOS CHOCAN!

—No puedo permitirte —ruge Jones—. Has estado mintiendo a todo el mundo, y ¿para qué? ¿Para matarlos a todos? Entiendo cómo te sientes, pero creo que estás loco, como siempre dijo el abuelo.

—No podéis hacer nada para detenerlo. He ordenado a estos pilotos que aterricen sobre la ciudad. Sus raíces se anclarán a la tierra para seguir funcionando a base energía geotérmica, y sólo tendré que sentarme a disfrutar del espectáculo, mientras mis aliados marcianos se entretienen sus últimas horas masticando a mis congéneres humanos.

—Yo te obligaré a cambiar de idea —dice Jones en voz baja, pero sonando lo más amenazador y fiero que le he oído nunca.

Tenía dudas hasta el final, pero creo que, ahora que ha oído la verdad, se ha despertado en él un sentimiento muy humano del que nunca le había visto el menor vestigio.

Jones siente odio.

—Siento no poder presentaros debidamente —dice El Rostro De La Locura contemplando a Jones avanzar hacia él—, pero los marcianos no usan nombres como nosotros los entendemos, sino una especie de firma de infrasonidos específica en cada individuo. Les pedí que me acompañara el más fuerte y mejor de ellos, para guiarme y manejar su tecnología a mi paso. Todo

líder necesita un buen escolta —concluye, soltando nerviosas y líquidas arcadas de risa.

Se dirige al alienígena con una escueta frase en su extraña lengua, y éste obedece bajando pausadamente los tres grandes escalones, en completo silencio.

A diferencia de sus congéneres, su postura es totalmente erguida, quizá debida al orgullo de ser el protector personal de El Rostro De La Locura. Eso debería hacerle parecer menos peligroso, pero algo en su singular serenidad me alarma; parece muy seguro de sí mismo y sagaz, una cualidad que no he visto en los demás, que atacaban con irreflexiva ira asesina. Es poco más alto que Jones, pero ya resulta demasiado viendo los tonificados músculos de todo su cuerpo envueltos en el pijama de malla púrpura. Casi parece que el traje pudiera reventar con solo tensar un poco sus fibras musculares, pero en vez de serle incómodo, se mueve con él como si fuera una segunda piel. Tiene las mandíbulas cerradas, pero los dientes son demasiado largos, la boca ocupa más de la mitad de su cara, quedando el tabique nasal envuelto en piel casi justo bajo los ojos. Incluso para ser marciano es feo.

El Rostro De La Locura baja a saltos los escalones tras el ser y se aparta a un lado para rodear a los marcianos enfrentados y venir hacia nosotros. Al ver esto, Jones, sin detenerse, se desvía hacia el loco de la máscara. El fortísimo marciano reacciona lanzándose a la carrera contra él, al tiempo que El Rostro De La Locura se aleja más de Jones con pasos asustados, algo cómicos.

—Jones, ¡CUIDADO! —grito.

Pero todo pasa muy rápido, y para cuando digo esto Jones ya ha escapado del ataque de su congénere y se enfrenta a él a golpes. La bestia se interpone entre Jones y El Rostro De La Locura, quien sigue acercándose, confiando la seguridad de su espalda al alienígena.

—Ha sido muy divertido el conocerlos. Adiós —dice el chiflado, llevándose una mano a la careta de obsidiana y tirando de ella sin molestarse en abrir los correajes.

— ¡Tapaos los ojos, no le miréis! —aúlla Violet a mi lado.

La miro, sobresaltado por ese repentino arranque de miedo absurdo. Se cubre los ojos con el antebrazo y Church se cubre el ojo derecho con una mano. Observándolas a ellas por encima de mi hombro, un escalofrío helado me eriza el pelo de la nuca y se extiende como algo tangible y palpable acariciándome todo el lado derecho de la cara. Me asusto tanto con la sensación, y el recuerdo de todas las personas que hemos encontrado enloquecidas estalla tan repentinamente sobre mi mezquino aturdimiento, que cierro los ojos y aprieto los párpados como si quisiera hundirme los globos oculares hasta el cogote.

Apunto a ciegas con mis armas hacia donde creo que estaba El Rostro De La Locura.

— ¿Pretendéis enfrentaros a mí sin ver? Mirad si sois estúpidos —le oigo decir delante de mí, ya sin esa líquida emanación en su voz.

Disparo en esa dirección una y otra vez, aterrado, hasta que me quedo sin balas, pero seguro de que le he alcanzado.

— ¡Estúpido! —oigo decir a la misma voz aguda, a mi lado, casi al oído.

Un violento golpe me llega a la cara, justo en plena nariz, haciendo saltar chispas blancas ante mis ojos ávidos de libertad. El dolor y la sorpresa me hacen soltar las armas y cubrirme la cara con las manos. Noto fluido caliente. Sangre, y también palpo costras sólidas que espero sean del yeso del vendaje, y no trocitos de hueso.

No tengo tiempo de pararme a examinar los daños; otro golpe me alcanza la ya bastante recalentada oreja derecha, que se aplasta contra mi cráneo, y me desequilibra, toda la fuerza del impacto reverberando a lo largo y ancho de la masa encefálica y extendiéndoseme hasta el cuello. Creo dar dos vueltas sobre mí mismo, agitando los brazos ante mí con la esperanza de tocar de casualidad al maldito chiflado.

— ¡¿Qué está pasando?! ¡Nass! ¿Está muerto? —oigo gritar apenas a Violet en algún sitio,

entre el zumbido que atruena en mis oídos.

“¿Muerto? Je”, se cachondea mi mente atolondrada, que ya me da por perdido. En este mismo momento, y como para rematar la broma, me llega a la entrepierna otro golpe que termina por hundirme.

Suelto un gemido ahogado mientras me agarro la zona afectada, cayendo sobre las muy juntas rodillas, que me llenan de calambres a modo de protesta. De una manera que me resulta familiar, me siento agarrado de los cabellos lacios de la coronilla. La sensación de una extraña fuerza que me manosea la cara con un tacto suave y frío se incrementa espantosamente cuando El Rostro De La Locura se debe estar inclinando sobre mí.

—Eres duro, cabrón. Cualquier otro ya habría abierto los ojos para ver de dónde vienen los golpes —me susurra echándome su aliento, muy caliente en comparación con el frío muerto que despide su careto de mierda.

Pone su otra mano en mis ojos y empieza a tirar y retorcer de la piel y los párpados para que tenga que mirarle, al tiempo que me olvido del intenso y pesado dolor que me sube hasta el vientre, conteniendo la respiración inconscientemente cuando un acceso de ira descontrolada me tensa el diafragma y me pone toda la piel de gallina en un súbito estallido de adrenalina.

Cambio los genitales entre mis dedos por los suyos, agarrando con una mano la cintura de sus pantalones y retorciéndole los huevos con fuerza con la otra.

— ¡Hijoputa! —chilla el muy cerdo. Su grito se prolonga en agudo gimoteo de dolor y furia; pone su otra mano en mi cara e intenta hundirme los ojos con los pulgares.

Duele. Suelto su cintura y rodeo con mi brazo los suyos, con lo que consigo que me suelte, aunque sintiendo arañada la cara. Acierto a coger la manga de su gabardina a pesar de que se remueve para escapar, aunque no es de extrañar, no goza de mucha libertad de movimiento. No estoy seguro, pero creo que entre sus convulsiones y mi giro de muñeca ha quedado desgraciado como hombre para siempre.

Ninguno da por terminada la lucha, sin embargo. Él me vuelve a aporrear la oreja derecha un par de veces con su mano libre, y yo, usando acertadamente la manera en que le tengo cogido como referencia, me incorpore mientras tiro de él hacia mí, alcanzándole con mi frente en lo que ha de ser su barbilla.

Noto que sale lanzado hacia atrás, abandonado al dolor y el aturdimiento de mi fuerte ataque, pero no le suelto, le atraigo otra vez hacia mí.

—Ahora te tengo cogido por los huevos, ¿eh? —le digo a la sobrenatural energía de su cara entre dientes, el sabor metálico de mi sangre empapándome los labios y saliendo despedida en rabiosos salivazos.

Por fin le suelto los testículos, y le propino un sentido puñetazo en algún sitio de su cara. Le doy otro, y otro, clavándome en los nudillos lo que ha de ser algún diente de esa boca, que me imagino abierta en silenciosa agonía y sorpresa. Dejo de golpearle e intento asirle del cabello, pero en su lugar palpo el contorno sólido de su máscara, que debió abatir hacia arriba para enseñarnos su cara. La agarro y tiro de ella, decidido a quitársela del todo, mientras él parece empezar a resistirse agarrándome sin fuerza y palmeándome inofensivamente el pecho.

— ¡Nass, ¿qué pasa, a dónde disparo?! —chilla Violet, alterada por el forcejeo que debe estar oyendo.

— ¡No! —grito, temiendo que se ponga a disparar a lo loco o que se le ocurra abrir los ojos.

Tras mucho tirar consigo separar la máscara de su dueño, oyendo los correajes de cuero partirse ante mi insistencia. Es mía, y le empiezo a machacar el rostro con ella a “El Maldito Capullo Cara De Culo”. Suelta gimoteos exaltados, intenta decir algo entre gárgaras, bufa lastimeramente entre cada golpe. Cae de rodillas, pero no se desploma porque yo le sujeto. Con la ventaja de la altura,

alzo una y otra vez el brazo para dejar caer la careta contra su cabeza. Noto cómo se hunde más y más en su cara con cada impacto, oigo crujir hueso y salpicar sangre; siento la resistencia de la máscara cuando tiro de ella para asestar el siguiente golpe, clavada como queda al jirón informe en que se ha de estar convirtiendo ese cráneo. Ha de estar muerto, pero el miedo y la ira me impulsan a seguir destrozando esa cara.

Finalmente me detengo, exhausto y con el brazo entumecido. Quería romper la careta, pero la hijaputa es más resistente que yo. Suelto el brazo de El Rostro De La Locura, lo oigo caer con inerte arrojo. Puede que sea por el sofoco del enfrentamiento, pero ya no siento el toqueteo helado de la extraña fuerza que desprendía, y en un alarde de tonta audacia triunfal, abro los ojos.

El Rostro De La locura yace de costado a mis pies. Tiene la cabeza abierta en grotesca herida que le va de la frente hasta la mandíbula inferior. Todo lo que hay en medio está hundido y aplastado, no quedando nada reconocible de rasgo humano. Tengo los zapatos y los pantalones manchados de su sangre. Echo un vistazo al canto romo de la máscara en mi mano, que gotea sangre espesa. Me pregunto de qué estará hecha, tan dura como ha resultado ser.

—¿Nass? —dice Violet, que con los ojos cerrados da vueltas sobre sí misma, apuntando con el arma de plasma.

Church no sé dónde está, pero aun así digo:

—Estoy bien, Violet, ya podéis mirar —y dejo caer la tan versátil máscara, que rebota un par de veces hacia un lado.

—¡Lo has matado! —dice Violet acercándose a ver—. ¡Dios, qué asco! ¿Le has hecho eso, tú? Asiento en silencio.

—Das miedo, Nass —dice mirando la cabeza destrozada del muerto. Me mira a mí—. Aunque tampoco estás mucho mejor. Pareces uno de los locos asesinos en que él convertía a la gente.

—Se me pasará —digo haciéndome el duro, usando el faldón de la ya demasiado sucia camisa de Hardy para limpiarme la sangre de la nariz.

—¡Lo has matado, Nass! —oigo decir a Jones a mi espalda.

Me vuelvo. Se acerca junto a Church. Tras ellos distingo al rival de Jones y a los pilotos del fondo, todos muertos de un disparo de plasma en la cabeza.

—¡No me digas! —le contesto en el mismo tono que ha usado él.

—Me hubiera gustado hacerlo yo. Y hubiera sido mucho mejor para él, por lo visto.

—Que le den bien por el culo en el infierno. ¿Y tú, qué hacías? —interrogo a Church, cuya habilidad en el cuerpo a cuerpo me habría venido de perlas, aun a ciegas.

—Cerré los ojos y me moví a la izquierda hasta que toqué el muro. Avancé por él hasta que creí estar dando la espalda a El Rostro De La Locura y maté a los pilotos para que no aterrizaran esta cosa. De paso ayudé a tu amigo alienígena, enzarzado en su baile con el otro grandullón. ¿Es que te parece poco?

—No. Bien hecho —le reconozco, como si de repente fuera su superior—. Y ahora, ¿qué?

—Un momento; Dead, que pregunta cómo andamos —dice Church, y nos da la espalda señalándose el auricular.

—Viendo cómo lo has dejado, me recuerda al tipo que machacaste con aquella silla de madera, cuando fuimos a rescatar a Violet —dice Jones entre leves ronroneos de risa, contemplando el cadáver de El Rostro De La Locura.

—Se lo tenía bien merecido, Jones —replico con voz ahogada, enjugando la sangre de mi nariz con la camisa, otra vez.

—Sí, ya lo sé —reconoce, meneando la cabeza.

La luz del sol del atardecer apenas nos llega entre los estrechos resquicios de los edificios de la acrópolis del cielo durante su lento descender. Reflejos violetas de las fachadas iridiscentes es prácticamente cuanto nos llega de sus tónicos rayos.

Los ojos de Jones brillan con luz propia en la cada vez más reinante penumbra, sus pupilas estrechadas hacia el cadáver. Me pregunto si no sentirá ahora lástima de ese psicópata, tan afines como El Rostro De La Locura pretendía hacerle ver que eran, con el hecho fortuito de haber sido maldito ese hombre el mismo día que él llegó a este mundo quizá pesando de algún modo en su conciencia, suponiendo que sea cierto.

Tengo ganas de decirle que lo olvide. Que sólo era un pobre loco, que no hay manera de saber cuánto de verdad hay en lo que dijo, y que, aun de ser así, para nada era responsabilidad suya. Pero no sé cómo empezar. Ni siquiera sé qué está pensando, a lo mejor digo algo que no viene a cuento.

—Sí, así está bien —acaba por decir, cogiéndome por sorpresa—. ¡Qué se le va a hacer!

— ¡Nass, problemas! —dice Violet poniendo una mano en mi hombro.

—Es Avatar —dice Church volviéndose a nosotros—. La nave ha empezado un lento descenso. Dice que está terminando de derribar los rascacielos del centro, sepultando a supervivientes y a los equipos de rescate.

La mujer suelta esto como metiéndonos prisa, pero sin mostrar que ello le afecte personalmente. Jones rebusca nervioso en el bolsillo de su gabardina y saca el comunicador, que se lleva al oído.

—Yo puedo arreglarlo, pero me tenéis que decir cómo —está diciendo, dirigiéndose apresuradamente hacia los semicírculos de controles.

Church y Violet corren tras él. Jones retira de encima de una de las mesas el cuerpo muerto de uno de los pilotos, cuya cabeza aún humea desde el profundo agujero hecho en la nuca. Se pone a describir con todo detalle la disposición de esos controles, recitando las formas y los colores de cada mando como si hiciera una prueba de aptitud para niños de cinco años.

Me quedo aquí, quieto, en el centro de esta especie de ático, junto a mi víctima. Ocasionales ráfagas de ese incómodo frío extraño me hacen volverme al portal desde el que vinimos. Veo tirados en el suelo, donde los solté, los preciosos calibres cuarenta y cinco. Empiezo a caminar hasta ellos, decidido a rescatarlos, y tropiezo con algo que por poco me hace caer. La pierna de El Rostro De La Locura. Le miro de arriba a abajo con rencor. Ni muerto puede dejar de joder.

Recojo las armas. Saco los cargadores y empiezo a poner más balas de las que tengo tamborileando en los bolsillos exteriores de la gabardina. Sin dejar la tarea, que realizo con la eficacia de la mera costumbre, echo un vistazo a lo que hacen esos tres.

Jones anda manejando confuso el panel de colores, lo deja para rodearlo y correr hasta el otro. Violet se vuelve y me mira. Ahora que lo pienso: El Rostro De La Locura debía tener la misma edad que ella, más o menos. Suspiro, agradecido de pensar que está muerto y lamentando a la vez ese mismo hecho; pero eso mismo quería él, aunque de muy distinta manera. Supongo que ya era incapaz de reconciliarse con cualquier tipo de vida y pretendía arrastrarnos a todos con él. Como ha dicho Jones, qué se le va a hacer.

Algo cálido me moja los pulgares. Mierda. La sangre ha ido goteando sobre las balas, he dejado el cargador hecho una guarrada. Lo limpio con una esquina todavía seca del faldón de la camisa, que de grande que es me llega hasta los muslos. Espero que Hardy no se enfade, esta prenda ya es irrecuperable.

Para cuando estoy volviendo con ellos, Jones está esperando en postura abatida, apoyado con una mano en la alta y amplia mesa de controles de la derecha. Violet se quita el molesto comunicador de su oreja mientras baja hasta el segundo escalón con precaución, para recibirme.

—Ha hecho lo que le dicen. Estamos esperando a que nos digan si ha servido para algo. No sé cómo puede saber ese señor Wise pilotar esta cosa, para mí que están dando palos de ciego —me explica sonriendo nerviosamente.

— ¡Funciona! —exclama Church, hablando con Jones, enfrente de él al otro lado de la mesa.

—Sí ya les oigo —suspira con alivio—. Bueno, ¿y cómo hago para que suba, para llevarla de vuelta por el portal?

Violet les mira un momento, y se vuelve de nuevo a mí.

—Parece que hemos salvado el mundo. ¿Quién lo iba a decir, eh? ¿Qué te pasa? No pareces muy contento.

—Seguimos aquí, ¿no? Rodeados de marcianos agazapados en oscuras madrigueras. Aún no ha acabado, no para nosotros.

— ¡Vaya cómo eres! Después de todo lo que hemos pasado... ¡Te ahogas en un vaso de agua!

— ¡Oye, échame un vistazo! ¿No ves cómo estoy? Creo que tengo derecho a ser pesimista.

—Claro que sí, Nass.

Y se mira el calzado y los tobillos recubiertos de costra reseca del pantano de las hembras marcianas.

— ¡Bien, Avatar dice que subimos, muy lentamente, pero la nave sube! —vuelve a exclamar Church, mirándonos a nosotros también—. ¡Ya podemos salir de esta puta mierda!

—Volvamos con los demás.

Dicho esto, Jones baja los escalones con Church siguiéndole. Pasa a nuestro lado e insiste en que nos movamos con un gesto de su mano. Los tres humanos le seguimos hacia el portal. Jones está sobrio, ensimismado. Aquí hay algo que no me gusta.

Abro los ojos tras cruzar el portal y ya me encuentro otra vez en la gran plataforma, brillantemente iluminada con el fulgor verde y nauseabundo del núcleo de la máquina.

— ¡Ahí va! ¿Qué le ha pasado al detective? —pregunta Dead tras examinar rápidamente a todos y reparar en mi terrible aspecto.

—Se ha liado a golpes con el objetivo. ¡Lo ha matado! —explica Church, sonando como si me elogiara.

—No tenía que morir —le dice Dead.

—Ahora ya no tiene arreglo... —contesta ella con brusquedad.

Hardy, sin decir nada, se me acerca y me agarra de la mandíbula para que le deje ver mis heridas.

—No sé cómo puedes tenerte en pie. Deberías estar conmocionado —me acaba susurrando.

— ¿Quién te dice que no lo estoy? —replico, dejándome manejar.

—No es para bromear, ¿sabes?

¿Quién dice que hablo en broma?

—Quiero whisky —gruño en tono de protesta, como un niño pequeño.

—Necesitas anestesia, más bien.

—Bueno, la otra parte de la misión podemos cumplirla, todavía —está diciendo Dead—. En unos minutos la nave volverá a su planeta, y podremos cerrar el super portal.

— ¿“Super portal”? —se ríe Violet.

—Bueno, o como queráis llamarlo —dice Dead, nervioso de vergüenza.

—Debéis iros antes de eso. Avatar sabe cómo desactivar la máquina, pero no la forma de volver a encenderla. Si os quedáis, estaréis atrapados en Marte, hasta quién sabe cuándo —dice Jones, parado ante la mesa central del trío de controles.

— ¡¿Qué?! —exclamo asustado e incrédulo—. ¡¿Cómo no van a saber?! ¡Saben cómo funciona, saben pilotar la ciudad flotante, ¿y no saben eso?!

—Dice que la máquina se puede apagar desde aquí, pero que la hacen funcionar no sé qué válvulas de energía de no se sabe dónde, que hay que volver a abrir para reiniciar todo el proceso. Que no tienen ni puta idea, vamos... —dice Jones tranquilamente, jugueteando con el comunicador en su mano, lanzándolo al aire y dejándolo caer en su palma.

—Un momento —interviene Hardy—. Dices que tenemos que irnos, ¿y tú?

—Yo no, abuelo. Soy el único marciano dispuesto a desactivarla. Yo he de quedarme —suelta como si no tuviera importancia, sin dejar de lanzar al aire el comunicador.

En eso no había pensado hasta ahora. Me quedo mirándole, olvidándome de los latidos del centro de mi cara que me sacuden la cabeza como martillazos, llenándome de desesperación y rabia. Me acerco a él a grandes zancadas, le agarro de la ropa y le obligo a mirarme.

— ¡No! ¡Tú no te quedas! ¡¿Lo entiendes?! ¡Tú no te quedas! —le zarandeo lo poco que puedo. Él me contempla con su inmóvil y eterna sonrisa. Estallo en gritos—. ¡TÚ NO TE QUEDAS! ¡TÚ NO TE QUEDAS!

—Nass. ¡Eh, Nass! —dice él, intentando sujetarme con cuidado de no clavarme las garras.

— ¡...NOTEQUEDASNOTEQUEDAS...! —estoy rugiendo, tirándole de las solapas de la gabardina y peleando con los largos brazos que intentan contenerme.

— ¡Nass, Nass! ¡NASS! —me grita, con su grave estruendo golpeándome el estómago y haciendo vibrar mis pulmones, sacudiéndome de tal manera los hombros que por poco siento partido el cuello.

—Jones, ¡no nos vamos a ir sin ti! —dice Hardy ahora que me he callado y puede oírsele.

—Sí, sí os vais, porque podéis y debéis hacerlo. Volveréis hasta ese portal que va a parar enfrente del Salisbury, saldréis y apagaré la máquina —dice mirando un momento a Hardy y luego a mí, como si intentara hacerme comprender el plan.

— ¡Tú quieres irte! —le acuso, enfurecido—. ¡Tú quieres volver a tu planeta! ¡Quieres volver A TU PLANETA!

— ¡NO! ¡No quiero irme! ¡Quiero salvaros a todos y es la única manera! —me sacude violentamente otra vez para que deje de golpearle y revolverme. Me atrae hacia sí y me abraza con fuerza, inmovilizándome—. ¡Es la única manera, Nass! ¡No pasa nada!

Apoya su barbilla picuda sobre mi coronilla. Le estoy llenando de sangre y lágrimas el pecho, giro la cabeza a un lado para evitarlo. Mi oreja izquierda oye sacudirse fuertemente su corazón y siento sus pulmones llenarse y vaciarse de aire fatigosamente. Creo que es lo más parecido que puede hacer su extraño cuerpo a llorar, y saberlo aumenta todavía más mi angustia. No puedo hablar, sólo suelto un gimoteo ronco, ahogándome con la sangre que sorbo sin querer por lo que me queda de nariz.

—Vamos, Nass. ¿Qué va a pensar Violet del sanguinario detective? —me ronronea gravemente.

— ¡Me importa una mierda...! —aúllo con voz nasal y aguda.

—Ya lo sé, Nasser. Tranquilo, volveremos a vernos, no es para tanto.

— ¡Mentira...! —vuelvo a sollozar. Noto cómo aspira aire a ráfagas al oírme tan desalentado, para soltarlo después en largo suspiro.

—Nass. En serio, no es para tanto. Si éstas salvajes bestias de mi raza fueron capaces de

enviarme aquí... —me separa de él para mirarme a los ojos—. Eh, escucha. Si ellos pudieron hacer funcionar esto, yo no voy a ser menos. Me lleve lo que me lleve, lo volveré a activar de forma segura y volveré, te lo prometo. Pero ahora, ¡tenéis que iros!

Me enjugo los ojos para verle con claridad.

—Los demás marcianos te matarán por lo que hemos hecho aquí... —digo casi sin voz.

—Nada de eso, domesticaré a esos animales, les haré comprender lo equivocados que están. Esto puede ser una segunda oportunidad también para ellos, Nass, no sólo para los humanos.

— ¡Tu sitio está conmigo, no con ellos! —le interrumpo en otro ataque de despecho.

— ¡Nass, esto es igual de difícil para mí, pero tenéis que iros! —vuelve a zarandearme para que calle y escuche—. ¡Tú y Hardy sois mi familia y pienso volver, así que deja de joderme!

Su profundo gruñido de desesperación hace aletear mis tímpanos. Me quedo petrificado mirando a la gran boca que me habla sin moverse.

— ¡Ahora serénate! ¡Hardy y Violet te necesitan con ellos, tienes que cuidar de ellos hasta que vuelva! ¡¿Vale?! —

—Sí, vale —digo roncando más que hablando.

— ¡Nass, tranquilo! Todavía tenéis que salir de aquí. Concéntrate, puede que os encontréis más congéneres míos cortándoos el paso. ¡Tienes que salir de aquí con vida, y sacarlos a ellos también! —sus pupilas se desvían hacia Hardy y Violet alternativamente—. ¡Hacedlo por mí, para que tenga una razón por la que vivir y volver!

—Sí, está bien, Jones. Voy a hacerlo. Sí, voy a hacerlo —le aseguro, recuperando la compostura.

—Bien, venga, ¡todos a la torre! Os haré bajar, y luego dirigíos hasta el portal. No tiene pérdida el camino hasta allí, y seguirá abierto, espero.

Jones me empuja obligándome a caminar junto a él.

— ¿Y si ya no está? —pregunta Dead.

—Entonces, me haréis compañía en Marte, ¡pero tenéis que intentarlo! ¡Vamos!

Jones hace situarse a todos dentro del margen de efecto del extraño transporte de la torre. A mí no me suelta hasta que me pone en posición. Me vuelvo a mirarle en silencio. Hardy, llorando a lágrima suelta, se acerca a abrazar a Jones. Él le devuelve el gesto. Hardy parece un rechoncho peluche entre sus brazos.

—De verdad no creés que vayas a volver, ¿a que no? —le pregunta Hardy.

—Sí que lo creo, abuelo. Ya lo verás —dice Jones con tanta seguridad y determinación que parece una amenaza.

Obliga a Hardy a soltarle, y Violet se le acerca con los ojos enrojecidos, sin llegar a llorar, tendiéndole la mano.

—Eres lo más increíble que he conocido nunca, Jones —le dice, poniendo una cara muy rara que intenta ser una sonrisa.

—Lo mismo te digo, Violet —le contesta él, abrazándola con el mismo énfasis que a Hardy.

—No me dejes mucho tiempo sola, aguantando a Nass —le pide riéndose y llorando a medias.

—Nada de eso. No dormiré tranquilo sabiéndote en semejante suplicio —bromea Jones, entre gorjeos de diversión.

—Si tu no duermes... —protesta Violet, sorbiendo sonoramente por la nariz

—Pues eso —reconoce él, encogiéndose de hombros.

—Jones, has sido un gran compañero de batalla, amigo. Gracias por todo —dice Dead, sin

moverse de su sitio, ni él ni sus soldados para nada conmovidos por nuestra pérdida.

—Bueno, ¿todos listos? Os voy a enviar —y Jones retrocede sin dejar de mirarme.

—Te espero de vuelta, Jones. No mueras —le digo, intentando sonar claro y tranquilo.

—Lo mismo te digo, Nass. Te quiero.

Y tras decir eso, desaparece de mi vista.

Estamos otra vez en mitad de la explanada de cuadrados cóncavos. Dead no pierde el tiempo y echa a andar a toda prisa haciéndonos gesto a todos de avanzar.

Me quedo quieto, mirando al suelo. No puedo creer que Jones haya dicho lo que ha dicho y yo salga corriendo, dejándole aquí, solo. Violet retrocede hasta mí, que ya había dado unos cuantos pasos.

—Vamos, Nass. No pienso irme sin ti. Como si te tengo que llevar a cuestas —me dice en susurros.

La miro a los marrones ojos, que a la sombra de la plataforma casi son negros completamente. Me pone una mano fría y pálida en la mejilla.

— ¡Nass, por favor! —me suplica. Su voz y su expresión reflejan su urgente dolor por la pérdida de Jones y mi abandono añadido.

— ¡Sí, vamos! —la cojo de la mano que puso en mi cara y me pongo a correr tirando de ella.

Hardy, que también se había detenido y nos observaba en silencio, se pone en marcha por delante de nosotros.

Tardamos bastante menos en volver al pasadizo oscuro por el que llegamos que en ir desde aquí a la torre de la plataforma, y cuando nos detenemos a esperar que el comando de El Triunvirato encienda sus luces, Hardy y yo aprovechamos para intentar recuperar el aliento, tras la larga carrera. Jadeando, miro a Violet a los ojos, y luego desviamos ambos la vista hacia la lejana plataforma. No he podido evitar volverme cada poco a mirar según nos alejábamos, esperando ver a Jones asomado desde el borde, pero nada. Y ahora estamos muy lejos para distinguirlo.

—Kyle, pase lo que pase, no bombardeéis más el portal del Salsbury. Sigue ahí, ¿no? —pregunta Dead, examinando lo poco del pasadizo que le permite ver la antorcha de su hombro—. Bien, porque es nuestra salida de aquí. ¡Vamos, ya queda muy poco!

—Tirad, yo iré detrás, que nunca se sabe —dice Cherry, alzando un poco el cañón de su lanzallamas.

Empezamos a subir la lenta pendiente, y al poco vuelvo a notar esa especie de intangible inercia, pero avanzamos a la carrera y la dejamos atrás en seguida.

— ¡Cojonudo! —exclama Church, molesta de repente.

— ¿Qué pasa? —pregunto, esperando una mala contestación.

—Es Kyle Avatar —me explica Violet detrás de mí, por encima de mi hombro—, acaba de decir que algunos marcianos se han replegado hacia el portal, que han detenido a un par de ellos, pero el resto nos los encontraremos.

— ¡Ah, muy bien! —digo, desenfundando de nuevo mis pistolas—. ¿No dijo cuántos eran?

—Sí, cinco o seis —contesta Church, caminando delante de Hardy—. Ese imbécil no sabe ni contar.

En el mismo momento en que ella acaba de decir esto, la tan conocida desazón de ese ya clásico terror irreflexivo llena de convulsiones mi sobreesforzado cuerpo, incapaz de tensarse más después de todo lo que ha vivido hasta ahora.

— ¿Sentís eso? ¡Me siento en peligro! —dice Hunger, riéndose nervioso.

— ¡Tranquilos! Son los marcianos. Se puede controlar, mantened la calma y seguid moviéndooos —ordena Dead.

— ¡Ahí! ¡He visto uno! —grita de pronto Hunger, cogiendo a Dead de un brazo y tirando de él a un lado y el otro—. ¡Le he visto los ojos brillando ahí delante, ha retrocedido!

— ¡¿Y qué si lo ha hecho?! ¡Vamos, soldado, no pueden con nosotros! —le intenta calmar Dead, soltándose.

— ¡¿Que no?! ¡Creo que es una trampa! ¡¿Por qué retroceden, si no?!

—Porque son animales y son ellos los que tienen miedo, Hunger. Venga, sígueme.

—Sí, muévete, maricón —Church le golpea en los riñones con la culata de su rifle—. ¡Nos estás retrasando, pedazo de mierda!

Gruñe de dolor. El golpe ha sido excesivamente fuerte, a mi parecer, pero el tipo deja de quejarse y recupera algo de lucidez, echando una fugaz mirada de odio a la mujer, que sonrío despiadadamente.

—Atentos al salir del pasillo, puede que intenten emboscarnos.

— ¡Ah, ¿lo veis? —insiste Hunger, todavía medio dominado por el pánico artificial.

—Manteneos juntos, en columna de a dos. Acabad con lo que se acerque —nos termina de instruir Dead.

Dead y Hunger, éste último azuzado por Church, aceleran la marcha como contramedida a la influencia marciana, pues cuanto más quieto se queda uno menos quiere moverse después, inmovilizado por el efecto de alerta animal, muy parecida a la de un gato deslumbrado por los faros del coche que lo va a atropellar.

Veo que Dead y Hunger salen juntos a la carrera del túnel, y de inmediato se arrancan a disparar. Los aullidos de las criaturas rebotan por las paredes del pasadizo en tenebrosa reverberación. Cuando salen Church y Hardy, sólo ella dispara una única vez y hacia el suelo, supongo que rematando a uno de los seres.

— ¡No os detengáis, la prioridad es llegar al portal! —grita Dead, no tengo claro si de pura urgencia o para que yo, sin comunicador, pueda oírle.

Paso con Violet justo detrás sobre el cadáver de un marciano, pegando un ágil salto para esquivarlo. No me detengo a comprobar las bajas marcianas, pero han debido matarlos a todos, fueran los que fueran. Siguiendo la fila de columnas central, percibo a unas decenas de metros el perfil verde luminoso del halo que nos devolverá a casa.

Escucho caer algo pesado, a cierta distancia detrás de mí. Lo primero que pienso, ya volviéndome a comprobarlo, es que Violet haya tropezado y esté tirada en el suelo. Pero no. Es Cherry lo que está en el suelo. La antorcha en su hombro derecho nos deja ver bien claro, a Violet y a mí, que no está su cabeza.

— ¡Cherry! —está diciendo ella, en el momento en que la criatura responsable se asoma de detrás de la oscura sombra de una columna.

Aparece por su izquierda, muy cerca y muy veloz, no sé cómo le da a ella tiempo a verlo venir, y ni mucho menos a cubrirse con el rifle de plasma ante el golpe descendente con el que intenta aplastarla. El caso es que funciona; sobrevive, el rifle de plasma se parte en dos entre chispas, ella cae de espaldas por el impacto, pero sin heridas visibles.

— ¡Eh! —le grito al ser.

Me mira en un bufido ronco, como si me expresara lo mucho que le molesta mi interrupción. Disparo ambas pistolas alternativamente apuntando a la cabeza, sin darle tiempo a esquivar o cubrirse del fuego. Le destrozo ambos ojos, cae de lado hasta que choca con la columna, y acaba

resbalando hasta el suelo.

Violet ya se ha levantado, su cara arrebatada entre el miedo y la adrenalina.

— ¡Gracias, Nass! ¡Corre! —dice sin más, tirándome de un brazo.

— ¡Ahí lo tenemos, no os paréis! —vuelve a gritar Dead, reanudando la carrera al vernos salir airoso, y los demás tras él.

Uno tras otro, van llegando al portal y entrando en él sin reducir el paso. Con Violet, que no me suelta, corriendo delante, hay un terrorífico momento en que ella y yo quedamos solos, corriendo en la total oscuridad, cuando Church, la última de los que llevaban luz, desaparece junto con Hardy.

No llega ni a un segundo el tiempo que tardamos en internarnos también en el portal, pero en el último momento estoy seguro de que infinitas garras de larguísimas uñas se extienden hacia mí, invisibles entre las tinieblas.

FUERA

En cuanto pasamos, la característica claridad gris del otro lado me deslumbra, cierro los ojos sobresaltado y tropiezo con algo. Me caigo, escapándosele a Violet mi muñeca de entre los dedos. Mi cara se sumerge en algo caliente y apestoso. Me apoyo en ello, con la piel de rostro y manos abrasada de calor. Es el cuerpo chamuscado de un marciano. Me incorporo mirando alrededor. Todo son cadáveres y llamas casi sofocadas por el suelo.

— ¡La nave se va! —exclama Hardy, mirando al cielo.

Alzo la vista a tiempo de ver las puntas de las raíces de la acrópolis del cielo hundiéndose en la espesura oscura de la tormenta. La lluvia torrencial empieza a caer sobre todos nosotros, liberada.

— ¡Es Jones! ¡Dice que va a cerrar el portal! —exclama Violet, sujetándose la oreja—. ¡Jones, eh, Jones, yo...!

Me abalanzo sobre ella y le quito el auricular con tal violencia que casi me llevo su oreja y todo. “¡Ayyy...!” hace, mientras me aprieto el comunicador contra el oído, sin encontrar la forma en que se ajusta.

— ¡Jones! —le llamo, esperando que pueda oírme, manoseando con ambas manos el aparato, las pistolas abandonadas no sé en qué momento.

— ¡Nass...! —le oigo decir con voz ahogada, a lo que sigue un breve crepitar de estática.

— ¡Jones! ¡Yo también te quiero! ¡¿Me oyes?! ¡TE QUIERO! —aúllo desesperadamente, sintiéndome culpable.

—El portal se ha cerrado, señor Pulois —me informa la voz neutra de Avatar.

Me aparto el auricular del oído, y lo miro rencoroso, insultado. Lo estrello contra el suelo, donde se hace añicos. Levanto la vista por última vez. Las gruesas gotas de la lluvia me limpian la sangre y las nuevas lágrimas.

—Sí que es para tanto, Jones... —susurro entre dientes.

FIN

14 de Enero, 2010

